

HILARIO PEÑA

UN PUEBLO  
LLAMADO  
REDENCIÓN

de

De niño, Cornelio Callahan fue raptado por indios mojaves; de adulto, combate apaches en Sonora, participa en el exterminio de bisontes en Texas y protege la plata de las minas en Chihuahua, todo bajo las órdenes de un terrateniente déspota. El único hombre dispuesto a desafiar a ambos villanos es un artista del revólver llamado Higinio Montoya. El pistolero espera hacer lo que es correcto y así exorcizar sus demonios. ¿Qué mejor lugar para conseguir lo que se propone que un pueblo llamado Redención?

Esta obra, merecedora del Premio Bellas Artes de novela José Rubén Romero 2016, revoluciona el género wéstern, al mismo tiempo que explora un México oculto en nuestra historia y narra la fundación de una sociedad capitalista en un terreno hostil e indómito. Sus páginas despiden el olor de la pólvora, de las alforjas y de los caballos surcando la llanura.



Hilario Peña

# Un pueblo llamado Redención

**ePub r1.0**  
**Titivillus 05.12.17**



Hilario Peña, 2017

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



Agradezco a los siguientes amigos y respetados colegas por la ayuda y los consejos brindados: Andrés Acosta, Imanol Caneyada, Jaime Dávila, Iván Farías, Cecilia Magaña, Julio César Pérez Cruz, Karla Quezada y Walid Tijerina. Los aciertos de este libro son gracias a ellos. Los errores son todos míos.

*¡Mirad! La Muerte se ha erigido un trono.  
En una ciudad extraña que descansa, solitaria,  
muy lejos, en el sombrío Oeste.  
Donde el bueno y el malo y el peor y el mejor  
han ido a su descanso eterno.  
Ahí capillas y palacios y torres  
(torres sólidas, devoradas por el tiempo)  
no se asemejan a nada que sea nuestro.*

EDGAR ALLAN POE

*Desolado castillo, cielo, el inconmensurable desierto.  
¿Quién provocó esto?  
Reyes bárbaros.  
Una graciosa primavera, convertida en otoño ávido de sangre.*

EZRA POUND

# I

## QUE TRATA DE LA MANERA EN QUE CORNELIO OBTIENE SU MARCA EN LA FRENTE, LLEGA AL VALLE DEL MOJAVE Y TODO LO QUE AHÍ ACONTECIÓ

El hombre que se hacía llamar Rey Vega dejó caer el revólver en la tierra seca del rancho.

—No quiero pelear —dijo.

Socorro rengueaba por culpa de su pierna mala. La viuda de Méndez se plantó a unos centímetros del impostor. La mujer tenía ojos de toro loco, echaba de menos la mayoría de sus dientes y vestía un camisón con motivos de azucenas.

—Llamó a mi hijo ratero —dijo la viuda de Méndez—. Estamos hartos de que nos humillen. Sea hombrecito. Sostenga lo que dijo.

El pelo sin canas caía sobre la cara de Socorro como las ramas de un sauce llorón. El impostor reconoció su montura en uno de los caballos de la familia Méndez. Gumaro traía puestas sus chaparreras.

—Sólo quiero mi guardapelo.

—Dice que sólo quiere su guardapelo —se burló Lucero.

Gumaro Méndez preguntó si lo dejaban matarlo.

—Este becerro es nuestro —dijo Socorro—. Hay que marcarlo.

Con sigilo, Casimiro Méndez se acercó al hombre que se hacía llamar Rey Vega y lo golpeó con un mazo. Un abismo de oscuridad se abrió a los pies del impostor.

Año 1862 de la era cristiana. Una lanza clavada en el suelo recorría las entrañas del verdadero Rey Vega. La artesanía comanche produjo arcadas en

los más bisoños. El jefe de la columna era un hidalgo enjuto, de ojos y nariz aquilinos, y frente amplia. En la superficie parecía la segunda encarnación del Quijote; sin embargo, sus cavilaciones y pensamientos eran cualquier cosa antes que idealistas. Su nombre era Vicente Ildefonso Ponce de León Quijano y Castillo. Éste arengó a su tropa.

—Vecinos de Redención, prestadme vuestros oídos. ¿Por cuánto tiempo más habréis de andar por vuestros caminos sólo cuando los bárbaros os lo permitan? ¿Por cuánto tiempo más habréis de arrear vuestros animales sólo cuando los salvajes os lo permitan? ¿Por cuánto tiempo más habréis de ser la burla del mundo entero? Si ha de ser así para toda la vida, ¿por qué no los hacéis vuestros soberanos? Para que, de esta manera, impongan la costumbre del taparrabo, pinten vuestra catedral con sangre humana, decoren vuestros palacios de gobierno con vuestras cabezas e impongan el sacrificio semanal de vuestros niños y bebés, a fin de invocar la lluvia y ahuyentar la lepra. ¿Qué os parece eso?

La mirada encendida de su ejército le hizo ver al coronel que sólo hacía falta la estocada de su discurso para impulsar a los hombres hacia la batalla. El remate dio en el corazón de la tropa.

—¡Viva nuestra madre santísima de Guadalupe! —dijo Vicente—. ¡Viva la religión católica! ¡Mueran los bárbaros!

Los vecinos de Redención aullaron, picaron espuelas y se dirigieron al santuario de comanches. Cuando Lobo se quedó sin munición, usó sus cuchillos. Cuando Lobo se quedó sin cuchillos, usó piedras. Cuando Lobo se quedó sin piedras, usó manos y dientes.

El falso Rey Vega despertó sobre una mesa de trabajo. Gumaro le sostenía las piernas, Lucero los brazos y Casimiro la cabeza, mientras la madre de éstos calentaba un hierro con la letra «L» sobre la fragua.

Lucero reía como idiota.

—¿De qué es la ele?

—De lurio —dijo la viuda de Méndez.

Socorro se acercó al hombre que se hacía llamar Rey Vega. Sujetaba el hierro candente con unos guantes de cuero curtido. La viuda de Méndez colocó



el hierro en la frente del hombre.

—Para que la gente sepa con quién trata cuando oigan sus calumnias — dijo.

Tres días antes del incidente en el rancho de los Méndez, el gendarme Jesús Corral acarició la mano de Sara cuando la mujer le entregó su taza de café.

—¿Tienes pruebas de que Gumaro se llevó tu guardapelo?

—Está usando mi fuste —dijo el impostor—. Trae puestos mis zahones.

Sara colocó el tazón con estofado frente al sargento. Éste probó el caldo. Le sonrió a la mujer, en señal de beneplácito. Al girar sobre sus talones, Sara tropezó con el lobo disecado que su marido conservaba en el comedor.

—¿Cómo no se llevaron esto? —dijo.

La mujer odiaba al lobo disecado que su marido se negaba a tirar. Su postura amenazante y su mirada llena de odio la asustaban. Sobre todo por la noche.

—No pasará mucho tiempo guardado. Hace unos años lo llevé a Resurrección, por abigeato. Lo soltaron.

—¿Por qué lo soltaron?

—No lo visitó ni su madre. Los custodios no pudieron sacarle un peso.

—Hablaré con la señora —dijo el hombre que se hacía llamar Rey Vega.

—No te lo recomiendo. Socorro engendró a tres perros malos sin una pizca de bondad en ellos. ¿Sabes quién fue el padre? El robachicos Maclovio Méndez. Don Vicente ofreció una recompensa por quien lo capturara, vivo o muerto.

—Recuerdo ese caso —dijo Sara—. Mi mamá no nos dejaba salir por culpa de ese señor. ¿Qué fue de él?

—Se aventó del Puente Negro, arrepentido de todos sus crímenes.

—¿Qué sugieres que haga?

El gendarme tragó su bocado:

—Cámbiate de país. O mátalos.

La manera en que Jesús Corral volvió a mirar a Sara pretendía ser un cumplido.

Una vez que le bajó la fiebre, el hombre marcado pudo salir de su casa para interponer la denuncia correspondiente ante las autoridades. Al salir de su jacal, percibió un hedor que despreciaba aún más que el tufo nauseabundo de Gumaro Méndez. Ovejas, pensó. Sara vio las tres primeras.

—Mira —dijo.

Después de las tres había una docena y, a pocos metros, cientos. En pocas horas arrasaría con toda la navajita que correspondía a la vacada del hombre que se hacía llamar Rey Vega.

—Macario debió de cortar el cerco.

—¿Qué vas a hacer?

—Le diré que no vuelva a cortar mi cerco y que se lleve sus ovejas a su rancho.

—Ay, por favor no lo hagas —dijo Sara.

—¿Por qué no?

La mujer vio la marca en la frente de su marido:

—No se te da.

Sara y el hombre marcado cabalgaron por más de veinte minutos hasta encontrar el cerco roto por donde habían entrado las ovejas de Macario Santana y, no lejos de ahí, a Macario Santana, quien veía con beneplácito cómo iban las ovejas de sus tierras sin pasto a las del impostor, donde la navajita era más verde. El hombre marcado se apeó y se acercó a Macario. Sara lo siguió.

—Muy buenos días, vecinos. ¿A dónde tan temprano?

—Otra vez rompiste mi cerco —dijo el hombre marcado.

—La tierra no tiene por qué estar cercada, vecino. Es antinatural.

—Pagué por mis hectáreas. La hierba va incluida con la tierra. Es mi hierba.

—Te propongo esto: pastorea mis ovejas de regreso a mi rancho. Cuando termines, te dejo que vuelvas a poner tu cerco. ¿Qué te parece?

Sara volteó a ver a su marido, asustada, pero al mismo tiempo deseosa de que su hombre respondiera al insulto. El hombre marcado dio media vuelta.

—Vecino, por cierto, esa ele que trae marcada en la frente, ¿es de lurio?

El impostor no respondió. Decepcionada, Sara siguió a su marido al pueblo de Resurrección.

El juzgado estaba vacío, excepto por Sara, el impostor y un juez medio ciego llamado Silas Betancourt.

—Así que le hizo caso al gendarme y decidió hacer justicia por su propia mano —dijo el juez—. Mal, muy mal. Éstos ya no son los tiempos de pistoleros como el mentado Lobo. Esos hombres fueron necesarios en su época. Hoy en día necesitamos a personas civilizadas y obedientes de las leyes.

—Sólo fui a hablar con su mamá —dijo el hombre marcado.

—¿Qué le dijo la señora Méndez?

—Puso un revólver en mi mano y otro en la mano de su hijo.

—Y cuando usted dejó caer el arma, ella le puso el hierro en la frente.

El hombre marcado dijo que sí con la cabeza.

—¿Tiene pruebas de lo que dice?

—Marcaron a mi marido como a una res —dijo Sara—. ¿Qué más pruebas quiere?

—Esta misma tarde doña Socorro será arrestada. La detendré hasta la próxima sesión de la corte. Usted tendrá que venir a declarar.

—¿Podrán regresarme mi guardapelo? Es un objeto de escaso valor monetario, pero muy apreciado por mí, señor juez.

Sara lucía molesta.

—¿Acaso es todo lo que te importa?

—Qué tal si vamos por partes —dijo el juez.

Esa misma tarde, los gendarmes arrestaron a la señora Socorro viuda de Méndez.

El techo tenía una abertura por donde se filtraba el agua. Las gotas de lluvia que caían sobre el orinal parecían marcar el ritmo de la tragedia que se avecinaba. El hombre marcado despertó con los ladridos del perro. Al salir de su choza, lo sorprendió Lucero Méndez, quien disparó su trabuco a bocajarro. Desde el interior de la cabaña, Sara oyó el sonido como de costal de papas que hizo el cuerpo de su marido al desplomarse. Los hermanos Méndez

entraron al jacal en busca de Sara.

Año 1857 de la era cristiana. Los mercenarios llegaron a la Alameda. Éstos presumían sus racimos de cabelleras sanguinolentas. Morbosa, la multitud se agolpó a su alrededor. Los niños le disparaban con sus mosquetes imaginarios al hombre callado y con cara de pocos amigos a quien todos llamaban Lobo. Las mujeres le lanzaban confeti, serpentinas y flores. Los músicos cantaban polcas a todo pulmón. Las botellas de sotol pasaban de mano en mano. Banderas mexicanas ondeaban por doquier.

—¡Muerte a los impíos! —gritó un anciano al que los apaches habían sacado los ojos en el '48.

Los jinetes de la llanura cobraron doscientos pesos por cada cabellera en la tesorería de la Casa de Gobierno.

Lucero cebó su tabuco con pólvora húmeda. Los perdigones rebotaron contra la nuca del hombre marcado en lugar de penetrarla. Cuando el impostor recobró el conocimiento, los hermanos Méndez se habían ido. Sara colocaba la albarda sobre su caballo colicano.

—¿A dónde vas?

—Mereces la marca en tu frente —dijo Sara.

El impostor recogió su sombrero del lodo, lo limpió con la mano y se lo puso en la cabeza herida.

El presidio Vizcarra ya no era un fuerte militar encargado de proteger a los lugareños de la amenaza de bronce, tal como lo había sido en el siglo XVIII. En el año 1874 era el corazón de una hacienda propiedad de Vicente. En la entrada se veía un portón en forma de arco. A medio camino entre ese portón y la casa del coronel estaba un pequeño cementerio familiar cobijado por las ramas de un árbol frondoso. A la derecha del panteón se ubicaba el barracón donde dormían los peones. A la izquierda, el potrero y el pesebre. Detrás del caserón, tierra sementera.

El coronel departía con Lobo en su estudio de paredes encaladas. Don Vicente liquidó su trago, se levantó de su equipal y caminó hacia una vitrina empotrada contra la pared. Las perillas de la vitrina eran de plata, con un relieve de laureles coronando un escudo de armas. El coronel extrajo un rifle con un cañón de más de un metro de largo, diseñado para matar bisontes. Vicente puso en manos de Cornelio el rifle marca Sharps.

—Una vaca corcovada alimenta a cincuenta comanches —dijo—. Acábatelas.

Lobo vio con claridad sus ojos reflejados en la madera barnizada. Le dio las gracias a su única figura paterna.

—Gracias a ti —dijo Vicente Ildefonso Ponce de León Quijano y Castillo.

—En la calle me llaman asesino —dijo Lobo—. Hablan de mí.

—De no ser por ti, no podrían hablar. Ni respirar, de hecho. La escuela, la funeraria, la biblioteca, la cantina, el teatro, la comisaría, las mujeres caminando por la calle: todo eso tú lo hiciste posible —Vicente hizo una pausa—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

Cornelio Callahan afirmó con la cabeza.

—¿Por qué no te conozco una muchacha?

—¿Quiere que me consiga una mujer?

—No es que yo quiera. Es que tú debes querer. ¿Por qué no eliges una cuando vamos con doña Tules?

—No me gusta ni una de las que hay en ese lugar —dijo Lobo.

—Hay otros lupanares. Te puedo llevar. La gente está hablando, y esa clase de habladuras me preocupa mucho más.

—No quiero tener sus problemas —dijo Cornelio Callahan.

El coronel sonrió.

—Tienes razón. Además, no les ganas una. Todo es como ellas lo ven o no lo es en absoluto. Y ésa es su manera de combatir toda lógica por medio de argumentos ajenos al tema en cuestión. Lo hacen una y otra y otra vez, hasta que olvidas por completo de qué estabas hablando en un inicio.

—Me refería a su sífilis —dijo Cornelio Callahan.

Esta respuesta le arrancó una risita de nervios a Vicente. Por todo lo que lo había visto hacer en el campo de batalla, la única persona en el mundo que ponía así de locuaz al coronel era Lobo, quien permaneció serio.

Como premio por haber combatido a indios por más de una década, Vicente envió a Lobo al Llano Estacado con la misión de exterminar la mayor cantidad de bisontes posible, el principal sustento de los indios nortños, a quienes seguía culpando por el Tratado de Guadalupe Hidalgo. El coronel no culpaba a los gringos ni al ejército mexicano. El coronel ni siquiera culpaba al dictador Santa Anna. El coronel culpaba a la amenaza de bronce y al terror que ésta había inspirado en los mexicanos que abandonaron la zona septentrional del país en los años posteriores a la Independencia. Sin lugar a dudas, lo que más le dolía a Vicente no era la pérdida de más de la mitad del país, sino la humillación sufrida. Una humillación de la que nadie quería ni quiere ni querrá hablar. Una humillación que sigue ahí, hasta la fecha, detrás de cada sonrisa y detrás de cada palabra. Sin lugar a dudas y sin importar cuándo se lea esto.

El 27 de junio de 1874 Lobo participó, junto con otros veintisiete cazadores, en la Segunda Batalla de Muros de Adobe, en contra de una impensable coalición de cheyenes, comanches, arapahoes y kiowas. Ahí, el mestizo Quanah Parker, hijo de mujer blanca, se presentó con más de mil salvajes a su mando, algunos con cabelleras humanas colgando de sus lanzas y bridas, otros con majestuosos penachos de guerra y otros más con cascos enormes, peludos, cafés y redondos, de donde brotaban sendos cuernos de bisonte que los hacían parecer feroces minotauros, todos con sus caras pintadas de blanco y de negro, y todos molestos por la inclemente cacería de búfalos perpetrada por hombres como los parapetados en la taberna frente a ellos.

—Aquí solía haber un océano de jorobas que nos vestían, nos alimentaban y nos armaban —dijo Quanah—. ¡Millones de kuutsu se volvieron miles! —Parker señaló la diminuta población—. Los taibo pronto los reducirán a cientos. Luego, a nada.

El pueblo, conformado por la taberna de cazadores, un corral para los caballos, una curtidora con cerros y cerros de pieles, el taller del herrero y los dos colmados, se erguía por encima del suelo como una isleta sobre la llanura

oceánica. Como una ciudad en medio del mar.

Gracias a un viaje reciente a Dodge City, el propietario de la taberna supo que la comanchería transitaba el camino de la guerra, el cual pasaba justo por su negocio. Decidió no alertar a su clientela por temor a que los parroquianos huyeran antes de tiempo, dejándolo solo y desamparado. Anticipándose a la embestida bárbara, el empresario disparó su revólver en el interior de la taberna, más para despertar a los crápulas que para cobrar la vida del primer enemigo. No funcionó, debido a que los cazadores seguían arrastrando la resaca de la última juerga.

—¡Nos atacan los indios! —dijo el tabernero, sin recibir respuesta alguna —. Los tragos corren por mi cuenta si salimos vivos de ésta —agregó.

Los trogloditas se levantaron de prisa de sus mesas y de sus tendidos en el piso, y fueron por sus pistolas.

Todas las edificaciones en Muros de Adobe contaban con tepe en el techo, donde incluso brotaba la hierba y crecían algunas flores. Debido a esto, las saetas con fuego lanzadas por los bárbaros fueron incapaces de incendiar los parapetos. Andrew Johnson, un cazador sorprendido por los salvajes mientras respondía al llamado de la naturaleza, regresó corriendo a la taberna, con saetas silenciosas mordiéndole los talones. La puerta fue atrancada por sus compañeros tan pronto entró el cagón. Un gesto de miedo inconmensurable dominaba la cara de Johnson, quien procedió a abrocharse los tirantes.

—Estaban vivos, estaban vivos —repetía una y otra vez el hombre a quien los nativos habían sorprendido defecando.

Se refería a los hermanos Shadler, quienes esa noche habían dormido afuera, en el interior de su carreta, y seguían conscientes cuando dos cheyenes arrancaron sus coronillas.

Sin hacer caso a este testimonio ni a los aullidos demoniacos provenientes del exterior, Lobo derribaba a los norteños con su Colt y su Sharps, cuyo cañón salía por uno de los muchos agujeros hechos a guisa de aspillera vertical. Limpiaba el sudor de sus manos cada vez que accionaba el gatillo. Otro cazador, Timoteo Callahan, compartía el mismo dengue. Éste notó que su hijo y el resto de los tiradores se quedaban sin munición. Timoteo se armó de



valor y salió de la taberna, esquivando flechas y hachazos, repartiendo plomo a dos manos, rumbo al colmado de Charles Rath, donde tenía pensado hacer acopio de parque y regresar corriendo a la taberna. Luego de notar la gran cantidad de salvajes que intentaban ingresar a la tienda, decidió quedarse, con sólo dos pistoleros, para defender el negocio del mercader y a la esposa de éste, la única mujer en la comunidad de cazadores.

Lobo fue testigo de la hazaña de su padre, quien salió de la taberna, hizo un boquete en la cara de un arapahoe e hirió a dos comanches que corrían hacia él con intenciones asesinas. Fuego guerrero brotó de sus cuerpos en forma de sangre. Un kiowa estuvo a punto de hacerle un tajo con su hacha mientras Timoteo tocaba a la puerta del colmado. El Sharps de Cornelio se encargó de él por medio de una explosión épica. Media hora más tarde el propio Lobo iría por las cajas de munición al colmado de Charles Rath, mientras dejaba un rastro de cadáveres a su paso.

Poco a poco se fue formando un cerco de indios llaneros alrededor de Muros de Adobe. Al caer la tarde, Quanah y el resto de los sobrevivientes se alejaron, desmoralizados, hasta una loma ubicada a más de un kilómetro de la pequeña comunidad de cazadores. Desde ahí la taberna se veía del tamaño de un guijarro. El fornido líder intercambió impresiones con su amigo Cohayah.

—No lo entiendo —dijo Quanah, recordando las palabras del chamán que los impulsó a la batalla—. Isatai nos dijo que sería tan fácil como matar a ancianitas.

—La medicina de los carapálida es demasiado fuerte este verano.

Cohayah cayó de su cabalgadura tras pronunciar esto último. Quanah se asomó por encima del lomo del animal y encontró que su amigo echaba de menos una cuarta parte de su cabeza. Ni siquiera habían escuchado el disparo. El viento había empujado el sonido hacia el oeste, donde no había nada. Parado afuera de la taberna, junto al corral, con los pies en escuadra, Lobo tomó en cuenta esta condición antes de jalar el gatillo de su Sharps.

Quanah ordenó la retirada, a pesar de la profecía del chamán Isatai, quien les había asegurado que ese verano serían inmunes a las balas del hombre blanco.

En 1875 Cornelio viajó a mataballo desde Texas. La Peste asolaba el norte de México y Otilia Moreno, madre de Lobo, la había contraído. Para ese entonces ya se había cobrado la vida de Rosa, esposa de Sixto Mejía, convirtiéndose en una masa amorfa de carne molida, llena de llagas y ronchas, a una noble mujer que solía ser torneada de cuerpo y hermosa de cara.

Lobo entró a la pequeña casa ubicada en la Gran Sierra del Oeste. Se agachó para no golpearse la cabeza contra el marco de la puerta. Cargaba una talega llena de monedas en cada mano. Cornelio dejó caer el botín cuando vio a su madre en su lecho de muerte, que era su viejo catre de vaqueta. La casa de adobes era de una sola estancia, y objetos como una botija y varios bules colgaban de las vigas para aprovechar al máximo el reducido espacio disponible. Había una repisa clavada en una de las paredes, con rosarios, crucifijos, veladoras y varios tipos de imágenes de santos. El padre Matías acababa de realizarle la extremaunción a la mujer y salía del jacal cuando Lobo entró.

—Mi mamá —dijo Cornelio—: ¿está bien?

El padre negó con la cabeza. Lobo se arrodilló junto a Otilia. Acercó la palmatoria a la cara de su madre para verla mejor. Una gruesa capa de talco le ocultaba las llagas propias de la enfermedad, así como los tatuajes que una tribu de mojaves le había hecho en la cara, tatuajes que le aseguraban a Otilia su entrada a la Tierra de los Muertos. Los dedos achatados en sus manos lucían como pequeños tallos de jengibre. Él sujetó la mano infectada.

—Soy Cornelio —dijo.

Otilia reunió fuerzas para abrir los ojos por completo:

—¿Qué es eso que dicen de ti? ¿Que eres una especie de caníbal?

—Eso no es verdad —dijo Cornelio Callahan.

—No quiero que sigas el rumbo de tu padre. Por eso lo alejé de ti.

—Pero mi padre es un hombre valiente. En Texas lo vi atravesar una tormenta de flechas y de plomo para proteger a una mujer que era atacada por los indios.

—No quiero oír más. Júrame que te convertirás en un hombre de bien. Si es necesario, cámbiate de nombre. Cástate.

Lobo acercó las monedas de oro que le había llevado:

—Te traje esto.

—De nada me sirve tu dinero ensangrentado. No lo quiero. Úsalo para poner un rancho. Cría ganado.

Cornelio hizo cuanto su madre le ordenó. Se cambió de nombre, se casó y crió ganado. Como ya se vio, nada de esto funcionó.

Los tatuajes que Otilia llevaba en las mejillas eran dos franjas de distinto grosor que corrían paralelas y se cruzaban con otras dos idénticas, a la altura de los pómulos, en forma de equis. Las marcas habían sido hechas en el '51.

Otilia Moreno había conocido a Zephaniah Callahan diez años atrás en el río de Los Lamentos, donde, asistido por dos mexicanos, el trampero capturaba castores que más tarde terminaban en las cabezas de la alta sociedad neoyorquina y de la realeza inglesa. El matrimonio con Otilia le permitió a Zephaniah conseguir la ciudadanía mexicana y, más tarde, su licencia para cazar castores de manera legal. Previo a esto se cambió el nombre. Se puso Timoteo. Le pareció que sonaba mexicano y que le facilitaría las cosas a la hora de solicitar su permiso de trampero. La licencia rezaba:

Por medio de la presente, concedo licencia al ciudadano irlandés<sup>[1]</sup> naturalizado mexicano don Timoteo Callahan para atrapar castores en compañía del mexicano Agapito Moreno. Timoteo Callahan se compromete a usar de manera honesta esta licencia por un periodo no mayor a seis años. Este permiso no es transferible a ningún extranjero que pretenda aprovecharse de su poder y beneficio. Asimismo, esta concesión no faculta a Timoteo Callahan a comerciar con enemigos del Estado mexicano, tales como bandidos, cuatreros, filibusteros, contrabandistas e indios hostiles, so pena de cárcel. Por lo tanto, declaro que Timoteo Callahan será hecho responsable por cualquier acto fraudulento relacionado con este documento.

Dios y Libertad  
7 de diciembre de 1841  
Pedro Olivares Nájera

Cornelio Callahan nació en un pueblo llamado La Barranca. Otilia contaba con su maestra de piano, su vajilla marca Sèvres y su máquina de coser, producto de la breve bonanza económica de la familia Callahan Moreno. En el '41 la ciudad de París impuso la moda de los sombreros de seda, y para el '44 Timoteo y Otilia se quedaron con un cerro de castores en el patio de su casa.

A pesar de la recesión en los negocios familiares, y obedeciendo al carácter parrandero de Timoteo, los Callahan Moreno viajaron a la capital del estado para festejar el día de la Independencia mexicana. Timoteo se dio el lujo de pagarle al francés Guillermo Frazier por un pequeño daguerrotipo que luego colocó en un guardapelo de plata comprado ahí mismo, en su estudio. La placa de cobre rezaba:

OTILIA, TIMOTEO y CORNELIO CALLAHAN. 16 de septiembre de 1848.

Fue en el palenque donde Timoteo oyó por primera vez acerca de las Siete Ciudades de Cibola, de labios del irlandés Bill McKenna, un colega trampero. El rubio McKenna destacaba entre el grupo de galleros no sólo por medir un metro noventa ni por sus ciento veinte kilos de peso ni por su calidad de caucásico, sino por ser una caricatura de su oficio desde aquel entonces. Por medio de los exagerados flecos en su pantalón y en su jaqueta de ante, su barba espesa, su gorra de mapache, sus teguas estilo cuervo, su cuchillo Bowie y su trabuco, Bill trataba de imitar a su ídolo Davy Crockett. Moscas de la fruta revoloteaban alrededor de su barba. El irlandés las espantaba con la mano. Los bichos regresaban por más. Excepto los bobitos, nadie más molestaba a McKenna, cuyo cuerpo despedía una fetidez que sólo Callahan era capaz de soportar.

—Recuerda que el oro nunca pasa de moda —dijo Bill.

—¿Por qué no has ido por él?

—Estoy esperando a alguien lo bastante loco para acompañarme. Tendríamos que subir por el Camino a Santa Fe y de ahí tomar el Viejo Sendero Español, bailar con comanches, apaches, kiowas, y luego exterminar a todos los cibolas. Es algo que no pienso hacer solo.

—Se me ocurre una ruta más segura: bajar por la Gran Sierra del Oeste hasta el mar de Cortés, y de ahí subir a California.

—Nos tomaría meses cruzar esas malditas montañas. Si no es que años.

—Dos mexicanos nos servirían de guías. Cruzaríamos en menos de un mes.

Bill lo pensó por un momento, inhalando el humo de macuche exhalado por Callahan.

—De todos modos tendríamos que enfrentarnos a los malditos mojaves.

—Mejor tres enemigos que cuatro —dijo Timoteo.

Bill espantó los bobitos que volaban cerca de su barba.

—Y tendría que ser a pie.

Los bobitos de Bill se alimentaban del mezcal y de la sopa de tortilla contenidos en su barba. Los antepasados de éstos habían viajado con McKenna desde Misuri.

—Sé de un lugar donde podríamos rentar acémilas luego de bajar por las montañas.

—¿Cuándo partimos? No quiero que el Tío Sam se nos adelante.

—Propongo irnos mañana mismo —dijo Timoteo Callahan.

—¿Vas a cambiar a esa linda mexicana por el oro de Cíbola?

—Otilia viene con nosotros. Mi hijo también.

—Creí que tu amor se evaporaría luego de conseguir la ciudadanía mexicana.

—Creíste mal —dijo el trampero.

—¿Ya sabe de tus esposas en San Luis y en Natchez?

Timoteo paró de fumar:

—Eso no es de tu incumbencia.

—Está bien —dijo el irlandés—. Lo haremos a tu manera.

Bill y Timoteo brindaron por su nueva alianza. Enseguida salieron a la calle y se metieron al salón de baile, donde les invitaron tragos a dos señoritas llamadas Ricarda y Consolación. Luego de bailar una polca con el par de doncellas, Bill dijo:

—*I've been stabbed.*

El novio de Ricarda fue alcanzado por una bola de plomo disparada por Timoteo. Cayó al suelo antes de llegar a la puerta, con un boquete en la nuca. Las mujeres entraron en pánico y gritaron, mientras el trabuco de Bill mantenía a raya a los tres amigos del muerto.

—El texano le disparó por la espalda a Bartolo —dijo uno.

Los mexicanos dieron un paso en pos de los gringos, quienes se pertrecharon detrás de la barra, donde recargaron sus respectivas armas. Timoteo recargaba la suya cuando Bill modificó para siempre las gallardas facciones de Sabás Quintana por medio de un trabucazo en la cara del donjuán. Los dos mexicanos restantes usaron mesas y sillas como resguardo y respondieron al fuego, destrozando con sus tiros lámparas y botellas de licor. Los alaridos de las mujeres casi ahogaban el ruido de las detonaciones, mientras Bill perdía sangre por la herida en la cintura. Un yaqui vestido con traje de manta brincó por encima de la barra y cayó sobre Timoteo, justo antes de que éste cogiera una botella rota y la ensartara en el vientre de su atacante. Los lamentos del indio y de Sabás asustaron al amigo de ambos, quien se había quedado sin balas, por lo que cogió una lámpara de queroseno y la arrojó contra McKenna.

El irlandés se convirtió en una bola de fuego y salió de su escondite.

—*I'm gonna drag you to hell* —dijo.

Uno de los músicos señaló a McKenna:

—Pélate, que ahí viene el demonio texano.

El mexicano le hizo caso al clarinetista y salió del salón rompiendo el cristal de una ventana. Bill se quitó la cazadora y el sombrero de castor, aún en llamas. Timoteo lo ayudó a apagar el fuego de su pantalón con un mantel.

—*That yellow belly ruined my buckskin* —dijo Bill McKenna.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Timoteo Callahan.

Bill McKenna se asomó por una ventana.

—Demasiado tarde —dijo—. El lugar está rodeado de gendarmes.

El trampero obligó a abandonar el salón de baile a los músicos, a los meseros, a los clientes, a los cantineros y al dueño del lugar. Tan pronto salieron éstos por la puerta, Bill y Timoteo la atrancaron con un barrote. Taparon las ventanas con mesas y sillas. Afuera, los patrulleros se debatían entre quemar el techo de madera o entrar por la fuerza. Mientras tanto, el yaqui le rogaba a la Virgen de Guadalupe que se apiadara de él.

El dueño se interpuso entre los gendarmes y su negocio:

—Nadie va a quemar mi salón de baile.

—Hay que matar a los texanos —dijo un borracho que iba armado con un viejo arcabuz.

Otro alzó su machete:

—Éste no es lugar para ningún diablo ojo azul.

Timoteo notó que los mirones y las autoridades se agolpaban cada vez en mayor número afuera del salón de baile.

—Apártense de nuestro camino —gritó—, que saldremos echando tiros.

Esto no disolvió a la multitud, pero sí la puso a pensar por un momento acerca de su seguridad. Timoteo aprovechó la breve calma para curar la herida de Bill con licor y un paño. Éste se esmeró en no chillar por el dolor.

—¿Qué le hiciste a esa muchacha? —dijo Timoteo, muy molesto por todo lo que estaba ocurriendo.

—Esto es a lo que llamo un buen jaleo.

—Te sacaré de aquí para ir por ese oro. Después de esto, se acabaron las parrandas.

La charla de los aventureros fue interrumpida por el sonido de una corneta tocando paso redoblado y las pisadas de soldados procedentes del Palacio de Gobierno. La marcha se detuvo frente al salón de baile. La corneta tocó alto y atención.

—El puto ejército —dijo Timoteo.

—Les habla el coronel Vicente Ildefonso Ponce de León Quijano y Castillo, del undécimo batallón. Me acompaña un napoleoncito. Abran o tumbo la puerta.

Bill y Timoteo se asomaron a mirar la pieza de artillera. El cañón se hallaba posicionado justo frente a la puerta de madera.

—Hay que luchar hasta el final —dijo Bill, creyéndose Davy Crockett.

—Estás loco —dijo Timoteo, y enseguida se dirigió al coronel—: Voy a abrir.

El coronel desenvainó la espada:

—Está bien, pero sin engaños.

Timoteo retiró el barrote y abrió el portón. De inmediato, los hombres a cargo de Vicente entraron al salón de baile, desarmaron a los aventureros y les colocaron grilletes. El coronel examinó de cerca al novio de la señorita Ricarda Echevarría.

—¡Jijo de su rejija! —dijo.

El sargento Sixto Mejía señaló al hombre con el ojo hecho puré:



—Éste es Sabás Quintana.

Un soldado apuntó con el dedo al indio:

—Y aquí está Tereso.

—Llévese a estos heridos directo al cuartel —dijo Vicente—. ¿Qué pasó aquí?

Timoteo procedió a contarle su versión de los hechos, sin omitir la parte donde le disparó a un hombre por la espalda.

—¿Qué hacen tan lejos de su país?

Timoteo Callahan sacó su permiso y lo mostró al coronel, quien arrancó con su sable el guardapelo e inspeccionó el diminuto daguerrotipo contenido dentro.

El coronel devolvió el relicario.

—Tu familia debe estar preocupada —dijo—. Los escoltaré fuera del pueblo. Es por su protección. Los amigos del fallecido están afuera. Vienen armados y querrán cobrar venganza. No deseo un conflicto internacional.

Luego de mirarse y encogerse de hombros, los gringos se dejaron proteger por el pelotón. Salieron del salón de baile mientras la muchedumbre les arrojaba piedras y botellas. La escolta y los detenidos aceleraron el paso y dejaron atrás a la horda de violentos. Las moscas de la fruta aprovechaban el festín contenido en la barba de McKenna, ya que éste no podía espantarlas. El bullicio quedó atrás. Pasaron por una calle oscura y solitaria, en medio de un silencio sólo interrumpido por el sonido de sus cadenas y sus pasos.

—¿Oíste el nombre del tipo que me cargué? Recuerdo que le vendía armas y pólvora a Mangas Coloradas. Lo sé porque yo hacía lo mismo. Te aseguro que sus amigos y él eran buscados por el gobierno, y ahora este mexicano corrupto se quiere quedar con la recompensa.

La escolta se detuvo al llegar al río de Los Lamentos, donde les quitaron los grilletos a los detenidos. Timoteo Callahan lucía preocupado:

—¿Qué van a hacernos?

—Ese dinero es nuestro —dijo Bill McKenna.

Vicente encaró al trampero:

—¿De qué hablas?

—No le haga caso —dijo Timoteo—. Está borracho.

—Ese hombre a quien maté... —comenzó a exponer su caso el trampero.

Vicente desenfundó su arma y apuntó el cañón a la frente de Bill:

—¿A quién mataste?

—A nadie —se apuró a contestar Timoteo.

—Pertenece a la banda de mi compadre Santiago Kirker —dijo el coronel—. Sólo por eso sigues vivo. Les doy hasta el día de mañana para abandonar mi ciudad.

El trampero se llevó a Bill McKenna del brazo, lejos del peligro.

Esa misma madrugada, luego de hablarle de McKenna y su propuesta, Timoteo le planteó a Otilia emprender el viaje a California y le aseguró que el oro sería para el futuro de Cornelio.

—No queremos que se convierta en un campesino —dijo el trampero.

—Eso no tiene nada de malo —respondió la mujer.

—Sí lo tiene cuando podría ser un terrateniente.

—No puede haber tantas joyas —dijo Otilia Moreno.

—Los pilares están hechos de oro. Logran convertir la energía de los sacrificios humanos en metales preciosos.

—¿Llevan a cabo sacrificios humanos en ese horrible lugar?

—Tenemos que acabar con esos rituales paganos y predicar el Buen Libro.

—¿Conoceré el mar?

—Te llevaré a que lo conozcas —dijo el trampero.

Timoteo apagó la llama del quinqué y se acostó. Otilia se persignó en secreto y rezó por el alma de su esposo. Hizo un profundo énfasis al pronunciar las palabras no nos dejes caer en tentación y líbranos del mal.

Después de la cima conquistada a base de sufrimientos, seguía un acantilado abrupto y, a continuación, otra montaña más alta, luego otra y otra más, cada una con su respectivo descenso abrupto. Los peregrinos habían sorteado alacranes y serpientes venenosas, caído por barrancos, peleado contra el clima y sus heladas, además de enfrentar a un jaguar hambriento, convertido en cena por el guía apodado Tuerto. Bill conservaba los arañazos del animal, propinados mientras el irlandés defecaba entre juníperos y abetos. Tras siete

días de camino, los viajeros alcanzaron la cúspide de la séptima montaña. Era el momento de descender otra vez. El segundo guía, Agapito, le ofreció de su lechuguilla a McKenna, quien jadeaba por la fea herida en la cintura.

Bill alejó la botija de un manotazo:

—Estoy harto de esa horrenda bebida.

—Anda, bebe —dijo Otilia—. Te dará fuerzas y te curarás más rápido.

Bill McKenna tomó asiento en una roca. Observó su herida. Aplicó un poco más del ungüento proporcionado por Otilia:

—¿Estás seguro de que éste es el camino más corto?

—No dije que sería el más corto —respondió Tuerto—, sino el más fácil.

—El más fácil. Sí, cómo no —ironizó el irlandés.

—Ni Cornelio se queja tanto como tú —dijo Timoteo.

Tenía razón. El niño había soportado el suplicio de la aventura serrana sin un lamento de por medio, otra prueba más para Timoteo de que el pequeño era especial.

Al decimosegundo día los aventureros llegaron a un río caudaloso, de aguas broncas y frías.

A pesar de sus remolinos internos y sus corrientes traicioneras, Tuerto fue capaz de cruzarlo. Había dejado un extremo de su soga en manos de Timoteo y ató el otro a un árbol en la orilla contraria. Sus compañeros cruzaron el torrente con la ayuda del cáñamo. Las manos de Cornelio se aferraban al cabo con todas sus fuerzas mientras llegaba a la otra orilla.

A la semana siguiente los viajeros visitaron los pueblos de Maycoba y Yécora. Luego de descansar en Nuri, donde rentaron acémilas, siguieron el curso del Yaqui hasta el golfo de California. Al llegar a Punta Chueca, en una fresca mañana de noviembre, McKenna cometió el error de levantar de la arena una pesada tortuga de siete filos.

Se escucharon pequeños silbidos y de la nada aparecieron saetas que se enterraron en los cuerpos de los viajeros, atacados por una tribu de seris liderados por el chamán Iguana. A pesar de encontrarse rodeados y superados en número, los forasteros disparaban sus rifles usando como trincheras cardones y torotes blancos. Otilia abrazaba a su hijo y oraba. Sabía que su dios la castigaba por haber sucumbido a la codicia del gringo.

—Virgencita de Guadalupe, sosiega a estos herejes —pidió Otilia justo

cuando su primo Agapito Moreno fue herido por una flecha envenenada con crótalos.

Ante la desesperación de su mujer, Timoteo abrió el fardo de Bill y sacó una bota llena de sotol, la cual arrojó a los pies de Iguana. Enseguida se comunicó con el jefe seri, a quien invitó a beber por medio de señas.

—¿Qué haces, Zephaniah Callahan? —dijo Bill—. Agáchate, por el amor de Dios.

Al verlo esquivar las saetas que pasaban zumbando sobre su cabeza, Otilia volvió a enamorarse de su hombre y recordó por qué estaba con él. A pesar de sus defectos, Timoteo siempre arriesgaría el pellejo por su familia.

—Es un hombre —dijo Otilia.

Iguana bebió el espíritu contenido en el odre, le gustó lo que probó y ordenó un cese al ataque. Para entonces Timoteo había hecho acopio de víveres, los cuales llevó como ofrenda a Iguana, quien lo bautizó con el nombre de Aquel que Danza con Flechas. Hizo lo mismo con McKenna: Olor a Culo.

Al caer la tarde, los *comcaac* ejecutaron su versión de la pascola en medio del monte, entre cardones, palos blancos y copalquines. Un seri interpretaba al cazador, otro al venado y tres más musicalizaban con una flauta de carrizo, dos varas usadas a modo de güiros y un tambor. El chamán Iguana bebió del cráneo pulimentado que contenía la densa mezcla de bacanora y peyote preparada por él mismo. La música hipnótica se convirtió en un concierto de cascabeles que ascendía de la tierra. El cervatillo y el padre de Iguana luchaban en la Tierra de la Felicidad, donde sus tíos apostaban a las carreras y las mujeres daban forma a las más hermosas canastas. Timoteo y Bill también probaron el brebaje. El viaje de ellos no fue tan placentero. Los demonios de cada uno se aseguraron de esto. Mochomas gigantes comenzaron a escalar el cuerpo de Timoteo Callahan, al tiempo que una nube de murciélagos oscurecía el cielo morado. El trampero se echó a correr por lo más espeso del monte. Los indios se convirtieron en lobos que lo acechaban. Timoteo sentía la respiración de la jauría cerca de sus tobillos.

El peyote transportó a Bill cinco años atrás, a una capilla coahuilense con

cabelleras indias sobre las verjas, sobre los bancos, sobre el púlpito, dentro del confesionario, en la pila bautismal, sobre el atril y el retablo, e incluso dentro del tabernáculo. El hedor de la sangre era intolerable e invitaba a las moscas y a las ratas a entrar a la iglesia, cual frailes satánicos celebrando el Armagedón. La macabra decoración corría a cargo de la ebria y eufórica cuadrilla de McKenna, que irrumpió con todo y su caballo al templo, lazó a un Cristo tallado en madera y salió a todo galope, arrastrándolo.

Horrorizado por lo pecaminoso del acto perpetrado por el irlandés, el cura se había lanzado encima de la escultura tan pronto como pasó a sus pies. Bill arrastró por toda la plazuela no sólo la efigie, sino también al cura. Cuando los parroquianos más valientes atacaron con palos y piedras a los mercenarios, éstos se defendieron con su mejor armamento hasta derribar a sus once atacantes cual figurillas de plomo en el tiro al blanco de una feria provinciana. El evento que suscitó esta barbarie había sido la oferta publicada por el propietario de la hacienda de Patos, quien, cansado de las tropelías comanches, aseguró que pagaría trescientos pesos por cada una de sus cabelleras. Cuando la pandilla de Bill McKenna retornó con más de doscientas coronillas, el hacendado reconoció que no tenía con qué pagar tal cantidad.

El Cristo ensangrentado comenzó a avanzar sobre el lazo hasta llegar al caballo de McKenna. Éste no paraba de gritar, se contorsionaba, se revolcaba en la tierra y sufría espasmos. El Jesucristo de palo le jalaba las piernas.

Era de día cuando Timoteo llegó a las puertas de una ciudad ciclópea, en apariencia vacía y construida a base de monolitos de un color blanco immaculado. Timoteo burló a los centinelas emplumados que custodiaban la entrada y se internó en un andador de tabiques dorados que corrían entre hileras de casas que recordaban aquellas de la Grecia antigua. Algo en el ambiente aumentaba el contraste entre los objetos, porque lo oscuro era impenetrable y lo brillante encandilaba. Otros dos aspectos de esa ciudad que llamaban la atención eran la ausencia de corrientes de aire y el silencio absoluto. No se oía nada. Nada emitía ruido alguno. Como si se encontrara en un vacío incapaz de producir sonidos.

Oculto detrás de unos setos color verde intenso, Callahan dejó pasar a cuatro sacerdotes de más de dos metros de altura y envueltos en túnicas. Los cuatro eran albinos, lampiños y de ojos muy negros. Los monjes se comunicaban por medio de un lenguaje gutural, lleno de carraspeos y chillidos bestiales. El sonido producido por estos monstruos era el primero que escuchaba desde que había llegado a ese lugar. A pesar de esas visiones demoniacas, la ambición seguía presente en la mente del aventurero. Cuando creyó que nadie lo veía, el escocés salió de su escondite, bebió agua de una fuente en el centro de una intersección, a guisa de rotonda, y arrancó un tabique áureo. Los adoquines dorados comenzaron a crujir bajo sus pies como si se tratara de un temblor ocasionado por su hurto, como si la ciudad tuviera conciencia y despertara. Era evidente que la armonía de Cíbola se había roto.

El gigantesco emperador se levantó de su trono y, desde la cúspide de su pirámide escalonada, a más de un kilómetro de distancia, divisó al intruso gracias a su poderosa vista de halcón. Sin palabras ni gritos de por medio, señaló al extranjero, quien de inmediato fue rodeado por los siete gendarmes emplumados que se acercaban marchando a paso firme por cada uno de los siete andadores que se conectaban a una de las siete glorietas ubicadas en una de las Siete Ciudades de Cíbola. A diferencia de los monjes, el monarca y sus centinelas eran de piel morena y bronceada. No tan altos, pero más corpulentos.

El intruso fue atacado con cerbatanas que contenían una especie de sedante, pues despertó en una cueva húmeda acompañado por los sacerdotes albinos que había visto en la mañana de su captura. El escocés colgaba de un cabo atado a sus pies que pasaba por una garrucha y por un engranaje de piedra que giraba de manera lenta, aunque implacable. La cabeza de Callahan apuntaba hacia la única fuente de luz en la caverna: una caldera de piedra rebosada de oro fundido. Gritó de terror y suplicó por su vida.

Mortificada por el estado en el que se encontraban Bill y Timoteo, Otilia pidió a Iguana que los socorriera. Éste lo hizo cantando la canción de los muertos, tras lo cual bebió del cráneo pulimentado y escupió el líquido en la boca de los hombres delirantes, quienes poco a poco volvieron en sí.

—Cuando te vi danzando con flechas —dijo Iguana—, creí que eras un hombre libre, sin miedos. Ahora veo que Olor a Culo y tú se encuentran atados al suelo por la piedra dorada.

Los dos tramperos no tuvieron nada que decir al respecto. Tuerto recuperó parte de las vituallas luego de retar a Iguana a una carrera alrededor de Punta Chueca; ajustó su koyera, se quitó las teguas y le dio dos vueltas al lugar antes de que el chamán terminara una: el cuerpo del tarahumara funcionando con la gracia de un lince y la eficiencia de una máquina perfecta y bien engrasada.

Tuerto no cazaba venados con flechas ni con rifle, sino corriendo. Una vez que los alcanzaba, caía encima de ellos, cuchillo en mano. Así era como había perdido el ojo. Se lo había sacado entero la cornamenta de un venado.

Iguana frotó el crucifijo de Tuerto.

—Veneras al dios de la cruz —dijo, con respeto y admiración—. Sin embargo, no temes a nada. Cuando llegue la hora del sacrificio, estarás listo.

Por la noche todos comieron curvina sazónada con zosteria. Los *comcaac* se mostraron agradecidos por el saco de pinole donado por Otilia y proporcionaron a los viajeros información acerca de los aljibes ubicados en La Golondrina, El Picú y Serna.

—Viajan por un camino muerto —dijo Iguana—, pero quizá sea necesario que caminen por él.

En Santa Clara, los contagiados por la fiebre del oro se toparon con un mezcalero cuyas vergüenzas se encontraban al descubierto. Fueron tomados por sorpresa cuando el hombre desnudo salió de un palo fierro. Caminaba con la vista en el suelo. Su cuerpo se veía repleto de ampollas provocadas por el sol, su pelo estaba sucio y enmarañado y en las comisuras de su boca había sangre seca. No era seguido por bobitos, sino por moscas panteoneras. Otilia le tapó los ojos a Cornelio luego de ver a tan repugnante adefesio.

Timoteo colocó su mula junto al impúdico, en un afán por cubrirlo de la vista de su esposa e hijo.

—Alto ahí —dijo.

—No me molesten —dijo el mezcalero.

Otilia señaló el desfiguro del apache:



—¿No le da vergüenza andar así?

—Me llaman el Mezcalero Loco. Nada me importa en esta vida.

—¿Qué haces tan lejos de tu pueblo, Mezcalero Loco?

El apache bebió del agua ofrecida por Timoteo:

—Estoy buscando a la serpiente que mató a mi mujer.

—Esos animales muerden por instinto —dijo Otilia.

—Éste no. Éste también tenía una esposa. Viajaban juntos por el desierto y las montañas. Maté a su compañera en Huachuca sin saber quién era. Mi padre me dijo que debía huir porque su pareja me perseguiría hasta el fin del mundo. Corrí durante dos lunas con una serpiente furiosa persiguiéndome. El miedo me llevó hasta el otro extremo de la Tierra. Entonces conocí a una hermosa pápago que lavaba su pelo en el Gila. Pagué un rifle y tres caballos por ella. Nos fuimos al Valle Secreto dentro de las Montañas Nevadas. Había osos, gatos monteses y venados que no corrían cuando me acercaba a ellos. Fuimos muy felices en nuestro pequeño pedazo de paraíso. Hasta allá me siguió mi enemigo mortal. Mordió a Jácali en el talón. Ella nunca le hizo nada malo a nadie. Tan sólo estaba preparando tasajo para nuestro regreso al Gila. Era el amor de mi vida.

Luego de terminar con su relato, el mezcalero siguió su marcha hacia el sur, en persecución de su enemigo. Conmovida por la trágica historia, Otilia desmontó, detuvo al errante y lo cubrió con un sarape que colocó sobre sus hombros.

—El sol te va a matar —dijo.

—Yo estoy bien loco. No le temo a la muerte ni a nada.

—Lo que pasó fue un accidente —dijo Otilia.

—Yo la maté por mi imprudencia. Debí decirle que estaba maldito.

—¿Qué vas a hacer cuando la encuentres?

—La voy matar y después moriré combatiendo a los ojos pálidos.

—Si tu esposa estaba ahumando carne —dijo Bill—, quiere decir que pensaban salir del Valle Secreto.

—Encontramos por accidente la entrada a las Siete Ciudades de Cíbola. Tuvimos que salir corriendo de ahí.

Timoteo bajó de su mula y se acercó al apache:

—¿Por qué?

—El Gran Padre de los Ojos Pálidos lleva siglos buscando Cíbola. Cada día se acerca más. En cualquier momento la encontrará y habrá muerte, destrucción y enfermedad, como en todos los lugares que pisa.

Timoteo tomó de los hombros a Mezcalero Loco:

—¿A qué altura está Cíbola?

—Al fondo del valle secreto se alza un acantilado de muros azules con una mesa en lo alto, de donde cae una cascada de agua clara con sabor a fierro. No beban de esa cascada, porque es venenosa. Su cuenca es suave y azulosa. Más adelante se extienden las Siete Ciudades de Cíbola, con su majestuoso portón, vigilado por dos gendarmes emplumados, con sus calles, sus torres y sus casas de oro y, en el centro de la ciudad, una preciosa pirámide, también de oro macizo, con el poderoso emperador de Cíbola sentado en lo más alto, viendo su reino dorado desde su majestuoso trono.

El apache reanudó su marcha. Olor a Culo fue por él:

—¿No te gustaría acompañarnos?

Los bobitos gravitaban sobre su barba rubia.

—Tengo otras cosas que hacer —dijo Mezcalero Loco.

Timoteo y Bill McKenna se voltearon a ver. Poco a poco el apache se perdía entre los matorrales. Olor a Culo cargó su trabuco, que era casi del tamaño de un cañoncito Hotchkiss. Lo alimentó con vidrios, chatarra y clavos.

—Gringo terco —dijo Otilia Moreno—. ¿Ahora qué haces?

—Lo voy a convencer —dijo Bill McKenna.

La mujer encaró a Olor a Culo:

—Déjalo en paz.

Bill no guardó su arma, pero tampoco era capaz de franquear a la mujer, quien no se quitaba de su camino. El trampero apuntó con su rifle al necio:

—Regresa a tu mula.

A Olor a Culo le pasó por la mente apuntarle a Otilia, pero lo pensó mejor. Prefirió no desafiar a Timoteo.

Bill McKenna regresó a su mula.

—Por eso no conviene llevar mujeres a los trabajos de hombres —dijo.

Era el mes de febrero cuando llegaron al río Colorado. Ahí los serranos se

encontraron con una escena desoladora que tenía como protagonistas a unos cucapás que regresaban del campo de batalla. Había mujeres enfermas, descubiertas de la cintura para arriba y con faldas hechas de carrizo; hombres desnudos, luciendo feas heridas de hacha y de flecha; niños inmóviles a causa de la desnutrición; perros roñosos que no perdían la esperanza de encontrar algo que comer; casas hechas de cachanilla y lodo. El chamán de la tribu atendía a los enfermos de cólera en un campamento aparte. La playa olía a muerte. Bill McKenna comenzó a franquear la ranchería. Timoteo hizo lo mismo. Otilia le dejó encargado el niño a su primo Agapito, abandonó la playa y siguió el camino que la llevaría directo a la morada de los cucapás.

Bill esbozó una sonrisa burlesca:

—¿Qué haces?

—Esas personas necesitan nuestra ayuda —dijo Otilia.

—¿Cuáles personas? Sólo veo indios.

Otilia conferenció con el chamán, conocido como Pantalón del Muerto, regresó a su mula, abrió su alforja y sacó matas de gobernadora, uña de gato y palo blanco, de las cuales preparó infusiones con el agua de su bota, puso sus pocillos de peltre en manos de Pantalón del Muerto y regresó con su marido.

—Dame tu bule —dijo Otilia Moreno.

Timoteo Callahan bajó de su mula.

—Voy al río.

—Algo pasó que está muy contaminado. Vienen de pelear con los yumas. Se encuentran enfermos y muy lastimados. Tenemos que ayudarlos.

—Te vas a acabar nuestra agua —dijo Bill McKenna.

Otilia le arrebató el odre a su marido:

—Bienaventurados los misericordiosos.

—Mujer idólatra —dijo Olor a Culo—. De todos modos te vas a quemar en el infierno —enseguida se dirigió al trampero—: ¿Puedes creerlo? Estos mexicanos.

—Dejemos una cosa en claro: no me caes bien. Estamos juntos en esto hasta Cibola. Mientras tanto, deja de molestar a mi esposa o te mato —dijo Timoteo, quien se unió a su mujer en el socorro a los enfermos.

—*What a pansy* —dijo Olor a Culo.

En agradecimiento por las atenciones recibidas, esa misma noche los

humildes cucapás sirvieron semillas de jojoba y atole de bellota a sus invitados.

—¿Qué es esta mierda? —dijo Bill McKenna.

—Es lo que puede ofrecernos esta gente.

Pantalón del Muerto metió un poco de macuche en su pipa:

—¿A dónde van?

—A las ciudades de oro —dijo Timoteo Callahan.

—Las ciudades de las mujeres que pelean desnudas —dijo el joven profeta llamado Tocayo, quien se había mantenido en silencio.

Tocayo llegó veinte años antes a esa ranchería en una carreta tripulada por él y por los cadáveres de sus padres, asesinados por un rayo estival. Pantalón del Muerto quedó pasmado cuando vio al bebé en medio de los dos fiambres.

—Es el enviado de Kummat —dijo Pantalón del Muerto— para destruir a los mentirosos quechán. Nos convertirá en los amos del río.

Tal como lo había visto Pantalón del Muerto en un sueño de peyote, a los quince años Tocayo luchó contra el puma y comió su corazón; a los dieciséis habló con el venado albino en los médanos de Santa Clara; a los dieciocho lideró a su pueblo en su primera victoria contra los yumas —y las flechas quechán traspasaron su cuerpo sin dañarlo—. Cada uno de estos eventos fue atestiguado por el chamán.

Timoteo Callahan quiso saber si Tocayo conocía Cíbola.

—Mis padres mexicanos iban para allá cuando Kummat les envió el rayo que los fulminó.

—Los dioses de la montaña bailan bajo la tierra —dijo Pantalón del Muerto—. El comecerdo los molesta al hacer sus cuevas. Por eso Kummat les manda terremotos y rayos. Deben mantenerse alejados del metal amarillo, que no sirve para nada excepto para volver locos a los hombres.

En 1849 los jinetes eran seguidos por una parvada de zopilotes mientras cruzaban un lago de figuras hexagonales y secas, formadas por sales venenosas provenientes de las montañas y asentadas miles de años atrás. El sol se reflejaba en la arena plateada como si estuviera frente a un espejo. Las pieles de todos estaban quemadas, tostadas, peladas y quemadas otra vez por el gran

astro. Eran seis figuras carbonizadas caminando por el desierto, con ampollas sobre las ampollas de sus labios agrietados por la secura. La fiebre del oro paliaba la sed de Bill y Timoteo. Sin embargo, las palabras de los jefes cucapás aún resonaban en la mente de Otilia, por lo que ésta detuvo su mula.

Timoteo notó que su esposa se rezagaba:

—¿Qué pasa?

—Debemos regresar —dijo Otilia, preocupada por la salud de su hijo.

—No puede ser —dijo Bill McKenna—. ¿Ahora qué?

—No es correcto que arriesguemos nuestras vidas por ese oro.

—Ya llegamos hasta acá. ¿Quieres dar vuelta atrás?

—La ambición es un pecado —dijo Otilia Moreno.

Timoteo dejó escapar una carcajada:

—¿La ambición es un pecado? La ambición es vida. Convierte a los niños en hombres y a los pueblos en imperios. Lo opuesto es la muerte. Ve a esos cucapás, muriéndose de hambre allá atrás por conformarse con el delta. Van a desaparecer, así como desaparecerá tu país. Los españoles les dijeron que no había por qué construir maquinaria, que no había nada más digno que ser campesinos, y ustedes se lo creyeron.

—Por favor, no digas cosas tan feas. Tú no eres así. ¿Qué te pasa? Es el oro el que te está haciendo hablar de esa manera. Ya te está afectando, y eso que aún no llegas a él.

Timoteo continuó con su invectiva:

—Es la verdad. Y todo por cobardes. Por no querer combatir a los indios. Pues nosotros sí lo haremos. *And we're gonna lick 'em.*

Otilia no pudo escuchar más. Dio la media vuelta con todo y niño. Tuerto y Agapito la siguieron.

La resolución de su esposa no hizo que el trampero cambiara de postura:

—¡Huyan de la gloria! Es lo que siempre han hecho cuando las cosas se ponen difíciles.

—¿No crees que fuiste un poco duro con ellos, Zephaniah?

—¡Que se vayan al infierno! —dijo Timoteo Callahan.

El árbol de yuca recordaba al patriarca Josué levantando las manos al cielo

para implorar la gracia divina. Las extrañas rocas que lo rodeaban parecían castillos y cabezas de gigantes. Cornelio no se quejaba del hambre, pero era obvio que estaba a punto de morir. Los tres adultos estaban conscientes de esto. Tuerto detuvo su mula, desenfundó la pistola y colocó el cañón contra su sien.

Una mueca de horror se posó en la cara de la mujer:

—¿Qué haces?

—Ese niño no sobrevivirá mucho tiempo sin comer.

—Tú también enloqueciste —dijo Otilia Moreno.

—¿Estás diciendo que mi carne no es lo suficientemente buena?

—Claro que sí. Te bautizaron. Hiciste tu primera comunión con el padre Matías.

—Uno de nosotros tres se tiene que convertir en tentempié. Yo soy el que tiene más jugo. Agapito está seco y tú aún puedes dar leche. Sólo necesitas comer algo.

Agapito escuchaba asustado la discusión en torno a la antropofagia. A Cornelio no le pareció tan alocada la posibilidad de comerse a su tío, a quien ya veía como un apetitoso venado parlanchín.

—Cocíname bien —le dijo Tuerto a Agapito, a punto de jalar el gatillo.

Tuerto titubeó al ver un cuerpo que salía de la roca frente a él. Se escuchó un ligero silbido y un instante después una flecha atravesó su cuello. Otilia gritó. Mientras Tuerto se desangraba, el resto de los mexicanos se vieron rodeados por una partida de guerreros liderados por el mojave conocido como Ispañol, un hombre alto y fuerte, de tez roja, mandíbula fuerte y melena cuadrada y sólida por efecto del barro untado en ella. Una concha de abulón colgaba de su cuello. Agapito intentó sacar el revólver. Un hacha lanzada por otro mojave, llamado Haina Anyay, penetró su pecho. Con su cuchillo, Haina Anyay hizo un corte circular desde la cima de la cabeza hasta la coronilla de Agapito, pasando por su sien. Enseguida se acuclilló, con los pies sobre los hombros del muerto, y jaló con fuerza de su pelo largo hasta que se oyó que algo tronó. Haina Anyay dejó la cabellera en el piso y le echó sal encima, para preservarla. Ispañol llevaba a cabo la misma operación sobre el cuerpo de Tuerto cuando Otilia lanzó con todas sus fuerzas una piedra al ojo de Haina Anyay, sacó su cuchillo y lo enterró en el hombro de Ispañol, quien aulló de

dolor. Haina Anyay corrió en pos de ella. Cornelio intentó interponerse en su camino, pero aquél le propinó un hachazo en la cabeza. Cornelio cayó al suelo, inconsciente. Haina Anyay cogió a Otilia del pelo, sacó su cuchillo y lo alzó antes de ensartarlo en el corazón de la mexicana. Otilia aceptó su muerte. Cerró los ojos.

El dolor y el frío eran tan intensos que Otilia Moreno creyó tener los huesos por fuera de la carne. A menos de diez metros distinguió el pequeño cuerpo de Cornelio, brutalmente golpeado y atado a un árbol. Aún más cerca de ella sonaba una música que le pareció infernal. En el centro de la aldea los mojaves celebraban el final del invierno. La coronilla de Agapito descansaba sobre una cruz enterrada en el suelo. Los hombres bailaban a la derecha de la cruz. Las mujeres, a la izquierda. Una niña mojave que no participaba de la fiesta había colocado la cabellera de Tuerto a su muñeca, que en ese momento peinaba de un modo enternecedor. Otilia colocó dos dedos sobre su cabeza y palpó su cráneo debido a la herida infligida por Ispañol. Un dolor punzante, un ligero desfallecimiento y un escalofrío cimbraron su cuerpo entero. Logró ponerse en pie sólo para descubrir que estaba demasiado débil para caminar, de modo que se arrastró en dirección a su hijo. La mujer bordeó la aldea mojave. La niña interrumpió la danza de los adultos.

—La esclava despertó —le dijo a Ispañol.

Dos guerreros ataron a Otilia a la cruz y la danza pagana prosiguió en torno a ella. Los indios le propinaban latigazos, le escupían en la cara y le gritaban amenazas al oído.

—Te quemaremos viva —dijo Haina Anyay.

—Me comeré tus ojos —dijo una bruja de ciento veinte años llamada Huyatc, cuya cara se veía tatuada con figuras que parecían ostiones abiertos flotando sobre un océano de chapopote.

Ninguna de esas visiones infernales le preocupaba a Otilia, quien en todo momento intentaba ver a Cornelio. La mexicana miró a su hijo moviéndose y agradeció a Dios por lo que ella llamó su infinita misericordia. Sabía que los apaches no habrían tenido piedad de ella. Notar los sembradíos y los jacales rectangulares que la rodeaban, en lugar de tipis cónicos, la convenció de que

las personas que la retenían eran menos rudimentarias que los indios de más al este. Los consideró sedentarios en lugar de cazadores nómadas. Eso era bueno. Muy bueno para ella. El sedentarismo es el padre y la madre de la civilización, le había dicho Timoteo, su esposo. En su optimismo, la mujer contó con que sus captores fueran agricultores. El uso de la cruz como instrumento para martirizar a sus víctimas sugería algún contacto con padres franciscanos, quizá hasta jesuitas. Dirigió la vista al firmamento. Lo encontró más hermoso que nunca. La claridad del aire hacía visibles los millones de astros y planetas que colgaban de la bóveda estelar. Tal majestuosidad contrastaba de manera drástica con la situación miserable en que se hallaba la mexicana. La vía láctea cruzando el cosmos asemejaba la sonrisa macabra de Dios.

—Padre, ¿te estás burlando de mí? —dijo Otilia.

La música se detuvo y, con ésta, la danza. Ispañol oprimió la punta de su cuchillo contra el cuello de Otilia. La madre de Cornelio no lucía intimidada. Tampoco rehuyó la mirada del mojave.

—Eres una guerrera —dijo el mojave llamado Ispañol.

El chamán Cibicú actuó como traductor entre la mexicana y el jefe indio, ya que el mojave no hablaba ni entendía el castellano.

—Mi esposo vendrá a matarte —tradujo Cibicú.

El jefe indio señaló las montañas que rodeaban el valle y lo ocultaban del desierto:

—No nos encontrará.

—Libera a mi hijo —pidió Otilia Moreno, cuyo estoicismo salvó su vida.

No había nada que Ispañol aborreciera más que la cobardía y la incapacidad para tolerar el dolor o la incertidumbre. Ninguna de esas características estaban presentes en la mexicana.

—Me pides que el niño se convierta en mojave —dijo Ispañol—. ¿Eso quieres? Muy bien.

El jefe mojave ordenó a Cibicú que le hiciera a Cornelio la primera prueba de iniciación. Los tambores volvieron a tocar. El chamán entonó la melodía demoniaca que Otilia había escuchado antes. Del cuello de éste también colgaba una concha de abulón. Haina Anyay liberó a Cornelio con su cuchillo. Éste apenas lograba sostenerse en pie. Las mujeres colocaron un



mantel frente al niño. De un lado había pan de trigo, piloncillo y un filete recién asado; del otro, carne cruda de cervatillo.

Ispañol apuntó con el dedo hacia la comida:

—¿Quieres ser mojave? Elige.

El niño observó al jefe mojave por un momento y enseguida se abalanzó sobre la carne cruda, la cual devoró como una bestia salvaje. Intuyó que se trataba de una prueba y que, de haber elegido la comida del hombre blanco, habría muerto ahí mismo. Y no se equivocaba. Cornelio planeaba seguir viviendo para llevar a cabo su venganza. Mientras tanto, los mojaves festejaban con licor de maíz y música el ingreso de los mexicanos a su tribu.

Un cerco de montañas puntiagudas aislaba la aldea mojave del desierto y la convertía en un extenso oasis. Hileras de mezquites y un tramo generoso del río Colorado la partían en dos. Otilia y Cornelio llegaron al valle en abril. Como cada primavera, la nieve derretida de las montañas provocó que el Colorado se desbordara e irrigara los plantíos ubicados en su ribera. En lugar de lamentar la inundación, Ispañol lucía jovial y orgulloso. Esto extrañó a Otilia, quien pronto descubrió que sus anfitriones no acostumbraban arar la tierra ni contaban con sistemas de riego que acarrearán el agua desde el río. Vivían tan cerca del cauce que toda la ranchería se veía cubierta por más de una cuarta de agua.

—No puedo creerlo —dijo Otilia en mojave, idioma que aprendió en tres semanas—. Ésta es una buena tierra. La están desperdiciando por culpa de su holgazanería. Podría enseñarles maneras para que su maíz crezca más sano.

Ispañol se sentó frente a la mexicana para que ésta le matara los piojos:

—Ustedes quieren poseer la tierra, pero la tierra se los comerá por orgullosos.

Cada mañana Otilia debía espulgar la cabellera de Ispañol, peinarlo, lavarle los pies, encontrar madera para sus flechas y limar obsidiana para sus puntas. Todo esto era atestiguado por Cornelio, cuyo odio a los mojaves se incrementaba segundo a segundo. Por la tarde, madre e hijo recolectaban

semillas de mezquite en la ladera de la montaña. Cornelio observaba al indio que vigilaba la única entrada al valle. Tenía el ojo morado porque Haina Anyay había intentado sodomizarlo esa misma mañana.

El niño lanzó una piedra a un árbol:

—¿Cuándo vamos a irnos de aquí?

—Todavía no podemos. Hay salvajes por todo el desierto.

—¿Lo amas tanto que no puedes dejarlo? ¿Es eso?

El niño recibió una bofetada por su insolencia.

—Lo hago por ti.

—Prefiero morir a ser el hijo de ese indio.

—Tu padre no tarda en venir por nosotros.

—Los mataré a los dos. Al indio por asesino y a mi padre por traidor.

—El oro lo puso así. Lo hizo perder la razón. El oro es del diablo.

—No me importa. Aun así lo mataré. Por traidor.

Los picos de las montañas lucían nevados y había escarcha sobre los mezquites y los chamizos. Por la noche se formó un semicírculo de mojaves alrededor de Otilia, quien cantó un villancico sentada en un tronco.

—Mexicana —dijo un mojave—, ¿tu melodía enciende las estrellas?

Otilia dibujó círculos en el lodo y figuras humanas sobre los círculos:

—Las estrellas son mundos donde viven personas como ustedes y como yo.

Cibicú dejó escapar una carcajada:

—¿Cómo es que esas personas no se caen?

—Los cuerpos grandes atraen a los pequeños. Como la Tierra, que nos jala hacia ella.

—Si eres tan lista —dijo Huyatc—, cuéntanos: ¿dónde se esconde el Sol?

—El Sol no se esconde, sino que giramos en torno a él.

Ispañol se puso de pie:

—Igual de mentirosa que los americanos. Llegó la hora de que te conviertas en una verdadera mojave. Agárrenla.

Dos varones sujetaron a Otilia. Cornelio no sabía qué ocurría e intentó defender a su madre. Fue inmovilizado por Haina Anyay.

—Te mataré si la lastimas —dijo el niño.

Cibicú practicó los cortes que le asegurarían a Otilia la entrada al paraíso. Enseguida colocó sobre las heridas el polvo azul de una crisocola calcinada y pulverizada. Cornelio atestiguaba el procedimiento con horror. Otilia gritaba y pataleaba para evitar que la tatuaran. No lo consiguió. Luego de terminar sus trazos sobre la cara de la mexicana, Cibicú centró su atención en el niño, a quien le perforó las orejas con un hierro candente e hizo pasar correas de piel por los orificios recién hechos. A continuación, el chamán puso colmillos de lobo en ambas correas e hizo dos perforaciones más en los brazos de Cornelio.

Ispañol se acercó al niño:

—Si no eres capaz de tolerar el dolor, ¿de qué te sirve vivir?

Cornelio Callahan perdió el conocimiento.

Lo que ocurrió esa primavera cambió para siempre el modo en que Cornelio Callahan veía la vida, el amor, el deseo, a las mujeres e incluso a los hombres. En particular a los hombres. Todo comenzó una madrugada de abril, cuando el polen y el rocío procedentes del Colorado flotaban en el ambiente; las güilotas lloraban; los corre caminos cazaban ratones huidizos; las agaritas presumían sus frutos rojos y el pasto se hallaba salpicado de lirios, toloache y lupinos. El niño no recordaba haber estado antes en un lugar tan bello y apacible, al tiempo que se reprochaba este pensamiento. Se esmeraba en ver el valle como su prisión, por más que no lo pareciera. Los mismos sentimientos encontrados se hacían presentes al pensar en Ispañol. Se suponía que debía odiar al hombre que había profanado de diversas maneras a su familia; sin embargo, ese mismo hombre le había impedido a Haina Anyay matarlos a él y a su madre en el desierto. Además, le había enseñado a rastrear y a subirse a un mesteño salvaje, a pelo; a fabricar flechas y a dispararlas desde su montura: conocimientos que le servirían en lo futuro y por los que de algún modo estaba agradecido.

Cornelio esperaba a su madre afuera de la cabaña de Ispañol para ir temprano a recolectar cerezas salvajes. El jefe indio salió sosteniendo dos jícaras unidas de la boca por una rama de mezquite. Colocó la rama en el

hombro del niño. Vacías, las jícaras colgaban de ambos extremos. Ispañol señaló el afluente del Colorado, a pesar de que Cornelio ya entendía su idioma. Comprendió la orden.

En el río lo esperaba, oculto, Haina Anyay. Cornelio se inclinó para que las jícaras se llenaran de agua. El mojave lo empujó por detrás y lo hizo caer al agua. La corriente y el peso de las jícaras le impedían ponerse en pie. Haina Anyay se aseguró de que nadie lo viera violando al niño.

—Tu madre es mujer de Ispañol —dijo el sodomita—. Tú eres la mía. Te quiero así.

Cornelio sintió el grueso pedazo de carne en su interior. A partir de ese momento, y en un plano por completo subconsciente, el niño adquirió un entendimiento perfecto acerca de la naturaleza humana. Te jodo porque puedo, dice siempre el grande al pequeño, el fuerte al débil.

A pesar de su bóveda estelar, a pesar de sus cascadas, a pesar de sus lirios silvestres, el mundo no es un lugar amable. El niño pensaba en esto cuando un torrente de placer lo penetró hasta eyacular. Tan pronto como el mojave relajó su cuerpo, Cornelio concentró su fuerza en un movimiento. Giró el torso. La rama dio en la cabeza de Haina Anyay. Esto le dio movilidad. Y un arma. Estrelló una de las vasijas en la nuca del sodomita. El barro se despedazó. Enseguida le propinó garrotazos. Por último, sumergió a Haina Anyay en el río hasta ahogarlo. Arrastró el cadáver a la orilla, le arrancó la cabellera, la llevó al centro de la aldea, la colocó sobre una estaca clavada al suelo y comenzó a bailar y a cantar en torno a ella. Los nativos que salieron de sus respectivos jacales atestiguaron con la boca abierta los festejos del pequeño asesino, quien creyó que sería torturado y sacrificado por los jefes mojaves. Se equivocaba. Su estatus en la tribu ascendió de esclavo a guerrero. Ispañol prohibió cualquier clase de represalia en contra de Cornelio. Su mandato fue respetado.

Una tarde de diciembre, Otilia y Cornelio regresaban de recolectar leña del cerro cuando notaron la enorme algarabía que dominaba el valle, concentrada en la cabaña de Ispañol, donde se llevaba a cabo el conciliábulo. Al acercarse, madre e hijo descubrieron las miradas rencorosas en los habitantes

de la aldea. Todos lucían molestos, en especial la madre de Haina Anyay.

—Están malditos —dijo la mujer—. Sabía que traerían la ruina a nuestro pueblo. Debimos matarlos cuando llegaron.

La madre de Haina Anyay alzó la mano para propinarle un golpe a Cornelio. Recordó las amenazas del temible Ispañol cuando éste declaró que el niño era intocable y se retractó. Incluso se hizo a un lado para permitirle el paso a Otilia y a su hijo. Dentro de la cabaña, Ispañol y el resto de los jefes mojaves conferenciaban con un yuma que lucía asustado por los gritos y las amenazas que recibía. Ispañol, quien se mantenía al margen de la discusión, estaba sentado en su poltrona, encorvado y con ambos codos apoyados en los descansabrazos. Le indicó a Otilia que se acercara tan pronto la vio. De inmediato, todos los mirones le abrieron paso. Hacía calor en la cabaña, a pesar del frío que imperaba afuera. Ispañol le entregó un cartón húmedo, con un mensaje escrito a mano y una letra infantil, tosca y sin inclinación. Otilia sostuvo el papel en las manos unos segundos antes de leerlo:

Francisco, honorable indio yuma, se presenta ante la Nación Mojave para solicitar de manera respetuosa la inmediata liberación de la mujer mexicana llamada Otilia Moreno y de su hijo Cornelio Callahan Moreno. Se desea que ambos lleguen al Campo Yuma antes de la Navidad; de lo contrario, mataré a todos los mojaves hombres, fornicaré a sus mujeres, mutilaré a sus hijos, quemaré sus casas y envenenaré su río.

Respetuosamente suyo,  
Timoteo Callahan

El mojave le arrebató la carta a la mujer:

—¿Qué dice?

Otilia dedicó unos segundos a calcular una respuesta prudente. Le resultaba imposible borrar el semblante aterrorizado de su cara. Sentía que el corazón se le saldría por la boca. Controló la respiración. Logró tranquilizarse.

—Es del gobierno norteamericano —dijo la mujer—. Saben que estamos aquí. Solicitan nuestra liberación o, de lo contrario, arrasarán con esta aldea.

Las palabras de Otilia Moreno confirmaron las del indio yuma y

reanimaron el griterío. Esta vez los ancianos dirigían las acusaciones contra Ispañol, a quien culpaban de haber cumplido la profecía del chamán, cuando anunció que la ruina del pueblo mojave se iniciaría luego de que un jefe se acostara con una mujer extranjera. En un inicio sus súbditos habían pasado por alto el desliz de Ispañol, pero ahora que había pruebas de que la profecía era cierta, todo eran reproches en su contra.

Un anciano de la tribu acusó a Ispañol:

—Es tu culpa.

—Dejó que ese niño asesino matara a mi hijo y no nos permitió castigarlo por ello —dijo la madre de Haina Anyay.

—Hay que matarlos y esconder sus cuerpos en la tierra —dijo otro de los jefes.

—Hay que dejarlos ir —dijo otro más.

Ispañol miraba a Otilia con semblante triste, ignorando el alboroto y los reclamos. No hacía nada para defenderse. La mexicana jamás lo había visto así, despojado de su orgullo y vanidad. Aquel hombre musculoso y corpulento lucía como un niño abandonado por su madre, a punto de perder su poder, pero más preocupado de perder a la mujer de la que se había enamorado. Sintió lástima por él. Ispañol alzó la mano para tocar la de Otilia. Recibió un fuerte manotazo de Cibicú, una acción a la que jamás se habría atrevido en otras circunstancias. El chamán fulminaba a Ispañol con la mirada mientras tomaba una decisión. Para entonces ya había asumido el control de la tribu.

—La mexicana se queda aquí —dijo, y con esto relegó a Ispañol a segundo plano.

—Los ojos pálidos dijeron que me matarán a mí y a toda mi gente si no regreso con los dos mexicanos. Entiendan: vine corriendo hasta aquí por piedad hacia mi gente y la de ustedes.

El chamán llamado Cibicú inclinó el torso hacia delante:

—¿Cómo son esos ojos pálidos?

—Uno lleva un castor muerto en la cabeza, tiene la cara llena de pelo, como la de un oso, no se ha bañado en años y es alto como un gigante. El otro es de pelo negro y lanza el mal de ojo en todas direcciones. Es el que más miedo da. Casi no habla. Son apoyados por el Gran Padre de los ojos pálidos y por un grupo de mineros locos.

—Si son tan poderosos, ¿por qué no han venido hasta aquí por ellos de una vez?

—El capitán Heintzelman, del Campo Yuma, acordó apoyarlos siempre y cuando enviaran primero una advertencia. Dice que si su ejército pone un pie en este valle, no podrá evitar una guerra, y no quiere eso.

El chamán llamado Cibicú preguntó por el tamaño del ejército en el Campo Yuma.

—Más de cien hombres bien armados con rifles, pistolas, mucha munición y cañones.

Cibicú cerró los ojos para aislar sus pensamientos del griterío. Llegó a una conclusión.

—Alto —dijo—. ¿Te quieres ir o te quieres quedar?

Otilia tragó saliva. Pensó bien su respuesta. La calidad de vida de ella y Cornelio había mejorado respecto a sus primeros días en el valle, cuando no eran más que simples esclavos. Ahora dominaba el idioma mojave, había hecho buenas amistades en la aldea y comenzaba a sentir cariño por Ispañol, un hombre tierno y cariñoso en la intimidad. Aun así, prefería regresar con los suyos, confesar sus pecados en una iglesia cristiana, trabajar la tierra de manera civilizada y disfrutar de las mieles de la cultura occidental. Estaba a punto de responder esto mismo cuando fue interrumpida por Ispañol.

—Se quiere quedar —dijo el jefe recién depuesto.

—Tú cállate, que tu opinión no vale nada —dijo Cibicú.

Otilia volteó a ver a Ispañol. Lo encontró más preocupado por la respuesta que ella estaba a punto de emitir que por la evidente pérdida de su jerarquía en la tribu. Comprendió el verdadero quid de la cuestión. A Cibicú y al resto de los mojaves les importaba su decisión sólo en la medida que representaba un voto a favor o en contra de su modo de vida. Rechazarlo tras haber gozado por más de un año de un lugar privilegiado en la estructura social mojave, ni más ni menos que como la mujer del jefe de la tribu, significaba el rechazo de toda una manera de entender la vida. Obedeciendo y representando la voluntad de su pueblo, Cibicú preferiría matar a los mexicanos y atenerse a las consecuencias de ese acto que perdonar la humillación de aquel que desprecia sus costumbres, su sistema político, su religión y su cosmogonía en favor de las del hombre blanco.

—Me quiero quedar —dijo Otilia Moreno después de mucho pensarlo.

El yuma llamado Francisco se llevó sus manos a la cabeza. No lo podía creer.

—La extranjera ha hablado y ha dicho que ella se quiere quedar —sentenció Cibicú.

El yuma vio deshechas las esperanzas de salvar a su familia. El griterío revivió. La muchedumbre mojave besaba y palmeaba a Otilia. Ispañol emitió un suspiro de alivio y apoyó la espalda contra la silla, relajando todo el cuerpo. Como era un niño muy listo, Cornelio comprendió los motivos de su madre. Cibicú la veía con desconfianza, pero quedó satisfecho con su respuesta.

Por la noche, frente a la hoguera, los guerreros afilaban sus flechas y hachas. Huyatc y su ayudante cavaron un agujero profundo en el suelo. Por órdenes de la anciana, dentro del pozo se colocaron el hígado de un toro, tres serpientes de cascabel vivas, cinco alacranes, siete tarántulas, un monstruo de Gila y un puñado de ciempiés. Con un palo, la bruja azuzó a las alimañas hasta que todas lanzaron mordidas que envenenaron el hígado, donde los guerreros enterraron las puntas de sus saetas.

Otilia notó la excitación en los hombres causada por la cercanía de la muerte. Los taparrabos eran incapaces de ocultar sus erecciones. Mientras tanto, Ispañol cortaba el cuero más grueso del toro sacrificado, desde el morrillo hasta el brazuelo, y lo arrojó a la lumbre. Antes de que se quemara, lo sacó del fuego, le quitó la carne con una piedra y lo alisó con los sesos del propio animal. El cuero fue atado a un arco de nogal por medio de correas. Ispañol le dibujó a su escudo una liebre en el centro. El diseño le recordaba un suceso ocurrido un par de meses atrás. Era un día caluroso de verano, en que el mojave perseguía una liebre por el valle, cuando sorprendió a Otilia actuando en forma misteriosa y enterrando algo en la tierra, detrás de un palo verde. Ispañol se ocultó bien para no ser descubierto y, cuando ella se alejó, corrió a ver qué había sepultado. Halló una caja de madera que albergaba una especie de cojincillo hecho de franela roja y decorado con hermosos parches amarillos y azules, llenos de figuras humanas, estrellas y lunas. Al ver esto se



asustó y dio crédito a las palabras de Cibicú cuando le advirtió que existía una gran posibilidad de que Otilia fuera bruja por la manera en que lo había enamorado. Él sabía que no podía mostrarle el contenido de la caja al chamán, porque convencería a la tribu de quemarla viva. Al mismo tiempo temía que, si pasaba por alto la evidencia de que era una bruja, estaría traicionando a su pueblo y precipitando su ruina, tal como lo anunciaba la profecía. Ispañol pasó noches en vela intentando tomar una decisión. Una noche, el gigante se desmoronó:

—Perdón, perdón por todo lo que te hice. No quise matarlos.

Otilia le acariciaba el pelo y la espalda, insegura de lo que ocurría. En esos días el río más bien parecía un arroyo, la cosecha resultó escasa y los animales no se acercaban al valle, por lo que había que cazar en las montañas. La sombra de una severa hambruna se posaba sobre la aldea. Se tenía planeada una guerra contra los cucapás a mediados de la próxima luna, cuando se les despojaría de todas sus provisiones; sin embargo, si el embrujo de Otilia era efectivo, el resultado de la lucha sería desastroso para los mojaves.

Ispañol tomó una decisión. Decidió confrontarla en flagrancia. Se dedicó a seguirla todos los días. Pasó una semana y luego otra y Otilia no volvió a visitar su bolsa mágica. A pesar de esto, Ispañol seguía sin dormir:

—¿Eres una bruja?

Otilia levantó la cabeza de la almohada:

—¿Cómo te atreves?

—Sólo te pido que me contestes, por favor.

—No. No soy una bruja —Otilia le dio la espalda.

Ispañol procedió a besar el cuerpo de la mujer.

—Perdóname —dijo.

Esa noche el acto sexual fue tan gratificante que le permitió al líder mojave librarse de sus preocupaciones. Durmió como un bebé. A la mañana siguiente le preguntó a Cornelio si deseaba participar en el saqueo contra los mentirosos cucapás. El niño afirmó que significaría un honor para él. Ispañol acarició el pelo del muchacho.

—Eres Lobo —lo rebautizó.

Se acercaba el día de la invasión a la aldea cucapá. El jefe mojave buscaba una fibra de yuca lo bastante larga para el arco que le obsequiaría a

Cornelio cuando sorprendió a Otilia de rodillas, cerca del palo verde. Ispañol volvió a ocultarse para no ser visto. Decidió no confrontar a la mexicana. Esperó a que se alejara. Cuando el jefe indio desenterró la caja de madera, ya no contenía el cojincillo rojo. Resultaba obvio que se lo había llevado. Ispañol regresó la caja a su lugar y siguió todos los movimientos de Otilia. Por la noche, esperó a que la mexicana cayera dormida para buscar el cojincillo entre sus escasas pertenencias. Contaba con una peineta de baquelita, tres monedas saturadas de pátina, unas enaguas limpias y varios minerales, entre éstos ópalo, labradorita, wulfenita y granate, todo envuelto en una frazada y cerrado con un listón. Ispañol dejó la frazada y el listón tal como estaban y continuó buscando el cojincillo en cada rincón de la cabaña. Pensó que tenía que estar ahí. El mojave la había seguido de cerca el día entero. Estaba seguro de que no se había deshecho de su tela misteriosa en ningún punto del valle. Se paró en el centro de la cabaña y se rascó la cabeza. Estaba a punto de darse por vencido cuando vio la pierna desnuda de Otilia moverse sobre el petate. ¿Será posible que esté ahí?, pensó. Con cuidado, buscó la franela acolchonada en el cuerpo de la mexicana. Por fin la encontró en sus pantaletas, cumpliendo las funciones de una toalla sanitaria. El mojave se sintió avergonzado y miserable tras realizar este descubrimiento y se enamoró más que nunca de ella, quien se había aferrado a su accesorio de aseo personal desde su llegada a la aldea, en calidad de esclava, sin que nadie lo notara, al tiempo que sufría todo tipo de abusos y humillaciones. Para Ispañol, aquel evento resumía a la perfección la personalidad de Otilia: una mujer incapaz de perder su dignidad, incluso en las situaciones más precarias. Por eso le costó tanto despedirse de los mexicanos la noche en que los ayudó a escapar del valle. Primero despertó a Lobo, quien dormía junto a la hoguera, rodeado de guerreros que soñaban sueños placenteros de mutilación y muerte. Lo acompañaba el atemorizado yuma. Los tres entraron a la cabaña para despertar a la mujer.

—Otilia, es hora de irnos —dijo el jefe llamado Ispañol.

Varios bules llenos de agua y morrales equipados con tasajo colgaban del cuerpo del mojave, quien acompañó a los fugitivos hasta el desierto, a donde llegaron por la mañana del siguiente día.

Otilia estaba preocupada por el bienestar del jefe indio:

—¿Qué va a ser de ti?

—Diré que lo hice por el bien de mi pueblo. No teníamos posibilidad de ganar.

Otilia Moreno cogió la mano del mojava:

—¿Cibicú será el nuevo jefe?

Ispañol sonrió:

—No por mucho tiempo.

Lobo se mantuvo callado durante el viaje. Sabía que tarde o temprano regresaría a la aldea mojava para cobrar venganza por las ofensas sufridas. No se despidió de Ispañol. El jefe indio atribuyó el carácter taciturno del muchacho a su deseo de quedarse con él en el valle. Se equivocaba.

Luego de tres días de refriegas, el 30 de junio de 1874, por la tarde, finalizó la Segunda Batalla de Muros de Adobe. Un cazador de talante bromista había ensartado cabezas indias en cada esquina del corral, como para enmarcar la victoria del blanco y del sedentario. Sus amigos enterraban los caballos y bueyes sacrificados en tumbas al ras de la tierra. Los indios caídos fueron arrastrados lejos, por medio de cueros de búfalo, para podrirse donde el hedor no los molestara.

Timoteo Callahan abordó a Lobo, quien permanecía sentado junto a la aspillera. Expectante. Con el rifle Sharps todavía en el regazo.

—Eres bueno con esa cosa.

El vetusto cazador no recibió respuesta de Cornelio, quien había reconocido a su padre desde hacía una semana.

—Mi nombre es Timoteo. Eres al que todo mundo llama Lobo, ¿no es así? ¿Cuál es tu otro nombre?

—Solamente me llamo Lobo. No tengo otro nombre.

A los oídos de Timoteo habían llegado las historias de un mestizo de colmillos afilados y uñas como garras, apodado Lobo, quien acostumbraba comerse el corazón de sus enemigos después de cada batalla. De nada sirvió irme, pensó Timoteo. El muchacho nació maldito, agregó en su mente.

Timoteo Callahan cometió el error de decir:

—¿Cómo está tu madre?

El viejo recibió un puñetazo por respuesta y cayó al suelo. Desde ahí le mostró a Lobo que él también sabía morder. Se prendió de la pantorrilla de su hijo. Éste dejó escapar un agudo alarido de dolor que llamó la atención de todos los cazadores, quienes comenzaron a hacer apuestas. Padre e hijo desenvainaron sus respectivos cuchillos y se propinaron grandes tajos en la piel. Los espectadores jamás habían visto un combate más sucio y encarnizado, con patadas a los testículos, picaduras de ojos, mordidas, puñetazos y cuchillazos. Exhaustos, los luchadores se permitieron un descanso. Cornelio empezó a sentir cómo se le cerraba el ojo derecho a causa de un puñetazo de su padre. Detestaba esa sensación. Más por el cosquilleo que por el dolor.

—¿Qué fue de Cíbola? ¿Encontraron el oro?

—Cíbola era lo que se dice una ilusión óptica —dijo Timoteo—. Desde el cerro se veían las casas doradas, las torres y las calles de la maldita ciudad. Incluso estaban los gendarmes gigantes, con sus penachos emplumados a la entrada. Al acercarnos, resultó arenisca moldeada por la lluvia. Fue lo mismo que vio el apache. Bill y yo peleamos, maldecimos, reímos y lloramos como locos. La puta naturaleza nos jugó una buena broma.

El viejo le entregó a Lobo un guardapelo que albergaba un pequeño daguerrotipo.

—Esto es tuyo —dijo.

Era el mediodía cuando Lobo desenterró su rifle, equipó sus dos cananas con municiones calibre .50 y se las colocó cruzadas al pecho. Se limpió el sudor de las manos. Tras cuatro intentos, convirtió a la primera oveja en una nube de lana. Después de esto no falló. Recuperó la práctica.

—Hijo de puta —dijo Macario Santana luego de ver lo que hacía Lobo con sus borregos y justo antes de perder la cabeza, literalmente.

Lobo metió un nuevo cartucho en la recámara.

—Madre —dijo—, lo intenté.

Los relámpagos y el olor a tierra mojada anunciaban una nueva tormenta.

Gumaro intentaba abrir el guardapelo. Sus manos torpes eran incapaces de lograrlo.

Lucero se rascó los testículos y se olió la mano:

—No creí que sabría tan rico desquitarme por lo de mi amá. ¿Cuándo volvemos a ir?

Por fin Gumaro consiguió abrir el guardapelo. Lo puso junto al quinqué. Aguzó la vista. Distinguió a la mexicana, al extranjero y al niño. Señaló la inscripción:

—¿Qué dice aquí?

—Otilia, Timoteo y Cornelio Callahan. 16 de septiembre de 1848 —leyó Casimiro.

La mención del último nombre heló la sangre de Gumaro:

—¿Cómo se llamaba el perro malo que aventó a mi apá del puente?

—No era un perro. Era un lobo —dijo Casimiro Méndez.

El pistoletazo en la cerradura abrió de par en par la puerta de madera; sin embargo, la detonación no fue oída por los hermanos Méndez. Lo que sí escucharon fue el escalofriante aullido del lobo. El viento helado que entró en la casa apagó las llamas de los quinqués. Un relámpago les permitió distinguir el hocico, los colmillos y la figura de un lobo negro, justo a la entrada de la casa. Casimiro disparó su carabina. El lobo ya no estaba ahí.

—San Jerónimo, socórreme —dijo Gumaro antes de abandonar a sus hermanos y salir corriendo por la puerta trasera.

Casimiro retrocedió hasta colocar la espalda contra la ventana:

—¿Qué está pasando?

Lucero iba armado con una pistola de seis tiros. Casimiro desapareció por la ventana, ante la mirada atónita de Lucero, quien, a pesar de los alaridos de su hermano, no logró moverse de donde estaba.

—El lobo, el lobo —dijo.

Era medianoche y Gumaro estaba exhausto. No podía más. Lo animaban a continuar los alaridos de Casimiro, los cuales alcanzó a oír antes de salir corriendo rumbo al norte. Llevaba huyendo más de tres horas, sin perder a su cazador. Jamás había visto a alguien tan bueno para rastrear.

—¿Quién eres?

No recibió respuesta. Se percató de una cosa: él creía dictar el rumbo de su fuga; sin embargo, cada que su trayecto viraba en dirección al pueblo, su perseguidor le cortaba el paso.

—Me están venadeando —dijo.

Al caer la madrugada, Lobo acorraló a su presa hasta el puente Negro que estaba en Resurrección, a donde Gumaro se negaba a ir.

—No —dijo.

Lo terminó de convencer la cabeza cercenada de su hermano Lucero, que llegó rodando hasta sus pies. Gumaro lloraba.

—Mataste a mis hermanos —dijo—. Mataste a mi padre.

Lobo recordó el jacal aquella noche, también lluviosa, con los tres niños sin prendas y ovillados dentro, como pequeños caracoles rotos y descartados en el lodo de un pantano maligno. Lobo recordó a Maclovio Méndez, también desnudo, pidiendo clemencia. Lobo se vio a sí mismo en esos hijos de campesinos y arrieros. Esto lo aterró. Lobo se vio a sí mismo en Maclovio Méndez. Esto lo aterró aún más. Lobo se vio a sí mismo en el valle del Mojave, con Haina Anyay, en la primavera de 1852. Lobo dejó caer la pistola al suelo porque no quería usarla. No con Maclovio Méndez. Tenía reservado algo especial para él. Vicente le había pedido que rescatara a los niños y se lo llevara vivo pero, en vista de las circunstancias, sería necesario improvisar. Lobo fue por Maclovio Méndez con sus colmillos y garras por delante. Esto había ocurrido en 1861.

—Tú aventaste a mi padre por este puente —dijo Gumaro—, en el año de 1877.

—Él solo se aventó —dijo Lobo—, luego de que le arranqué las orejas, los güevos y le metí un palo por el culo.

Gumaro se quitó el guardapelo y lo dejó caer al piso:

—Aquí está tu medallón. El gendarme nos dijo que te lo robáramos.

Lobo recogió su guardapelo.

—Salta al río —dijo.

Gumaro saltó al río. Esperaba que la corriente, contribuida por la

tormenta, amortiguara lo suficiente su caída. No fue así.

—Nunca me tocaba —dijo Sara.

Jesús Corral besó su hombro:

—Pero estás bien bonita. ¿Por qué no te tocaba?

—Pienso que es maricón. Pienso que le gustan los hombres.

El gendarme sonrió. La mujer también sonrió. La esposa del impostor le proporcionó una felación a Jesús Corral. La pareja fornicó y fornicó y fornicó y después Sara se quedó bien dormida. Un ominoso lobo negro la persiguió toda la noche. Cuando despertó, Lobo estaba frente a su cama. Apuntaba a la cara de Jesús Corral con su Sharps.

Lobo entró a comprar tabaco fresco al colmado de Charles Rath y luego salió a dar una caminata por las inmediaciones de Muros de Adobe. Sorprendió a su padre dedicándole una lágrima al cadáver del comanche. Se acercó a él:

—¿Le lloras? —dijo, asombrado.

—Se acaba nuestro tiempo. Poco a poco se van estos hombres. Nos iremos también.

—¿De qué hablas?

—¿Te has preguntado qué harán con nosotros cuando ya no les sirvamos?

—Civilizarnos —dijo Cornelio Callahan.

—¿Has visto a un lobo civilizado?

## II

### DON QUIJOTE EN EL OESTE

Esta llanura mata a los osados. Forja el carácter de aquellos que la sobreviven. Su paisaje desalmado no ofrece consuelo al viajero. Es un paisaje que sublima el espíritu e incrementa el latido de los corazones. Un paisaje que extrae lo mejor y lo peor de cada hombre. Un paisaje que evoca el segundo valor máspreciado del ser humano: la libertad. Un valor que constantemente se paga con la vida e incluso con una muerte larga y tortuosa a manos de los bárbaros.

Luego de una intensa conversación oral y epistolar con el Emmo, don Ángel Trías, que se prolongó por años, finalmente lo convencí de que los salvajes jamás se convertirían en ganaderos domesticados. Mucho menos en agricultores, lo cual consideran una labor indigna para un guerrero. Antes pelearían hasta la muerte. Ellos más que nadie desprecian el sedentarismo de los evangelizados. Como se lo expliqué al excelentísimo ciudadano gobernador, la empresa de Hernán Cortés fue más sencilla que la nuestra. No es lo mismo conquistar ciudades que a tribus nómadas piloteadas por los mejores jinetes que el mundo ha visto, capaces de disparar más de diez flechas por minuto sin desmontar ni detener el trote. El citadino siempre será más fácil de someter, desde que los bienes inmuebles se convierten en ataduras que los obligan a tolerar, de buena o mala gana, la autoridad del conquistador.

En estas tierras no valen los títulos de propiedad ni los dictámenes de los tribunales. En estas tierras vale más el poder de la fuerza y de la astucia que el de la razón. Es lo que no han entendido quienes prefirieron abandonar la parte septentrional del país para que los calvinistas la reclamaran como suya. ¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué renunciar a la vastedad de un prado oceánico que esperaba ser pastado por nuestras vacadas y yegudas? Por una simple razón: el terror a los aborígenes. Dejen que los anglosajones se encarguen de ellos,



pensó el gobierno de la nación, esa entidad construida a imagen y semejanza de sus vasallos. Extendieron contratos de colonización que buscaron establecer carne de cañón en el ingobernable y temido Llano Estacado.

Las protestas sobre asuntos de esclavitud y aranceles, esgrimidos por una y otra raza, son minucias que cuando mucho aceptaron los engranajes de la historia. El país estaba condenado a la mutilación. Como se lo hice ver al ilustrísimo don Ángel Trías, luego de la venta del valle de La Mesilla, el gobierno de Washington tenía la mirada puesta en nuestros estados nortños. Sus mejores armas le garantizaban el control sobre los indios; ahora sólo esperaba que éstos continuaran con sus depredaciones para ahuyentarnos de aquí también. El pueblo de Redención y los ranchos circunvecinos se estaban quedando sin gente. Los Urdiñola, Zubía, Allende, Villalpando y muchas familias más emigraron hacia latitudes menos sangrientas, la mayoría luego de perder a seres queridos a manos de la indiada.

Sus propiedades eran suyas hasta que el salvaje disponía de ellas. Inmensa indignación me provoca recordar adueros abandonados por el simple amague de indios en taparrabo. Semejante panorama me hacía dudar de las capacidades del mestizo y, sobre todo, de su valor. En el '42 tan sólo siete apaches sitiaron la capital del estado, sembrando el terror mientras mataban y aullaban como diablos por las calles de la ciudad. Los hombres, si se les puede llamar así, se escondieron bajo sus camas. En el '43 pusieron al pueblo entero de Socorro a cuidarles su ganado, a cambio de no matarlos.

En un principio el nunca bien ponderado D. Ángel Trías creyó que las hordas de paganos serían seducidas por las bondades del humanismo europeo, las dulzuras del intercambio comercial y la lógica del trabajo alquilado. Le expliqué que tal pensamiento registraría el mismo fracaso de aquellos que depositaron sus esperanzas en nuestras Sagradas Escrituras. Reconoció lo evidente: nuestra única opción era el exterminio sin miramientos de los impíos.

No me avergüenza admitir que los primeros pelambres pagaron mi rancho y mi primer semental. Luego llegó el '62. Un gesto de terror macabro se apoderó de los nortños, quienes ya no sabíamos a qué temerle más, si a la incursión de los bárbaros o a la Peste, la cual se reinstaló en Redención y trece años después se llevó a Rosa, esposa de Sixto Mejía, y a Otilia Moreno, madre de Lobo. El '62 también se distinguió por proveer el verano más

caliente del que tengo memoria. Ni una nube en el horizonte, el río seco y el campo convertido en un banquete para los carroñeros. Para rematar este desfile de calamidades, en agosto de ese mismo año numerosas reses con el hierro de nuestro rancho y de los Puig Gallegos fueron hurtadas por los salvajes y llevadas a la cordillera, por lo cual, como jefe de campaña, invité a los vecinos más bragados de Redención a perseguir a los salvajes.

Las siete mil trescientas cuarenta y dos hectáreas de mi rancho fueron adjudicadas por el ayuntamiento en subasta pública, previas las solemnidades de ley sobre desamortización. No pienso negar que esta finca fue adquirida por una ínfima parte de su valor actual, pero también es pertinente recordar que se trataba de una propiedad despreciada. ¿A quién podía interesarle un predio constantemente asolado? Su ubicación hacía de Redención el único lugar del hemisferio en ser azotado de manera periódica por los tres pueblos más belicosos del mundo: el comanche, el apache y el gringo.

Me instalé con mi familia en las ruinas del viejo presidio Vizcarra, que luego de unas cuantas reparaciones aún serviría como fortificación. Por eso me fui con la conciencia tranquila, después de dejar encargado a mi cuñado Edmundo el cuidado de mi esposa y de mis suegros. Hasta mi regreso, ni él ni Próspero, nuestro mozo de cuadra, debían abrir el portón ni interrumpir las rondas por el adarve.

Partimos en pos de los salvajes, no sin antes oír misa en la capilla de San Lorenzo, donde nos encomendamos a Jesucristo Nuestro Señor y a la Virgen Santa María, su bendita madre. Al tercer día, Cruz Santos avistó al capitancillo Mangas Coloradas y a sus andrajosas huestes en el margen derecho del río de Los Lamentos. Descarnaban veinte de mis reses hasta dejarles la pura cabeza. Por lo fragoso del carrizal, desestimé el ataque y, en su lugar, ordené la retirada rumbo al pabellón de Santa Clara.

Al caer la tarde más de trescientos apaches transitaban por la hondonada, rumbo al noroeste. Don Borja Puig Gallegos propuso disparar nuestros fusiles desde lo alto del cañón. Le recordé nuestro plan de bajar por los peñascos y descargar el ataque a medio camino, lo cual favorecería la puntería. Puig Gallegos alegó que de esa manera ofreceríamos un flanco vulnerable. Le pregunté si no le parecía una mejor idea disparar su fusil desde la sala de su hogar. No recibí respuesta. Descendí por el camino rocoso. Los valientes me

acompañaron a paso firme. Las descargas de los mosquetes convirtieron el discreto peregrinaje de los indios en pandemónium. Aprovechamos la confusión para finalizar el descenso hasta la vaguada, donde disparamos pistolas a bocajarro. Este procedimiento facilitó la lucha cuerpo a cuerpo. Los bárbaros causaron tan sólo tres heridos y dos bajas en nuestro bando: Rodrigo Elizondo y Mónico del Río, vecinos de Redención. Rodrigo tenía tan sólo diecinueve años cuando murió por efecto de una saeta envenenada en el pabellón de Santa Clara. Estaba casado con la hechicera Maritornes, de más de cien, quien, concedora de la suerte que correría, lo mandó a combatir a los infieles para así conseguirse ella un compañero más joven.

En vida Rodrigo solía ser un muchacho patilludo, de mostacho envidiable y cuerpo gallardo. Mónico también era joven. Llegó al campamento acompañado de sus hermanos, quienes, al igual que él, iban armados con toda clase de cuchillos oxidados que colgaban de sus cinturones. Uno de ellos incluso cargaba con un asador y un sartén. A causa de ese trastero los hermanos Del Río anunciaban su llegada a una legua de distancia. Les pregunté:

—¿Acaso planean fundar una nueva ciudad?

Hice que tiraran sus cachivaches. Eran muchachos buenos. La afición de recolectar bártulos la heredaron del padre, quien solía ser un cuadrillero de vara alta de la Santa Hermandad y murió a manos de los apaches en el '39.

Finalizadas las exequias, hicimos recolección de piezas, cortadas con todo y orejas. Sumaban un total de 72. Se repartieron equitativamente. Las que le tocaban a Mónico las entregué a sus hermanos para beneficio de sus padres. Se recuperaron tres cuartas partes del ganado robado. Tan sólo cinco guerreros escaparon, entre ellos Mangas Coloradas. Dejamos a sus cachorros libres al día siguiente, para que siguieran a su capitancillo por el desierto.

A pesar de la matanza de indios en el pabellón de Santa Clara, las aves de mal agüero volaban en dirección al antiguo presidio Vizcarra. El sargento Sixto Mejía y un servidor cabalgamos hacia allá. Las tres columnas de humo que ascendían de mi rancho anunciaban el mayor tormento que un ser humano puede sufrir. El regreso de comanches al estado, tras más de más de diez años de ausencia misteriosa, coincidió con mi persecución de Mangas Coloradas.

Edmundo les abrió el portón, a pesar de Próspero, quien de seguro se

opuso, aunque su sentimiento de inferioridad le impidió desafiar al cuñado de su amo. Los apóstoles de la destrucción entraron a la hacienda aullando. Prendieron fuego al henil. Una punta de obsidiana atravesó el pescuezo de Próspero luego de que éste liquidó a tres machos. A mi amada esposa le arrancaron a nuestra criatura del vientre y la azotaron con ella. Enseguida, le cercenaron un pecho que los bárbaros mordieron frente a sus ojos, mientras agonizaba.

La encontré ultrajada y sin cabellera, que le arrancaron de oreja a oreja. Mi suegro estaba a su lado, con los genitales en la boca. A su esposa, doña Josefina Burgos de Santacruz, le cortaron los párpados para que no perdiera registro de lo que le ocurría a su familia. Después de recibir un hachazo en la frente, mi suegra se hizo pasar por muerta. Permaneció bocarriba hasta que la depredación se extinguió. La tribu norteña se llevó cautiva a Loreto, una hermosa mujer de tan sólo quince abriles y desafortunada esposa de mi cuñado Edmundo, quien abandonó a los suyos, huyó y se ocultó en la ciénaga.

Siempre supe que este duro caliche no se ganaría sin pelear. Por eso no me fui. Ni cuando los comanches masacraron a los míos. ¿Cuál era mi derecho sobre esta tierra? Que la quería para mí y para mi descendencia. Es el derecho que hicieron valer los propios comanches cuando expulsaron a los jicarillas, osages y lipanes. Es el único que vale.

### III

## EDMUNDO EXPLICA POR QUÉ ABANDONÓ A SU FAMILIA DURANTE LA MASACRE EN EL PRESIDIO VIZCARRA

Vicente tenía en su sala una colección de cabelleras que no pensaba cobrar al gobierno. Las quería para contemplarlas. Por la tarde se sentaba en su equipal y se ponía a beber *brandy* frente a ellas. Con su cara de asesino. Sin haberse quitado las chaparreras. Con la damajuana en una mano y la fusta en la otra. Se pasaba horas así.

Se decía hidalgo. ¿De qué linaje? Peor aún, ¿quién lo hizo coronel? ¿Quiénes fueron sus padres? ¿Y sus hermanos? ¿De dónde vino? Por cierto, admiraba a Hernán Cortés, a Bernal Díaz del Castillo, a Cabeza de Vaca, a Francisco Pizarro y a toda esa camada de asesinos. Devoraba sus memorias como el Quijote se zampaba los libros de caballerías. Tenía una biblioteca entera dedicada a ellos. Una tarde lo sorprendí disfrazado de conquistador, con todo y peto. Se lo conté a mi hermana Mercedes, pero no dijo nada al respecto. Ni mis padres. A éstos les propuse con vehemencia regresar a Guanajuato. No teníamos nada que hacer en ese lugar de muerte y desolación. Se los imploré. No quisieron abandonar a su hija. Además, mi padre estaba seguro de que Vicente se convertiría en un hombre muy acaudalado. No se equivocó. Tampoco vivió lo suficiente para disfrutarlo.

El emisario de Sahuaro se acercó al rancho para hablarme en castellano. Desde la torre conferenció con él. Me informó que lo único que su jefe quería era rescatar las cabelleras de su gente, las cuales sabía que Vicente atesoraba en su tipi de lodo<sup>[2]</sup>. No me sorprendió que los *numunuu* tuvieran posesión de este dato. Los informantes fueron los vaqueros del rancho que a veces hacían de comancheros en la república texana, llevándoles café, prendas de algodón, azúcar y tabaco a cambio de mesteños mansos, piel de bisonte y rehenes güeros.

Le propuse al emisario arrojarle todas las cabelleras desde la torre de la entrada, pero el comanche me hizo ver que tal proceder constituiría una falta de respeto según las costumbres de su pueblo, por lo que accedí a abrir el portón. Tan pronto lo hice, una ensordecedora explosión detonó justo detrás de mi oreja. Se trataba del mosquete de Próspero. El emisario cayó al piso. Dejé caer el racimo de cabelleras y fui a atender al herido. Estos actos fueron interpretados como propio de traicioneros por parte de Sahuaro, quien nos envió a dos de sus guerreros. Próspero los asesinó a sangre fría, como si no fueran sus hermanos, como si no compartieran al mismo tirano que los ponía a luchar entre sí. El famoso *divide et impera* ejercitado una y otra vez en este valle de lágrimas.

Pareció como si la tierra hubiera escupido a la caballería comanche, ubicada a menos de cuarenta varas de nosotros. Embistieron contra las puertas del presidio Vizcarra a una velocidad relampagueante. Caí en la cuenta: el coraje, la indignación y el encono de esa gente contra mestizos y blancos estaba más que justificado. Nuestra raza planeaba eliminarlos de la faz de la Tierra por medio de enfermedades, despojos y marginación, envenenando sus ríos con el cólera, exterminando al bisonte para vender sus pieles en Nueva York y promoviendo el consumo de bebidas espirituosas para idiotizarlos. ¿Y por qué? Si ellos también son hijos de la gran familia mexicana y tienen el mismo amor por la vida y por los goces que la naturaleza les concede a todos los mortales para su conservación.

Esta violencia la provocamos nosotros mismos, pensé. Nos la merecemos. Éste es su suelo. ¿Qué nos hace mejores que ellos? ¿Nuestras absurdas ambiciones? ¿Nuestro cristianismo hipócrita?

Luego entendí algo aún más oprobioso: Vicente había pagado la finca donde vivía mi familia con dinero ensangrentado, producto de la venta de cabelleras indígenas en la Casa de Gobierno. La auténtica fuente de su fortuna. De creer en las mentiras promovidas por el Vaticano, me habría puesto de rodillas ahí mismo y habría gritado *mea maxima culpa*. Huí de la lucha afectado por el profundo sentimiento de culpa, no por cobardía. Repito: no por cobardía.

Quizá el sentimiento más fuerte que corría no por mi corazón, porque... ¿Qué es esa abstracción a la que llamamos corazón y le atribuimos la

capacidad de volvernos seres dolientes, amorosos y compasivos? ¿El órgano encargado de bombear sangre por nuestro organismo? Vaya superchería. Los sentimientos pasan por nuestra mente. Es el mayor don que tenemos, ya que el cerebro humano, bien utilizado, es el azote de las supersticiones y el principal dador de verdad, paz, ciencia y justicia del universo. Como decía, el sentimiento más fuerte que corría por mi mente en esos momentos era el de la más profunda admiración por esa raza de individuos que, en clara desventaja numérica y científica, no se daban por vencidos y desafiaban con arrojo al colonizador.

Retorné a los muros del presidio Vizcarra buscando a mi mujer y a mis padres. Fracapé en esta empresa. Supuse que ya habían escapado por el pasadizo ubicado en la parte trasera del fortín. Hacia allá me dirigí. Corrí hasta la ciénaga, donde me oculté bocabajo hasta que cayó la noche.

Éramos pobres, pero honrados. Mi padre era guarnicionero en Celaya. Su ruina se inauguró el día en que Vicente se apersonó en su taller para hacerle un pedido de alforjas, albardas, jáquimas y cabestros, todo para su rancho ubicado cerca de la frontera con Estados Unidos. El cortejo del latifundista a Mercedes no se hizo esperar. Por su piel de porcelana, su sonrisa de ángel y sus ojos almendrados, me consta que la beldad de Mercedes era inigualada en todo el Bajío, y que tenía más pretendientes que cualquier doncella de la alta sociedad. Hombres donosos la pretendían, aunque mi madre hizo proselitismo en favor de Vicente. Tomaba en cuenta su evidente solvencia económica, y por eso exaltaba esta característica como la más importante a tomar en cuenta a la hora de buscar pareja.

El hecho de que ciertas mujeres pongan tanto interés en la liquidez de sus pretendientes siempre ha sido para mí uno de los misterios más grandes de la humanidad. Como si fuera lo más importante. ¿Y la profundidad del intelecto? ¿Y la sensibilidad artística? Tiempo después, cuando le eché en cara a mi madre haberse decantado por Vicente tan sólo por su fortuna, ella me dijo que aquél jamás voltearía a ver a otra mujer que no fuera Mercedes. Patrañas. Sé de muy buena fuente que era cliente asiduo del lupanar de doña Tules, donde pasaba semanas enteras, gastaba fortunas y también contrajo la vergonzosa enfermedad que lo aquejaba hasta la fecha. No sólo eso. Desde siempre vio a mi esposa con mirada lasciva. La acosaba por el rancho entero. La verdadera

razón por la cual Vicente fue en su búsqueda es que la quería para él, no por humanitarismo.

Por último, hago responsables del tormento sufrido por mi familia no a los indios nativos de estas tierras, sino a terratenientes como Vicente y sus semejantes. Su estulticia y banalidad es el principal obstáculo para el progreso, la paz y la igualdad de las razas. He hablado.



## IV

### EL CORONEL HACE LA PROMESA DE RESCATAR A LORETO Y POR SIEMPRE PROTEGER AL ESPOSO DE ÉSTA

Corté un pedazo de enaguas y lo coloqué, a guisa de venda y con sumo cuidado, sobre los ojos de doña Josefina. Humedecí sus labios con mi odre para remediar su absoluta deshidratación. Quería a esa mujer como nunca tuve oportunidad de querer a mi propia madre. Me desgarraba el corazón verla en ese estado. Sixto Mejía me ayudó a subirla al calesín. La llevaba recostada en mi regazo, mientras mi fiel escudero conducía con rumbo hacia Texas. Luego de orar con devoción a la Virgen por el alma de su pobre hija y de su marido, doña Josefina me rogó por la vida del muchacho. Tal vez creyó que tenía pensado matar a su hijo.

—Tienes que volverlo un macho y ayudarlo a rescatar a Loreto.

—Puse a Mercedes en manos de esos malvados —chillé.

Doña Josefina me acarició el pelo:

—El mundo necesita a gente como tú.

Lloraba a moco tendido:

—Ay, Dios mío. ¿Por qué los traje a este infierno?

—Mi familia te demostró que no somos cobardes.

Me soné la nariz con mi pañuelo:

—No lo son, no lo son.

—Mi viejo siempre creyó en ti; te vio como a un hijo. Yo también. Le diste buena vida a Mercedes. Jamás volteaste a mirar a otra mujer. Mi hija vivió feliz a tu lado. Te estoy agradecida por eso. Ahora júrame que rescatarás a Loreto y que siempre protegerás a Edmundo.

Paré de chillar.

—Le juro que rescataré a Loreto —dije.

—Y júrame que siempre protegerás a Edmundo.

—También le juro que siempre protegeré a Edmundo.

Dejamos a doña Josefina a cargo del doctor en La Junta y regresé a dar cristiana sepultura a nuestros muertos. Avergonzado por sus actos deshonrosos del día anterior, Edmundo insistió en cavar él solo las tumbas de sus seres queridos. Me convenció. Permití que lo hiciera mientras un servidor entonaba el réquiem.

## V

### DONDE EL COMISARIO SIXTO MEJÍA DA CUENTA DEL CORAJE QUE HIZO EL CORONEL MIENTRAS ENTERRABA A LAS VÍCTIMAS DE LA MASACRE Y OTRAS RARAS AVENTURAS

Luego de una visita al lupanar de doña Tules, el coronel principió a sufrir los sinsabores del morbo gálico. Le procuré un frasquito de arsénico con el doctor de Santa Fe. La medicina eliminó su chancro, mas no erradicó la migraña, la cual jamás logró ponerlo de mal humor. Al contrario, su trato siempre fue amable y cortés. Excepto la mañana del día posterior a la masacre en el presidio Vizcarra.

Vicente le apuntó a su cuñado luego de encontrarlo escondido en los carrizales. El coronel parecía estar a punto de destazarlo con la pura mirada. Edmundo intentó huir, pero aquél le propinó un estatequeto en la mollera con la culata de su pistola. Acto seguido lo hizo ponerse un vestido de la difunta doña Mercedes, con todo y enaguadas, corsé y crinolina. Edmundo se puso todo esto llorando, tras recibir múltiples golpes y amenazas de parte de Vicente, quien sólo buscaba un pretexto para matarlo. Enseguida lo puso a cavar las tumbas de su hermana y de su padre. No me permitió ayudarlo.

—Tu madre me rogó que no te matara —dijo Vicente—. Me pidió otra cosa: que nos acompañes a rescatar a Loreto. Al principio no estuve de acuerdo, pero luego pensé: No nos caería nada mal tener a una mujer con nosotros. ¿Con quién quieres estar primero? ¿Con Sixto?

Edmundo paró de cavar y me volteó a ver, como si en verdad se lo estuviera pensando.

—Jefe, si quiere yo hago los pozos. Mis mujeres no me gustan con callos en las manos.

—No te preocupes por eso, Sixto. Le pondremos guantes de seda.

Edmundo murmuró que los indios tenían derecho sobre esa tierra porque les pertenecía, por sus antepasados. Fue como echarle leña al fuego. Vicente bajó al pozo y le propinó una paliza, mientras le gritaba que en su casa las mujeres no estaban autorizadas para hablar de política. Tuve que quitárselo de encima al pobre de Santacruz, a quien sólo se le permitió sollozar mientras cavaba.

Fue la única vez en que el coronel se comportó como un salvaje. Vicente es el individuo más civilizado que he visto en mi vida y que probablemente veré. Un ejemplo de esto quedará por siempre grabado en mi mente. Ocurrió durante nuestra campaña en pos de Mangas Coloradas por las montañas, a la izquierda y la derecha del río de Los Lamentos. Comenzamos por Cuchillo Parado y las que siguen por los márgenes del río Bravo.

Seguimos el vuelo de tres zopilotes que aterrizaron sobre un tlacuache putrefacto que me revolvió el estómago. Cargaba encima un hambre de tres días, aunque preferí matarla poniendo a hervir los arreos con hierbas y raíces que arranqué del suelo. El resto hizo igual. El coronel fue el único que no le hizo el feo al tlacuache. Lo asó, lo sazonó y se lo comió con sus cubiertos de plata, no sin antes colocarse una servilleta en el cuello, para no mancharse la ropa. Se comió al tlacuache podrido con una elegancia propia del mejor restaurante de París. Masticaba lentamente. Cerraba los ojos por el placer de cada bocado. Tuve que dejar mis correas guisadas, pararme y asomarme a su plato para testificar que el roedor seguía ahí.

—El trabajo y el peso de las armas no se deben llevar sin el gobierno de las tripas —dijo don Quijote.

Pude dar fe de que ese platillo le hizo provecho, ya que al siguiente día el coronel estuvo más activo que si hubiera gozado del festín servido a un faraón.

## VI

### SIXTO MEJÍA HABLA DE SU TEMOR A LOS TÓNKAWAS, DE SU VIAJE AL VALLE DE LA LOCURA Y DE LA MUY REFINADA SEÑORITA QUE AHÍ CONOCIÓ

Di aviso de la llegada a Texas del coronel a Joseph van Horn, quien nos esperaba del otro lado del río con sus tres exploradores tónkawas que comían gente. Corría un viento seco proveniente del norte, el cual tiznaba el uniforme del capitán Mocho, a quien los tónkawas llamaban así por haber perdido su brazo en Veracruz.

Habían recolectado pelambres juntos no ha muchos años. Ahora el coronel le vendía reses a precio de ganga. Van Horn las compraba para la indiada mansa que se estaba muriendo de hambre en la reserva Quaker. El capitán Mocho recibía las vacas, las registraba en el reporte que enviaba a la Oficina de Asuntos Nativos y revendía una buena parte en El Paso y La Junta. Por eso, cuando le pedí autorización para cruzar en el *ferry*, Van Horn se aseguró de que nadie nos bloqueara el paso. El abrazo entre ambos zorros produjo una nube de polvo.

—¿Estás seguro de que quieres perseguir comanches por el Llano Estacado?

—¿Por qué la pregunta?

Van Horn colocó más tabaco en su pipa y volvió a encenderla:

—Yo le pelearía al diablo en un terreno neutral, no en el infierno.

—No tenemos tiempo de esperar a los bárbaros en un terreno neutral. Se llevaron a mi concuña —el coronel señaló a Edmundo—. La esposa de éste.

El capitán Mocho apuntó con el dedo hacia un indio de chaleco brocado:

—Éste es McCord, jefe de mis exploradores tónkawas. Nos acompañará.

Tan pronto el capitán Mocho dijo esto, supe que tendría que dormir con un

ojo al gato y otro al garabato para que los comegente no me fueran a morder una pierna. Vicente le preguntó a Van Horn si nos acompañaría.

—¿Ese gobierno tuyo sigue pagando ciento cincuenta pesos por pelambre?

—Ya no —dijo el coronel—. Ahora paga doscientos pesos.

—Tú quédate con la mexicana y yo me quedo con las cabelleras.

—Bebes sotol, te gusta el juego y perseguir indios. ¿Sabes cuál es tu único defecto? Que no le rezas a la Virgen. De no ser por eso, serías el amigo perfecto.

—Ponme como socio de tus ranchos y le rezo a quien quieras —dijo Van Horn.

El coronel recobró su seriedad:

—Luego hablamos de eso.

Partimos hacia el valle de La Locura. Llegamos a su umbral por la tarde. Vimos la tierra desnuda. Ni un solo árbol que nos sirviera de referencia. Ni una piedra ni un cerro ni una flor. Mucho menos agua. McCord nos guiaba hacia el cañón Blanco, fortaleza natural de los comanches. A lo largo del primer día Edmundo se quejó de su fuste, diciendo que le lastimaba las sentaderas.

—Le juré a su madre que lo traería conmigo —dijo Vicente.

—Ese concuño tuyo es una señorita —dijo Van Horn.

Ese mismo día Edmundo se acabó el agua de su bule y al siguiente ya se lamentaba por la sed, el calor y el hambre que lo aquejaban. El cuñado del coronel había confundido el rescate de su mujer con un día de campo. Por la noche no dejó dormir a causa de sus lamentos, pero lo que en verdad molestó a Vicente fue cuando lo sorprendió calentándole la cabeza a Honorato, el hijo menor de don Ceferino Rubio.

—¿Cuál conquista? ¿Cuál descubrimiento? Siglos de dominación religiosa y militar impuesta sobre los verdaderos dueños de la tierra —le decía Edmundo al muchacho antes de que el coronel lo agarrara a fustazos.

—Te dije que no echas a perder a la tropa.

Don Vicente aisló a Edmundo llevando su petate al extremo norte del campamento.

—La manzana podrida pierde a su compañía —dijo.

El coronel regresó a su aposento y se recostó cerca de donde el capitán

Mocho tenía su tendido. Justo en ese momento un aullido alteró mis nervios. McCord nos aseguró que se trataba de un coyote, no de un guerrero comanche. El capitán Mocho y el coronel seguían impertérritos. Van Horn tenía la mirada puesta en la constelación del Cisne.

—De haber más mexicanos como tú, no me necesitarías para perseguir comanches por Texas.

—No tienes que decírmelo —aseguró el coronel.

—Hablo en serio. En el '44 estaba trepado en un árbol cargado de miel, cerca del arroyo Walker, cuando fuimos sorprendidos por más de setenta *penateka*. La cara que pusieron cuando disparamos más de tres balas sin recargar. Caían indios al suelo como latas de frijoles. Saguaro ordenó la retirada. Pensaba que lo que veían sus ojos era obra del demonio. Ahora ellos también tienen revólveres. No me preocupa. Sacaremos algo aún mejor. Los yanquis ya están haciendo un rifle que cargas el domingo y te pasas toda la semana disparando rayos. Sus días están contados.

—Les cambiamos cien políticos por tres Samuel Colts —dijo Vicente.

—Pronto el tren cruzará por este llano. Luego llegarán las ciudades y la civilización. Todo esto serán teatros de ópera, hoteles, restaurantes y burdeles.

—Y las estrellas desaparecerán —refunfuñó el coronel—. No me gustará nada.

Van Horn sonrió:

—Pero te gustaría ser tú el que las desaparezca.

El coronel también sonrió:

—Me conoces bien.

Luego de terminar mi guardia, gocé de cuatro horas de sueño. Reanudamos la marcha al alba.

—Vicente —dijo Edmundo—, me siento muy mal. Creo que tengo la fiebre de San Joaquín.

—El capitán tiene razón —dijo el coronel—: eres una princesa.

Por la tarde, mientras deliraba por el calor, Santacruz creyó ver a una legua de distancia la abertura en el suelo que era el cañón de los comanches; encajó los talones en las costillas de su cabalgadura, se adelantó al resto de la

fuerza y fue a caer en una ciudad de perritos de la pradera. Fracturó la pata de su mula, que se atoró en uno de los agujeros. Edmundo se golpeó la cabeza contra una piedra, pero eso no fue lo peor para él. Lo peor fue cuando Vicente sacrificó al animal, penetró hasta su estómago e hizo beber de él a su cuñado. Lo conminó a satisfacer su sed con el líquido grasoso del vientre extraído. No con esas palabras.

Almorzamos mula cocinada por el coronel, quien le cedió un caballo fresco a Edmundo, y marchamos media legua hacia el noreste, hasta encontrar la primera huella de comanches: tres mensajeros que parecían puercoespines, llenos de flechas. Para nuestro asombro, las saetas no habían sido recuperadas. También para nuestro asombro, la carreta que resguardaban no había sido saqueada. Una pianola destacaba bajo el toldo. Los caballos que tiraban de una berlina y los bueyes seguían ahí, al igual que las escopetas de los mensajeros. Semejante escenario nos puso tensos. Esperábamos el ataque, a pesar de que podíamos localizar el rastro de los comanches alejándose y ninguna piedra o cerro que los ocultara de nuestra vista. El alarido de los dos tónkawas precedió su carrera hasta sus caballos. Ambos se comunicaron en su lengua con McCord, a quien le señalaban algo en dirección de la berlina. Ese algo se movió dentro. McCord titubeó. Vicente fue hasta allá. Un fiambre de chaqué y chistera tenía la espalda contra el estribo. Vicente lo hizo a un lado y abrió la puerta. Si se espantó por lo que encontró dentro, no lo noté. El coronel extendió la mano hacia el interior y ayudó a bajar del carruaje a una mujer peluda. Su cara estaba cubierta de pelos que, de tan gruesos, parecían espinas, y contaba con dos hileras de dientes en cada encía. La bestia bajó de la berlina con mucho garbo y bebió agua del bule del coronel, quien me ordenó bajar una silla de la carreta y acercársela a la cosa.

—Gracias por rescatarme, caballeros. Creí que moriría de sed —dijo el esperpento con la voz más dulce que he oído en mi vida entera.

—O a manos de los paganos —me animé a hablar, lo cual no fue capaz de hacer ni van Horn ni Edmundo, quienes seguían impresionados.

—Mi nombre es Regina Dorantes. Soy del rancho Las Viudas, pero vengo de la ciudad de Nueva Orleans.

Lo endeble de mi educación fue incapaz de contener mi imprudente curiosidad:



—¿Forma parte de un circo, señorita Dorantes?

—Toco el piano. Ésas son mis cosas —la mujer peluda señaló el cadáver junto al carro—: Y ése era mi representante.

—Será mejor acampar aquí esta noche —dijo el coronel—. Enterraremos a los fallecidos y, por la mañana, tres de mis hombres la llevarán a San Antonio.

—Tengo con qué pagarles todas sus molestias, caballeros.

—Ninguna molestia. El hecho de que usted se atreva a surcar este océano de calamidades la convierte en una heroína merecedora de todos mis reconocimientos y atenciones. Si tan sólo el resto de nuestros paisanos contaran con su valor.

Luego de merendar, el coronel departió con la señorita Regina, y era puro Homero esto, Sor Juana aquello, Virgilio por allá y Dante por acá. Cervantes, Góngora y Quevedo también. Después, el derrotero de su charla cogió el rumbo de la política, y ambos, la señorita Regina y nuestro Quijote, procedieron a resarcir injusticias y a suplantar costumbres nocivas por otras mucho más convenientes. Cada uno se convirtió en un eminente congresista, y de tal manera renovaron los dos juntos la república que no pareció sino que la habían metido en la fragua y hecho una nueva de la vieja.

—Una buena charla hace tanto provecho como una rica merienda —dijo el coronel—. La de esta noche ha sido un banquete. Es raro encontrar tan buena compañía. Sobre todo por estos lares.

—De no ser por lo que le aconteció a Felipe y a los empleados de la diligencia, también estaría agradecida de haber encontrado a tan ilustres caballeros.

—No la culpo. Menos mal que la socorrimos a tiempo.

Metí mi cuchara:

—¿En Las Viudas hay muchas personas como usted?

En un afán por saciar mi curiosidad y explicar la procedencia de sus rasgos tan peculiares, la señorita Dorantes afirmó ser la séptima nieta de Estebanico:

—Mi abuelo arrastró a los españoles por las islas del golfo, por los pantanos de la Florida, por los bosques Apalaches y a través de este mismo desierto.

—Infiero que su fe es la de Mahoma —dijo el coronel.

—Mi familia se convirtió al cristianismo luego del martirio del padre Pascual.

—El tormento de ese hombre santo no fue en vano. Señorita Dorantes, ¿sería tan amable de tocarnos algo antes de dormir?

Bajamos la pianola de la carreta y la señorita Regina nos interpretó una música compuesta por los ángeles para agradar a Dios. Estaba seguro de que los bárbaros se hallaban cerca. Me pregunté qué impresión les habría dejado ver a un oso vestido de mujer extrayéndole sonidos tan bellos a una caja, en medio del más desalmado desierto. Me pregunto si habrán apreciado al fin las mieles de la civilización. Por la mañana, luego de que la señorita Regina partió con su escolta rumbo a San Antonio, le comenté al coronel que, a pesar de su problema físico, era una persona a quien valía la pena conocer.

Don Vicente detuvo su cuaco:

—¿Cuál problema físico?

Me toqué la barba:

—Usted sabe. Lo que tiene en su carita.

El coronel reanudó su marcha:

—Yo no le vi nada malo.

Ésta es tan sólo una muestra de lo impredecible que solía ser don Vicente.

## VII

### EL CORONEL JUSTIFICA SU PARTICIPACIÓN EN LA MATANZA DE PIEDRAS BLANCAS

Transitábamos por el camino de Piedras Blancas cuando un grupo de cuarenta comanches de a pie marchó de manera franca hacia nosotros. El anciano que hacía de jefe dialogó con su enemigo McCord, a quien convenció de que su gente no había tenido nada que ver en el ataque contra el presidio Vizcarra. Ensarté mi espada en el cuello del embustero. La tropa siguió mi ejemplo y, durante poco menos de quince minutos, nos dedicamos a hacer del mundo un lugar más pacífico. Incluso Edmundo hizo gala de su valentía al disparar su fusil contra el cuerpo de un par de niños. Noté a Sixto apesadumbrado por los eventos que acabo de relatar. Cuando le pregunté qué le pasaba, me explicó que lamentaba haber participado en la matanza de indios mansos. Le mostré una por una las siguientes pruebas fehacientes de su error:

- Una hembra con la celada española que decoraba la sala de mi hogar.
- Un cachorro con mi preciado almete.
- Un macho con mi alabarda de colección.

Se trataba de tesoros de la Colonia que había encontrado en una catacumba oculta entre los cimientos del presidio Vizcarra, y que me habían sido hurtados por los mismos asesinos de mi mujer y de mi hijo. Recuperé mis tesoros. Se llevó a cabo el acopio de pelambres.

## VIII

### SIXTO MEJÍA RECUERDA UN BREVE ACERCAMIENTO ENTRE EL CORONEL Y EDMUNDO

El joven Edmundo se sentía un justiciero por haber participado en la matanza de Piedras Blancas. Se trataba de un grupo de ancianos, mujeres y niños. Cuando la huida hacia el cañón Blanco se volvió demasiado pesada por el calor, los machos los enviaron de regreso por nuestra ruta, creyendo que tendríamos piedad con ellos; sin embargo, el coronel se puso furioso cuando vio sus armaduras y le hizo un tajo en el cuello al anciano conocido como Siempre Tarde para Pelear. El revólver de Van Horn le voló los dientes a una niña muy parecida a mi hija Rosita, por su pelo brillante y bonito. Porque hay comanches muy bonitas. Los tónkawas aprovecharon la oportunidad de vengar las humillaciones sufridas a manos de los comanches y se mostraron en especial crueles con los niños. Intentaron guisar el corazón de un cachorro. El coronel se los impidió por considerarlo una costumbre poco cristiana. Terminada la carnicería, intenté hacerle ver al coronel que había estado mal; sin embargo, el dolor sufrido por la pérdida de su familia le impedía ver las cosas con claridad y citó las armaduras en manos de los comanches como las pruebas definitivas de su culpabilidad.

He visto a caballeros de mente prodigiosa comportarse como imbéciles en medio de una muchedumbre. He visto a catrines de la alta sociedad actuar como bárbaros al mezclarse con una horda de salvajes. Hombres de lo más pacíficos convertidos en asesinos. Es más o menos lo que le sucedió a Edmundo. Sus ganas de pertenecer a un grupo, a cualquiera, incluso a uno tan opuesto a sus creencias como lo era la tropa de don Vicente, hizo que participara en la matanza de Piedras Blancas. O quizá era lo que Edmundo siempre había buscado: la aceptación del coronel. Su respeto. Su reconocimiento. Quizá vio la oportunidad de conseguir ese respeto a muy bajo

riesgo, al asesinar a mujeres, ancianos y niños que no tenían posibilidad de responderle, y aprovechó esa oportunidad.

—Eso les enseñará a no meterse con nuestra familia —dijo.

La bochornosa masacre unió a los parientes, quienes ahora cabalgaban hombro con hombro. Calculé que no pasaría mucho tiempo para que el cabezón le colmara la paciencia a Vicente, quien no era muy capaz de tolerar sus disparates.

—Qué elocuente paisaje —dijo Edmundo—. Debo admitir que no había entendido el mensaje que la tierra nos envía, pero ahora lo comprendo. Todo está conectado. Desde la materia fecal del animal que monto hasta el postrer destello del ocaso en la comba celeste. Cierro los ojos, aspiro su rocío, siento su ardor en mis párpados y oigo que la madre naturaleza me habla.

El coronel detuvo su cuaco:

—¿Qué te dice tu madre naturaleza?

—Me dice que todo saldrá bien. Que no hay nada de qué preocuparse. Que ella nos protege.

—No, eso no es lo que te dice —Vicente desenfundó su revólver y le disparó a una víbora de cascabel que se acercaba al caballo de Edmundo—. Te voy a decir qué te dice tu madre naturaleza: ponte aguzado o te chingo. Ahora fijate por dónde vas, que no quiero perder otra cabalgadura.

Edmundo aminoró la marcha y se vino junto a mí, que cabalgaba algo rezagado.

—Ya quiero encontrar al resto de los comanches para rescatar a mi mujer y llevármela de vuelta al rancho.

—Tuvo oportunidad de mostrar su valor en la hacienda, pero no lo hizo. Ahora es un poco tarde.

—¿A qué te refieres con que es un poco tarde?

—En el remoto caso de que logre rescatar a la señora Loreto, ya no será la señora Loreto. No después de haber sido mancillada por más de treinta machos.

—Dios mío de mi vida —dijo Edmundo Santacruz.

—No tiene por qué sentirse tan mal. Lo vi desquitarse con media docena de hembras y varios cachorros indios.

—Ésos no eran... —balbuceó—. Creí que eran...

—Supo que se trataba de mujeres y niños desde antes de disparar.

—Te juro que no. Los hombres también usan el pelo largo. Tampoco usan barba. Ni bigote. No les sale. Sus hembras son igual que ellos. Tienen el cuerpo igual.

—Como haya sido. Lo bueno es que ya se desquitó.

—Vicente me convirtió en un asesino a sangre fría.

—No ande culpando a otros. Ya está mayorcito —lo aconsejé, aunque prefirió no escucharme.

—Voy a matar a Vicente. Su estulticia es contagiosa.

—Le deseo suerte con eso —dije.

## IX

### EL CORONEL RECUERDA A LOS EMPALADOS EN LA ENTRADA DEL CAÑÓN BLANCO

Al caer la tarde, los tónkawas nos guiaron hacia un valle tapizado de gobernadoras y dotado de un manantial que nos proveyó de agua fresca. La tropa, por medio de Sixto Mejía, propuso pasar la noche en ese lugar. Los tónkawas, representados por Van Horn, se opusieron con vehemencia. Según ellos, se trataba de un santuario que le pertenecía a sus enemigos. Su propuesta era continuar nuestra marcha y descansar media legua hacia el noreste, en un remanso del río Brazos. Su comportamiento del día anterior, en el carruaje de la señorita Dorantes, me convenció de que los tónkawas eran una tribu de seres supersticiosos y poco dignos de confianza, de modo que me decanté por la moción de Sixto. Craso yerro. Era medianoche cuando sentí el suelo vibrar bajo mi cabeza. Abrí los ojos y noté que las rocas brincaban como saltamontes. Me levanté de mi tendido y sorprendí a Edmundo, cuchillo en mano. Pretendía matarme a traición. Los bisontes marchando hacia nosotros alteraron sus prioridades. Había cientos detrás de la primera hilera. Sus patas levantaban una nube de polvo que teñía el cielo de rojo. Ignoré las intenciones asesinas de mi cuñado y me puse a ondear mi frazada para impedir que los bisontes arrollaran a nuestras cabalgaduras. El resto de la tropa hizo lo mismo. Algunos hombres usaron antorchas para cambiar el rumbo de la estampida. A pesar de nuestros esfuerzos, la marea de pelos y jorobas devoró a uno de mis hombres y a dos caballos que no lograron escapar, entre ellos el preciado ruano de Van Horn. El resto salvamos la vida por un estrecho margen. Los tónkawas nos informaron que la carrera de los bisontes había sido obra de la magia comanche. Pedí disculpas por haberme burlado de ellos en lugar de hacerles caso. Van Horn estaba inconsolable por lo de su ruano, así que, cuando columbró a tres comanches, justo en la entrada del cañón Blanco, les

ordenó a sus exploradores que los siguieran. Éstos le obedecieron, a su pesar. Rey Vega se ofreció a acompañarlos. Los seis fueron emboscados por más de sesenta machos en lo alto del cañón.

Había una lanza clavada en el suelo, y esa lanza entraba por las asentaderas de Rey Vega, corría por sus entrañas y le salía por la boca. Van Horn y sus tónkawas corrieron peor suerte. La imagen de los empalados causó una gran conmoción. Edmundo no logró contener el reflejo natural de su organismo ante semejante panorama y devolvió el desayuno. Varios más lo imitaron. Fueron necesarias palabras de ánimo para hacerlos recuperar el valor.



## X

### SIXTO MEJÍA NO SABE SI EL CORONEL BLASFEMA O HABLA COMO AUTÉNTICO CRISTIANO

Apoyé a quienes propusieron dar la media vuelta y regresar, pero Vicente explotó nuestro orgullo por medio de un discurso electrizante, el cual hizo que la perspectiva de morir castrados sonara más apetitosa que la carne de venado. Bajé de mi caballo, lo arrendé a un chamizo y alcancé a Vicente, quien caminaba junto a Cornelio, a la vanguardia. Le propuse descender por la brecha hasta el fondo del cañón, donde crecía un frondoso bosque que nos serviría de protección.

El coronel desestimó mi propuesta:

—Eso esperan que hagamos.

—Compadre, usted tiene muchos y muy buenos terrenos, y nadie a quién heredarlos, y sería una lástima que se quedaran sin dueño.

Vicente detuvo su marcha:

—¿A dónde quieres llegar, Sixto?

—Podríamos hacer un documento donde conste que le deja todo a su fiel escudero. ¿No lo cree?

El coronel sonrió:

—Yo no voy a morir.

Esto me sonó a blasfemia, lo cual me impresionó al venir de Vicente, quien siempre ha sido un católico muy devoto.

—Decir lo que acaba de decirme, ¿no constituye una herejía?

—Todo lo contrario. Sé que no voy a morir por merced de la inmensa fe que tengo en mi creador —dijo el coronel.

## XI

### EL CORONEL DA CUENTA DE LA BATALLA EN EL CAÑÓN BLANCO Y DE LA MUY GRANDE IMPORTANCIA QUE UNAS CONCHAS DE ABULÓN TIENEN EN ESTA HISTORIA DE LA VIDA REAL

Otilia Moreno me pidió que le diera trabajo a su hijo en el rancho para convertirlo en un hombre de bien, alejado de las malas influencias. Cornelio se convirtió en uno de mis mejores vaqueros. Trabajaba de sol a sol. Me construyó una represa para remansar el agua, un puente de piedra sobre el estanque, un corral para los caballos y mató a varios cuatreros.

Él solo me propuso unirse a la Sociedad de Guerra contra los Bárbaros. Fue idea suya. No tuve nada que ver en su decisión. Al contrario, intenté convencerlo de que ésa no era la vida que su madre quería para él, pero no hubo manera de hacer que se quedara en la hacienda Vizcarra mientras el resto de los hombres íbamos en pos de aquéllos. A Cornelio nada más había que apuntarlo en la dirección correcta para que le hiciera honor a su apodo. Por eso, cuando me pidieron ayuda para ajusticiar a Maclovio Méndez, el robachicos de Resurrección, le pedí que se hiciera cargo. Y lo hizo.

El pequeño fortín de piedra donde se almenaron los salvajes estaba a media distancia entre lo alto del cañón y la hondonada. Luego de liquidar al par de centinelas que vigilaban la retaguardia, Cornelio se subió por las piedras que servían de escalinata y encajó su cuchillo en la espalda de Sahuaro. El resto de la tropa brincó hacia el parapeto y tomó por sorpresa a los indios, quienes fueron incapaces de disparar sus saetas a tan corta distancia. Algunos ni tiempo tuvieron de sacar sus cuchillos. La caída de Sahuaro desmoralizó a la

cuadrilla comanche, lo cual nos facilitó el combate cuerpo a cuerpo.

Buscaba a Loreto mientras esquivaba hachazos y propinaba lo propio, en medio de aullidos, chillidos y gemidos de dolor, con la vista empañada por la sangre, la tierra y el sudor. No lo veía por ningún lado. Tampoco había otro campamento cerca.

Convencidos de que la magia de su chamán había fracasado, los pocos indios sobrevivientes emprendieron la fuga al trepar por las paredes de su fuerte con sorprendente agilidad. Así el pie del último en escapar. Sin embargo, éste se desembarazó con una patada en mi frente. Fui incapaz de escalar por el muro del parapeto con la misma presteza que los bárbaros. Cuando al fin llegué hasta lo alto del cañón, los salvajes se habían dispersado por el desierto como topos. Regresé por Sahuaro.

—¿Dónde está? —dije.

Sabía que el pagano entendía el español y que incluso lo hablaba. Por eso lo aticé un poco más fuerte cuando recibí su respuesta en comanche, adornada por una sonrisa.

—Dice que el bebé contará con la sangre de veinte guerreros —tradujo Cornelio.

Alcé mi espada. Sahuaro escupió más palabras en comanche. Por merced del Espíritu Santo, abrí la mano con que sujetaba las lentejuelas del desharrapado y descubrí una concha iridiscente de abulón.

En alguna desafortunada publicación leí que hace más de doscientos millones de años esa vasta llanura era el fondo de un océano que cruzaba el continente; por eso es tan común encontrar conchas y otras evidencias de vida marina en Texas. Por supuesto, no creo nada de eso. Las Sagradas Escrituras dejan claro que nuestro mundo no cuenta con más de seis mil años de edad.

—Alto ahí —dijo Cornelio—. La concha, ¿de dónde la sacaste?

El comanche se negó a contestar.

—¿Reconoces el colguije? —pregunté.

—Estas conchas vienen de California. Sólo un pueblo las usa, y no es el comanche. Hoy maté a varios con abulones en el pescuezo, lo cual se me hace muy raro. Llámeme a Edmundo.

—Tráemelo —le dije a Sixto Mejía, quien subió deprisa por las rocas que servían como escalera y llegó a lo alto del cañón.

Encontró a mi cuñado escondido detrás de una roca. Edmundo se había vuelto más pesado que la piedra tras la cual se ocultaba. Sixto Mejía no logró arrastrarlo como se lo pedí. Tuve que ordenarle a Cornelio que le echara una mano. Me lo trajeron a pesar de sus pataleos.

—Los comanches que se llevaron a tu mujer. ¿Traían colgadas en el pescuezo conchas de abulón como ésta?

El muchacho seguía aterrado. Se negaba a mirar a Sahuaro. Lo convencí de que lo hiciera. Edmundo cerró los ojos e hizo memoria.

—No las traían. Lo recuerdo bien. ¡No las traían! —gritó.

La sonrisa altanera desapareció de la cara de Sahuaro.

—Me saludas al Gran Espíritu —dije.

## XII

### UN VIVAC EN EL CERRO PICACHO Y OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELICE RECORDACIÓN

El agua del charco le supo grasosa y salada a la desvencijada tropa. Llenaron sus cantimploras con ella y continuaron su marcha parsimoniosa hacia el oeste. Sus caras terrosas y sus ropas descoloridas se fundían con el amarillo grisáceo del paisaje monótono. Los catorce sobrevivientes atravesaban el corazón de la comanchería como arcángeles exiliados en busca de Lucifer. Sabían que el rastro de las desgracias humanas los llevaría a un lugar de gran trascendencia. Pasaron junto a contrabandistas rostizados y atados a las ruedas de sus carros. Pasaron junto a buitres que picoteaban los ojos de soldados caídos. Pasaron junto a infantes masacrados, hijos de alemanes provenientes del oriente. Al tercer día del penoso peregrinaje hacia el poniente, el norte se tiñó de negro. Este fenómeno fue visto con alegría por un moribundo Edmundo Santacruz.

—Gracias, Dios mío —dijo—. Nos has enviado agua. Alabada sea tu gloria.

Sixto Mejía giró la cabeza a la derecha.

—Eso no es agua —dijo.

El primer reflejo de Cornelio, Sixto Mejía y Vicente al ver la tormenta de arena fue batirse en retirada. Vicente oteó el horizonte en busca de algún resguardo. No halló nada útil. Se enredó deprisa el pañuelo en la cara, se tiró al suelo, enterró los cuchillos en el caliche y se aferró a ellos. El resto del escuadrón hizo lo mismo. Un silbido lejano fue subiendo de intensidad hasta transformarse en un aullido y, de ahí, en pavoroso rugido. La densa nube que se posó sobre el batallón lo cubrió de arena, mientras el viento seco proveniente del norte jaloneaba los cuerpos y generaba descargas eléctricas. La caballada se aferraba al suelo con los cascos. Cuando esto probó ser inútil,

se apoyó en sus rodillas. El viento empujaba a los animales hacia el sur. Los hombres rezaban, tosían y escupían tierra. El debilitamiento extremo los arrastraba hacia la inconsciencia. Se despabilaban con rapidez, sacudiendo las cabezas, por el temor a perecer enterrados. Luego de poco menos de doce horas, la tormenta cesó. El paisaje había cambiado por completo. La que había sido una llanura habitada por cactus y chaparrales ahora era una interminable hilera de dunas. Sixto Mejía intentó beber de su cantimplora, pero se encontró con que el agua se había evaporado. Cornelio fue en busca de su caballo. El resto del destacamento hizo lo mismo.

—Vamos a morir —dijo Edmundo.

Vicente extrajo de su alforja una rama de durazno en forma de «Y», que colocó a la altura de su vientre, con la punta hacia el frente, y comenzó a caminar y caminar durante varias horas, siguiendo una trayectoria confusa, zigzagueante y llena de giros. Los hombres se apearon y lo siguieron, como cachorros tras la madre que intenta abandonarlos. El jefe se deslizó por un cañón, se detuvo junto a un mezquite, se deshizo de la rama de durazno y empezó a cavar con una batea y el empeño de un loco. Su entusiasmo contagió a sus soldados, quienes pronto lo ayudaron a excavar. Un brote de agua cristalina salió de la tierra. Los sedientos permanecieron paralizados e incrédulos, y contemplaron el milagroso líquido antes de caer encima de él, como hombres hechos de puro sentimiento.

El vivac insertado en el cerro Picacho contaba con una reja metálica, como un pequeño bazar para demonios errantes. No toda la mercancía se hallaba dentro. Afuera, bajo la sombra de un sauce y junto a la pálida ladera de piedras areniscas, margas y calizas, destacaban tres siluetas blanquecinas debido al polvo suelto de las rocas. Se trataba de los gemelos Østergård y Mary Ann Lippman. La estación comanchera era atendida por el polvoriento Tenorio Zuloaga y sus dos socios cenicientos, Arnoldo y Aniceto, quienes agitaban sus mosqueros para ahuyentar a los bichos de los trozos de piloncillo y de los tarros de miel. En el interior del rústico establecimiento también había prendas de algodón, sacos de frijol y de azúcar, y un alhajero repleto de bisutería.

El coronel notó la ausencia de nariz en Mary Ann:

—¿Quién le hizo eso?

—Comanches. Llevaba cinco años con ellos. Su dueña le quemó la nariz por insubordinación.

Vicente quiso saber qué haría el comanchero con la desnarizada.

—La cambié por un tonel lleno de sotol, dos sacos de café y uno de tabaco. Creemos que podemos conseguir unos dos mil dólares de su padre, quien vive en Arkansas.

El coronel preguntó por los niños.

—Ésos valen más caros —dijo Tenorio Zuloaga—. Están intactos.

—¿Han vendido una concha de abulón últimamente?

—Lo siento, jefe. No manejamos ese material.

—¿No viste con ellos a una mexicana chaparrita, de pechos generosos y con unas pestañas largas y onduladas?

—Cuando pasaron por aquí no traían a ninguna muchacha con esas características —dijo el comanchero, con lo que confirmó la teoría de Vicente: Loreto de Santacruz había sido vendida a los mojaves, al parecer a cambio de un puñado de conchas de abulón.

—Vámonos —dijo el coronel.

## XIII

### EL CORONEL QUEDA HARTO IMPRESIONADO ANTE LA COBARDÍA DE LOS HABITANTES DE SANGRE DE CRISTO Y LA VALENTÍA DE AQUELLOS QUE VIVEN EN EL PUEBLO VECINO LLAMADO GUADALUPE

2 de abril de 1863. Llegamos a Sangre de Cristo con el propósito de reabastecer nuestro raquíptico matalotaje. Aquel vallecito verde, oloroso a pasto fresco, decorado con flores salvajes y amenizado por el silbido de la güilota se había convertido en un yermo pestilente, manchado por la sangre y visitado por las aves carroñeras. En el rancho de don Feliciano Ruiz los cuervos devoraban con total impunidad el maíz de las parcelas. Los paganos habían decorado la hacienda con las carcasas de las reses sacrificadas, cuyo rastro seguimos hasta el pueblo.

Un arriero tenía los pies atados a la soga que colgaba de un árbol. La hoguera había sido hecha a veinte centímetros de su cabeza carbonizada. Mientras avanzábamos por la calle principal, nos sentimos observados. Grandes ojos nos miraban desde las ventanas. Nadie salió a recibirnos. Las casas, provistas de fermosos zaguanes, dinteles y cornisas, lucían tétricas y deshabitadas. Los cerdos eran los amos y señores de la villa. Andaban por las calles con total despreocupación.

—Perdonaron a los puercos —dijo mi fiel escudero.

—Son fanáticos. Como los moros y los judíos. Por eso no comen cochi.

Seguimos a los marranos hasta la plazuela. Vimos a una dama alta y delgada, de piel cobriza y facciones muy bien proporcionadas, destripada frente a la iglesia. Los ojos habían sido devorados por los zopilotes y dos cochis se daban un banquete con el contenido de su vientre. La salida de los gases de su cuerpo había conservado intacta la belleza de la mártir. Sonó algo



parecido a un disparo. El cuerpo del cura, quemado con todo y sotana, había reventado por efecto del fuego.

Debo decir que, a pesar del paisaje dantesco, lo más impresionante era el terror que sojuzgaba a los sobrevivientes de la hecatombe bárbara. Los hombres eran incapaces de moverse. Entré a la casa de un agente aduanal conocido nuestro, Lucho Navarro. Primero toqué a la puerta. Nadie respondió. Encontré a Lucho debajo de su cama, petrificado por el pánico. Abría mucho la boca, pero ésta no emitía sonido alguno. Ni siquiera me veía a mí, sino a través de mí, hacia un lugar más allá de las paredes, donde seguían ocurriendo desgracias indescriptibles. Regresé al pórtico.

—¡Lucho, ahí vienen los apaches! ¡Lucho, ahí vienen los apaches! — repetía un loro.

Me acerqué a su jaula:

—Demasiado tarde, mi amiguito.

Se oyeron cascos de caballo que se aproximaban.

—Carmen, Jacobo —dijo alguien.

Un jinete se acercó al pueblo, procedente de la cañada. Se lanzó sobre el cuerpecito de su bebé, estrellado contra la pared de la iglesia. Lo llevó hasta donde estaba la mujer con las vísceras de fuera y abrazó a los dos cuerpos inertes. Repitió los nombres de ambos una y otra vez. Me paré a su lado. Me miró.

—No pude controlar mi caballo —dijo—. Estaba desbocado. Quería quedarme a defender a mi familia, se los juro por ésta.

Subí a mi montura. El cobarde se aferró a mi bota mientras me rogaba que lo aceptara en mi tropa. Me deshice de él con una patada. Tan pronto Sixto Mejía tocó órdenes de marcha, un buen número de lugareños nos confundieron con pelones, por lo que salieron de sus hogares para rogarnos que no los dejáramos a merced de los bárbaros. Otros nos pidieron ir en busca de niños con nombres como Tomás, Jacinta y Guadalupe.

—Aquí no hay nada —dije.

—Podríamos matar uno de estos cochis —sugirió Edmundo.

—Semos mercenarios, pero no carroñeros.

Partimos rumbo al norte. Nos concentramos en olvidar la masacre en Sangre de Cristo, por lo que nadie tocó ese tema durante el viaje. Nos

avergonzaba el proceder de nuestros hermanos mexicanos. Ponía en tela de juicio el valor de nuestra sangre y vaticinaba lo peor para el futuro de nuestra raza. Edmundo se moría por compartir con nosotros su sistema de teorías, que enumeraba los principales problemas de nuestra patria, pero sabía que abrir la boca le costaría la cabeza.

Llegamos a Guadalupe al día siguiente, un pueblo donde se celebraba el funeral de Teófilo Gómez, hijo ilegítimo de Donaciano Baca. Como no era un muchacho muy querido y su madre había fallecido unos años atrás, Donaciano Baca había tenido la decencia de contratar a una banda de guerra y a un cuarteto de plañideras, quienes le imprimieron mucha trascendencia a las exequias, berreando, arañando el ataúd, dejándose caer al suelo e incluso insultando y acusando a Donaciano Baca de la muerte de su propio hijo. Resultaron ser excelentes histrionisas. Luego de apearnos, nos abrimos paso entre la procesión que partía de la iglesia hacia el cementerio. Los habitantes de Guadalupe se encontraban unidos y muy bien armados. Los apaches no se atreverían a molestarlos. Todos los hombres portaban rifles, carabinas o, mínimo, revólver.

Esa voluntad de lucha le había costado la vida al hijo bastardo de Donaciano Baca. La noche previa el rancharo había escuchado a su cuaco relinchar. Cargó su escopeta y salió a ver qué pasaba. Conocía de primera mano la crueldad bárbara y sufría constantemente los latrocinios de la indiada. Un cuerpo se movió en la noche sin luna. Se llevaba su caballo. El disparo de Donaciano llenó de perdigones la cara de Teófilo. Lo dejó irreconocible. El bastardo planeaba robarle al ganadero su semental favorito.

Terminado el entierro, Donaciano Baca le entregó veinticinco reales a cada llorona y fue hasta el sauzal donde descansaba la tropa.

—¿Cuánto les paga el gobierno? Les doy el doble por cualquier pelambre que me traigan —dijo—. No me importa que sea de macho, hembra o cachorro, con que esté prieta y larga.

—La mujer de mi cuñado —señalé a Edmundo— fue hurtada por los enemigos de Dios. Creemos que está en California, en manos de los mojaves. Cruzamos tres estados buscándola. En el camino nos encontramos de todo, indios mezcaleros, comanches, mimbrenos y hasta navajos. Ahí está el costal de coronillas —señalé el caballo de Cruz Santos—. Avitualle nuestra reata y

le cedemos el pelerío. Podrá cobrárselo a Pesqueira.

—Son sus trofeos. No se los quitaré. Mis hijos le darán lo necesario para que continúen su guerra santa.

Donaciano Baca nos invitó a descansar en su hacienda. Esa noche, mientras el resto de la tropa se acomodaba en la cuadra de los peones, nuestro anfitrión y un servidor bebimos jerez en el pórtico de la casa. Baca ya no era aquel señor teatral y afectado que conocí en el cementerio. Ahora estaba mucho más sereno.

—Ojalá encuentre pronto a su concuña.

Cambié de tema:

—Muy bello funeral —dije—. Esa banda de guerra y las lloronas, ¡qué detalle!

—Siempre me preocupé de que ni a su madre ni a Teófilo les faltara nada. ¿Por qué no me das lo mismo que a tus otros hijos? Porque no, le decía. Se negó a entenderlo. Me robaba. Me insultaba a mí y a mi familia. Supe que mató a uno de sus compinches cuatreros nomás porque osó burlarse de la voz aguda y chillona que tenía. Por mi culpa detestaba a todos aquellos con tierras. Y a los gachupines. Porque soy gachupín. Era un muchacho consumido por el rencor.

—Su tragedia fue causada por las bestias en taparrabo —dije—. Pueblo más traicionero no he conocido. Atacan con ventaja y se repliegan cuando el enemigo es capaz de enfrentarlos. Asesinos tanto de mujeres como de niños. Una vergüenza para el género humano.

Satisfecho con mi breve pero emotivo discurso, apoyé la espalda en la silla y eché un poco más de tabaco a mi pipa. Donaciano Baca me miró a los ojos y esbozó una mueca que se transformó en una sonrisa. Rellenó nuestras copas:

—Vicente, lo conozco. Sé que nomás me está dando por mi lado, hablando de los dientes para afuera. Todo eso que acaba de decir en contra de la apachería en realidad no lo siente. Los nombres que les pone, enemigos de Dios, bestias en taparrabo, son sólo para despistar, porque le gusta estar bien con Dios y con el diablo, tener un pie en cada mundo: en éste, el civilizado, el de las charlas en el pórtico, con jerez y tabaco, y en el otro, el salvaje, el de la sed y el hambre, el de las masacres y los espacios abiertos. Muy en su interior

usted admira a esas personas.

—¿Que admiro a esos demonios? ¿Cómo se atreve a decirme eso?

—Viaja con un costal repleto de cabelleras humanas y ocho irregulares por un país que ni el propio diablo se atrevería a pisar —dijo—. ¿Me está diciendo que no lo hace por gusto? Usted podría hacer lo mismo que yo: quedarse a defender su rancho en lugar de emprender una aventura insensata. Pero usted admira a esa gente. Por eso desea demostrarles que puede llegar a ser más salvaje que ellos, y en su terreno.

Debo confesar que el viejo bribón me puso a pensar con su extraña retórica. Había mucho de razón en aquello que decía, por lo que escarbé en mi conciencia para obtener una respuesta a su interrogante. Cuando al fin la encontré —y vaya que estaba ahí, bien escondida pero mirándome a los ojos —, traté de explicarla con algo de coherencia:

—Supongo que admiro la vida sin ataduras que ofrece la eterna persecución del bisonte, en el caso del comanche, y del pillaje y cuatrерismo, en el caso del apache. Sé que es un estilo de vida tan válido como el nuestro, pero también sé que jamás cohabitaremos en paz. Asistimos a la última batalla del Viejo contra el Nuevo Mundo y tengo la satisfacción de ser uno de los protagonistas de esa batalla.

Baca se inclinó hacia mí y dio tres palmadas en la rodilla:

—Gracias, Vicente.

Le pregunté a Donaciano si lo que dije era lo que deseaba escuchar.

—No necesariamente, pero quedo satisfecho con su sinceridad. Le deseo suerte en su empresa. Y ahora, si me disculpa, tendré que descansar un poco, que ha sido una larga jornada y ya no estoy para estos trotes.

Y así de tranquilo el viejo se retiró a sus aposentos.

## XIV

### EL RECODO DEL GILA

En 1858 una partida de mojaves dio muerte a los tripulantes de una caravana que viajaba con rumbo a California. Luego de que las noticias de la masacre llegaron al Departamento de Guerra, se acordó instalar un presidio militar en el corazón del valle del Mojave. Quinientas tropas fueron enviadas a negociar con el chamán Cibicú y el jefe Ispañol la construcción del fuerte en el mismo lugar donde se ubicaba la aldea india. Cibicú le propuso a su pueblo quedarse a pelear por la defensa de su suelo; Ispañol se pronunció a favor de emigrar al margen del río Gila. Poco menos de trescientos nativos siguieron a Ispañol hacia el territorio ocupado por sus hermanos yavapai.

La amarga experiencia sufrida tras el cautiverio de Otilia Moreno y la creciente presencia militar en el recodo del río Gila hicieron que Ispañol no preservara por mucho tiempo a la mexicana Loreto de Santacruz, vendida con todo e hijo por el comanche Sahuaro en 1862, a cambio de un puñado de conchas de abulón.

—Te doy barata a la mexicana y al niño porque no quiero que regresen con su gente. Llévate los lejos y escóndelos donde nunca nadie los pueda encontrar —le pidió Sahuaro a Ispañol, creyendo que el mojave volvería a la remota California.

Los guerreros comanches lucían impacientes por regresar a Texas y abandonar la nueva ranchería mojave. Ispañol y su pueblo no estaban mucho más a gusto. La abundancia y la tierra bondadosa propia del valle del Mojave contrastaban con la aridez del terreno cedido temporalmente y a regañadientes por los yavapai. Las espaciosas cabañas rectangulares que solían habitar en California se vieron reemplazadas por toscos tipis hechos con ramas de ocotillo. Los cuerpos de los hombres en edad de luchar ya no eran atléticos, sino magros, con señales de la desnutrición padecida. Dos chamanes habían

sido sacrificados por mostrarse incapaces de controlar la Peste. El tercero estaba a dos muertes de correr con la misma suerte. Diez era el límite tolerado. Ispañol ya no era aquel líder vigoroso, con semblante severo y mente sagaz. Su antaño rígido pecho se veía arrugado; su vista, afectada por cataratas. Lo único que permanecía intacto era la concha de abulón colgando de su cuello.

A pesar del acuerdo celebrado en Nuevo México con el comanche Sahuaro, Loreto de Santacruz y su hijo fueron revendidos a los apaches montaña blanca. Por desgracia para el coronel, esa importante información nunca se le transmitió durante la conferencia que sostuvo con Ispañol, quien fue incapaz de reconocer al hombre que él mismo había bautizado como Lobo cuando Cornelio fue requerido como intérprete.

Caía una lluvia incipiente. En el centro de la aldea había una sola carpa grande y cónica, construida con lonas, tubos y cabos robados al ejército confederado. Nueve guerreros malencarados acompañaban a Ispañol, quien forjó su tabaco con hojas de roble, le dio una chupada a su cigarro y se lo pasó a don Vicente. Había un total de veinte hombres apretujados dentro del tipi.

—Muy buen tabaco. Las hojas de roble concentran y realzan su sabor — dijo el coronel y esperó a que Cornelio le tradujera su opinión al jefe indio.

Lobo estimó que había llegado la hora de vengar la profanación sufrida por su familia:

—Dice que el cigarro le supo a perro luego de que usted lo chupó — tradujo Cornelio Callahan.

Los guerreros murmuraron en su idioma y enseguida voltearon a ver a su líder, atentos a su reacción. Ispañol lucía incrédulo:

—¿Cómo se atreve a decirme eso?

—¿Qué hacen aquí? —tradujo Cornelio.

Vicente se llevó las manos al pecho y luego señaló a Ispañol:

—Es para mí motivo de inmenso orgullo estar delante del honorable jefe del gran pueblo mojave.

—Pregunta si no le da vergüenza andar con las tetas arrugadas y caídas, como las de una viejita —tradujo Cornelio Callahan.

La mano de Ispañol fue por su cuchillo. Sus hombres lo imitaron. A la tropa de Vicente no le quedó más remedio que hacer lo mismo.

—Nadie me había insultado como usted lo ha hecho —dijo Ispañol.

—No tengo tiempo para sus mariconadas —tradujo Cornelio Callahan.

El coronel se tragó el insulto y continuó la comunicación:

—Buscamos a una mexicana que fue vendida por los comanches el año pasado a cambio de un montón de conchas de abulón como esa que trae puesta.

Don Vicente apuntaba con el dedo al adorno que colgaba del cuello de Ispañol.

—Sus enemigos, los cucapás, son fuertes y valientes; en cambio, los mojaves son mentirosos, además de ser las mujeres de los yavapai, ya que les trabajan su tierra y les cuidan sus animales. Huyeron de los carapálidas porque les da miedo pelear. Por eso usan ornamentos para mujer, como el que cuelga de su cuello —tradujo Cornelio Callahan.

—Váyanse antes de que sea demasiado tarde —dijo Ispañol.

—Tuvieron que matarla porque les pegó la gonorrea a todos los hombres de su tribu —tradujo Cornelio Callahan.

Esto hizo que el coronel desenfundara la espada y la ensartara en el vientre de Ispañol. Un guerrero quiso vengar la muerte de su líder. Cornelio fue más rápido y de dos pistoletazos salvó la vida de Vicente. Sixto Mejía abrió un boquete en la testa del indio que intentó lastimarlo con un hacha y liquidó a otro más que iba por Edmundo. Los hermanos Del Río y Cruz Santos fueron elegidos por sus respectivas parejas de baile en la danza sangrienta. Los ocho cuerpos se revolcaban en una lucha a cuchillo. Toda esta violencia se hallaba contenida en una carpa ubicada en el centro del campamento. Las descargas de revólveres la iluminaban de modo intermitente.

Los ancianos, niños y mujeres observaban el tipi desde afuera. La lona se vino abajo y cubrió a los asesinos. La lucha cuerpo a cuerpo continuó. Cada puñetazo y patada transformaban la carpa en una figura nueva y extraña. Luego, quietud y perplejidad. La hoja de un puñal abrió una ranura en la lona, por la cual salieron los cuerpos ensangrentados de Sixto Mejía, Cruz Santos, Cornelio Callahan, Edmundo Santacruz, Borja Puig Gallegos y el coronel, quienes subieron a sus respectivas monturas y cabalgaron de regreso a México.

## XV

### HACEN POR PRIMERA VEZ ACTO DE PRESENCIA EN ESTA MUY VERDADERA HISTORIA UN HOMBRE APODADO PEREZAS, UNA MUJER CASADA, UN APACHE GÜERO Y UN LARGO VELO NEGRO

Año 1882 de la era cristiana. Municipio de Redención. Higinio Montoya era un jinete atormentado por el debilitamiento físico, por la culpa y por el remordimiento. Se veía a sí mismo como un asesino de héroes y como un traidor. Como un demonio sucio y ruin que valía menos que nada. Pero Higinio Montoya también era un ser humano y, como tal, tenía alguien a quién culpar por todas sus desgracias. En esos momentos iba en camino de asesinar a ese alguien, para ver si con la muerte de ese alguien terminaban de una vez por todas sus padecimientos metafísicos y volvía a preocuparse por cuestiones más mundanas como qué comer, qué beber, dónde dormir y con quién. Después de curar su herida con una penca de nopal, continuó su marcha apartado de los senderos. Atravesó cañones y cerros escarpados. El hombre apodado Perezas se dejó guiar por el olor a café y chicharrón que emanaba de la fogata. Ignoró el peligro que esto representaba. El hambre obnubilaba su juicio y acentuaba sus facciones. Sus rasgos de diablo, tales como su barbilla pronunciada y sus pómulos, resultaban aún más prominentes que de costumbre.

Una voz salió de los matorrales:

—¿A dónde jala?

Higinio Montoya detuvo a Chuco, el caballo que había robado en un pueblo llamado Gonzales. Delante de él apareció un individuo de sombrero cordobés y cachetes que desafiaban la gravedad. Tres más lo seguían. El hombre apodado Perezas no se pudo sostener por más tiempo en su caballo y cayó de él.



Año 1867 de la era cristiana. Municipio de Resurrección. Además del juez, el testigo, el comisario y los tres gendarmes, en el juzgado se encontraban las únicas dos personas que se preocupaban por Higinio Montoya: Prudencio Toledo, su benefactor, y Virtud Rosales, la mujer con el largo velo de tul. El testigo aseguró que el hombre apodado Perezas era idéntico en compleción y estatura al asesino de José Fronteras. El juez Silas Betancourt le preguntó a Higinio Montoya por la coartada que lo libraría de la acusación que se le imputaba.

—Si me dices dónde y con quién estuviste esa noche, no tendrás que ir a prisión.

Prudencio Toledo no pudo contener las ganas de hablar.

—Dile al juez dónde estuviste —le pidió.

El juez Betancourt golpeó el mazo contra su base:

—Silencio. Dejen que el acusado se defienda por sí solo.

Los vecinos de Resurrección sospechaban que José Fronteras y el hombre apodado Perezas habían participado en el robo a la mina de Prudencio Toledo. El asesinato de José Fronteras parecía confirmar estas sospechas; sin embargo, el minero seguía creyendo en la inocencia de Higinio Montoya.

—No se lo puedo decir —respondió el hombre apodado Perezas.

—En vista de su negativa a apoyar su propia defensa, señor Higinio Montoya, lo declaro culpable del asesinato de José Fronteras y lo sentencio a treinta años de prisión. Llévanselo.

Los gendarmes acataron la orden del juez Betancourt. El hombre apodado Perezas pasó junto a Virtud Rosales y Prudencio Toledo. Higinio Montoya prefería ir a prisión que conseguir su libertad a costa del honor de una mujer casada, en cuyos brazos se encontraba la noche en que José Fronteras, el esposo de ésta, fue asesinado.

Todo se paga en esta vida, pensó el hombre apodado Perezas.

Fue en el año de 1866 cuando Virtud Rosales le propuso por primera vez a Higinio Montoya participar en el plan fraguado por su marido. Virtud y el hombre apodado Perezas compartían la misma cama en ese momento.

—¿Por qué no lo hace él solo?

—José no puede con Romeo. El capitán es muy buen tirador.

—Vámonos hoy mismo —dijo Higinio Montoya.

Virtud Rosales lucía cada vez más molesta:

—¿Y con qué dinero?

—Le pido a don Prudencio para el viaje.

—Y llegando allá, ¿qué? ¿Trabajaremos como pobres? No lo creo.

Virtud Rosales se tapó el cuerpo con la sábana. Higinio Montoya se sumergió en la tela y nadó hacia su perdición.

Llenaron sus bules en el arroyo frente a la montaña Blanca, cuyo domo nevado era acariciado por las nubes. Cada una de las tres mulas cargaba ciento veinte kilos de oro en el lomo. El capitán Romeo Canales interpretaba *Dios nunca muere* en su violín. El veterano de guerra marcaba el ritmo golpeando su pata de palo contra el suelo del birlocho. Llevaba horas repitiendo la misma melodía, una y otra y otra vez, empujando las mentes de los rurales Horacio Cruz, José Fronteras e Higinio Montoya cada vez más cerca de la locura. La conducta seguía detenida junto al arroyo.

Don Romeo guardó el instrumento musical:

—¿Les cuento la historia de ese cerro?

—Por favor —se apresuró a contestar Higinio Montoya, quien prefería escuchar cualquier cosa que no fuera la melodía del violinista.

—Hace miles de años hubo un diluvio —dijo el capitán.

Horacio Cruz lo interrumpió:

—¿El diluvio de Noé?

—Otro. Éste también llenó de agua el mundo. Una tribu de pieles rojas subió a esa montaña y sobrevivió. Cuando el nivel del agua bajó, los indios descubrieron que toda la tierra era de ellos, pero había un patriarca codicioso que comenzó a robar ganado. Al ser confrontado por el resto de los jefes, el ladrón negó el robo, por lo que fue exiliado con toda su familia a un cerro colorado muy lejos, en el desierto. La piel se les puso blanca a todos los mentirosos, el pelo de la cabeza se les fue a la cara y se comenzaron a robar entre ellos. Ésa es la historia de la montaña Blanca y de la montaña Roja.

Pedro Ayala salió de los matorrales con el arco listo para disparar.

—Muy bonita —dijo.

El capitán se encontraba extrañado de ver a un güero con teguas, pintura de guerra en la cara, zahón con patrones estilo cuervo, arco y un carcaj lleno de flechas.

—¿Quién eres?

El apache güero bajó la vista para admirar su disfraz. Llevaba meses practicando arquería. A Pedro Ayala le causaba cierta gracia la manera en que acostumbraba meterse en su personaje. De haber sido actor, habría sido un comprometido intérprete de Shakespeare, Calderón de la Barca, Sófocles, Lope de Vega y del resto de los grandes dramaturgos.

—Soy el apache güero —dijo Pedro Ayala, quien se encogió de hombros y sonrió de nervios, pero también de buen humor, porque estaba un poco loco.

—Sólo se va a llevar una parte —dijo José Fronteras.

—¿Sabes para qué es este oro? Este oro es para salvar a la patria.

—Sálvate tú mismo —dijo el apache güero.

El capitán sacó su revólver:

—Yo no soy un traidor.

La saeta de Pedro Ayala dio en el pecho de Romeo Canales, cuya bala hirió al apache güero en el hombro. De sus ropas saltó un clavel. José Fronteras fue por su Winchester. Romeo Canales fue más rápido. Se repuso de su herida de flecha e inhabilitó al ladrón al volarle la mano con su proyectil calibre .44. Horacio Cruz salió de su estupor y desenfundó su arma. El hombre apodado Perezas se encargó de él con la rapidez que lo caracterizaba.

Romeo le preguntó al traidor, antes de disparar:

—¿Qué se siente no tener dignidad?

Se oyó una detonación cortesía de Cornelio Callahan. La cabeza de Canales se agrietó y cayó a los pies de Pedro. El traidor le preguntó al cadáver de Romeo:

—¿Qué se siente estar muerto?

Un valiente mordió el polvo. Tres cobardes caminaron entre los héroes caídos.

Una voz de doncella trajo a Higinio Montoya de vuelta al año de 1882.

—Nos podría ayudar —dijo la damisela.

Cuando el hombre apodado Perezas abrió los ojos, vio a Laurita Ayala, quien había limpiado y curado su herida de bala y lo había alimentado durante los tres días que le duraron las fiebres y las alucinaciones.

Higinio Montoya oyó una voz que había escuchado antes.

—Puede ser peligroso —dijo esa voz.

—Ya despertó —dijo la señorita.

—¿Dónde estoy?

La espesa barba y la extrema delgadez de Higinio Montoya impidieron que Pedro Ayala lo reconociera.

—¿Dónde le hicieron la herida?

—Sobreviví a la ley fuga en la cárcel. Mi nombre es Higinio Montoya, pero me dicen Perezas.

Se hizo un silencio, interrumpido por cascos de caballos que trotaban. Éstos se detuvieron cerca de la casa. Higinio Montoya se esforzó por levantarse del catre. Sintió un dolor punzante en el área de un riñón. La puerta se abrió de par en par y apareció el hombre del sombrero cordobés.

—Es Vicente —dijo el cachetón—. Viene para acá con Lobo y Sixto.

Por alguna extraña razón, Pedro Ayala jamás usaba sombrero. Tal vez por superstición. El hombre que jamás usaba sombrero se olvidó por un momento de Higinio Montoya. Decidió que tenía cosas más importantes de qué preocuparse en esos momentos. Él y su hija salieron al pórtico, con el hombre apodado Perezas siguiéndolos de cerca. Don Vicente y sus hombres se aseguraron de que sus cabalgaduras estropearan el diminuto huerto de hortalizas que Pedro Ayala y su hija cultivaban frente a su casa.

—¿Qué hacen aquí?

—¿Qué haces tú aquí? Te di hasta el fin de mes para irte de mi propiedad —dijo Vicente.

—Te dio hasta el fin de mes —chilló un muchacho de enormes dientes.

—Estas hectáreas se las compré al gobierno.

—¿Cuánto pagaste por ellas? No me digas cuánto valen ahora, que no

pienso pagar por esta comida de conejo. Quiero saber cuánto te costaron.

—Comida de conejo, comida de conejo —se burló el joven.

Era su manera de impresionar a Laurita, con quien deseaba procrear muchos hijos.

Laurita Ayala dio un paso al frente:

—¿Por qué no nos deja en paz?

—Estos hombres que me acompañan son rancheros. Lucharon por esta tierra y perdieron familia a manos de los salvajes, mientras que tú y tu padre estaban en alguna mugrosa ciudad, hablando de lo mal que tratamos a los indios. Cederemos parte de nuestras tierras al ferrocarril para que conecte al estado con el resto del mundo y lo modernice... —Vicente interrumpió su discurso cuando se percató de la presencia de Higinio Montoya—: ¿Quién eres tú?

—Sólo soy un amigo de la familia —dijo el hombre apodado Perezas.

—Conque contratando a mercenarios. Pues si quieres una guerra, la tendrás. No te mataré frente a tu hija, así que te aconsejo que no te separes de ella. Lo que sí haré desde ya es sacrificar todas las reses que encuentre en mis tierras.

La sonrisa de Vicente se amplió mientras veía al hombre apodado Perezas, quien se encontraba apoyado contra el marco de la puerta y con ambos pulgares en el cinturón. Higinio Montoya hizo una rápida evaluación del escuadrón comandado por el coronel. Los juzgó a partir de la elección de sus caballos, sus posturas, sus expresiones corporales, sus armas y la manera en que las portaban. Quien reclamaba más atención era el muchacho con los dientes de burro. Jugeteaba con un lazo para presumir que era bueno con él, además de llevar dos pistolas en el cinturón, las cuales se afianzaban a sus muslos por medio de una correa de cuero curtido. Higinio pensó que el muchacho de los dientes de burro no llevaba cuatro pistolas encima porque aún no se le había ocurrido hacerlo. Sin ninguna duda estimó que sería el primero en huir cuando se iniciaran los catorrazos. Esto era evidente por su comportamiento nervioso arriba de su jamelgo, un andaluz tordo con unas feas marcas de espuelas.

Al lado del muchacho se encontraba el hombre marcado con la letra «L» en la frente. Un personaje más sereno, con menos ansias por demostrar su

valentía y sin armas a la vista. Su mesteño era el más bajito y corriente, pero también el más resistente. El hombre con pinta de Sancho Panza era otro que se mantenía callado. Montaba un palomino, también criollo. Se notaba que esos dos hombres estaban ahí más por lealtad a Vicente que por ganas de fanfarronear. Había muerte en sus ojos. Sus manos estaban curtidas por la sangre, la pólvora y el plomo. El resto de la comparsa se hallaba compuesta por media docena de rancheros tímidos que alguna vez habían hecho bola a la hora de perseguir indios, canjeándose así la simpatía del coronel.

—Empecemos con este becerro —dijo el muchacho rubio antes de lazar al gordito del sombrero cordobés, quien necesitó sujetarse de la columna que sostenía el techo del pórtico porque el dientón quería llevárselo de paseo.

El cachetón volteó a ver a su patrón con cara de angustia. El cáñamo le cruzaba el pecho. Se trataba de un momento bastante incómodo para todos, excepto para el muchacho con la enorme dentadura. Higinio Montoya decidió que ya había visto suficiente. De un latigazo de plomo trozó el cabo, a medio camino entre el cachetón y el joven, quien cayó de bruces ante la súbita pérdida de tensión. Cuando todos se percataron de lo ocurrido, Montoya ya había regresado el Colt a su funda con un movimiento suave.

—¿Quién hizo eso? —dijo el lazador—. ¿Quién chingados hizo eso?

El bravucón no recibió respuesta. De hecho nadie lo veía a él, ya que todas las miradas estaban puestas en Higinio Montoya, quien seguía apoyado contra el marco de la puerta, sólo que ahora forjaba un cigarro, actividad en la que tenía puesta la concentración.

—Así que fuiste tú —le gritó el joven al hombre apodado Perezas.

—¿Qué haces? —dijo uno de los rancheros—. ¿No ves que es un demonio disparando?

El muchacho llevó ambas manos a sus revólveres, en un intento por reivindicar su honor frente a Laurita Ayala.

—No le tengo miedo.

Montoya lamió el papel de su cigarro:

—Caerás muerto antes de tocar la cacha de cualquiera de tus pistolas.

Esta advertencia funcionó como un embrujo que congeló al rubio por completo. Lo único que pudo hacer el hechizado fue voltear a ver a Vicente.

—Texas —dijo el coronel—, sube a tu caballo. Nos vamos.

Texas obedeció lo ordenado por su patrón y trepó a su tordo andaluz.

El coronel saludó a Higinio Montoya tocando su sombrero.

—Estás advertido —le dijo a Pedro Ayala—. Nos estaremos viendo.

El hombre apodado Perezas respondió al saludo tocando también su sombrero. Don Vicente y su comitiva dieron media vuelta y se fueron por donde habían llegado. Higinio Montoya entró a la casa, cogió su alforja, su frazada, su silla de montar y colocó todo encima de su caballo.

—Te vas tan pronto —dijo el hombre que jamás usaba sombrero—. ¿Por qué?

Higinio Montoya volteó a ver a Laurita Ayala.

—¿Quieres discutir esto aquí?

—Vamos a dar un paseo —dijo el hombre que jamás usaba sombrero.

Los dos caminaron hacia la oscuridad de un árbol.

—Perdóname.

—Está bien, te perdono —dijo el hombre apodado Perezas—. Ahora me tengo que ir.

Pedro Ayala cogió a Higinio Montoya del brazo para impedir que se fuera:

—¿Qué querías que hiciera?

—Que dijeras la verdad. Es todo.

—A ver, ¿tú por qué no dijiste nada?

—Sabes muy bien por qué me quedé callado —dijo Higinio Montoya.

—Pues porque estabas revolcándote con esa mujer antojadiza.

—Baja la voz —dijo el hombre apodado Perezas.

—Eres tan culpable como yo, pero te haces el santo.

—La diferencia es que tú no sabes qué es pasar doce largos años en una prisión, comiendo ratas en los días malos y tortillas podridas en los peores; qué es sobrevivir a la ley fuga; el terror de correr con las balas mordiéndote los talones.

Pedro Ayala se mostró curioso:

—¿Cómo fue eso?

—De un total de treinta y cuatro reos, yo era el preso número nueve. Nos llevaron al desierto. El comandante dijo que éramos hombres libres.

El papá de Laurita destapó su licorera:

—¿Y qué hiciste?

—Pues corrí, ¿qué más iba a hacer?

—Pero les dispararon, ¿no? —dijo Pedro Ayala.

Higinio Montoya forjaba otro cigarro:

—¿Qué querías que hiciera?

—Qué barbaridad. No cabe duda de que éste es un país de salvajes.

¿Cuántos la libraron?

—Sólo yo.

—Pero el testimonio de Virtud te pudo haber sacado de la cárcel.

Higinio Montoya lamió el papel:

—Le pedí que no lo hiciera.

—Y ella, muy obediente, te hizo caso —dijo Pedro Ayala.

—No la vuelvas a meter en esto.

—Esa mujer te dio té de calzón.

—Fue por el bebé que esperaba.

—¡Dios mío! —dijo Pedro Ayala—. La preñaste.

—No lo sé. La verdad no lo sé.

—Ya debe de tener... ¿Cuántos? ¿Quince años?

—Algo así. Más o menos.

—¿No lo has ido a ver? Lo más seguro es que sea tu hijo.

—Oficialmente es hijo de Fronteras. Además, Virtud se volvió a casar con un teniente de la marina.

—Virtud: vaya nombrecito.

—¿Qué insinúas?

Pedro cambió de tema:

—Tienes que ayudar a mi hija. Esta tierra es todo lo que le dejaré.

—La pagaste con los tejos de oro que le robaste a José.

—No se te olvide que ese oro también era mío —dijo Pedro Ayala.

Higinio Montoya exhaló el humo de su tabaco:

—Y mío.

—Tú nunca lo quisiste. A ti lo único que te interesaba era seguir montando a esa buscona.

Como un relámpago, el cañón de un revólver apareció junto al ojo de Pedro Ayala.

—¿Vas a dejar a Laurita a merced de ese latifundista? Nos quiere quitar



nuestras tierras. Se quiere quedar con todo.

—Tú harías lo mismo en su lugar.

Pedro Ayala se puso serio:

—¿Lo crees así?

—Lo sé así.

—Y ahora, ¿qué crees que pase? ¿Crees que se aparezcan por aquí otra vez?

—El del sombrero cordobés, ¿ése es tu hombre de confianza?

—¿Carmelo? Sí. Se puede decir que es mi hombre de confianza.

—Se va a ir, junto al resto de tus trabajadores. Ya los vi. Son vaqueros. No tienen nada que hacer enfrentando matones.

—Entonces, ¿qué hago? Aconséjame, por favor.

—Pues te aconsejo que vendas. Es lo que yo haría si fuera tú.

—Eso jamás. No soy ningún cobarde. Prefiero combatir a Vicente.

—No tienes ninguna oportunidad. El señor cuenta con buenos pistoleros.

—¿Te refieres a Cornelio y a Sixto? El primero es un indio maricón. El otro es el Sancho Panza del coronel. Los dos son buenos, pero no tanto como tú.

—No entiendo. ¿Eso qué tiene que ver?

—Este rancho también es tuyo. Lo compré con el oro de los tres. Podemos ir a la capital y cambiar las escrituras ahora mismo.

—¡Por Dios! ¿Qué voy a hacer con un rancho? No soy ranchero.

—Entonces, ¿qué eres?

Higinio Montoya permaneció un momento pensativo, sin contestar. Señaló a Laurita:

—¿Qué fue de su madre?

—Se la llevó la maldita plaga del '75. Fue un año fatal para todos aquí. Sequía, calor infernal, apaches locos haciendo sus averías por todas partes, enfermedad... La Peste también se llevó a la esposa de Sixto Mejía y a la mamá de Cornelio, los dos matones que acompañaban al coronel.

Laurita Ayala se acercó al par de hombres:

—Papá, ¿estás bien?

—Sí, hija. Este señor y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Está refrescando. Será mejor que hablen en la casa.

—No te preocupes. En un momento vamos.

Olvidémonos de metáforas, alegorías y símiles. No invoquemos a los dioses ni a las estrellas ni a las rosas ni a las piedras preciosas. Mucho menos a los ángeles. Tampoco hablemos de cualidades, simetrías ni rasgos específicos. Pongámoslo de la siguiente manera: para el hombre apodado Perezas, Laurita Ayala poseía una de esas caras que no se quiere perder de vista ni por el más ínfimo de los instantes. Una de esas caras que, cuando se está frente a ella, hasta duele parpadear. Una de esas caras que se podría pasar toda una eternidad admirando, sin dormir, sin comer, sin beber, sin fumar. Sin tocarla para no ensuciarla. Tan sólo admirándola. Una de esas caras cuyo recuerdo uno se esmera en grabar en la mente, pero esto no basta, porque el recuerdo no le hace justicia, así que se vuelve a voltear en su dirección aunque ya se empiece a asustar a la pobre dueña, porque la obsesión es demasiado difícil de ocultar.

Higinio Montoya logró olvidarse de esa cara por sólo un momento:

—¿Qué tal están las relaciones del señor con el gobierno?

—Es un excelente jugador —dijo Pedro Ayala—. Desde que llegó al estado, no ha perdido ninguna de sus apuestas políticas. Se adhirió al Plan de Ayutla; combatió a los tacubayistas; no aceptó sumarse al imperio. Es un maldito zorro.

—Hablas como si lo admiraras —dijo el hombre apodado Perezas.

—Tú lo has dicho: de estar en su lugar, habría hecho lo mismo.

—Si vamos a pelear, no podrá ser por los cauces legales.

El hombre que jamás usaba sombrero le pegó otro trago a su botella.

—Demasiado poderoso —dijo.

—¿Este mentado coronel tiene enemigos?

—Cientos, pero no nos deja organizarnos. Controla todo Redención como si fuera suyo. Él mismo les paga a salteadores de caminos como McKenna para mantenernos aislados. No puedo salir. Y necesito alambre para mi cerco.

—Hablo de alguien igual de poderoso que él.

Pedro Ayala lo pensó por un momento:

—El alcalde de Resurrección, don Puig Gallegos. Ése es su enemigo

número uno.

Higinio Montoya permaneció pensativo.

El hombre que jamás usaba sombrero lucía consternado:

—¿Qué vamos a hacer?

—Iremos por ese alambre para tu cerco —dijo el hombre apodado  
Perezas.

## XVI

### LA MAGIA

Higinio Montoya se palpó la herida. Descubrió que ya no le dolía. Laurita Ayala había hecho un buen trabajo. El hombre apodado Perezas puso cara de ensoñación cuando pensó en la mirada triste pero sabia de la jovencita. Fijó la vista en un campo de altramuces silvestres, cuyo intenso color azul le recordó el de los ojos de Laurita.

Pedro Ayala adivinó los pensamientos del hombre apodado Perezas:

—Olvídate de mi hija.

Higinio Montoya fingió demencia:

—¿De qué estás hablando?

—Ella se va a casar con un licenciado. Uno que robe con la boca, no con la pistola.

El hombre apodado Perezas intentó interrumpirlo, pero Pedro Ayala continuó hablando:

—Escúchame: cuando accedí a trabajar contigo, lo hice a sabiendas de qué pata cojeabas. Todos tenemos un talón de Aquiles. El tuyo son las viejas. No dejas una pa' comadre.

Higinio Montoya balbuceó:

—Yo no...

—Vamos, te conozco: eres un garañón. La única razón por la que accediste a participar en el asalto fue porque Virtud te convenció.

—Eso no es cierto —dijo el hombre apodado Perezas.

—Está bien, está bien. También tengo mi debilidad: el trago. El de José era el juego. Ese infeliz no podía verte cagando porque te decía: apuesto a que saco una caca más grande. No podía ver un palenque porque se perdía por días. Mientras sepamos qué terreno pisamos, estaremos bien. Sé que, cuando me veas al lado de una botella, me pedirás que tenga cuidado, así como ahora

te pido que tengas cuidado al acercarte a Laurita.

—Lo que me ocurrió con Virtud Rosales fue algo mágico.

—Así como lo de Lugarda y Victoria. Mira, sólo te pido que te conozcas a ti mismo. Recuérdalo, eso que llamas magia no es más que la madre naturaleza enviándote a poblar el mundo con tu descendencia.

El hombre apodado Perezas cambió de tema:

—Mira eso.

La meseta de arenisca color rojo se alzaba sobre las parcelas de maíz tan sólo un par de metros, pero de manera abrupta e imposible de evadir. A su derecha estaba el barranco, y a su izquierda se abría un camino que pasaba entre la mesa y otro cerro, más empinado. Lo angosto del paso lo hacía ideal para los salteadores de caminos.

El hombre que jamás usaba sombrero detuvo su caballo:

—¿Qué opinas?

—Yo tomaría el sendero —dijo el hombre apodado Perezas.

—¿Estás loco? Es la boca del lobo.

—Está bien, lo haremos a tu manera. Te sigo.

Pedro Ayala apretó los ijares de su caballo con los talones y tomó la delantera. Chuco percibió el peligro que los esperaba más adelante, por lo que se detuvo y se comunicó con su amo por medio de un relincho. Higinio Montoya acarició su crin para animarlo a seguir. Cuando el caballo de Pedro Ayala subió la mesa, un irlandés conocido como Danny McKenna ya lo esperaba con el índice cruzando su boca y una pistola desenfundada. El asaltante cogió de las riendas el caballo de Pedro Ayala, quien conocía la reputación del irlandés, por lo que lo obedeció cuando éste le indicó que bajara de su montura. Otros tres salteadores de la banda de McKenna salieron de sus escondites. Caminaban con cautela. Los cuatro bandidos esperaban que Higinio Montoya surgiera de la llanura para coserlo a pistoletazos, tal como se los había ordenado Vicente.

—Arriba las manos —dijo Danny McKenna cuando el alazán asomó la frente.

Chuco emergió sin jinete. Qué chingados, pensó el bandido. Luego no pensó nada más. Higinio Montoya puso una píldora Colt en sus pensamientos. Los otros tres bandoleros intentaron dar la media vuelta, pero el hombre

apodado Perezas continuó jalando de su gatillo. Amartillaba con el talón de la mano izquierda. El revólver continuó ladrando. Los salteadores fueron cayendo al piso como afectados por una intoxicación sorpresiva. Exceso de plomo, en este caso. Uno de ellos se orinó encima antes de morir. Otro liberó sus intestinos tan pronto como sintió el piquete que le penetró hasta la médula espinal. En vida, los cuatro asaltantes eran feos, sucios y malos, dueños de caras que sólo sus respectivas madres podrían haber amado. La muerte no les hizo ningún favor.

El cielo se nublaba cuando Texas vio a los jinetes llegar al pueblo de Redención. Corrió a ordenarle a Nepomuceno que no les sirviera a los señores que estaban por entrar a la cantina Sota de Bastos. Hizo lo mismo en la tlapalería, con el barbero sacamuelas, en la casa de empeños y con la chimolera, a quien se le prohibió venderles a los forasteros. A Higinio Montoya le pareció curioso ver al muchacho con dientes de burro correr asustado de un lado para el otro.

El aroma a tierra mojada saturó el olfato de los forasteros y los puso algo melancólicos, como suele ocurrirles a la mayoría de las personas durante los días nublados. Una lluvia incipiente comenzó a caer cuando los dos hombres entraron a la cantina. La calle pronto se tornó lodosa. La chimolera colocó las canastas, los cántaros y las fiambreras en su carreta. Dos perros aztecas buscaron socaire bajo el toldo de la barbería. Dentro de la cantina, Pedro Ayala colocó un pie en el estribo mientras las uñas largas y grises de su mano izquierda tamborileaban en la barra. En una esquina del establecimiento, un trovador oaxaqueño entonaba *Adiós, mamá Carlota*. Bill McKenna pelaba una tuna con su cuchillo Bowie. Los bobitos se alimentaban de los restos de comida contenidos en su barba. Dos topógrafos, empleados de la compañía deslindadora propiedad de don Vicente, se hallaban sentados junto a un teodolito mientras jugaban mentiroso en una mesa. En otra había un campesino sin tierra y su compadre. Ambos ahogaban sus penas en un aguardiente que en pocos minutos los dejaría ciegos. En otra más se encontraban cuatro salteadores de la banda de Danny McKenna jugando monte.

Bill golpeó la mesa con el puño:

—¿Saben a qué hora llega mi hermano?

—Ya debería estar aquí —dijo uno de los hombres de Danny.

Higinio Montoya se acercó a la barra:

—Una botella de bacanora, dos vasos y una baraja.

El hombre apodado Perezas no recibió respuesta.

—¿No me oyó?

El cantinero temblaba de miedo:

—Hable con el patrón.

Higinio Montoya preguntó quién era el patrón.

—El coronel don Vicente Ildefonso Ponce de León Quijano y Castillo.

—Venimos desde muy lejos —dijo Pedro Ayala—. Sólo queremos un trago.

Bill McKenna puso una mano en su revólver:

—Dejen de molestarlo.

Higinio Montoya volteó a ver a Pedro Ayala con una sonrisa. Ambos se apartaron de la barra y salieron de la cantina, sin importarles la lluvia. Entraron a la tlapalería. Cada uno cogió un carrete de alambre y lo colocó en el mostrador.

—Ese alambre no está a la venta —dijo Conrado.

Pedro Ayala señaló una batidera:

—¿Qué me dice del azadón?

—Lo siento, mi amigo. No puedo vendérselo.

Higinio Montoya se frotó el mentón:

—Me imagino que ni el pujavante.

Conrado negó con la cabeza:

—No, ése tampoco está a la venta.

—Vente —dijo el hombre apodado Perezas.

Pedro Ayala e Higinio Montoya salieron de la tlapalería. Justo en ese momento caminaba por la calle un señor con facciones como de ratón. El hombre era tímido y corto de estatura. Jalaba un toro semental, el cual llevó hasta la casa de empeños propiedad de don Vicente. En la puerta lo esperaba el pistolero apodado Texas, quien masticaba un tallo de hierba. Higinio Montoya notó que incluso la voz del granjero era frágil y pequeña, como la de un roedor.

—Ese toro no será suficiente —dijo Texas.

—Ya sé que quieren quedarse con mi rancho, pero no van a quitármelo.

Texas se llevó una mano al revólver:

—¿Quieres ver?

El muchacho se detuvo al mirar a Higinio Montoya:

—Esto no te incumbe.

El forastero ignoró al dientón y colocó el brazo en la espalda mojada del hombre con cara de ratón:

—Amigo, le va a dar un catarro parado en este aguacero. Le invito un trago.

—No le convienen esas amistades —dijo el que tenía dientes de burro.

—El préstamo que le pedí a don Vicente fue para pagarle la mitad de lo que me costó este semental. No puede ser que ahora me quiera quitar el rancho nomás porque me retrasé un mes en la letra.

Higinio Montoya encaminó a don Luis hacia la cantina:

—No tiene nada que explicarme.

Pedro Ayala seguía a los dos hombres de cerca y volteaba intermitentemente hacia Texas, por miedo a recibir un disparo en la espalda.

—No lo conozco —dijo don Luis.

—Soy Higinio Montoya, aunque me dicen Perezas porque camino muy lento. ¿Usted?

—Pues mi nombre es José Luis Arteaga, pero no sé cómo me dicen.

—Pues luego le buscamos un apodo. Por lo pronto, éste de aquí es Pedro Ayala. ¿Lo ve? Ya nos conocemos todos.

El hombre que jamás usaba sombrero le dio un apretón de manos a don Luis. La mano de Higinio Montoya seguía en el pequeño hombro del granjero. Tan pronto entraron a la cantina, el hombre apodado Perezas hizo a un lado a Nepomuceno y se colocó detrás de la barra:

—¿Qué va a ser?

—Nada más un mezcalito —dijo don Luis.

Nepomuceno corrió a poner al tanto a Vicente de lo que sucedía en su cantina. El pistolero se decidió por una botella:

—¿Qué le parece un *brandy*?

Don Luis se encogió de hombros. Higinio Montoya cogió tres vasos y los



llevó, junto con la botella, hasta la mesa circular elegida por Pedro Ayala.

—Por los buenos vecinos —dijo el hombre apodado Perezas.

Bebieron. La placentera calidez en sus vientres les dio cuenta de la buena calidad del espíritu.

Don Luis quiso saber si el par de hombres era de por ahí.

—Vicente quiere echarnos —dijo el hombre que jamás usaba sombrero.

—No los conocía —el ratoncito dio un sorbo a su *brandy*.

—Eso es culpa de McKenna —dijo Higinio Montoya—. Esta mañana intentó asaltarnos.

Olor a Culo se levantó de su silla:

—¿Qué hiciste al respecto?

—Metí un pedazo de plomo en esos mismos pensamientos.

Bill McKenna lanzó su Bowie contra el hombre apodado Perezas, quien para ese entonces ya había volcado la mesa y colocado a don Luis detrás de ella. El cuchillo se ensartó en la superficie de madera. Asomaba tres centímetros de su punta del otro lado. Pedro Ayala recibió un rozón de bala en la oreja, cortesía de uno de los salteadores, y a cambio propinó una bala suya en el vientre de aquél. La balacera aumentó de intensidad hasta convertirse en una tormenta de plomo y pólvora.

El torreón fue demolido y en su lugar se construyó el caserón donde el coronel comía con su esposa, Ester, sus hijos —Tito, de trece años, y Guillermo, de once—, el caporal Cornelio Callahan y el comisario Sixto Mejía, quien hablaba de lo inesperado de la lluvia que caía en esos momentos, ya que el cielo se encontraba despejado cuando fueron al pueblo por la mañana. Al comisario siempre le pareció curioso que Ester fuera tan parecida a Loreto, la cuñada perdida del coronel: el mismo tono de piel morena, el mismo pelo lacio y brillante, las mismas pestañas largas y onduladas, el mismo cuerpo bajito y macizo.

El coronel masticaba su último bocado de barbacoa cuando recordó algo. Caminó hasta su estudio, abrió el libro de contabilidad y registró los cinco centavos que había entregado a un limosnero ese día. La entrada anterior registraba la compra, en Misuri, de trescientas cabezas de ganado ovino de la

raza merino.

La economía del coronel era un caso curioso, sobre todo para Sixto Mejía, quien había llegado a notar, con el paso de los años, que era un hombre demasiado tacaño en algunos aspectos y bastante desprendido en otros. Por ejemplo, jamás viajaba por placer, sólo por cuestiones de negocios, y cuando lo hacía se hospedaba en hoteles económicos, poco dignos de su nivel social. A pesar de su inmensa fortuna, al llegar a requerir de un carpintero o de alguien que realizara labores de reparación en su hogar, Vicente pedía cotizaciones y al final se decidía por la propuesta más económica. Y todo, sin excepción, quedaba registrado en los libros donde llevaba a cabo su contabilidad, incluidas las pequeñas limosnas que solía donar a los mendigos que veía en la calle. Por otro lado, había mandado a construir con su dinero el teatro, la biblioteca, la comisaría y la única escuela en Redención. También había pagado la educación de la hija de Sixto, Rosita Mejía, a quien envió a estudiar a un colegio de monjas en Guanajuato. Años más tarde Rosita volvería a Redención para convertirse en la administradora de la biblioteca y en la maestra de la primaria. Lo anterior, incluidos el salario, la estrella de latón y las armas del comisario, salía del bolsillo de Vicente, quien nunca ostentó cargo público alguno.

No se podría decir que con estas obras el coronel haya logrado embellecer el pueblo de Redención, que siempre fue igual de feo a causa de su extrema aridez, desde su nacimiento, gracias a los pelambres indios, hasta su triste final, en los albores del siglo XX, cuando se convirtió en una especie de pueblo fantasma, perdido en un oscuro rincón de la historia del que ya nadie se quiere acordar.

Se hacía lo que se podía con los recursos a la mano. De hecho, al caminar por la polvosa avenida de tierra donde se encontraba la biblioteca Josefina Burgos, lo último que pasaba por la mente era que junto a la cantina Sota de Bastos hubiera un centro del saber equipado con los clásicos de la literatura mundial, desde Homero hasta Melville. El teatro Mercedes Santacruz tenía más fachada de taberna o de lupanar que de cualquier otra cosa, pero con todo y eso mereció el honor de recibir a la soprano de fama mundial Ángela Peralta, quien entonó la *Aida*, de Verdi, en una función sin costo y para todo público, cortesía del coronel. Con sus ropas domingueras en pleno viernes, los

vecinos de Redención se dieron cita, apretujados en los palcos y en el patio de butacas. Un humilde campesino lucía una valona de mosquetero y a un arriero le pareció apropiado llevar polainas a tan cosmopolita evento. La chimolera se puso su sombrero de tul y obligó a su marido, Caralampio, a bañarse por primera vez en meses. Aquella noche mágica e inolvidable, al terminar su recital, el Ruiseñor Mexicano fue agasajada y bañada por los ramilletes y los aplausos del público. El comisario consideraba que esa clase de eventos establecía un lazo entre Redención y el resto del mundo. De hecho, era su papel de dador de cultura lo que Sixto Mejía más agradecía del coronel.

—Porque el arte y la cultura son como el engrudo y la brocha que unen a los pueblos del mundo y los hacen marchar juntos hacia el progreso —solía decir el comisario a su hija Rosita, muy satisfecho de sus grandilocuentes palabras, que no usaba en cualquier ocasión.

—Imagínate qué sería de Redención sin el coronel —agregaba Sixto Mejía —: un pueblo de lo más burdo y vulgar.

Vicente siempre representó para Sixto Mejía un misterio indescifrable que lo maravilló de por vida, en particular por sus claroscuros, por la manera en que convivían, en total armonía, la luz y la oscuridad en el interior de su ser: He aquí un católico devoto, capaz de explicar cualquier fenómeno natural de la manera más científica; he aquí un mecenas y promotor de las bellas artes, capaz de asesinar y participar de masacres y actividades mercenarias, sin miramientos.

Tal vez, si el coronel hubiera sido más como la caca de perico, que ni huele ni apesta, su moral no le habría parecido tan fascinante. Por ejemplo, ¿qué se podía decir del buen Nepomuceno, el cantinero de la Sota de Bastos, excepto que era un señor que nunca le había hecho un mal ni un bien a nadie? Otro individuo más del montón, que prefería pasar inadvertido por la historia, sin meterse en líos. Mucho, mucho peor le resultaban al comisario demagogos como Edmundo Santacruz. Porque se podía decir lo que se quisiera de don Vicente: que era un déspota, un tirano, un asesino inclemente, pero al menos siempre había sido honesto consigo mismo, consciente de todo el mal que había causado.

Sin duda, don Vicente es un objeto digno de estudio, pensaba Sixto Mejía. Tanto así que llegó a asegurarle a su hija que en el futuro se escribirían

muchos libros acerca del coronel; libros que de seguro pasarían a la posteridad como clásicos de sus respectivos géneros.

El coronel guardó el libro de contabilidad y regresó al comedor. Mientras lo hacía, notó el contraste entre sus dos vástagos. Físicamente eran bastante parecidos, aunque había diferencias notables. Por ejemplo, Tito se sentaba con desparpajo en su silla; había moronas de pan alrededor de su tercer plato de comida; su camisa estaba manchada con el jugo de la barbacoa; la servilleta se le había caído al suelo; nunca andaba bien peinado; gustaba de torear víboras y alacranes, y lazaba: acostumbraba lazar puercos, peones, becerros y cuanta cosa se le atravesara en el camino. Guillermo no era afín a esta clase de diabluras; él siempre se sentaba erecto a la mesa; pedía que sólo le sirvieran una vez y una pequeña porción le resultaba suficiente; comía de manera educada; no se manchaba la ropa ni dejaba caer la servilleta al suelo; siempre iba bien peinado, con la raya en medio; no le gustaban los exteriores, salvo para salir a leer un libro bajo su árbol favorito. El coronel temía que le hubiera salido afeminado.

La esposa del coronel preguntó por Rosita. Esto iluminó el rostro del comisario, quien se acomodó deprisa en su silla e intentó controlar su muy grande emoción, estrujando su sombrero:

—Dicen las monjas que es la mejor de su salón. Me manda unas cartas tan bonitas, con unos poemas, donde dice cuánto me extraña.

—¿Qué edad tiene?

—Cumple trece años el próximo 3 de marzo.

—¿Ya te dijo qué quiere hacer de grande?

—Yo quiero que siga haciendo rompopo, ahí, con las hermanas.

—¡Ay, qué malo, Sixto! De seguro tendrá su casa llena de pretendientes en unos pocos años.

—Con todo respeto, Ester, pero que la boca se le haga de chicharrón.

Todos los presentes en el comedor rieron, excepto Guillermo, quien no entendió el chiste; Tito tampoco, pero de todos modos rió con tal de hacer sentir mal a su hermano.

—A ver qué día me la traes para que nos toque el piano.

—Sí, sí —dijo Sixto Mejía, estrujando el sombrero.

Don Vicente regresó a la mesa:

—Disculpen: un asunto impostergable.

Tito le preguntó a Lobo:

—¿Es cierto que mataste al robaniños de Resurrección? ¿Por qué tienes esa «L» marcada en la frente? ¿Qué significa? ¿Te dolió cuando te la hicieron? ¿Sabías que mi padrino Sixto me enseñará a disparar, para que sea como tú? ¿Verdad, padrino?

—Eso va contra tu vocación —dijo la madre.

—Yo no quiero ser cura. Mataré a los apaches, a los robaniños y a los ladrones del correo, como mi papá, mi tío Cornelio y mi padrino —Tito disparó una pistola imaginaria.

El coronel señaló a su hijo menor:

—Lo de fraile le queda mejor a Guillermo.

La esposa del coronel tocó una campanilla y la cocinera apareció con el postre:

—¿Chongos?

Sixto Mejía se frotó el vientre:

—Quedé más que satisfecho.

Guillermo acercó su plato al postre.

—Madre —dijo.

La mujer le sirvió a su hijo.

Vicente se levantó de la silla:

—Regresaremos al estudio.

—Pueden hablar aquí —dijo la esposa—. No pasa nada.

El coronel arrugó la cara y se frotó el vientre.

—Política —dijo, como si la palabra que acababa de pronunciar le produjera malestar estomacal.

—Con su permiso —dijo el hombre marcado.

Sixto Mejía también se levantó de su silla:

—Muy sabroso todo.

Los hombres se dirigieron al estudio, donde Vicente cerró la puerta corrediza y abrió las cortinas para que entrara más luz. Sirvió tres copas de *brandy* y, con un ademán, les ofreció asiento a sus invitados. Cornelio se

acomodó en una de las sillas equipales. Vicente se apoyó en su escritorio. Sixto Mejía extrajo una libreta de su saco, aclaró la voz con tres carraspeos y leyó de una de sus hojas:

—Su nombre es Higinio Montoya, pero le dicen Perezas porque camina lento. Nació el 5 de diciembre de 1845 en el Espinazo. Junto con José Fronteras protegió la conducta que salía de la mina Paz con los Muertos, en su ruta hacia la capital del estado, esto del '64 al '66, año en que la recua de mulas, cargada con doscientos kilos de oro, fue asaltada por apaches cerca de El Cascabel. Los indios sólo alcanzaron a llevarse una cuarta parte del botín. Durante el atraco murieron Romeo Canales y Horacio Cruz, ambos veteranos de la batalla de Sacramento. Higinio y José resultaron heridos. Se sospecha que se asaltaron a sí mismos, ya que las saetas no eran lágrimas apaches, y los chiricahuas no roban oro. En el '67 Montoya fue hecho responsable por la muerte de su amigo José Fronteras. En el '81 escapó de prisión mientras era transferido a la cárcel de la capital del estado. Se dice que fue el único sobreviviente de una ley fuga planeada para solucionar los problemas de sobrepoblación en las prisiones del estado.

—Te apuesto a que Pedro Ayala fue el tercer hombre. Se llevó el mineral, lo escondió, traicionó a sus dos secuaces y pagó su propiedad con el botín.

—Eso será muy fácil de comprobar —dijo Sixto Mejía.

—Hazlo —dijo el coronel, quien luego se dirigió a Cornelio—: ¿Qué me tienes?

—Otros cinco peones se fueron a la mina. Vicente, ¿qué le parece si los encadenó para que no se vayan?

La pregunta se encontraba exenta de sarcasmo. El coronel sabía que Lobo estaba dispuesto y era capaz de encadenar a los peones. Cornelio no recibió respuesta y continuó hablando.

—Además, el güero ha dejado de usar sus papeles —dijo, en referencia a los billetes emitidos por el Banco Ganadero, propiedad de Vicente.

—Tendré que ir a la capital para ver qué está pasando. ¿Cómo les paga a sus peones?

—Con dos onzas de plata por jornada.

—No puedo pagar eso —dijo Vicente Ildefonso Ponce de León Quijano y Castillo.

—Los puedo amarrar —insistió Cornelio Callahan.

—La sangre de tu padre quiere implantar el esclavismo. Me opongo a eso. Como buen católico, considero que todos los hombres son y deben ser libres.

Luego de clasificarlo como ininteligible, Cornelio ignoró el comentario de su patrón y quedó, como siempre, a la espera de una orden directa. El coronel rodeó el escritorio y se sentó en su silla.

—El jueves le llegan sus ovejas —dijo Cornelio Callahan.

Vicente apoyó los codos en el escritorio y formó una pirámide con las manos:

—Lo sé.

Un percutor no encontró su culote. El sonido del martillo golpeando una recámara vacía vino del arma de Pedro Ayala. En poco tiempo Higinio Montoya se encontraría en la misma situación. A éste se le ocurrió una idea. A codazos, fue arrancándole cada una de sus cuatro patas a la mesa que había usado como escudo. Al terminar, arrojó el disco de madera contra Bill McKenna, quien cayó bocarriba por efecto del golpe. Para cuando el irlandés se levantó, el hombre apodado Perezas y Pedro Ayala se acercaban a él lanzando las patas de madera. Bill McKenna apuntó a la frente de Higinio Montoya. Un garrotazo propinado en su muñeca desvió el disparo. Pedro Ayala se lanzó sobre el segundo salteador. Texas se asomó por la ventana de la cantina justo a tiempo para atestiguar la muerte del mercenario llamado Bill McKenna. El muchacho con los dientes de burro subió a su montura y cabalgó en dirección a la hacienda del coronel.

—Eureka —dijo Vicente—. Lo tengo: un aumento de salario.

Sixto Mejía preguntó al coronel si subiría el salario de sus peones.

—Subiremos el salario de los mineros. Cómo, preguntarás. Pues muy fácil: por medio de inconformidad, descontento y, finalmente, conflicto.

—La parte que no entiendo es cómo logrará que los mineros se inconformen.

—La palabra clave es agitador. ¿Qué te parece?

—¿Dónde vamos a conseguirnos un agitador?

—¿Cómo que dónde? Conocemos al mejor demagogo del mundo: ni más ni menos que a nuestro Edmundo Santacruz.

—Pero Edmundo es muy frágil. Hay que cuidarlo todo el tiempo. No puede estar entre extraños. Se lo comerían vivo.

—Edmundo nada más aportaría la jerigonza. Alguien más haría que los mineros lo escuchen. Por la fuerza, si es necesario.

—Todos los gendarmes en el estado me conocen y me asocian con usted. A Lobo todavía lo busca la ley.

—Tendría que ser alguien más. Alguien inteligente y de güevos. De preferencia, minero.

Tocaron a la puerta de la entrada. Abrió la señora que limpiaba la escalera. Se trataba de Texas, quien insistió en ver a Vicente. Se le dejó pasar. El muchacho abrió la puerta corrediza y entró al estudio:

—Mató a McKenna. El asesino mató a McKenna.

Vicente Ildfonso Ponce de León quiso saber a cuál McKenna se refería Texas.

—A los dos McKenna. Primero mató a uno y luego mató al otro.

Los tres hombres se le quedaron viendo al muchacho. Ninguno se movió.

—Te puedes ir —dijo Vicente.

—Pero ¿es que no van a hacer nada? ¿Lobo y Sixto no irán por ese malnacido?

El coronel suspiró.

—Cierra la puerta —dijo.

El muchacho cerró la puerta corrediza.

—Acércate, por favor.

El muchacho se acercó al coronel.

—Quítate el sombrero.

El muchacho se quitó el sombrero.

—Agáchate.

El muchacho se agachó. Su mollera se encontraba a la altura de la nariz de Vicente, quien le propinó un coscorrón. Lágrimas de dolor y vergüenza brotaron de los ojos del muchacho.

—Aléjate —dijo el coronel.



El muchacho se alejó.

—Cierra la puerta al salir.

El muchacho cerró la puerta al salir.

El coronel esbozó una sonrisa.

—Hemos encontrado a nuestro hombre —dijo.

A diferencia del día anterior, aquélla era una mañana ideal para cabalgar. Eso mismo hicieron desde temprano el coronel y Sixto Mejía, quienes llegaron en sus respectivos caballos a un claro circular formado en el centro de los sicomoros. Vicente tuvo que agacharse para no golpearse la cabeza con el marco de la puerta cuando entró a la cabaña secreta de Santacruz, quien colmaba de tinta los tipos móviles por medio de dos bolas de piel provistas de mangos. El ímpetu con que el agitador llevaba a cabo su tarea impresionó a Sixto Mejía, quien siempre lo había clasificado como un holgazán. El comisario por fin entendió que, orientado en la dirección correcta, Edmundo le sería útil a Vicente.

Los fuertes golpes propinados a la placa compuesta por los moldes de plomo le impidieron al agitador percatarse de que tenía visitas. Edmundo ahora usaba lentes de aro circular, bigote y una barba mefistofélica, o de chivo, como también se le conoce. Sus pelos se encontraban tiesos, largos y erizados. Sudaba bastante. Grandes y moradas bolsas de piel caían con pesadez bajo sus ojos, por efecto de las lecturas nocturnas. Tenía tanto la ropa como la cara manchadas de tinta. El empeño que el tipógrafo ponía en su trabajo le permitió al coronel coger un ejemplar del panfleto titulado *Revolución*.

—Hermanos campesinos —Vicente comenzó a leer en voz alta, lo cual provocó que Edmundo brincara del susto e interrumpiera sus labores—, ¿por cuánto tiempo más habéis de trabajar la tierra que os ha sido arrancada de vuestras manos callosas? ¿Acaso las falsas promesas de un mundo ulterior os han hecho sumisos y maleables a la voluntad del latifundista? ¿Por qué ingerís el licor del extranjero que os pone a luchar con el hermano al que deberíais uniros para que derroquéis juntos al gobierno tirano, déspota y asqueroso? Sois los litros de pus en la herida purulenta, abierta y dolorosa que nadie se

molestó ni se dignó ni quiso desinfectar, aunque fuera por piedad; sois la ira colérica de aquel que se niega a aceptar la promesa ridícula de un paraíso ultraterreno; sois los millones de galones de sangre derramada para sostener un sistema inhumano, nefasto, trivial e increíblemente ignominioso, sangre que hierve de indignación y enojo en la tierra caliente de vuestros antepasados guerreros; sois el estallido de una verdad brutalmente honesta que reacciona con ferocidad ante la detestable hipocresía, la insoportable banalidad, las abominables fruslerías y esa sonrisa falsa y estúpida que oculta una infinidad de demonios.

Vicente descifró el procedimiento usado por Edmundo Santacruz para construir sus textos incendiarios. Era evidente que el tipógrafo escribía un primer borrador con oraciones largas y demasiados adjetivos, adverbios, redundancias y exageraciones; enseguida maquillaba la simplicidad de sus argumentos al sustituir las palabras que usaría cualquier cristiano por sus sinónimos más rimbombantes, y *voilà*: ése era el método Edmundo Santacruz para la redacción de libelos infamatorios. El coronel continuó su lectura en voz alta:

—No empuñéis las armas en contra de vuestros semejantes, sino contra ladrones como el autonombado coronel Vicente Ildefonso Ponce de León Quijano y Castillo. ¿Y por qué lo llamo ladrón? Porque la propiedad es un delito. Todo debe ser de todos. ¿No os da coraje la estulticia del patrón, quien posee gigantescos latifundios, y vosotros ni una parcela? Ha llegado la hora de caminar con la frente en alto hacia el fin de las clases sociales. Hablo de romper vuestras cadenas. Hablo de un mundo mejor, donde las tierras serán propiedad de todos. Hermano campesino, poseéis en vuestro interior la chispa que encenderá la flama de la justicia —el coronel aplaudió—: Fermoso, simplemente fermoso. Qué bárbaro. Siempre dije que tenías una manera muy privilegiada de conducirte con las palabras.

Edmundo Santacruz observaba a Vicente con desconfianza.

—No lo escribí solo —dijo.

—Estoy seguro de que las partes más elocuentes van por tu cuenta. Me encantan las palabras que usas. Son tan largas y rebuscadas... denotan tu muy vasta cultura. Es una lástima que esta literatura de tan excelsa calidad no se encuentre más difundida. Creo que una imprenta de vapor haría mucho por la

noble causa que enarbolas. Imagínalo: veinte ejemplares por minuto.

—¿De dónde sacaría para comprar una imprenta de vapor?

—De tu mecenas —Vicente se golpeó el pecho—. ¿De quién más? Y también te pondría un taller en el pueblo. ¿Qué necesidad de estar escondido aquí, en medio del monte?

—No me vendo —dijo Edmundo Santacruz.

—Nadie te está pidiendo que lo hagas. No sabes la satisfacción que me da encontrar tus pasquines en mis haciendas...

—Se llaman periódicos —lo interrumpió el pasquinero.

—Perdón, tus periódicos, quise decir. Mis peones necesitan de un divertimento que sosiegue su cansancio. ¿Tengo razón o tengo razón? Por supuesto que tengo razón.

—¿Qué es lo que buscas aquí?

Vicente sacó su cartera y extrajo un total de cien dólares. Enseguida formó una columna de billetes sobre el sucio escritorio de Santacruz:

—¿Sabías que las mejores organizaciones anarquistas se encuentran en ciudades como Nueva York y Chicago? Me apena que, por falta de recursos, no puedas intercambiar ideas con tus colegas.

—Quieres que me vaya lejos. Eso es, ¿verdad? Ya no aguantas la presión.

—Al contrario: quiero que te quedes para proveerte de todo lo necesario para estimular tu creatividad. Si no quieres viajar, perfecto. Si lo que deseas es una imprenta más moderna, te la pago.

—Nadie regala dinero gratis. Menos un latifundista codicioso.

—No sería gratis. Sería a cambio de publicidad. Así funcionan publicaciones como *La Gaceta* y *El Herald* de Nueva York. Tú pones anuncios de mis negocios: la matanza, la deslindadora, la Sota de Bastos, la funeraria, el banco, la carnicería, el monte de piedad, y yo te pago por eso. Así de sencillo.

—¿Podré escribir lo que quiera a favor de los trabajadores de tus haciendas?

—Hoy mismo me llevaré unos ejemplares para repartirlos entre mis peones. Pero ¿qué me dices de los mineros? ¿Sabías que más de 97% de los mineros son indios cautivos, trabajando a marchas forzadas en cuevas oscuras? ¿Y que, debido a los gases, al polvo y a la escasa ventilación dentro

de los túneles, estos mismos indios esclavizados son susceptibles a toda clase de enfermedades pulmonares? Sin contar las inundaciones y los derrumbes que los entierran vivos.

Edmundo Santacruz preguntó a Vicente a dónde quería llegar.

—Deberías escribir acerca de los pobres indios que sufren día tras día en Diablo Prieto.

Edmundo apuntó a Vicente con el dedo:

—Sabía que había gato encerrado.

El coronel dejó caer los hombros, negó con la cabeza, suspiró, vio hacia el techo, bajó la mirada, volvió a negar, cogió la columna de billetes del escritorio y se los guardó en la chaqueta:

—Contigo no se puede. Le prometí a tu madre que cuidaría de ti, pero no me dejas ayudarte.

Vicente volvió la espalda al tipógrafo y caminó hacia el exterior de la cabaña.

—¿Cuánto ganan los mineros en Diablo Prieto?

El coronel se detuvo en el marco de la puerta.

—No ganan —respondió—. Una tienda de raya los provee de apenas lo necesario para sobrevivir. Si enferman, no tienen ni para adquirir sus medicinas, y fallecen, dejando a sus familiares desamparados.

Lo que acababa de decir Vicente era música para los oídos de Edmundo.

—Supongo que podría incluir algunos artículos acerca de las condiciones laborales en las minas de Diablo Prieto —dijo.

—Eso no será suficiente. Los mineros necesitan organizarse y redactar una lista de demandas.

—Antes de escribir acerca de ellos, me falta saber más de la causa de los mineros.

—Publica otra vez estos mismos escritos; sólo intercambia la palabra campesino por minero, y listo. Tu causa nunca triunfará si decides quedarte en una cabaña como ésta. Otro agitador más vivo y mucho menos elocuente que tú les calentará la cabeza a esos mineros, hará la revolución en el país entero y se llevará todo el crédito para él, cuando fuiste tú el primero en sacar estas grandes ideas a la luz. ¿Es lo que quieres? Claro que no es lo que quieres.

—¿Pretendes que vaya a la mina?

—Escucha, no todos los patrones son tan democráticos y tolerantes de la libertad de expresión como tu servidor. Correrías peligro estando tú, ahí arriba, solito, con tus periódicos.

—¿Me acompañaría Cornelio?

Vicente regresó los billetes al escritorio.

—Alguien mejor —dijo.

Los pistoletazos y los gritos interrumpían la polca de los tres músicos, obligados a tocar sin parar dentro de la iglesia, para tormento de las beatas, quienes se tapaban los oídos, escandalizadas. Un ataúd abierto y con el cuerpo profanado de Bill McKenna fue tirado en medio de la calle. Los vecinos de Redención le seguían disparando después de muerto. El hombre del sombrero cordobés había lazado a Texas y lo arrastraba de un extremo al otro del pueblo. El resto de los rancheros se hallaban reunidos en la Sota de Bastos. Pedro Ayala hacía de cantinero, bebiendo un trago de aguardiente por cada dos que servía. Un sordomudo alto y fuerte, con sombrero de paja, vestido con overol sin camisa y conocido como el Tonto Juan, intentaba limpiar la sangre del piso con aserrín, pero el exceso de parroquianos se lo impedían. Don Luis ya no era el granjero tímido y cansino del día anterior, sino que se había convertido en un energúmeno lleno de energía y rabia. Pese a estar parado en la barra, su cabeza apenas sobresalía por encima del sombrero de Higinio Montoya.

Don Luis señaló al hombre apodado Perezas:

—Por la buena merced de este hombre, los vecinos de Redención nos hemos unido para hacer frente al tirano y a sus matones.

Los rancheros aplaudieron y gritaron vivas, eufóricos por el alcohol y la sensación de infinito poder que les proporcionaba la pertenencia a una horda de violentos.

Don Luis blandió el machete como un ratoncito en pie de guerra:

—Con los dos McKenna muertos, podremos organizarnos y protegernos. Nada de abusos. Nada de intimidaciones.

—Pero todavía quedan Loba y Sixto Mejía —dijo el más pesimista de los rancheros.

—Higinio puede con los dos, y con la zurda —dijo don Luis—. Lo he visto en acción.

Avergonzado, el hombre apodado Perezas volteó a ver a Laurita, quien lo observaba desde la ventana. Sabía que la hija de Pedro Ayala no aprobaba nada de lo que ocurría en Redención. Higinio Montoya prefirió no contestarle a don Luis y salió de la cantina. El hombre que jamás usaba sombrero paró de servir tragos y lo siguió con la mirada. Laurita lucía decepcionada. Estaba cruzada de brazos y con la espalda apoyada en la pared de la Sota de Bastos.

—Usted ya es un héroe por estos lados —dijo.

El cuerpo lazado de Texas aún era arrastrado por el caballo de Carmelo Reyna.

—Reconozco que esto se está saliendo de control, y lo voy a detener.

Con la habilidad de un ilusionista, el revólver apareció en la diestra de Higinio Montoya, y de un tiro liberó al muchacho.

—Usted no tiene otra gracia —dijo la doncella, quien subió a su caballo y se alejó de ahí.

Carmelo Reyna, el hombre del sombrero cordobés, no tuvo el valor de increpar a Higinio Montoya por haberle arruinado la fiesta. Los gritos de Texas dieron paso a un llanto patético. El muchacho tenía la cara llena de raspones, y la ropa arruinada y sucia.

Pedro Ayala salió de la cantina:

—¿Qué le dijiste a mi hija?

Higinio Montoya señaló al hombre marcado que se acercaba desde el otro extremo de la calle:

—Mira.

Cornelio caminaba con paso firme y la mirada fija en el hombre apodado Perezas. Carmelo Reyna subió a su cabalgadura y se alejó de Callahan como si se tratara de un lobo que estuviera por morderlo. Texas fue a su encuentro. Rengueaba y se frotaba el codo lastimado.

—Mátalos —le pidió Texas a Cornelio, quien lo ignoró y continuó su marcha.

—Don Vicente quiere verte —dijo Lobo.

—¿Trabajas para el comisario?

Cornelio volteó a ver al cadáver de McKenna. Lobo jamás perdonó a Bill

por haberle vendido a su padre la ilusión de Cíbola.

—Al coronel no le interesan los McKenna —dijo Cornelio—. Quiere hablar contigo de otra cosa.

Higinio Montoya regresó el revólver a su funda:

—¿De qué otra cosa?

Lobo señaló a Pedro Ayala:

—Tiene que ver con los tejos de oro que tu amigo usó para comprar su rancho.

Higinio Montoya y el hombre que jamás usaba sombrero se voltearon a ver, éste más preocupado que el primero.

—Vamos —dijo Pedro Ayala.

—No te preocupes. Tú mejor controla a los rancheros. Iré yo.

Tras armarse de valor, Carmelo Reyna pasó corriendo cerca de Cornelio Callahan —como si fuera un verdadero lobo—, entró a la cantina e informó a sus compañeros de su llegada:

—¡Afuera está ese a quien le dicen la Loba!

Don Luis alzó el machete:

—Vamos a lincharlo.

La moción fue aprobada a gritos por la multitud y todos salieron en bola a confrontar al hombre marcado.

—¡Pelea! —dijo don Luis—. Pelea, maldito matón. No te tengo miedo.

En pocos segundos Lobo se vio rodeado por nueve crápulas. El hombre marcado los ignoró. Enfurecido por el ninguneo, don Luis desenfundó el machete. Cornelio Callahan tampoco le dio importancia. Don Luis abanicó el machete.

—¡Ay! —chilló, mientras la hoja de metal volaba por los aires.

Don Luis sostenía el puro mango de su arma. Higinio Montoya guardó su revólver humeante. Los nueve rancheros se apartaron de Cornelio Callahan.

—Vamos con tu patrón —dijo el hombre apodado Perezas.

Parado junto a su escritorio, Vicente sostenía el metal amarillo en la mano, como si comprobara su peso:

—¿Sabes cómo me hice de esto?

El hombre apodado Perezas no respondió.

—El idiota de tu socio la dejó en mi casa de empeños. Ni siquiera se molestó en borrarle las inscripciones. Aquí está la mina de donde salió, inscrita en el metal —el coronel señaló una marca: MINA PAZ CON LOS MUERTOS—, y aquí está la fecha: 10 de enero de 1866. ¿Sabes quién es el dueño de esa mina? Por supuesto que lo sabes, pero te lo voy a recordar: Prudencio Toledo, respetadísimo comandante militar, receptor de rentas, jefe político del cantón Matamoros y amigo personal de don Benito Juárez, a quien apoyó durante la invasión. Este lingote iba destinado al general Sheridan, del ejército de la Unión Americana, para la compra de armas a favor de la causa liberal. Además de ser mi amigo, don Prudencio sigue siendo un hombre muy apasionado en materia política. ¿Sabes qué haría si le llevo este ejemplar y le digo dónde lo encontré? Imagínate qué pensaría de ti el hombre que te crió como a un hijo.

—¿Qué quiere de mí?

—Buena pregunta —dijo Vicente Ildefonso Ponce de León Quijano y Castillo.

A pesar de lo rústico de la choza construida por Carmelo Reyna y Pedro Ayala, el dormitorio de Laurita tenía espacio para su guardarropa, su cómoda, su tocador y su cama. Todos estos muebles, tallados por el propio Pedro Ayala, eran pruebas tangibles del amor que le profesaba a su hija. Encima de la cabecera había un retrato de la madre, realizado antes de que ésta quedara deformada por la Peste. Laurita escuchaba desde su cuarto la conversación que sostenían Pedro Ayala e Higinio Montoya en la sala, quienes contaban con que la muchacha dormía.

El hombre que jamás usaba sombrero quiso saber qué deseaba el coronel.

—Quiere que vaya a Diablo Prieto, me haga pasar por minero y organice un zafarrancho político allá.

—¿Qué sabes tú de zafarranchos políticos?

—Lo que me enseñe un pasquinero. Él escribirá de todo lo que está mal en la mina.

—Pues entonces que él organice el zafarrancho.



—El coronel dice que el pasquinero es una persona muy frágil.

—¿Y para qué quiere el viejo un zafarrancho en ese lugar?

—La mina ha dejado de usar los billetes de su banco. Además, muchos de sus peones se le están yendo a Diablo Prieto, y Vicente está por recibir un envío de ovejas que compró en Nueva Orleans.

Pedro Ayala vació su trago de mezcal y se tomó unos segundos para admirar en silencio las sucias artimañas del coronel:

—¿Y si te rehúsan?

—Le enseñaré a don Prude el lingote que empeñaste.

—¿Te sigue mortificando mucho la opinión que el viejo ese tenga de ti?

Higinio Montoya afirmó con la cabeza.

—Me parece peligroso que regreses a las minas.

—Don Vicente confía en que mi mala fama me canjeará la simpatía de los mineros.

—¿Qué es lo que busca de mí?

—Que controles a los rancheros. Nada más.

—¿Y me dejará conservar mis hectáreas?

—Sólo quiere que cedas una parte para las vías del tren.

El hombre que jamás usaba sombrero preguntó por qué.

—El ferrocarril le permitirá vender su ganado en Estados Unidos, donde se paga en dólares. Ya no tendrá que arrearlo hacia el norte. Tan sólo lo subirá a los carros y listo.

Pedro Ayala se sirvió más mezcal. Volvió a vaciar el vaso:

—¿Cuándo te vas?

—Mañana mismo salgo para Diablo Prieto.

—Pues ten mucho cuidado con las faldas. No sé qué más te puedo decir.

Antes de que los rayos del sol bañaran la hierba del campo, Montoya colocó la frazada en su caballo con movimientos parsimoniosos, como los de una tortuga. Oculta detrás de un árbol, Laurita Ayala observaba al flemático pistolero. Estimó que llevaba casi media hora realizando una actividad que podría haber sido resuelta en menos de tres minutos. La muchacha salió de su escondite:

—¿Quién es don Prude?

Higinio Montoya dio la media vuelta:

—No debes escuchar conversaciones ajenas.

—Apoyarás a esos mineros, ¿verdad?

—Tengo que hacerlo —dijo el hombre apodado Perezas.

—¿Crees en la causa de esas personas?

—Apenas y creo en mí —dijo Higinio Montoya.

—Supongo que lo mismo vale para los rancheros.

—Lo mismo vale para los rancheros.

—¿Por qué nos apoyaste en un inicio? ¿Por qué le plantaste cara al coronel?

—Por ti, Laurita. Sólo por ti. Porque me gustas. Porque te tengo ley.

La franqueza de Higinio Montoya sonrojó a Laurita Ayala, quien, rápido, cambió de tema:

—Don Vicente había aplastado a todos los que se ponían en su camino. ¿Por qué a ti no?

Higinio Montoya señaló su seis tiros:

—El coronel cree que soy el más rápido con esto.

—¿Y por qué cree eso de ti?

Higinio Montoya colocó la silla de montar sobre el lomo del animal:

—Porque soy el más lento.

—Eso no tiene sentido —dijo Laurita Ayala.

Según la muchacha, Higinio Montoya era el hombre más parsimonioso que había conocido en su vida, y no entendía cómo eso lo convertía en el más veloz.

—Lo que impresiona es el cambio de velocidad. El apodo que tengo me lo pusieron desde niño. Era la burla del pueblo. Me llamaban lelo, retrasado, tarugo. Le dijeron a mi madre que no serviría para nada. Me llevó con varios doctores. Fue muy duro. Hasta que entré a trabajar con don Prude, la primera persona que me aceptó como soy. Me explicó que mis lentitudes me permiten ver mejor lo que ocurre a mi alrededor. Por eso reacciono con rapidez y precisión.

—Y lo defraudaste.

—Usé sus enseñanzas en contra suya —dijo Higinio Montoya.

La doncella colocó la mano sobre la del hombre apodado Perezas:

—No vayas.

Higinio Montoya sintió pena por la frágil sílfide, tan sola y tan necesitada de cariño en la tosca cabaña del ogro Pedro Ayala, el padre egoísta que la quería aislar del mundo. Tales pensamientos, el roce con la piel de Laurita y su perfume de jazmines lo emocionaron, pues sabía que el hombre sin sombrero había ido desde temprano al pueblo para meter en cintura a los rancheros. Decidió que era el momento preciso para que Laurita conociera el amor. Colocó las manos en los hombros angostos de la doncella y la besó. Higinio Montoya sintió cómo la magia del amor cimbraba su cuerpo entero. Recordó las palabras de Pedro Ayala: Eso que llamas magia no es más que la madre naturaleza enviándote a poblar el mundo con tu descendencia.

Las ignoró.

El crudo invierno había llegado apenas unos días antes a Diablo Prieto. Chuco se abrió paso por la estrecha vereda que bordea el cañón de La Banderilla. Oculto detrás de nubes, cerros y juníperos, el sol era incapaz de derretir la escarcha resbaladiza en la tierra. Un gélido viento procedente del norte ya anunciaba la siguiente nevada. Higinio Montoya recompensó a su caballo con sorbos de mezcal y un breve descanso en la cueva conocida como La Parida, donde vivaqueó y encendió una fogata. Chuco estaba inquieto.

—A mí tampoco me gusta. Lo hago por ella —dijo Higinio Montoya.

El hombre apodado Perezas acarició a su cuaco. Chuco relinchó.

—Con toda mi alma, Chuco: te juro que jamás veré a otra mujer. Mis días de ojo alegre terminaron.

Higinio Montoya oyó los gritos de una dama en apuros, junto con el rechinido de ballestas y los cascos de un par de caballos desbocados. El hombre apodado Perezas ensilló y montó a Chuco con la misma rapidez que era capaz de desplegar en el momento preciso. Al salir a la vereda, vio una carreta que se acercaba a alta velocidad. Un carromato bordeaba el despeñadero, conducido por una rubia emperifollada. Al ver a la mujer aferrada a una palanca que jalaba de atrás para adelante, sin efecto alguno, Higinio Montoya adivinó el problema: los frenos no le servían. Estimó que, si

se interponía en su camino, habría una amplia posibilidad de que los animales se precipitaran hacia el barranco con todo y carreta, por lo que se colocó al borde del precipicio, dejó pasar el vehículo y lo siguió por el costado derecho hasta colocarse al lado de la *demoiselle en détresse*, a quien le extendió la mano.

—Venga conmigo —dijo el hombre apodado Perezas.

La aristócrata observó con horror el espacio que se abría entre su vehículo y el caballo de su salvador. Intentó accionar el freno una vez más, y una vez más éste fue incapaz de detener la marcha de los equinos. El terror de la catrina aumentó al descubrir que se acercaba una curva pronunciada en la vereda, que sus bestias serían incapaces de seguir. Esto la animó a saltar de una vez por todas a la montura de su caballero andante. Al intentarlo, la tela de su abultado polisón se atoró en el asiento. La curva se aproximaba. De un pistoletazo, Montoya liberó a la catrina, tras lo cual la jaló hacia él, sujetándola del cuello de su vestido. Tan pronto lo hizo, los dos potros y la carreta, con todas las pertenencias de la dama, se despeñaron hacia el acantilado. Higinio Montoya detuvo a Chuco.

—*My dresses!* —dijo la emperifollada, con las manos alargadas hacia delante, como queriendo rescatarlos.

Higinio Montoya olió el fresco aroma que emanaba de los rizos dorados de la aristócrata y se convenció de que nunca había estado ante una mujer tan elegante.

La dama señaló el arroyo que corría bajo el cañón:

—*Get me down there, right now.*

—No hablo inglés, señorita.

La mujer bajó del caballo:

—Llévame abajo.

—Mejor la llevo a Diablo Prieto. Se acerca una tormenta.

—*I promised I would never go back to that stinking town.*

El hombre apodado Perezas puso cara de no entender el idioma hablado por la emperifollada.

—Prometí que no volvería a ese pueblo.

—Pues tendrá que romper su promesa en lo que se va la tormenta.

La catrina apuntó con el dedo a su polisón deshecho:

—Me disparaste.

—Lo hice para ayudarla.

La dama señaló el cuello roto:

—Y arruinaste mi vestido.

—Habría muerto —dijo el hombre apodado Perezas.

La dama rompió en llanto:

—Eso quisiera.

Montoya se quitó la pelliza y la colocó sobre los hombros de la dama:

—¿Qué le pasó?

—Atravesé un continente y un océano para descubrir que me engaña con una mujerzuela, eso me pasó.

—Y luego arriesgó su vida —dijo Higinio Montoya.

—Sólo quería irme de aquí —dijo la mujer.

—Un hombre que le hace eso a una dama tan elegante y hermosa como usted no vale la pena.

Higinio Montoya supo que su insaciable apetito sexual lo había llevado demasiado lejos, demasiado pronto. La dama dio un paso atrás. Se tapó el escote con la pelliza:

—¿Quién es usted?

—Higinio Montoya. Mucho gusto.

—Gwendolyn Byron.

Montoya besó el guante de la dama:

—La llevaré a Diablo Prieto.

La mujer se limpió las lágrimas y comenzó a caminar cuesta abajo, en dirección contraria a Diablo Prieto.

—Se congelará —dijo el hombre apodado Perezas.

Gwendolyn Byron hizo caso omiso a esta advertencia y prosiguió su camino. Copos de nieve caían sobre el succulento cuerpo de la mujer.

—Devuélvame mi chaqueta, por favor —dijo Montoya.

Esto detuvo Gwendolyn Byron, quien se estremeció de frío al quitarse la pelliza y dejarla caer al suelo. Higinio Montoya recogió la cazadora, la sacudió para quitarle el lodo y volvió a colocarla en los hombros de la mujer.

—Allá atrás hay una cueva. Dejemos pasar la tormenta ahí dentro, platicando, comiendo y tomando algo caliente. Por la mañana le cedo mi

cuaco, para que cabalgue usted sola hasta Resurrección. ¿Qué le parece?

—Deme su arma —dijo Gwendolyn Byron, luego de ver la pistolera de Higinio Montoya, quien le entregó el revólver.

Gwendolyn Byron bebió un poco de café. Seguía con la pelliza de Higinio Montoya en los hombros. Éste se había colocado una frazada encima.

—Todo lo que tenía estaba en esa carreta. Mis vestidos, mis joyas, mis zapatillas. Y no me vaya a salir con que sólo son cosas materiales, que no estoy para cursilerías.

—No iba a hacerlo. Me pregunto qué le pasó a su carreta.

—John y esa bruja maldita intentaron matarme.

El hombre apodado Perezas quiso saber a qué bruja se refería Gwendolyn Byron.

—Virginia. Todo este tiempo anduvo con ella.

—Podría ser un malentendido. A lo mejor su esposo todavía la ama.

—Esa perra viene siguiéndolo desde el Misisipi. Su madre lo obligó a casarse conmigo cuando se enteró de su romance con la corista de un casino. Por eso John fue hasta Escocia a pedir mi mano. Le di el sí porque no sabía. Me dijo que construyó un hotel. Lo que no me dijo fue que el dichoso hotel está frente al burdel de su amada. Nomás me usó para seguirle sacando dinero a su madre. Sabía que, de casarse con una exhibicionista, lo desheredarían. Imagínese qué pasará cuando se enteren de que esa misma bailarina ahora se dedica a la trata de blancas. Por eso intentaron matarme al desatornillar los frenos.

—¿Su esposo es el dueño de Diablo Prieto?

—Tiene un testafarro, pero en esencia sí, es el dueño de Diablo Prieto. Tienes que llevarme lejos, Higinio Montoya.

—No creo que se arriesgue a cometer un asesinato.

—No, claro que no. Si para eso tiene a *lord* Fabesham.

Higinio Montoya pidió que le repitiera el nombre del susodicho.

—*Lord* Fabesham. El muy cobarde lo usa para hacer el trabajo sucio.

—Él no me preocupa —dijo el hombre apodado Perezas.

—Pues debería. Fabesham es un tipo muy astuto. ¿Quiere escuchar una

historia?

Higinio Montoya avivó el fuego:

—No tengo nada mejor que hacer.

—George lo envió a una mina en venta. El ingeniero que trajeron de San Francisco aseguró que valía millones. Fabesham lo mató ahí mismo, frente a George.

El hombre apodado Perezas puso cara de no entender el meollo de la historia.

—La mina estaba salada —dijo Gwendolyn Byron.

—Supongo que la saló el dueño para elevar su valor.

—La salaron los pobladores. No tenían trabajo. La Candelaria era casi un pueblo fantasma, sólo que maquillado. Sus pocos habitantes estaban más interesados en la venta de la mina que el propio dueño. Cuando el ingeniero descubrió un diamante pulido en las muestras recolectadas, el dinamitero le entregó su hija al americano, con tal de que declarara en favor de la mina. Otros le dieron un semental, una silla de montar nueva y todo lo que tenían de beber y comer. Tan pronto como recibió por correo los reportes del ingeniero, John viajó a La Candelaria, dispuesto a comprar. Los estafadores amenazaron de muerte al americano si fallaba en contra de la mina, sobre todo luego de haber vivido como rey por más de una semana. Al día siguiente se concretaría la compra en el salón de baile, durante una fiesta organizada por los estafadores. Esa noche John leyó el contrato, sacó su pluma y Fabesham le preguntó por última vez al ingeniero si estaba seguro de que la mina era millonaria. El americano dijo que sí y *lord* Fabesham le metió una bala en la cabeza, frente a todos.

—¿Su esposo aprobó el disparo?

—No sólo eso: les advirtió a los testigos que de él nadie se burlaba y que, si querían trabajar, había muchos empleos en sus minas. Muchos de ellos ahora trabajan en Diablo Prieto. El dinamitero de La Candelaria ahora hace de botones en su hotel. Es uno de sus trabajadores más fieles.

—¿Su esposo es dueño de un hotel?

—Así le dice a nuestra casa. En un principio sería hotel, pero le gustó tanto cómo quedó que se quedó a vivir ahí y no deja que nadie más lo haga.

—¿Cómo supo *lord* Fabesham que el ingeniero los estaba engañando?

—Lo supo desde el primer día. Sólo le estaba dando la oportunidad de arrepentirse.

—No dejaré que ese asesino le ponga una mano encima, señora Byron. No mientras yo viva.

—No podrás evitarlo. Es un tipo sanguinario y muy escurridizo. Es más, siento que está aquí ahora mismo, escuchándonos.

Había caído la noche cuando ambos oyeron pisadas de caballos que se acercaban por la vereda, en medio de la tormenta de nieve. Deprisa, Gwendolyn echó su café y un poco de tierra húmeda en la hoguera, para apagarla de una vez por todas, y le dijo a Higinio Montoya que no hiciera ruido.

—*Gwendolyn, where art thou?* —dijo una voz con acento inglés.

—Patrón, aquí se pierde el rastro de la carreta —dijo un mexicano.

—¡Oh, no puede ser! Mi amada cayó por el barranco.

Había un tercer jinete, pero se mantenía callado.

—Huellas de caballo —dijo el mexicano—. Van en esa dirección.

Los tres hombres desmontaron y se fueron acercando poco a poco a la cueva.

—Jefe, por aquí huele a humo —dijo el mexicano.

—Higinio Montoya, no dejes que mi esposo me lleve.

—Deme la pistola, señora Byron.

La dama escocesa obedeció la orden. Higinio Montoya se la llevó lejos de la cueva, antes de que sus perseguidores la encontraran.

—Aquí hay una fogata —dijo el mexicano—. Parece que había dos personas. La acaban de apagar. No deben estar lejos.

—*My dear Gwendolyn, where art thou?*

Las llamas de los quinqués titilaban en la oscuridad por efecto del viento frío. Gwendolyn Byron e Higinio Montoya permanecían ocultos detrás de un pino. Éste pudo ver bien al gerente de Diablo Prieto. Se trataba de un *gentleman* espigado que se dejaba la barba larga para disimular las mejillas tersas, de niño mimado, y los labios carnosos, de mujer. Usaba chistera, chaqué negro, corbatón, zapatos de charol y polainas, a pesar del lodazal. Lo acompañaba un mexicano, aunque por ningún lado se veía al tercer hombre, el cual se anunció al amartillar su arma justo detrás de Higinio Montoya, a quien



nunca habían sorprendido de esa manera.

—Tira la pistola —dijo el escurridizo.

Montoya obedeció y, al hacerlo, notó que su mano le temblaba, mas no por el miedo o el frío, sino por algo más que no se podía explicar.

—*John, look what I found!*

*Mister* Hepburn se acercó al escondite de su esposa:

—*Gwendolyn, what art thou doing there?*

—Dile que no me quiero ir con él.

—Váyanse —dijo el hombre apodado Perezas.

—No estás en posición de ordenar.

—¿Por qué no?

El impacto de una culata contra su nuca le contestó de manera contundente. Higinio Montoya se deslizó con suavidad al fondo de un océano negro, denso y helado. En la superficie, Gwendolyn Byron luchaba contra un demonio de pelos rojos, al tiempo que le pedía ayuda. Él continuó deslizándose, sin poder evitarlo, como un yunque que intentara flotar en el mar.

Por la mañana, el comisario Teodoro Maza y los gendarmes Chon y Rosalío esperaban al juez Silas Betancourt dentro de la berlina estacionada justo afuera del edificio con fachada de hotel. Los funcionarios tiritaban de frío.

—¿Por qué no entramos? Es un hotel —dijo Rosalío.

—Porque no es un hotel. Es una casa con forma de hotel. Podemos entrar si se nos invita, y *mister* Hepburn dejó claro que no nos quiere ni ver. El juez hizo bien en dejarnos afuera.

El magistrado estaba sentado frente a *mister* Hepburn, quien acariciaba a su gato siamés. El mesero llevó galletas y sirvió más té. *Lord* Fabesham chiquiteaba un escocés y observaba la negociación desde la barra. Gwendolyn Byron lo hacía desde una mesa contigua a la de su esposo.

—Les di todo el dinero que pidieron, proveo empleos bien remunerados, invertí en su país: ¿qué más quieren de mí?

—Ayudarlo —dijo el juez Silas Betancourt.

—Ayúdenme dejándome en paz.

—El señor presidente no quiere a ninguna zona de su territorio privada de la ley y el orden.

—Mi territorio —dijo el gerente—. Pagué por él.

—Por eso merece estar bien protegido.

*Mister* Hepburn señaló al pelirrojo:

—Fabesham es toda la protección que necesito.

—El señor Fabesham no puede hacer justicia por su propia mano.

—Puede, lo hace y lo seguirá haciendo. ¿Algún problema?

—Sólo pedimos un terrenito para construir una comisaría. Los gendarmes Chon y Rosalío están altamente calificados para dar el sereno todas las noches, combatir asaltos y apagar y encender las farolas de la avenida principal, según sea necesario.

—Los mexicanos no están inclinados hacia la violencia. Llevo años conociéndolos. Puedo asegurar que son hombres de lo más pacíficos.

—Le contaré una anécdota, *mister* Hepburn. En Resurrección había un campesino de lo más pacífico. Su nombre es o era Rey Vega. No se metía con nadie. Su mujer le pintaba cuernos con un gendarme. Sus vecinos se aprovechaban de él. Incluso le marcaron una «L» en la frente.

—¿Marcado como una res?

—Como una res.

—¿Y qué hizo en respuesta?

—Absolutamente nada —dijo el juez Betancourt.

—Ya lo ve: le dije que estos mexicanos son de lo más pacíficos.

—Aún no termino. Una noche le robaron el guardapelo que le regaló su padre: un colgante con un compartimento para cosas pequeñas, como una fotografía o un rizo de pelo. ¿Sabe qué hizo ese hombre pacífico? Mató a su vecino, mató a los maleantes que le robaron el guardapelo, mató al gendarme y mató a su mujer. Seis muertos en una sola noche. No se ha vuelto a saber de él.

—Pero ¿lo están buscando?

—Por supuesto que lo estamos buscando.

—¿A dónde quiere llegar?

—Tiene razón: los mexicanos somos de lo más pacíficos, pero nunca se sabe cuándo explotaremos.

—¿Y en cuánto me saldrán el comisario y sus ayudantes?

—Ésos son cortesía del presidente. Todo lo que necesitamos es un terrenito para la comisaría y que clausure el lupanar de la señorita Houston.

*Mister* Hepburn se puso tenso y se acomodó el chaqué:

—Me temo que eso último no podrá hacerse.

—Pero Resurrección es un municipio respetable y católico. Las damas que habitan en él nunca esperaron llegar a vivir tan cerca de Sodoma y Gomorra. Hasta los respetables oídos del alcalde Puig Gallegos llegan informes de la clase de libertinajes y depravaciones que ocurren en el establecimiento de la señorita Houston. Incluso se habla de un eunuco.

—Mis empleados merecen una distracción de cuando en cuando. ¿Sabe usted lo difícil que es el trabajo en una mina? —John George Buchan Hepburn inspeccionó de arriba abajo la levita polvosa del funcionario—. Cómo lo va a saber, si sólo es un político.

Gwendolyn Byron veía un cuadro al óleo conocido como *La cacería del zorro*, colgado en la pared frente a ella. Sorbió su té.

—Si no cierras ese burdel —dijo—, me iré con la comitiva del juez Betancourt.

El gerente de Diablo Prieto propinó a la mesa un manotazo tan fuerte que espantó a su gato.

—Está bien: cierren el maldito burdel.

La orden dibujó sonrisas en las caras de Gwendolyn y el magistrado, quien pronto se levantó de su silla:

—No se arrepentirá de su decisión, *mister* Hepburn.

*Lord* Fabesham señaló con la cabeza hacia la calle principal, visible a través del cristal de la ventana.

—John —dijo.

Higinio Montoya, con sus ropas llenas de lodo y la cabeza bañada en sangre, caminaba hacia la entrada del hotel. El mexicano que había servido de rastreador la noche anterior ahora hacía de botones. Éste se interpuso en el camino del hombre apodado Perezas, quien lo hizo a un lado. El pelirrojo se puso de pie. Mientras iba a su encuentro, Higinio Montoya notó con preocupación que los movimientos del escocés eran más lentos que los suyos. Algo no estaba bien. Sus manos seguían temblándole.

Higinio Montoya señaló a Gwendolyn Byron:

—Vengo a llevarme a la señora de este lugar.

—Pero si estoy bien aquí —dijo la mujer.

—Usted no tiene por qué mentir. Sé que se encuentra en peligro, y por eso vengo a rescatarla.

*Lord* Fabesham pareció adivinar el origen y la dirección del primer puñetazo. El escocés cogió la mano de Higinio Montoya y la torció con fuerza hasta que la articulación del codo crujió. Enseguida, el revólver de *lord* Fabesham dibujó la misma trayectoria que la noche anterior. Su destino fue el mismo. El sonido seco, también. El mexicano aterrizó bocabajo en el lodo. Los funcionarios usaron la espalda de Higinio Montoya como tapete para no enlodar su calzado al pasar por encima de él, rumbo al lupanar de Virginia Houston.

La noche sin astros fue partida en dos por el relámpago sin lluvia que cayó entre la montaña Blanca y la montaña Roja. Un copalquín solitario se incendiaba en medio de las dos elevaciones por efecto del rayo. Cerca del arroyo de sangre, un violinista interpretaba la melodía titulada *Dios nunca muere*, saltando sobre su única pierna. Prudencio Toledo aquilataba el lingote robado.

—Los valientes no asesinan —dijo—. Los valientes no asesinan.

Higinio Montoya despertó de su pesadilla, se limpió el lodo de la cara y se dirigió al lupanar de Virginia Houston.

En el segundo piso del Cosmopolitan, el barretero Negujón introducía su deforme y gigantesca nariz en el ano de Felipa Menchaca cuando Rosalío abrió la puerta de una patada. La dama de compañía gritó y tapó su desnudez con una sábana sucia. El minero fue por Rosalío, quien intentó dispararle. Negujón le arrancó el rifle de las manos y lo golpeó con la culata hasta dejarlo inconsciente. Chon, quien caminaba por el pasillo llevando preso al eunuco, intentó socorrer a su compañero. Negujón lo alzó en vilo y lo lanzó del segundo piso. Chon aterrizó de lomo en la mesa ubicada bajo el barandal.

Teodoro Maza desenfundó su revólver y subió la escalera. La munición calibre .45 destrozó la oreja de Negujón, pero no le impidió arrojar al comisario por la escalera. Proveniente de la cocina, ubicada al fondo de la planta baja, apareció una mujer de ojos jalados hacia arriba en los extremos, formando una «V» entre sí. Usaba el pelo recogido por medio de un rodete. Su cuello era largo y espigado; sus mejillas, algo hundidas, y sus pómulos, bien pronunciados. Tan pronto la vio, Montoya se olvidó de su corazón roto, de su jaqueca, de sus manos temblorosas, de su orgullo herido, de los dos hombres arrojados desde el segundo piso, de los gritos de dolor, del pianista ciego, del alcohólico sin piernas que se arrastraba por el suelo y del energúmeno desnudo y ensangrentado parado al borde de la escalera.

Virginia Houston quiso saber por qué molestaban a sus clientes.

—Está prohibido el meretricio en el municipio de Resurrección y, de hecho, en todo el territorio mexicano, señorita Houston. Permítame presentarme: soy el juez Silas Betancourt, para servirla.

—¿George autorizó este atropello?

Por medio de un empujón, Fabesham hizo a un lado a Higinio Montoya para permitirle el paso a su jefe. Como un guiñapo, el hombre apodado Perezas cayó pesadamente sobre una silla ubicada en el centro de la taberna, desde donde vio lo que sucedía.

—*I'm afraid so, my dear. Fabesham, help these men do their work.*

El escocés subió las escaleras, sometió a Negujón con un puñetazo en el vientre, le pellizó la oreja lastimada y le propinó un rodillazo en el mentón. Enseguida, *lord* Fabesham sojuzgó al eunuco y a Felipa Menchaca, a quienes bajó a punta de patadas. Chon y Rosalío procedieron a colocar grilletes en la prostituta y en la quimera. Virginia intentó liberar a sus trabajadoras, pero fue detenida por *mister* Hepburn.

—*You brought me to this godforsaken town with lies, and then you stab me in the back* —dijo la señora Houston, quien arañó la cara de *mister* Hepburn.

El gerente de Diablo Prieto insultó y derribó a la mujer de un empujón.

—*Fabesham, let's get out of this dump.*

El pelirrojo siguió a su amo hasta la salida del lupanar. Virginia Houston se puso de pie y sacudió su vestido con las manos. El magistrado abordó a la

mujer:

—Señorita Houston, es mi deber informarle que, como representantes de la ley en el pueblo de Diablo Prieto, el comisario Maza y un servidor seremos los responsables de salvaguardar la decencia y las buenas costumbres, por lo que clausuraremos este establecimiento si encontramos a más mujeres alegres en sus instalaciones. ¿Qué le parece?

Virginia Houston le arrancó los quevedos al juez, los estrelló contra el suelo y los pisó con el tacón:

—Esto me parece.

Teodoro Maza corrió a arrestar a Virginia Houston por daño a propiedad ajena. Higinio Montoya se levantó de su silla y detuvo al comisario:

—Ya estuvo bueno.

Teodoro Maza le preguntó al hombre apodado Perezas quién era él.

—Higinio Montoya —dijo Silas—. El bandido desalmado que asesinó a sus tres amigos, José Fronteras, Horacio Cruz y Romeo Canales, y robó la mina de su propio padrino, Prudencio Toledo.

—Solamente estoy buscando trabajo.

—Tu presencia en nuestra comunidad no augura nada bueno. Te estaremos vigilando.

El magistrado Betancourt salió de la taberna.

Negujón bajó del segundo piso completamente vestido y con una seria hemorragia manando de su oreja izquierda. Virginia le pidió un trago de aguardiente a su cantinero y se lo llevó a Higinio Montoya, quien lo aceptó.

—Así que participaste en el robo a la mina de tu padrino —dijo Virginia Houston.

Montoya habló al estilo de Edmundo Santacruz:

—Un petulante cerdo ricachón.

Negujón se paró junto a Higinio Montoya y manoseó los flecos de su cazadora:

—Pues a mí me caen mal los traidores.

—Déjalo en paz —dijo la empresaria llamada Virginia Houston.

El barretero hurgó con sus manotas en la alforja de Higinio Montoya:

—¿Qué traes aquí? —el ogro extrajo uno de los panfletos escritos por Edmundo Santacruz y se le quedó mirando, como si se tratara de un objeto tan

estrambótico como un sambenito o una gaita zamorana—: ¿Qué es esto?

—La verdad —dijo el hombre apodado Perezas.

La dueña del lupanar leyó los primeros párrafos del panfleto. Puso cara de asombro:

—¿Eres el escritor?

—El autor viene en camino —Montoya liquidó su trago—. Yo sólo soy su apóstol.

—¿Tienes más ejemplares aparte de éstos?

Higinio Montoya le dio un par de palmaditas a su alforja:

—Tan sólo cincuenta.

—¿Cuánto cuesta cada uno? Los quiero todos.

—Son gratuitos —dijo el hombre apodado Perezas—. Para repartir.

Negujón quiso saber qué decía el papel leído por la mujer.

—La verdad —dijo Virginia Houston, mirando a Higinio Montoya a los ojos.

Higinio Montoya notó que su mano había parado de temblar. Apoyó la espalda en la cabecera. Hasta ese momento Virginia Houston se había dejado arrullar por el corazón del pistolero.

—Necesitaba esto —dijo el hombre apodado Perezas.

—¿Qué acabas de decirme?

—Traía toda la fuerza contenida en mi interior. Estaba inquieto y nervioso. El matón de tu amigo me madrugó dos veces. Nunca me había pasado, pero me lo voy a chingar.

—Tu fuerza contenida no tuvo nada que ver. Me necesitas para chingártelo.

Higinio Montoya puso la mano en el cuerpo desnudo de la mujer:

—Eso fue lo que dije.

Virginia Houston se quitó de encima la mano del hombre:

—No me refería a esto.

—¿A qué, entonces?

—Es un secreto. Primero dime el tuyo: ¿qué haces en Diablo Prieto? ¿Qué hacen esos panfletos en tu alforja? ¿Por qué tienes que chingarte a Fabesham? Puedes decirme la verdad.

—Es lo que hago. Te estoy diciendo toda la verdad.

La mujer se separó del hombre, apoyó la espalda contra la cabecera de la cama, colocó un cojín rojo de por medio y se cruzó de brazos. Higinio Montoya recordó las palabras de Pedro Ayala, pero ahora estaba a merced de la mujer y ya no había nada que pudiera hacer al respecto.

—Sólo soy un simple minero. ¿Por qué no me quieres creer?

La mujer palpó la palma de Higinio Montoya:

—Porque ésta no es la mano de un minero. Es suave, como la de un asesino.

—Vengo a organizar una revolución.

Virginia Houston preguntó por qué una revolución.

Higinio Montoya volvió a entrar en su personaje:

—Porque los recursos naturales del país deben ser propiedad de su pueblo, y porque todos los dueños de minas son unos explotadores que se revuelcan en el fango de su propia estulticia.

—Ése no eres tú. Ésas no son tus palabras. Es más: sé por dónde vas y de dónde vienes.

—¿Me vas a decir el secreto para chingarme al pelirrojo?

—Fabesham fuma opio. Todos los días. Lo mantiene sereno. ¿Tú lo fumas?

Higinio Montoya propinó un par de palmadas a la cadera desnuda de Virginia Houston:

—Éste es mi opio.

—Bueno, pues, como te pasó a ti, interrumpe su suministro y *lord* Fabesham se convertirá en el hombre más ansioso del mundo.

—Pero ¿cómo hago tal cosa? —dijo Higinio Montoya.

—Quemando el fumadero que está bajo la lavandería de Li-Chang.

—¿Lo amas?

La pregunta tomó por sorpresa a Virginia Houston.

—¿A quién? ¿A George? ¡Por favor! —exclamó la mujer—. No me hagas reír.

—¿Dónde se conocieron?

—En un barco del Misisipi. Cuando terminé mi canción, el gerente me envió a sentarme a su lado. Sabíamos que era un apostador. Lo debía distraer mientras un mecánico de naipes lo desplumaba. Puse a George sobre aviso.



Fabesham echó al tahúr al río y George me declaró su amor. Cuando su familia se enteró de lo nuestro, dejaron de enviarle dinero. Tuvo que pedir la mano de una dama de sociedad como Gwendolyn. Me dijo que su madre le daría dinero para fundar un pueblo minero en las montañas mexicanas, a condición de que se casara con la gorda.

—No me parece que esté gorda —dijo el hombre apodado Perezas.

—¿Acaso encuentras atractiva a la vaca esa?

—Por supuesto que no. Por otro lado —Montoya cambió de tema—, George sí cumplió su promesa.

—Excepto la parte donde se divorciaría de la marrana tan pronto como pusiera la mina a funcionar.

El hombre apodado Perezas quiso saber por qué George haría todo eso.

—Porque ya no dependería de su madre. La mina generaría su propio dinero.

—¿*Mister* Hepburn es el dueño de Diablo Prieto?

—George tiene un prestanombres llamado don René. Un albino asqueroso.

—Supongo que ese mentado don René denunció el mineral.

—Don René está muy gordo. No puede ser minero. Ni quiere. La denuncia la hizo un gambusino que le llevaba cada semana talegas cargadas de polvillo dorado a su taniche, a cambio de víveres. Al notar que el oro era de buena ley, don René ofreció comprarle la veta. El gambusino se negó hasta que el tanichero le halló su debilidad: el juego. El viejo lo citó a una partida de póquer amañada. Cuenta la leyenda que todo ese mineral le costó una baraja marcada y un as bajo la manga.

—¿Cómo es la repartición entre don René y *mister* Hepburn? ¿Cincuenta y cincuenta?

—Todo lo que saquen de las minas es para George. El albino se conforma con ser el único tanichero en todo Diablo Prieto. George se asegura de que nadie le haga competencia: ése es el trato y, mientras tanto, don René fija los precios de la mercancía que vende y compra a su gusto. También presta dinero. Con intereses mortales.

Higinio Montoya preguntó a Virginia qué pasaría si don René moría.

—Todo el mineral pasaría a manos del gobierno. Así lo estipula el contrato. Por eso Fabesham lo protege más que al mismísimo George.

—Traicionaste a tu patrón en Misisipi y, ahora, a *mister* Hepburn. ¿Cómo sé que no harás lo mismo conmigo?

—Le invertí tiempo y esfuerzo a este proyecto. Incluso aprendí mexicano. No dejaré que todo se vaya a la mierda por culpa de una gorda celosa.

Higinio Montoya estuvo a punto de insistir que a él no le parecía que Gwendolyn estuviera gorda. Lo pensó mejor:

—¿Estás segura de que no lo haces por despecho?

—Los niños que corren con su mami cada que tienen un problema no son mi tipo. Además, George no es nadie sin su asesino.

—Y tú necesitas a tu propio asesino —dijo el hombre apodado Perezas.

—Así como tú necesitas de alguien que ponga de tu lado a los mineros.

Higinio Montoya atrajo hacia sí a Virginia Houston.

—Y algo más —dijo.

Chon y Rosalío clavaron, justo frente al Cosmopolitan, una estaca con un cartel que anunciaba el Nuevo Código Penal de Diablo Prieto y enumeraba las siguientes advertencias:

- Multa de cincuenta pesos por uso de lenguaje altisonante (cien si se pronuncia frente a una dama).
- Multa de cincuenta pesos por expectoración fuera de la escupidera.
- Multa de cincuenta pesos a todo aquel civil a quien se sorprenda portando arma de fuego dentro de los límites del pueblo.
- Multa de cincuenta pesos a todo aquel civil que entre con espuelas o sombrero a la iglesia.
- Los duelos de honor deberán ser llevados a cabo según las reglas del Código Francés y supervisados por un juez acreditado y un médico.
- Quince días de cárcel y multa de mil pesos a todo aquel civil a quien se sorprenda solicitando, ofreciendo, traficando o comerciando actividades que vayan en contra de las buenas costumbres del municipio de Resurrección.
- Cinco años de trabajos forzados al asesino y al violador.
- El ladrón del correo será turnado a la autoridad federal (que de seguro lo

ejecutará sin clemencia).

- El abigeato y la chapuza en los juegos de azar serán castigados con la horca.

Ni a Chon ni a Rosalío les extrañó que al asesino se le castigara con apenas cinco años de trabajos forzados, mientras que el cuatrero y el tahúr serían condenados a muerte. Todo lo contrario: les pareció de lo más justo y razonable.

Luego de dar el sereno, ambos gendarmes se dirigieron a sus aposentos. En efecto, el pueblo estaba tranquilo, en especial el Cosmopolitan. Al verlo desde fuera, nadie se habría imaginado que su diminuta cocina albergaba a los conspiradores de Diablo Prieto. Virginia Houston servía el café que ayudaba a combatir el sueño de sus parroquianos trasnochados.

—Hermanos mineros, ¿por cuánto tiempo más habéis de trabajar el yacimiento que os ha sido arrancado de vuestras manos callosas? —Higinio Montoya leía aquellas oraciones largas, llenas de adjetivos y redundancias, y continuó leyendo palabras como ignominioso y estulticia, pese a estar seguro de que, al finalizar, su público le lanzaría botellas, por fanteche—... Hermano minero, poseéis en vuestro interior la chispa que encenderá la flama de la justicia.

—Profundo, sin lugar a dudas —dijo un minero conocido como el Chaflán, mientras Virginia le rellenaba su taza de café.

—Ese hombre es un poeta —dijo otro gorrón antes de morder la magdalena ofrecida por la guapa anfitriona.

Un pobre diablo sin piernas, conocido como Ticho, el Mutilado, alzó su botella de mezcal:

—¿Quiere decir que tomar sotol va contra la revolución?

Todos los asistentes a la tertulia mostraron un interés especial en la pregunta formulada por el Mutilado.

—Lee otra vez el último párrafo —le pidió Virginia Houston a Higinio Montoya, quien acató la orden.

Los mineros escucharon, atentos.

—¿Lo ven? Dice el licor del extranjero. Esto quiere decir que no debemos tomar *brandy* ni *whisky* ni cualquier otro espíritu importado —dijo la

anfitriona—. No se diga más: desde ahora prohibiré en mi negocio esas bebidas que no son revolucionarias.

Todos aplaudieron. Todos, excepto Negujón. El barretero extrajo de su chaqueta una pipa de brezo.

—Después de que todo sea de todos —dijo—, ¿ya no podré conservar mi pipa francesa?

Virginia Houston volteó a ver a Higinio Montoya, quien no parecía entender mejor las instrucciones revolucionarias de Edmundo Santacruz.

—Todo esto de la revolución es muy avanzado para mí —admitió el pistolero.

—¿Puedes volver a leer y buscar si dice algo acerca del tabaco o las pipas francesas?

Higinio Montoya buscó en todo el panfleto las palabras tabaco y pipa francesa.

—No, no dice nada acerca del tabaco ni acerca de las pipas francesas.

—Todas esas preguntas se las podremos hacer al mismísimo señor Santacruz cuando éste nos haga el favor de venir a romper nuestras cadenas.

José García levantó la mano:

—¿Cómo es el señor Edmundo Santacruz?

El preguntón era un minero de tez grisácea y respiración sibilante a causa de la silicosis. Su enfermedad era tan crónica que silbaba a cada palabra pronunciada. Un silbido que sonaba como un condenado a muerte luchando por escapar a través de una rendija. Palabra, silbido, palabra, silbido: así era como se expresaba. Higinio Montoya sintió que le faltaba oxígeno nomás de escuchar al minero, quien parecía estar escalando el Espinazo del Diablo por el esfuerzo que le costaba hablar. García recuperaba un poco de aire y, otra vez, palabra, silbido, palabra, silbido. Así era la cosa con él.

—¿Que cómo es el señor Edmundo Santacruz? Pues el señor Edmundo Santacruz es gallardo y valeroso, como un caballero andante, pero también imponente y amenazante; como un tigre de bengala, al que también se le parece en sus movimientos ágiles. Posee una mirada penetrante, que denota mucha inteligencia, como la del halcón, y una voz honda, grave y poderosa, similar al rugido de un león.

—¿El señor Edmundo Santacruz es una persona muy alta?

—De estatura no, pero su personalidad alcanza los tres metros.

—¿El señor Edmundo Santacruz sabe disparar?

—¿Que si sabe disparar? No sabe errar. Donde pone el ojo, pone la bala.

José García silbó:

—¿Es rápido con el revólver?

—Le dicen el Rayo —dijo el hombre apodado Perezas.

—¿Cuándo vendrá a romper nuestras cadenas?

—Cuando hayamos hecho lo que nos toca hacer.

Neguijón preguntó qué era lo que les tocaba hacer.

—Difundir la verdad entre nuestros compañeros; irlos preparando para la llegada de nuestro libertador.

—Pero muchos no sabemos ni leer —dijo Neguijón.

—Repetirán lo que oyeron esta noche.

—¿Qué oímos esta noche?

—La promesa de un mundo mejor, con un contrato laboral que estipulará dos días de descanso a la semana y jornadas de ocho horas. Esto lo deben saber todos sus compañeros.

COMUNIDAD MINERA DE DIABLO PRIETO, rezaba el letrero sobre la hacienda de beneficio, detrás de cuya fachada una cuadrilla de rurales custodiaba, carabina en mano, a los apaches encadenados que trituraban el mineral a punta de mazazos. Unos metros más adelante, *mister* Hepburn acariciaba su gato al tiempo que supervisaba el moderno molino de vapor que instalaban los ingenieros, el cual reemplazaría a gran parte de la mano de obra indígena, mexicana y china. Un burro pasó por debajo de la fachada arqueada, jalando tres vagonetas repletas de mineral por la pequeña vía que conectaba a la mina con la hacienda de beneficio. Luego de entregar la carga al superintendente, con quien habló por un rato, el carrero se acercó al gerente inglés:

—Uno de mis tenateros no quiso subir la escalera con la canasta llena.

—Y lo corriste —dijo John George Buchan Hepburn.

—Lo hice, y ahora otros tres quieren un médico que les revise las espaldas, que porque les duelen mucho.

—Pues que vayan al doctor cuando terminen su jornada.

—Dijeron que debe ir por cuenta suya. Y también quieren dos días de descanso a la semana y jornadas de ocho horas.

—Están locos —dijo el gerente inglés—. ¿Qué hiciste después?

—Dejé que subieran el mineral con los tenates medio vacíos. Hasta tuve que ayudarlos. Por eso tardé tanto en traer la carga. Si las cosas siguen así, necesitaremos el triple de peones.

*Mister Hepburn* lucía cada vez más consternado:

—¿Qué te dijo el superintendente?

—Primero me regañó, pero cuando le expliqué cómo ocurrieron las cosas, me mandó a hablar con usted.

—Corre a los más remilgosos, para que sirvan de ejemplo.

—Es que no puedo hacer eso, *mister Hepburn*. Es como una epidemia. Los debería oír: todos están locos. En los descansos hablan de un mundo más bonito, lleno de margaritas, mariposas y no sé qué disparate más. Quieren que usted agarre el pico y la pala.

*Mister Hepburn* dejó caer al siamés y lo pateó con furia:

—*Sons of bitches!*

El animal despegó, chillando por los aires, hasta caer en una tina de cianuro.

*Lord Fabesham* señaló la columna de humo que se alzaba al este del pueblo:

—*What is that?*

*Mister Hepburn* viró su atención hacia el punto señalado por el pelirrojo.

*Lord Fabesham* corrió hacia el origen de la combustión:

—*My God!*

*Mister Hepburn* no logró alcanzar a *lord Fabesham*, quien corría demasiado rápido hacia el incendio.

Chon, Rosalío, el comisario Teodoro Maza, dos telegrafistas, el encargado del aserradero y los peones de la mina y de la hacienda de beneficio ayudaron a acarrear cubetas de agua a los chinos. Éstos lograron que el fuego no trascendiera del sótano de la lavandería, pero no consiguieron rescatar las pipas, las lámparas, las almohadas de seda ni el opio almacenado. Li-Chang le

informó a Fabesham que un grupo de cinco enmascarados había entrado por la madrugada a su establecimiento; sacaron a punta de pistola a los empleados de la lavandería y los llevaron a la montaña, donde los ataron a los pinos.

El gurú del opio apuntó hacia el este:

—Huyeron en esa dirección —el dedo del chino señalaba una nueva columna de humo, apenas advertida.

*Lord* Fabesham comenzó a temblar; logró salir de su estupor y acarreó a todos y cada uno de los apagafuegos hasta el incendio en la montaña, con todo y cubetas de agua. Sin embargo, cuando llegaron al sembradío de amapolas, ya era demasiado tarde. Ni una sola flor sobrevivió. *Mister* Hepburn comenzó a preocuparse al ver nervioso a su matón. El pelirrojo volteaba en todas direcciones, sudaba y resollaba.

—*Are you feeling sick?* —dijo *mister* Hepburn.

*Lord* Fabesham sujetó a Li-Chang de su *tangzhuang*:

—¿Tienes otro plantío?

Li-Chang negó con la cabeza y el pelirrojo procedió a estrangularlo. Chon, Rosalío y el comisario Teodoro Maza lograron quitárselo de encima.

—*You ought to have more!* —chilló *lord* Fabesham.

—*Calm down* —dijo *mister* Hepburn y enseguida se dirigió a Li-Chang—: ¿Podrías describirlos?

El chino lo pensó por un momento.

—Usaban pañoletas en la cara —dijo—. Uno sangraba de la oreja.

*Lord* Fabesham empujó las puertas batientes. A pesar de su enérgica entrada, ya no intimidaba como solía hacerlo. El pelirrojo lucía nervioso y fuera de balance. Su paso ya no era tan firme ni su mirada tan amenazante. Incluso temblaba. Sufría náuseas y escalofríos. Ubicó a Negujón compartiendo una botella de mezcal con José García, Ticho y el Chaflán. Negujón estrelló con fuerza el cubilete en la mesa.

—Duques —dijo.

El impacto del cubilete y el rugido del ogro detuvieron a *lord* Fabesham, quien iba acompañado de Teodoro Maza.

El comisario se animó a decir:

—Neguijón Ortega, queda usted arrestado.

Tocó el turno de Ticho con el cubilete. A Neguijón y al Silicoso les resultó demasiada casualidad que al Mutilado le salieran dos seises encimados.

Neguijón señaló a Ticho:

—Eso fue chapuza.

—Que se repita, que se repita —dijo José García, el Silicoso.

Jalar a Neguijón de la manga fue considerado por Teodoro Maza como una estupenda idea, aunque en la práctica no lo fue tanto. El barretero aprisionó y sacudió el brazo del comisario como si se tratara de un paño viejo, y lo liberó tras fracturarle la muñeca. Arrodillado, Teodoro Maza se quejó del dolor. Neguijón regresó su atención al juego. Para cuando el Chaflán estuvo listo para lanzar los dados, *lord* Fabesham le apuntaba al barretero con su revólver y repitió lo dicho por el comisario:

—Estás arrestado.

El ogro no despegó la vista del cubilete:

—¿De qué se me acusa?

—Daño contra propiedad privada —dijo el escocés.

Neguijón sonrió:

—La propiedad privada es un delito, ¿no lo sabía?

Ésa fue toda la distracción que necesitaba Higinio Montoya, quien saltó de su silla, cayó encima de *lord* Fabesham, impulsó hacia abajo la cabeza de éste con ambos brazos y partió la mesa en dos con su cara. El escocés cayó al suelo, inconsciente y con la nariz rota.

—La propiedad privada no es delito todavía —dijo Montoya—. Aún no. Lo que sí es delito es la portación de armas dentro de los límites del pueblo.

El hombre apodado Perezas le entregó el revólver de *lord* Fabesham al comisario.

Teodoro Maza le preguntó a Higinio Montoya qué había hecho.

Virginia Houston salió al quite.

—Su trabajo —dijo.

—Pero veníamos por los responsables del incendio de...

—Del fumadero de opio —terminó la oración Virginia Houston.

El comisario balbuceó:

—¿Qué?



—El incendio sólo quemó el centro de vicio que estaba escondido debajo de la lavandería. Y a todo esto, ¿son legales los fumaderos de opio, comisario? Por lo mucho que le importa el que se quemó, hasta me dan ganas de poner uno. Para que también lo proteja.

—¡Chon, Rosalío, ayúdenme con el güero! Nos vamos.

Chon y Rosalío siguieron a Teodoro Maza, cargando entre los dos el cuerpo inerte de *lord* Fabesham.

## XVII

### SEIS TIROS PARA SEIS APACHES

La majestuosa vista de las cascadas y las montañas no compensaba lo molesto que era viajar al lado de Santacruz, quien no paraba de exigir descansos, de quejarse de la nieve, del sueño, del hambre y de dudar en voz alta si estaba hecho para la misión que Vicente le había encomendado. Cornelio Callahan no sólo dudaba de eso, sino de la infalibilidad de todo el plan, ya que éste dependía de mucha gente y Lobo desconfiaba de la gente. Alguien podría acobardarse, cantar, soltar la sopa y poner en serios aprietos al coronel. Ese alguien muy bien podría ser Edmundo.

—Si usted cree que un plan tan complicado puede funcionar, lo apoyo. Lo que no entiendo es por qué hemos de confiar en el bueno para nada de Santacruz.

—No es un bueno para nada. Tú no lo viste trabajando en su imprenta. El empeño que ponía en ello. Es muy bueno.

—Muy bueno agitando peones —dijo Cornelio Callahan.

—En el momento preciso, hasta un agitador puede sernos útil. Además, si lo he protegido por tanto tiempo, ¿por qué no he de echar mano de sus talentos?

—Está bien. Lo subimos a la mina, dejamos que haga lo suyo y nos olvidamos de él.

—No —Vicente Ildefonso Ponce de León Quijano y Castillo fue tajante.

Cornelio Callahan quiso saber qué había de malo con su propuesta.

—Su madre fue una gran señora. Ella y su esposo murieron por mi causa. Le di mi palabra a doña Josefina de que protegería a su hijo. Lo he cumplido hasta ahora y lo seguiré haciendo.

Lobo columbró a la distancia el valle de Diablo Prieto. Cornelio Callahan detuvo su caballo. Edmundo se le quedó mirando.

—Hasta aquí llego —dijo Lobo.

—No te puedes ir todavía —dijo Edmundo Santacruz.

—No deben vernos juntos.

—Acompáñame, por favor.

—No puedo —dijo Cornelio Callahan.

Edmundo Santacruz cogió la rienda de Lobo:

—Llévame de regreso.

—Tampoco puedo hacer eso —dijo Cornelio Callahan.

—Tengo miedo —dijo Edmundo Santacruz.

—Tenme miedo a mí porque, si traicionas al coronel, te despellejo vivo.

Era tal su desesperación que a Edmundo le pasó por la mente insultar a Cornelio. Llamarlo indio joto por todo lo que se decía de él en el pueblo. Lo bueno para él fue que lo pensó mejor. Creyó en la amenaza de su acompañante. Lo había visto hacer ese tipo de cosas: despellejar a gente viva.

Edmundo Santacruz temía que alguien hubiera descubierto el mensaje.

—Está en clave —dijo Cornelio Callahan.

Dos días antes, Montoya había enviado un telegrama cifrado («Al bebé no le faltará leche») a la oficina en Resurrección, por medio del cual le informaba a Callahan que tenía el terreno preparado para la llegada de Santacruz y que el punto de reunión sería en una cantina.

Una conducta proveniente de Diablo Prieto se acercó a Cornelio y a Edmundo. Venía protegida por dos rurales y se componía por una berlina, tripulada en el interior por el juez Betancourt y el botones mexicano, seguida por una recua de tres mulas cargando doscientos sesenta kilos de plata. Los rurales malencarados disminuyeron la velocidad de su marcha y amartillaron sus armas tan pronto como avistaron a los dos extraños.

El conductor de la berlina se detuvo junto al par de forasteros:

—¿Qué negocio se traen por aquí?

La puerta se abrió. Un anciano bajó con dificultad del carro. Lobo sintió que su corazón daba un vuelco luego de reconocer al juez Betancourt, quien

afortunadamente ya no portaba sus quevedos.

—Venimos buscando trabajo —dijo Cornelio Callahan.

El juez hacía guiños mientras inspeccionaba la cara de Lobo, la cual le resultaba difusa.

—¿Buscan trabajo, así nomás, por casualidad, a dos mil metros de altura sobre el nivel del mar?

La koyera de Lobo ocultaba la «L» marcada en su frente. A pesar de esto, el magistrado recordaba haber visto esa extraña combinación de rasgos nativos con ojos grises en algún otro lugar.

Lobo fue por el revólver en su alforja:

—Hemos oído que aquí se paga en plata.

—¿No lo conozco de algún lado, caballero?

—No lo creo —dijo Cornelio Callahan.

El magistrado le pidió su nombre al forastero.

Lobo no podía usar su viejo alias, por lo que dio su nombre real, Cornelio Callahan.

—Cornelio Callahan —repitió el magistrado, como queriendo grabarse el nombre en la memoria—. Soy el juez Silas Betancourt.

Lobo señaló a su acompañante:

—Éste es Edmundo Santacruz. No habla porque es tímido, pero también muy trabajador.

—Si vienen buscando trabajo honrado, se dirigen al lugar correcto. No se mezclen con las manzanas podridas y les irá bien.

—¿Y cómo hacemos para no mezclarnos con las manzanas podridas?

—Evitando entrar a tabernáculos del vicio como el Cosmopolitan. Un lupanar que, me alegra informarles, pronto cerrará sus puertas.

—Me alegra oír eso también, señor magistrado. Y descuide: jamás entraríamos a un lugar con semejante fama.

El tintineo de cadenas y el traqueteo de más de cuarenta cascos de caballo anunció la llegada de una carreta tripulada por dos rurales, ocho indios medio vivos, entre éstos los moribundos Chile y López, y uno más muerto por hipotermia, Rafaelito. Los prisioneros también iban custodiados por cinco jinetes, tres al frente y dos en la retaguardia. Resultaba evidente que no había espacio en la estrecha vereda para la berlina, los jinetes y la carreta, por lo

que el jefe de los custodios ordenó un alto. Cuando el apache Chile intentó pararse para ver por qué se habían detenido, recibió un piquete de bayoneta.

—Estese quieto —dijo el rural.

El juez Silas Betancourt quiso saber qué transportaba el capitán.

—Ocho felices mineros —dijo el aludido, y enseguida se dirigió a Lobo —: ¿Quiénes son ustedes?

—Dos mineros... no tan felices.

La contestación burlesca de Lobo agrió el semblante del capitán.

—Tal parece que nos hemos atorado —dijo el magistrado en tono conciliador.

—Retrocedan para que podamos pasar.

—Pídale por favor y lo pensaré —dijo Cornelio Callahan.

El capitán recordó que era un militar condecorado, veterano de dos guerras. Consideró que no necesitaba pedirle favores a nadie, por lo que extrajo su sable.

—Preparen —dijo.

Los dos jinetes de la retaguardia se colocaron al lado de su capitán. Todos los de a caballo desenfundaron sus armas. Chile volvió a levantarse, fingiendo interés en el conflicto. El rural intentó fustigarlo, pero el apache desvió la bayoneta con las manos. López aprovechó la distracción generalizada para pasar sus cadenas por encima de la cabeza del rural y procedió a estrangularlo.

—Creo que podemos resolver este asunto de manera más civilizada —dijo el juez.

Edmundo Santacruz estaba tan nervioso que era incapaz de moverse o emitir un sonido.

—Retrocedan. Es mi última advertencia.

—No vale la pena —dijo Silas Betancourt.

Lobo observó con una mueca la manera en que Chile asfixiaba al conductor y cómo el resto de los apaches caminaba sin cadenas hacia su libertad; señaló la carreta con la cabeza:

—En lugar de andar con berrinches, debería preocuparse por su cargamento.

—Ese truco es muy viejo —dijo el capitán, con una sonrisa y negándose a

voltear hacia atrás.

Cornelio Callahan se encogió de hombros. Chile brincó del carro, cayó encima de un jinete y procedió a hacer incisiones con el cuchillo que le había robado al conductor. López fulminó la cabeza de un rural con la carabina del primer muerto. Al ruido de la detonación lo siguieron los gritos de guerra apaches.

—Tienes que ayudarlos —dijo el juez Silas Betancourt.

Cornelio sopesaba sus opciones. Edmundo Santacruz, el conductor de la berlina y todos sus tripulantes lucían petrificados por el miedo. Tres apaches portaban armas de fuego y el resto combatía con piedras y a puñetazos. El capitán disparaba balas erráticas, afectadas por el miedo. Sus hombres caían uno tras otro ante rivales en taparrabo y con una insaciable sed de sangre. Cornelio Callahan deseaba de todo corazón ver masacrados a los rurales y a su capitán, por irrespetuosos. Sin embargo, no se trataba de lo que él quisiera, sino de lo que era mejor para su coronel. Siempre había sido así, excepto en el recodo del Gila, cuando lo desobedeció por motivos personales.

Lobo calculó que, de socorrer al capitán en esos momentos, se ganaría la confianza del juez Betancourt. Además, ayudar al capitán libraría de contratiempos la llegada de Santacruz a Diablo Prieto. No lo pensó más; había llegado a una conclusión: dedicó seis tiros para seis apaches, amartillando con el talón de la mano izquierda, y recargó el barril de su revólver. Esto animó a actuar a los dos rurales a cargo de la plata. López corrió hacia los matorrales, mientras Chile esquivaba en zigzag los proyectiles que buscaban su cuerpo y trepaba al caballo del aterrado capitán, cuchillo en mano.

El capitán estaba a punto de ser mutilado cuando la bala de Lobo perforó la sien de Chile. El apache se desplomó.

—¡Ay, muchas gracias! —dijo el capitán—. Me salvaste la vida, amiguito.

El juez señaló el revólver de Lobo:

—Eres bueno con eso.

—Ayudó mucho que esos apaches se encontraran medio muertos de hambre y frío —dijo Cornelio Callahan.

—Cierto, muy cierto. Pero eso no le resta mérito a tu hazaña.

El capitán se jalaba los pelos mientras veía los cadáveres de la tropa regados a lo ancho de la vereda:

—¿Ahora qué voy a hacer?

—Redactar un reporte a tu superior y ponerme a mí como tu testigo. Estoy dispuesto a declarar que nada de esto fue tu culpa. No tienes de qué preocuparte. El problema ahora es para mí, pues hace falta llevar esta plata a Resurrección y todavía anda un apache suelto por ahí.

—Yo podría acompañarlo —dijo el capitán en tono sumiso, el cual contrastaba con su arrogancia anterior.

—Preferiría que lo hiciera Cornelio. Le veo más madera de pistolero que de minero. Usted y Edmundo suban los cuerpos a la carreta y llévenlos a Diablo Prieto para que reciban cristiana sepultura —dijo el magistrado al capitán, para luego dirigirse a Lobo—: ¿Qué te parece? *Mister Hepburn* estaría más que dispuesto a pagarte hasta cien pesos por cada viaje de plata.

—¿Qué me parece? Me parece bien —dijo Cornelio Callahan.

El juez Betancourt conducía la berlina. Cornelio viajaba a su lado. *Ridin' shotgun*, como dicen los gringos, sólo que con un rifle Henry en lugar de escopeta. El mestizo volteó hacia la recua de mulas y notó que la conducta procedente de Diablo Prieto llevaba poca plata.

—Hace un momento habló de los problemas de un tal *mister Hepburn* —dijo Lobo—. ¿A qué se refería con eso?

En un principio el magistrado dudó en sincerarse con Cornelio Callahan; sin embargo, estaba aburrido y tenía ganas de hablar. Decidió que podía confiar en él. Suspiró antes de responderle:

—Como Adán y Eva en el jardín del Edén, los mineros hicieron caso a la serpiente que les habló de revolución. Su paraíso en Diablo Prieto terminó. Como hizo el Todopoderoso en el Génesis, *mister Hepburn* no tendrá piedad de ellos.

—¿Acaso comerán el pan con el sudor de su cara? Eso es una cochinateda.

—Peor. De ahora en adelante *mister Hepburn* les pagará con vales que sólo podrán ser canjeados en el taniche de don René.

—¿Qué pasará con el resto de los comerciantes?

—La dueña del lupanar tomó partido a favor de los agitadores. Ella será la única afectada.

Lobo señaló los lingotes:

—¿Depositará esos tejos en el banco de Resurrección?

—Los depósitos bancarios se realizan cada fin de mes. Esta plata es para la campaña del alcalde Puig Gallegos.

—¿Y por qué tiene tanto interés el señor Hepburn en ese señor?

—El alcalde le prometió a *mister* Hepburn que, de ganar la gubernatura del estado, el ferrocarril minero sería el primero en construirse. Su aserradero donará los durmientes. El tren recogerá el mineral en la puerta de su casa y lo llevará desde ahí hasta cualquier parte del mundo. No más asaltos a las conductas ni recuas de mulas. El progreso. Sí, señor.

Cornelio Callahan permaneció en silencio un largo rato, digiriendo la información recibida y valorando el papel que ésta jugaba en los planes de Vicente.

—¿Puedo hacerle una pregunta más y ya?

—Puedes hacerme las preguntas que quieras.

—Mejor no.

—¿Por qué no?

—Se podría ofender.

—Nos salvaste la vida. Te debo al menos mi más absoluta comprensión.

—Bueno, está bien, aquí va: ¿qué demonios hace un juez de paz haciéndole los mandados a un ricachón?

El magistrado volteó a ver a Cornelio de manera paternalista, como si la pregunta formulada por el mestizo le inspirara una inmensa ternura:

—Hijo, ¿naciste de noche o naciste anoche?



## XVIII

### EL AMIGO MISTERIOSO

El forastero entró al Cosmopolitan con piernas temblorosas. En un afán por pasar inadvertido, eligió una mesa en la periferia del establecimiento, junto a las puertas batientes, en el extremo opuesto a la barra, al escenario y a la escalera. Se deslizó sobre la silla intentando no hacer el menor ruido y posó la vista en la superficie de madera. A pesar del intenso frío, sudaba, sufría taquicardia y sentía que le fallaba la respiración. Se esmeraba en no mirar a nadie. Cuando al fin se calmó, sacó una libreta, un tintero y una pluma de su morral. Edmundo llevaba menos de quince minutos en la comunidad minera, pero ya se sentía capacitado para redactar un incisivo, extenso y minucioso tratado acerca de lo injustas que eran las condiciones laborales de los mineros en Diablo Prieto. Eso mismo fue lo que procedió a escribir el tipógrafo, en lo que esperaba la llegada de Higinio Montoya, quien brillaba por su ausencia.

El lugar estaba más vacío que de costumbre. Nada más había tres parroquianos, contando a Edmundo. No sólo faltaban las mujeres alegres, sino también los clientes. El músico interpretaba una mazurca en el piano mientras marcaba el ritmo golpeando el tacón en el suelo del escenario. Neguijón, sentado a una mesa ubicada en el centro del establecimiento, pagó la cuenta con un vale emitido por la Comunidad Minera de Diablo Prieto.

Virginia Houston inspeccionó de cerca el extraño papel:

—¿Qué es esto?

—Es con lo que nos pagan ahora. *Mister* Hepburn dice que es canjeable en la tienda de raya y en cualquiera de sus comercios.

—Saben bien que no voy a los negocios de ese cabrón.

—Las cosas van de mal en peor —dijo el barretero—. Primero se llevan a Felipa y ahora nos pagan con papeles que ni sirven.

La naturaleza de la discusión captó el interés de Santacruz, por lo que se

animó a despegar la vista de su mesa. Neguijón preguntó qué le veía.

—Nada —dijo Edmundo Santacruz.

Como si hubiera recibido un insulto imperdonable, el ogro caminó a grandes zancadas hasta el lugar donde lo esperaba un aterrado Edmundo Santacruz, a quien despojó de sus bifocales. Virginia Houston y José García llegaron un instante después.

La norteamericana le preguntó al tipógrafo quién era y qué hacía ahí.

El ogro estrujó los anteojos con sus manazas:

—Ha de ser un mitotero.

—Tú no eres de por aquí —dijo la dueña de la taberna.

—Con estos lentes de maricón, ¿cómo va a ser de por aquí?

El Silicoso señaló las bolsas púrpuras bajo los ojos del tipógrafo:

—¿Por qué tienes esas ojeras?

—Es que casi no duermo por estar leyendo toda la noche —dijo Edmundo Santacruz, a modo de disculpa.

El índice de Virginia Houston apuntó hacia las manchas azules en las manos de Santacruz:

—¿Qué es eso?

Edmundo les mostró el tintero, la pluma y la libreta sobre la mesa:

—Es sólo tinta. Nada más.

El Silicoso cogió la libreta:

—Está escribiendo nuestra conversación.

El barretero alzó en vilo al tipógrafo:

—¿Quién eres?

Edmundo Santacruz era incapaz de articular palabra. El ogro amartilló el enorme puño que destrozaría la cara del impresor en caso de ser disparado.

Higinio Montoya entró a la taberna:

—Ése es el señor Santacruz.

Como por arte de magia, Neguijón soltó al tipógrafo.

—Un paso atrás, infeliz, que las manos de ese hombre son como cuchillos. Sus piernas son espadas.

José García y Neguijón hicieron caso a la advertencia de Higinio Montoya.

—Señor Santacruz, ¿viene a romper nuestras cadenas? —dijo el ogro, con

una voz que inspiraba ternura.

—Estuviste a punto de morir, malnacido. En lugar de andar pidiendo favores, agradece que sigues vivo.

El barretero procedió a enderezar el armazón de los bifocales que había enchucado. José García le acomodó el cuello y el corbatón a Edmundo, quien poco a poco se fue armando de valor y seguridad en sí mismo. Su postura dejó de ser encorvada. Su expresión fue del terror a la displicencia.

—George está pagando con vales —dijo Virginia Houston.

—Sí, me acabo de enterar —dijo el hombre apodado Perezas, con semblante preocupado.

Edmundo Santacruz quiso saber quién era la mujer.

—Virginia Houston, la dueña de esta taberna. Encantada de conocerlo.

La norteamericana extendió la mano a Edmundo Santacruz, quien rechazó el saludo.

El tipógrafo veía con asco la mano extendida de la mujer:

—¿Vende bebidas alcohólicas en este establecimiento?

—Pues sí. ¿Por qué? ¿Gusta un trago, maestro? La casa invita.

—Así que colabora con el explotador extranjero, idiotizando al obrero, para que éste sea más fácil de controlar.

Montoya cogió a Edmundo del brazo y lo arrastró hasta la cocina:

—Necesitamos hablar.

Negujón corrió y le entregó a Edmundo sus gafas, lo más derechas que consiguió dejarlas. El tipógrafo se las arrebató.

## XIX

### LA GRAN ESTRUCTURA

Higinio Montoya arrojó a Edmundo dentro de la cocina, corrió al cocinero y cerró la puerta detrás de él:

—¿Qué crees que haces?

—Pongo las cosas en su justo lugar, eso es lo que hago.

—Esa mujer me ha ayudado a preparar el terreno para tu llegada.

—Esa mujer convierte en esclavos a nuestros hermanos y en prostitutas a sus mujeres.

—¿De dónde sacas tanta basura?

—De un sistema filosófico que llevo toda la vida construyendo, piedra por piedra, ladrillo por ladrillo. Estoy hablando de una Gran Estructura donde cada teoría tiene reservado un lugar muy claro.

—¿Y no puedes ignorar esa parte de tu Gran Estructura y continuar con tu tarea aquí?

Edmundo se cruzó de brazos:

—Imposible.

—No entiendo —dijo el pistolero—. ¿Cómo va a ser eso imposible?

—Es como remover un pilar de un edificio. ¿Qué pasaría? Pues la Gran Estructura se vendría abajo.

El hombre apodado Perezas quiso saber qué pasaría luego de que la Gran Estructura se viniera abajo.

—Luego serías un hombre sin principios.

—Eso no importa ahora —dijo Higinio Montoya.

—Eso es fácil decirlo para ti, porque te vendes al mejor postor. No tienes principios. En cambio, yo soy un esclavo de los míos.

El tipógrafo sonrió. Sintió que acababa de asestar un golpe fatal a la lógica errada de Higinio Montoya y su manera tan indolente, egoísta y estúpida de

conducirse por la vida. El pistolero dejó pasar el insulto. Había otras cosas de qué preocuparse en esos momentos, como el compromiso que tenía con Vicente. Sabía que estaba cerca de cumplir con la misión que éste le había encomendado: sembrar la anarquía y cosechar el caos en las minas de Diablo Prieto. Sólo hacía falta usar la cabeza para conseguir que Edmundo hiciera su parte, lo cual era esencial para el plan.

No puedo dialogar con este loco de manera sensata, pero qué tal si intento hablar su lenguaje, me interno en su locura y lo convengo desde ahí, pensó. Esto le pareció una buena idea. Sería todo un reto, aunque a Higinio Montoya le gustaban los desafíos. Procedió a formular su estrategia: Ya que cada teoría suya es como un pilar, qué tal si, en lugar de removerlas, cambiamos las que no nos sirven por otras más funcionales, que encajen dentro de la Gran Estructura, sin dañarla, caviló el pistolero, asombrado por los disparates que fluían por su mente en esos momentos. Higinio Montoya puso manos a la obra, mejor dicho, la lengua. Aclaró la voz:

—¿Y nunca has pensado que, tal vez, no sé, quizá el consumo de alcohol por parte de la clase trabajadora represente una forma de protesta en contra de una vida carente de sentido?

Santacruz se interesó en las palabras proferidas por el bruto pistolero. Pensó: ¿Acaso he encontrado un cerebro con el cual dialogar en un nivel intelectual casi tan elevado como el mío?

Edmundo Santacruz se mostró interesado en las palabras del hombre apodado Perezas.

—Algo así como: Mira lo que le hago a mi cuerpo, porque te enriqueces a mis costillas —dijo Montoya.

—¿Como la censura idiota de un alma sin mente?

Siguiendo su instinto, Higinio Montoya asintió, sin saber con exactitud a qué le estaba diciendo que sí.

Edmundo frotó su barba mefistofélica:

—Debo reconocer que no lo había visto de esa manera.

—Tenemos que actuar. Este tugurio ha sido nuestro cuartel hasta ahora, pero, con la emisión de los vales firmados por *mister* Hepburn, Virginia no lo podrá mantener en pie por mucho tiempo.

—Tienes razón —dijo Edmundo Santacruz.

## XX

### DONDE SE RELATAN LOS EXTRAÑOS HECHOS QUE ACONTECIERON CINCO MESES DESPUÉS DE LA LLEGADA DE EDMUNDO SANTACRUZ A DIABLO PRIETO

Efraín Marchena cenó con su mujer y sus dos hijos en el comedor del hotel. Debía volver a la redacción del periódico. El editor se limpió la boca con la servilleta, se santiguó y se levantó de la silla. Georgina tomó su mano. *Mister Hepburn* estaba en una mesa aledaña, leyendo *El Sol de Diablo Prieto*.

—No te vayas —dijo la mujer.

—Tengo que cerrar la edición —dijo el valiente periodista.

—Por lo que más quieras, pídele al señor Fabesham que te acompañe.

—*Mister Hepburn* lo tiene haciendo cosas más importantes. Además, me puedo cuidar solo.

—Vámonos de aquí —dijo Georgina.

—Gano más de lo que jamás habíamos soñado.

—Tú sabes que eso no me importa. Siempre te querré, así me traigas con una chancla de una y otra de otra.

—Nada más es cruzar una calle. ¿Qué me puede pasar?

—¿En qué noticia estás trabajando ahora?

—El asesinato del músico —dijo el licenciado Marchena.

Se decía que el pianista había sido sentenciado a muerte por el comité revolucionario de la Antigua Orden de los Cuervos, en un juicio presidido por el Hermano Santacruz, luego de que el músico afirmó frente a todos los revoltosos que debía recibir una paga a cambio de sus canciones. Hasta la fecha, tan descabellada información no ha podido ser corroborada por el autor de esta verdadera historia.

La mujer aprisionó la mano del licenciado Marchena:

—Esa gente es peligrosa.

—He de cumplir con mi deber, amada mía.

—¿Por qué necesitas ser tú? ¿Por qué no puede ser otro?

El periodista se liberó de la mano que lo sujetaba:

—Alguien tiene que hacer frente a la ignominia.

Efraín Marchena besó en la frente a cada miembro de su familia y salió de la recepción, rumbo a las oficinas del periódico. La noche era tétrica de tan fría. Debido a la lluvia de la tarde y a la falta de alumbrado, la calle era un lodazal oscuro. En un principio el periodista se tranquilizó pensando que Chon y Rosalío habían olvidado encender las farolas, pero luego recordó que estaban encendidas al salir del periódico. Esto lo preocupó. Dio la media vuelta y caminó unos pasos hacia el hotel. Se detuvo al ver a un hombre cargando una alcuza plateada, una antorcha encendida y una escalera de madera. El individuo se acercó a una lámpara ubicada a dos calles, colocó la escalera contra el poste y comenzó a subir los peldaños. Alimentaba el farol con queroseno cuando el lodo en las botas lo hizo resbalar en uno de los peldaños y perdió el equilibrio. El combustible y la vela encendida cayeron encima de su levita y provocaron una hoguera en su brazo. El terror lo hizo caer de lomo. En el lodazal, el farolero intentaba apagar el fuego a manotazos. El periodista decidió que debía ayudar al servidor público cuanto antes, por lo que corrió en dirección contraria al periódico.

Efraín Marchena sofocaba la lumbre con su gabardina cuando Negujón salió del callejón que se abría entre la camisería y el juzgado.

—Periodista vendido —dijo el barretero, y disparó dos tiros a quemarropa que precipitaron el cuerpo de Efraín Marchena hacia el suelo.

Un maniquí se movió en el interior de la camisería. El agresor sorprendió a un par de ojos muy abiertos sobre el hombro del muñeco. Dirigió el cañón de la pistola hacia el cristal del establecimiento. Amartilló. Las puertas del hotel y del periódico se abrieron. Varios individuos salieron a ver lo que ocurría.

—¡Vámonos! —dijo el secuaz.

Negujón se llevó el dedo índice a sus labios cerrados, indicando silencio, y luego lo pasó por su cuello, indicando decapitación. El sastre asintió con la cabeza y los agresores fueron tragados por la oscuridad.

—¡Efraín! —exclamó Georgina, quien corría hacia su marido.

*Mister* Hepburn la seguía de cerca. La dama se arrodilló junto a su esposo.

—¡Traigan a un doctor! —gritó la mujer.

Efraín Marchena negó con la cabeza.

—¿Qué necesitas?

—Un beso, amada mía, que me han disparado y he de morir.

Georgina besó los labios helados de su esposo una y otra vez.

John George Buchan Hepburn le preguntó al moribundo quién le había disparado.

Efraín Marchena murió antes de responder. El gerente de Diablo Prieto caminó hacia la camisería y tocó la puerta de cristal. El sastre abrió.

—¿Quién fue?

El sastre negó con la cabeza. *Mister* Hepburn lo agarró del cuello:

—¿Quién fue, maldito cobarde? ¿Quién fue?

—Le juro que no vi nada —dijo el alfayate.

*Mister* Hepburn le propinó un par de bofetadas, tomó prestada su cinta de medir y salió de su local.

—Todo es su culpa. Trajo a mi marido a este infierno nomás para que me lo mataran.

*Mister* Hepburn ignoró a la viuda y procedió a medir el tamaño de la gigantesca huella dejada por Negujón. Los empleados del periódico y del hotel caminaron hacia el cuerpo inerte. Teodoro Maza llegó corriendo por el otro extremo de la calle. Chon y Rosalío lo seguían de cerca. El comisario se colocó los tirantes y se abrochó la pistolera. No llevaba saco ni camisa.

—No se acerquen, que aquí están las huellas de los asesinos.

El comisario señaló hacia el callejón:

—Van hacia allá.

—No tiene caso seguir sus huellas. Sabemos dónde están.

—Tiene usted mucha razón —dijo el comisario, quien de inmediato se dirigió a Chon y a Rosalío—: Ustedes dos vayan al Cosmopolitan. Tráiganme a dos hombres con las suelas enlodadas.

El gerente continuó haciendo mediciones con la cinta del sastre y apuntaba los resultados en una libreta. Teodoro Maza se rascó la cabeza:

—¿Qué hace?



—Tu trabajo —dijo John George Buchan Hepburn.

## XXI

### EL VALS DEL ARMAGEDÓN

El calor de los cuerpos desnudos hacía irrelevante el invierno. Higinio Montoya apretaba con fuerza las caderas sudorosas de Virginia Houston, mientras éstas se estrellaban contra la pelvis del pistolero una y otra y otra vez. Llevaban una semana dedicados de lleno a la misma actividad. Día, tarde y noche. Recibían el desayuno, la comida y la cena abriendo la puerta del dormitorio apenas lo necesario para que el cocinero pasara la charola, y regresaban a lo suyo, como si de esa manera quisieran expiar sus pecados. Como si estuvieran condenados a eso. Como si no lo hicieran por gusto. Como si con su sexo quisieran hacer fuego para, con éste, incendiar al pueblo y al mundo entero. A ninguno de los dos les importaba que los revoltosos oyeran el incesante golpeteo de la cabecera contra la pared de madera. Era algo cotidiano. Estaban acostumbrados.

—Déjalos que se maten —dijo Virginia Houston tras oír los disparos de Negujón.

—No puedo hacer eso. No sé por qué, pero me preocupa esta situación. Siento que algo malo pasará.

—¿Crees que don Vicente tenía planeado este desastre?

Higinio Montoya terminó de vestirse:

—No lo sé. Sólo sé que es demasiada locura.

El pistolero salió de la habitación y bajó la escalera. Los mineros lucían como el gato que se tragó al canario. Ninguno hablaba. Todos iban de negro y bebían una lechuguilla de sabor espantoso, fabricada por los propios inconformes, quienes se habían adueñado del Cosmopolitan desde que dejaron de ir a las minas. Virginia Houston había perdido el control de su negocio luego de que sus proveedores se negaron a aceptar vales de la mina como pago por sus botellas y toneles de cerveza. El último trago civilizado, *brandy*,

se sirvió el mismo día en que Higinio Montoya y Virginia Houston resolvieron encerrarse en la alcoba.

—Bailemos juntos de aquí al fin del mundo —brindó el pistolero tras cerrar la puerta con su bota.

Los dos disparos en la noche habían interrumpido su vals.

Negujón y el Chaflán salieron de la cocina y fueron a sentarse a mesas distintas.

Higinio Montoya se detuvo en el descansillo de la escalera:

—¿Qué está pasando aquí?

—No está pasando nada —dijo Edmundo—. Regresa con tu ramera.

Edmundo, quien ahora se hacía llamar el Hermano Santacruz, sabía que contar con una imagen enigmática era un aspecto muy beneficioso en la carrera de cualquier político. Por eso ahora vestía capote y levita negra, botín negro de hebilla y sombrero negro y de ala muy ancha que incluso acostumbraba usar en interiores. La escritura y lectura de textos incendiarios y la buena vida emanada de su posición de poder lo habían hecho engordar una docena de kilos en muy poco tiempo. Como resultado, el Hermano Santacruz parecía uno de esos ministros puritanos, quemadores de brujas, de la Nueva Inglaterra del siglo XVII. Y en cierto modo lo era.

Higinio Montoya bajó los escalones que lo separaban de la planta baja y caminó hasta donde estaba el Hermano Santacruz. Intentó asirlo del saco antes de propinarle un puñetazo, pero, de la nada, un muro de conjurados se levantó entre él y su objetivo. Eran demasiados. Todos vestidos de negro y con una lealtad fanática en la mirada. La tímida entrada de Chon y Rosalío atrajo la atención de los inconformes. Ninguno de los dos gendarmes anunció su asunto, y se limitaron a inspeccionar de lejos y en silencio las suelas de los mineros. Higinio Montoya quiso saber qué se les ofrecía.

—Acaban de matar a don Efraín Marchena —dijo Chon—. Los asesinos deben traer las botas llenas de lodo.

Edmundo señaló sus botas enlodadas:

—¿Qué va a hacer, gendarme? ¿Encerrarnos a todos?

Chon y Rosalío notaron que había una sola persona en el recinto con las suelas libres de lodo, y ése era Higinio Montoya. Se suponía que los gendarmes debían arrestar a dos hombres con las suelas enlodadas, pero, dado

que sólo había un individuo con las botas limpias, decidieron invertir la encomienda asignada por Teodoro Maza.

—Venga con nosotros —dijo Chon.

*Mister Hepburn* entró al Cosmopolitan, seguido por el comisario Maza.

—¿Qué haces?

—Es el único con las botas limpias —explicó Chon—. Se las acaba de cambiar.

El extranjero inspeccionó el calzado de Higinio Montoya:

—Déjalo en paz. Éste no fue.

Chon le preguntó al gerente cómo sabía que el hombre apodado Perezas no era el asesino.

—La suela de uno mide treinta y cuatro centímetros, el otro calza mucho más chico.

*Mister Hepburn* se acercó a Negujón y le sonrió. Negujón le sonrió de vuelta. El gerente observó la bota del minero. El extranjero apuntó con su dedo al barretero:

—Arresten a este hombre de inmediato.

—El Hermano Negujón no ha salido del Cosmopolitan en toda la noche.

*Mister Hepburn* le dijo a Teodoro Maza:

—¿No me oyó?

El comisario se acercó a Negujón. Edmundo se levantó de su silla. Todos sus seguidores hicieron lo mismo. Algunos empuñaban manoplas de acero, cachiporras y cuchillos. Se trataba de más de cincuenta mineros fornidos y un agitador en contra de tres magros funcionarios y un burgués. El comisario evaluó sus posibilidades de llevar a cabo la orden encomendada por *mister Hepburn* y volteó a verlo, pidiendo clemencia. Tragó saliva. *Mister Hepburn* recorrió la estancia con la vista, miró a los ojos a Virginia Houston, a Higinio Montoya, a Edmundo Santacruz y, por último, se detuvo en el cuervo pintado en la pared: LA ANTIGUA ORDEN DE LOS CUERVOS, rezaba abajo del feo pajarraco, escrito con pintura negra.

El extranjero señaló el logotipo del sindicato:

—Ésta es una organización maligna.

—Se equivoca. Ésta es una organización de apoyo al trabajador.

El extranjero dio la media vuelta y salió del Cosmopolitan, aceptando su

derrota. Chon, Rosalío y el comisario lo siguieron.

Higinio Montoya se acercó al Hermano Santacruz:

—Necesito hablar contigo —dijo, señalando hacia la cocina, luego de que los inconformes terminaron de festejar su primera victoria en contra del explotador.

## XXII

### LA MONTAÑA DEL MIEDO

Esta vez el pistolero no zangoloteó a Edmundo. No se atrevió. Negujón vigilaba sus movimientos con sed de sangre. Higinio Montoya notó que el barretero poseía la misma lealtad a su amo que un rottweiler. La misma capacidad de análisis también. Higinio Montoya abrió la puerta de la cocina e invitó a Edmundo a pasar primero.

—Ese hombre tenía familia —dijo Montoya—. Enviudaste a su mujer y volviste huérfanos a sus hijos.

—Ese hombre era un vendido cuyo trabajo era engañar al pueblo explotado.

—¿Por qué? ¿Porque investigaba la muerte del pianista?

—Si te pones del lado del explotador, te atienes a las consecuencias.

Ahora el hombre frío era Edmundo. No se conmovía por nada ni por nadie. Como un témpano. Ni siquiera respondió a las preguntas de Higinio Montoya, quien dejó escapar un suspiro, se encogió de hombros y comenzó a dar la media vuelta.

—Bueno, pues, por lo visto, mi trabajo en Diablo Prieto ha concluido.

El aplomo y la confianza desaparecieron de Edmundo tan pronto como escuchó la resolución de Higinio Montoya.

—¿Qué? —balbuceó.

—Todo parece indicar que tienes la situación bajo control. Hice lo que tenía que hacer. Hasta aquí llego.

—Pero Vicente te dijo que me tenías que ayudar.

—¿A andar de revoltoso? Te equivocas. Vine a preparar tu llegada. Se suponía que, con mi ayuda, llevarías a Diablo Prieto a la ruina. Te felicito: lo has conseguido.

—Tú eres el que se equivoca. Lo mejor aún está por venir. A Diablo

Prieto lo espera un nuevo mañana.

—Sí, sí, todo eso ya me lo sé. Tu revolución triunfará, los pajarillos cantarán más bonito, los yermos se llenarán de margaritas y los zopilotes se convertirán en mariposas.

—Búrlate cuanto quieras pero tú no te irás de Diablo Prieto.

—¿Para qué me quieres aquí?

—Necesito que me acompañes a casa del Hermano José.

—Que lo haga Negujón —dijo el hombre apodado Perezas.

—El Hermano Negujón no saldrá del Cosmopolitan por un tiempo.

Montoya decidió que necesitaba hablar con Cornelio cuanto antes para informarlo de que su tarea en Diablo Prieto había concluido. También decidió que nada le costaba hacerle un último favor a Edmundo, en aras de terminar en buenos términos su relación con el Hermano Santacruz, a quien cada vez le tenía mayor respeto.

Debido a lo numeroso de su familia, José García no vivía junto al resto de los mineros, en los barracones propiedad de *mister* Hepburn, sino en las afueras del pueblo, apartado del resto de las viviendas. Los muros de su jacal eran de piedra, por donde se colaban el polvo y el viento frío, que empeoraban la salud de su familia. El techo de varas, a dos aguas, estaba cubierto con un enjarre de lodo que lo protegía de la lluvia. Afuera, el pórtico se hallaba colmado de cachivaches. Había una artesa tirada junto a una tolva, un atril, cinco cencerros oxidados y un alambique. Higinio Montoya y Edmundo Santacruz sortearon éstos y otros bártulos antes de llegar a la puerta. Un gesto de horror se posó en la cara de doña Estela al reconocer al Hermano Santacruz.

—José no está —dijo la mujer—. Fue con don René.

—¿Con ese maldito usurero? ¿A qué fue a ese lugar?

Estela se hizo a un lado para permitirle el paso al Hermano Santacruz y a Higinio Montoya. Frente a éstos aparecieron tres niños enjutos y ojerosos, sentados a la mesa, esperando ansiosos la llegada de la cena.

—La revolución nos ha caído fatal. Necesitamos dinero para alimentar a los niños y para la medicina de José.

—El Hermano José no ha ido a las reuniones.

—Ha estado yendo al río todas las madrugadas, con su batea. Así de enfermo como está, el pobre. Con una fiebre altísima, tosiendo y escupiendo sangre. El poquísimo polvo que saca se lo cambia a don René por medicinas, harina y, a veces, carne. Hoy le llevó como tres granitos, así de chiquitos. Lo que sea es bueno. Por favor, no nos importa que nos paguen con vales, con tejos o con lo que sea, pero permita que José regrese a la mina.

—Buena mujer —dijo el Hermano Santacruz—: la mina pronto será suya.

—¿De verdad? ¿Me lo jura? ¿La mina será mía?

—La mina será suya, mía, de José y de todos los mineros, quienes trabajarán por el bien común.

Tan pronto escuchó esto, doña Estela supo que se trataba de otro más de los disparates que tanto le había costado hacerle olvidar a su esposo durante los primeros días de las insubordinaciones. Decidió cambiar el tema de la conversación:

—¿No tendrá algo para ayudarnos? Lo que sea. Mis niños se me mueren de hambre.

—Yo no doy limosnas. Mis acciones se orientan hacia el bien de toda mi raza, no de uno solo.

Mientras el Hermano Santacruz profería esta nueva sandez, Montoya registró sus bolsillos hasta encontrar un puñado de semillas de girasol, las cuales depositó en la palma de doña Estela García, quien las repartió de prisa entre sus tres hijos.

—Cuando regrese el Hermano José, dígame que vaya a verme.

—Sí, sí, no se preocupe. Yo le digo, Hermano Santacruz. Gracias.



## XXIII

### DONDE SE CUENTA LO QUE SUCEDE DESPUÉS DE QUE UN MIEMBRO DE LOS MOLLY MAGUIRE LLEGA A LA COMUNIDAD DE DIABLO PRIETO

En el interior de la hacienda de beneficio, cuatro ingenieros escoceses terminaban de instalar el molino de vapor. Los apaches encadenados seguían triturando manualmente el mineral, vigilados por los rurales armados. Un ingeniero conocido como Tristezas McGee dijo que le parecía injusto que él ganara el triple de lo que ganaban los empleados mexicanos.

—Eso es porque los mexicanos son bestias —dijo el capataz llamado Bishop—. Están peleados con la tecnología. La saben usar, pero no la saben crear. Enséñame a un mexicano que haya inventado algo útil y te demostraré que no es mexicano.

—Pero ¿no les revuelve el estómago ver a esos apaches encadenados, trabajando de sol a sol, contra su voluntad?

Bishop señaló el Cosmopolitan:

—Quizá tu lugar esté con esos alborotadores.

—Con la sed que hace, no me vendría mal un trago.

—Ponte a trabajar —dijo el capataz llamado Bishop.

Tristezas McGee capó el tornillo que sujetaba uno de los engranes al eje, al apretarlo de más con la llave inglesa. Los ingenieros voltearon a ver al muchacho. Ahora el capataz tendría que mandar a hacer el eje entero de nuevo, lo cual retrasaría su trabajo.

—No sé de qué madriguera te sacó *mister* Hepburn, pero sin duda ha sido una lata trabajar contigo —dijo Bishop, quien sospechaba que Blues McGee sabotaba la instalación del molino, día tras día—. ¿Dónde estuviste antes? Nunca nos has dicho.

Tristezas McGee estuvo a punto responder con una gran mentira cuando Teodoro Maza entró corriendo a la hacienda de beneficio, pistola en mano, y se ocultó detrás de un pilar, lo cual llamó la atención de los escoceses. Afuera, el Hermano Santacruz e Higinio Montoya regresaban del jacal de José García con rumbo al Cosmopolitan. Su caminata fue interrumpida por Teodoro Maza, Chon y Rosalío. Estos últimos salieron de la fábrica de pólvora ubicada frente a la hacienda.

—Manos arriba —dijo Teodoro Maza.

—¿Vienen a arrestarnos, comisario? ¿Ustedes nada más?

Teodoro Maza hizo un movimiento con la cabeza y el sombrero del Hermano Santacruz salió volando por los aires, tras ser perforado por un proyectil.

El comisario señaló el campanario de la iglesia:

—Fabesham los tiene en la mira.

La mano de Higinio Montoya avanzó hacia su seis tiros.

—No, por favor. Aún podemos resolver esto.

—Desármalos —le dijo Teodoro Maza a Chon, sin dejar de apuntarle a los cautivos.

Santacruz sacó un estilógrafo del bolsillo:

—Ésta es mi única arma.

Teodoro Maza apuntó con el dedo hacia el muro de la hacienda:

—Andando.

El Hermano Santacruz estaba de pie contra el paredón, con una venda en los ojos y las manos y los pies atados:

—¿No vamos a gozar de un juicio justo?

—¿Un juicio justo? ¿Para qué? ¿Para que tus seguidores juren y perjuren que no mandaste a matar al periodista ni al pianista? No. Esto lo resolvemos aquí. ¿Últimas palabras antes de irse al cielo?

—Disparen, que mi cielo será la historia donde mis actos quedarán grabados para la posteridad.

—Preparen —dijo el comisario Teodoro Maza—. Apunten...

El Hermano Santacruz cambió de parecer:

—No me maten, por favor —exclamó, listo para soltar toda la sopa—. ¡Yo sé muchas cosas!

—Suelten sus armas —dijo Fabesham, parado detrás del pelotón de fusilamiento, con su rifle en manos de *Blues* McGee, quien le apuntaba a la cabeza.

—Hagan lo que este asesino les dice —dijo Tristezas McGee.

—¿No lo oyeron? Que suelten sus armas —dijo *lord* Fabesham.

El comisario y sus gendarmes dejaron caer las armas.

—Estás cometiendo un grave error —le dijo Teodoro Maza a *Blues* McGee.

—Se equivoca. Es la primera cosa correcta que hago desde que llegué a Diablo Prieto. Estoy harto de atestiguar las injusticias que ocurren en este lugar. La manera en que sus funcionarios le dan la espalda a su pueblo con tal someterse a la voluntad del tirano.

Al Hermano Santacruz se le erizó la piel al escuchar estas palabras. Pugnaba por ver al autor de tan elocuente discurso; sin embargo, la venda en sus ojos no se lo permitía. El corazón le latía con fuerza.

—Desátenlos —dijo Tristezas McGee.

Teodoro Maza dio un paso al frente:

—Sólo podrás dispararle a uno de nosotros. No a los cuatro.

—Ese hombre no pudo decirlo mejor: los hombres libres no le tememos a la muerte, ya que nuestros actos pasarán a la historia.

—¿No oyen cómo habla? Está loco —dijo Fabesham—. Hagan lo que les dice.

Los gendarmes desataron a los presos. Tan pronto se quitó la venda de los ojos, Edmundo Santacruz sintió un colapso en su corazón. La apariencia de Tristezas McGee, parado frente a él, cumplió con sus expectativas. Era justo como se lo imaginaba: musculoso, gallardo y guapo. Se trataba, según él, de la perfecta encarnación del Hombre Nuevo: valiente, inteligente, sensible y bien articulado en su hablar. Incluso notó que Tristezas poseía unos ojitos dormilones, que parecían en todo momento soñar con un mundo mejor, según sus propias palabras. Jamás había sentido una atracción tan fuerte por una persona. Ni siquiera por Loreto, aquella esposa hurtada por los apaches en el '62, de quien ni se acordaba. Higinio Montoya recogió dos de las armas

tiradas en el suelo y le ofreció una al Hermano Santacruz.

—Edmundo, tenemos que irnos de aquí —dijo el hombre apodado Perezas. Santacruz cogió el revólver que Higinio Montoya le ofrecía.

—Sí, sí —dijo.

*Blues* McGee seguía asustado por la temeraria acción que acababa de llevar a cabo:

—¿A dónde vamos?

—Al Cosmopolitan —dijo Edmundo Santacruz.

Tan pronto como los fugitivos se pertrecharon en la taberna, Edmundo presentó a Tristezas McGee con sus nuevos hermanos, a quienes relató la hazaña que acababa de realizar el Hermano McGee. Todos celebraron con aplausos y gritando vivas.

Neguijón le preguntó a McGee qué se le antojaba beber.

—Un trago de centeno no me caería nada mal.

Todos voltearon a ver al Hermano Santacruz, como si se acabara de mencionar una palabra tabú. Incluso McGee sintió que había incurrido en alguna falta que desconocía.

—Sírvanle lo que pide —dijo el Hermano Santacruz.

—Pero no tenemos —dijo el ogro llamado Neguijón Ortega.

Santacruz extrajo un grueso fajo de billetes del interior de su levita:

—Pues vayan con don René y compren dos cajas llenas de botellas. Este hombre se lo merece.

Higinio Montoya y Virginia Houston charlaban junto a la barra.

—¿Qué tanto le ves a ese pinche güero?

—Tienes que admitir que es un poco lindo.

—Ya te lo ganaron: fue amor a primera vista.

—¿Crees que Edmundo y el güerito son novios?

—Pronto lo serán —Higinio Montoya señaló la mesa que compartían Tristezas McGee y el Hermano Santacruz—: Obsérvalos.

—Tristezas, qué bonito nombre. ¿Fue idea de tu madre? ¿O de tu padre?

—Me puse este nombre por los pobres y desesperanzados. Me puse este nombre por el prisionero que espera la horca. Me puse este nombre por aquellos que viven en la cárcel de la ignorancia, sin saber leer ni escribir.

—Qué bonitas palabras. Y, cuéntame, ¿por qué decidiste ayudarnos?

—Siempre he peleado en contra de los ricachones y las autoridades que los protegen. Mira esto —Tristezas McGee se arremangó la camisa y reveló en su brazo una cicatriz en forma de círculo, de diez centímetros de diámetro, con un triángulo invertido en el interior de su perímetro: ambas figuras formaban un símbolo que parecía hecho con un hierro ardiente.

—La Antigua Orden de los Hibernios. Me carteo con algunos de tus hermanos de Nueva York, Chicago y Pensilvania. Ellos me hablaron de ustedes y de su lucha. ¿Me permites tocarlo?

*Blues* McGee acercó el brazo a Edmundo:

—Adelante.

El Hermano Santacruz sufrió una erección al tocar la cicatriz hecha con el hierro ardiente. Los mineros regresaron con dos cajas repletas de botellas. Una de ellas fue a dar a la mesa que compartían Tristezas McGee y Edmundo. El extranjero quitó el corcho de la botella con los dientes, escupió el tapón y probó el líquido.

—Buena pintura esta que tienen aquí —dijo.

Santacruz señaló al cuervo pintado en la pared del Cosmopolitan:

—Ustedes inspiraron el nombre de nuestra organización.

—La Antigua Orden de los Cuervos... Sin duda me arrepiento de no haber entrado antes.

—¿Sabes que tienes unos ojitos dormilones? Parecen soñar en todo momento con un mundo mejor.

—Es lo que siempre hacen. Anda, bebe conmigo, ¿o vas a desairar a un hermano hibernio?

Edmundo cogió la botella, se sirvió un trago, vació el contenido del vaso en su garganta y se limpió la boca con la manga de su camisa. Parados alrededor de la mesa, los mineros aplaudieron luego de ver a su líder ingerir alcohol por primera vez.

Negujón señaló el símbolo en el brazo de Tristezas McGee:

—¿Qué es eso?

—El Hermano Tristezas es miembro de los Molly Maguire, una organización encargada de proteger y defender los derechos de los mineros; una organización que no teme recurrir a la violencia cuando es necesario.

—¿Y por qué razón terminó usted aquí?

—Me busca la policía de Pensilvania. Un maldito detective de la agencia Pinkerton se hizo pasar por uno de nosotros. Se decía mi amigo. Ahora es testigo de la fiscalía, el muy rata.

—Díganos, por favor, ¿cómo se llama ese detective?

—Caleb Johnson. ¿Han oído hablar de él? Puso tras las rejas al asaltante de la Wells Fargo en Oregón; capturó al bandido Tiburcio Vázquez en Los Ángeles; su testimonio envió a la horca a veinte de mis compañeros en Pensilvania.

—Tendremos cuidado de que no se presente por aquí.

—Pero no poco cuidado, sino mucho cuidado. Una vez que ese malnacido se propone infiltrar una organización, hace cuanto está en su poder para lograrlo.

—Lo bueno es que te tenemos aquí, para sorprenderlo en cuanto ponga un pie en Diablo Prieto.

—De poco servirá. Con todo respeto pero, por lo que sé, bien podría ser aquella hermosa señorita parada junto a la barra —dijo Tristezas McGee, señalando a Virginia Houston, y enseguida señaló a Ticho—: O ese pobre infeliz.

—No puede ser —dijo el Hermano Santacruz—. Ticho no tiene piernas.

—Es capaz de mocharse las piernas con tal de conseguir lo que se propone. Es lo que trato de hacerles entender. Se trata de un campeón del disfraz. Habíamos oído hablar de él; por ello esperábamos a un tipo enjuto, calvo y sin cejas. ¿Cuándo íbamos a pensar que en realidad era el pelirrojo fortachón con el que compartía mi cuarto de renta?

—¿Y qué tiene en tu contra ese malnacido?

—Me acusa de haber asesinado al dueño de la mina en Avondale.

—¿Y lo hiciste? ¿Lo mataste?

—Por supuesto que lo maté. Se lo merecía. El muy tacaño se negó a construir una salida de emergencia y un sistema de ventilación en su mina. Cuando se incendió, ciento ocho mineros murieron atrapados por culpa de su cochina avaricia. Lo vi pasar frente a mí, en su carro lujoso, mientras las viudas de sus trabajadores muertos no tenían ni para comer. No me pude aguantar las ganas de matarlo. No gasté ni una sola bala con él. No, señor. Lo maté con estas manos.

—Yo digo que brindemos por eso —dijo el Hermano Santacruz.

Todos los mineros se sirvieron un trago, que liquidaron de inmediato. Edmundo también bebió e incluso ordenó otra ronda. Liquidó su segundo, su tercero y su cuarto trago. Volvió a mirar el rostro de Tristezas McGee y decidió que era hermoso.

Aún no amanecía cuando el Hermano Santacruz despertó al lado de Tristezas McGee con un severo dolor en el ano. Se había convertido en un sodomita. Lo peor era que la experiencia no le había desagradado del todo. El puro recuerdo le proporcionaba placer y un cosquilleo en sus partes íntimas. Se preguntó si la bochornosa actividad sería como el opio, donde, luego de probarlo un par de veces, te vuelves adicto a él de por vida. ¿Acaso estaría condenado en forma irremediable a la sodomía? Recordó el texto de un socialista alemán, quien aseguraba que la homosexualidad era producto de la decadencia burguesa, que la exportaba a sus colonias en África y América en aras de que sus habitantes no se reprodujeran en números capaces de echarlos del poder. Esto tenía sentido en la mente de Edmundo, quien sacudió el torso desnudo y musculoso de *Blues*.

—Hola. Muy buen día —bostezó Tristezas McGee.

—¿Qué ocurrió anoche?

*Blues* McGee besó a Edmundo:

—Una nueva clase de amor.

El Hermano Santacruz detuvo a Tristezas:

—¿Nos vio alguien?

—Y si nos vieron, ¿qué importa? —dijo *Blues* McGee.

Edmundo sacudió el cuerpo musculoso del extranjero:

—¡Contéstame, por favor!

—Está bien: no, no nos vieron. ¿Ya estás contento?

El Hermano Santacruz no estaba contento:

—¿Cómo lo sabes?

—Me besaste cuando te acompañé a tu dormitorio —McGee acarició los testículos del Hermano Santacruz— y me metiste aquí.

—Cállate, Hermano Tristezas, y, por favor, no vuelvas a decir eso nunca

jamás.

El Hermano Santacruz se excitaba con el recuerdo y las caricias; sin embargo, para él, antes que cualquier perversión egoísta, estaba la redención del pueblo oprimido, la cual urgía. Además, temía que su condición de sodomita le restara autoridad frente a sus hombres.

—Te vuelvo a preguntar: ¿cómo sabes que nadie nos vio?

—¿Cómo lo sé? Pues porque para entonces todos estaban inconscientes.

Tristezas McGee besó el hombro del Hermano Santacruz, quien alejó al extranjero con las manos:

—¿Estás seguro, maldita sea?

—Sí, sí, estoy seguro. Aunque, ahora que lo recuerdo bien...

El tipógrafo se alarmó al escuchar esto último y gritó:

—¿Qué?

—Tu amigo Higinio y esa mujer eran las únicas dos personas despiertas. Seguían bebiendo junto a la barra. Incluso sonrieron cuando nos vieron subir juntos.

—¡Dios mío! Le dirán a todos y después todos pensarán que soy maricón.

—Nada de eso —dijo *Blues* McGee—. Vi que estaban contentos por ti.

—Tienes que irte. Asegúrate de que nadie más te vea salir.

—Pero no hicimos nada malo. ¿Por qué nadie debe verme?

—Porque la sodomía es un producto de la decadencia burguesa, que la exporta a sus colonias en África y América, en aras de que sus habitantes no se reproduzcan en números capaces de echarlos del poder.

—Bueno, debo admitir que no lo había mirado de esa manera —reconoció *Blues* McGee, un tanto confundido y con un ligero sentimiento de culpa.

—Escucha: eres un hermano muy valioso. Inteligente, sobre todo. Aportarás mucho a nuestra causa, pero necesitamos hacer como que esto nunca ocurrió.

Tristezas McGee procedió a vestirse:

—Entiendo lo que dices.

—No te pongas las botas, para que no hagas tanto ruido al salir.

McGee salió del dormitorio y cerró la puerta detrás de él, sin hacer ruido. Enseguida bajó las escaleras caminando de puntitas. Los mineros seguían dormidos en el piso de la taberna. McGee se acostó entre Negujón y una



plasta de vómito, y fingió dormir. Edmundo bajó unos minutos más tarde, vestido. Higinio Montoya, quien seguía al lado de Virginia Houston, junto a la barra, sonrió, levantó su vaso de *whisky* en dirección al Hermano Santacruz, dijo salud y bebió. Edmundo no le hizo caso y volteó a donde se encontraban los naipes y los dados tirados, los orines y el vómito, las mesas, botellas y ventanas rotas.

—¿Qué es este desorden? ¿Acaso esto es lo que provoca el alcohol? ¿Es capaz de deshumanizarlos y convertirlos en bestias? ¿Esto es lo que el mundo espera del Hombre Nuevo? ¡No puede ser! —gritó Edmundo.

Esa misma mañana, el Hermano Santacruz prohibió la ingesta de alcohol, en todas sus presentaciones, entre los miembros de la Antigua Orden de los Cuervos. Él fue el primero en poner el ejemplo. La noche previa fue la última vez que probó una gota de alcohol, sustancia que odiaría con pasión por el resto de su vida.

## XXIV

### LA GRAN MÁQUINA DE COSER, PARTE UNO

20 de enero de 1883. La esposa de José García bajó de la mula y entró al oscuro tendejón de don René. La mujer colocó la plancha sobre el cristal del mostrador. No encaró al agiotista. Temía gritar de horror al ver de frente al dueño albino de aquella cara rosa con facciones similares a las de un sapo. La viscosa mano del usurero alzó la plancha. Detrás de los pelos rubios y largos que manaban del sombrero de terciopelo negro, unos ojos azules y saltones inspeccionaron el compartimento para el carbón, ubicado dentro del artefacto metálico. El escocés *lord* Fabesham estaba a su lado, listo para impedir cualquier atentado en contra del agiotista.

—Su marido me debe demasiado dinero. Esta plancha no será suficiente.

—Tengo una máquina de coser, una gran máquina de coser marca Singer. Está nuevecita.

—*Mister* Hepburn me tiene prohibido darles efectivo. ¿Para qué quiere el dinero?

—Para la medicina de José —dijo la mujer.

Don René acarició la mano de Estela:

—Yo tengo la medicina de José.

La esposa de José García retiró la mano:

—Estoy pensando en ir al pueblo.

—Traiga su máquina de coser y le doy los veinte pesos.

—No puedo. Necesito salir rumbo a Resurrección ahora mismo. Se la traigo mañana a mediodía.

Don René dio la media vuelta y se dirigió, con la agilidad de un baboso, al pequeño cofre que ocultaba en la trastienda. Regresó con los veinte pesos en efectivo, los cuales entregó a doña Estela.

—Mañana a mediodía —dijo el usurero.

—Dios se lo pague —dijo la mujer, quien salió corriendo rumbo a Resurrección.

## XXV

### LA GRAN MÁQUINA DE COSER, PARTE DOS

21 de enero de 1883. Atardecía, sin embargo el interior del tendejón estaba tan oscuro como de costumbre. *Lord* Fabesham apuntaba con la pistola a la frente grasosa de don René, quien se disponía a ir por su máquina de coser. Ambos estaban enterados de la muerte de José García, ocurrida en la madrugada de ese mismo día.

—Un paso más y disparo —dijo el pelirrojo.

*Lord* Fabesham temblaba como lo hacía desde que le faltaba su ración diaria de opio.

—Viejo avaro: tiene millones de pesos ahí guardados. Es sólo una máquina de coser.

El albino dio un paso más:

—Es mi reputación.

—En esa casa estarán los agitadores —dijo *lord* Fabesham.

—En esa casa también está algo que me pertenece.

—*Mister* Hepburn puede comprarle cien máquinas de coser mejores que ésa.

Don René dio un paso más. Acercó su cara a la de Fabesham, que procedió a inspeccionar:

—¿Cómo fue que te volviste tan blando, hijo? ¿La falta de opio te acobarda?

Esta pregunta hirió el orgullo del escocés, quien bajó por fin su pistola.

—Está bien —dijo *lord* Fabesham—. Lo haremos a su manera: iremos.

El Hermano Santacruz rezaba junto al féretro de José García:

—Esta oscura noche, cuando los mineros están más oprimidos; esta oscura

noche, cuando los mineros son víctimas de la explotación más feroz: esta oscura noche se encuentra cada vez más cerca de los primeros rayos de un nuevo sol...

El usurero atrajo las miradas de los conjurados cuando puso un pie en el interior del jacal. Mientras oraba, Edmundo percibió un fuerte y avinagrado olor a grasa, abrió los ojos y miró al usurero con desprecio, más por la molesta interrupción que sufrió su plegaria que por lo que representaba el agiotista.

Negujón caminó en dirección a don René:

—¿Cómo se atreve a venir usted aquí?

Tristezas McGee logró detenerlo, interponiéndose en su camino.

—No es el momento —dijo.

Esto no le importó a don René, quien tenía la vista en la máquina de coser ubicada junto a una de las paredes del jacal. Doña Estela estaba cerca de ahí, rodeada de mineros que le daban el pésame y le manoseaban las caderas. El albino se armó de valor y decidió abordar a la mujer para recordarle su acuerdo, antes de llevarse la zurcidora. Ticho se le adelantó, avanzando sobre sus muñones.

El Mutilado se acercó a la viuda con un libro de rezos en la mano.

—Estelita, lo de rezarle a nuestros hermanos obreros está muy bien, pero a José siempre le interesó estar en buenos términos con el Todopoderoso, ¿no cree?

Doña Estela se limpió las lágrimas y se hizo a un lado:

—Por supuesto.

Junto a la cabecera del muerto fue colocada una silla. Luego de trepar a ésta, Ticho arrancó su plegaria con un padrenuestro. A don René le urgía largarse de ese lugar, por lo que se acercó un poco más a la viuda y al fiambre. El Mutilado se encontraba en plena letanía cuando José regresó del país de los difuntos para sentarse en su ataúd, emitir un rugido macabro y escupir una sustancia verdosa y espesa. El terror se apoderó de los presentes, quienes se agolparon contra la puerta del jacal, pugnando por salir cuanto antes. Presa del pánico, don René tardó en reaccionar. Giró sobre sus talones en el pequeño espacio que los aterrados mineros le reservaban y comenzó a abrirse paso entre ellos, pasando primero junto a Ticho, quien aprovechó el

viaje que le ofrecía la espalda del usurero para largarse lo más pronto de su lugar junto al resucitado. El Mutilado brincó sobre sus muñones y se aferró al cuello de don René. El albino sintió que dos manos lo jalaban con fuerza hacia el averno, mientras una escalofriante voz aullaba en su oído.

—¡Me arrepiento, pero quítenme al muerto! —gritó el agiotista.

Su corazón no resistió por mucho tiempo y don René se reunió con su creador.

—José se llevó al panzón con él —dijo Neguijón.

*Lord Fabesham* se rascó la nuca y, mientras observaba el cadáver del usurero, pensó en qué le diría a su patrón.

## XXVI

### CONJURA EN EL COSMOPOLITAN

Tristezas McGee estimó que acostarse tan pronto con Edmundo había sido un grave error de cálculo. Ahora el Hermano Santacruz se sentía ultrajado por lo que él llamaba una de las tantas perversiones exportadas por el degenerado Tío Sam. Por culpa de eso, a Tristezas le estaba costando demasiado trabajo acercarse a aquél. En suma, el Hermano Santacruz le había perdido la confianza, quizá para siempre. Ni siquiera lo invitó a la reunión celebrada en la cocina del Cosmopolitan, a puerta cerrada.

—¿Por qué no puedo entrar? —le preguntó al encargado de la puerta.

—Órdenes del jefe —dijo el ogro llamado Negujón.

El extranjero vio bajar de las escaleras a Higinio Montoya, acompañado, como siempre, de Virginia Houston. Ambos sostenían un par de maletas. El curioso de Tristezas McGee estuvo a punto de preguntarles a dónde se dirigían cuando las puertas de la cocina se abrieron. Salió Edmundo, acompañado por cuatro de sus hermanos. El miembro de los Molly Maguire preguntó qué estaba pasando.

—Conciliábulo extraordinario del comité revolucionario.

Tristezas McGee quiso saber de qué habían hablado.

—No te lo puedo decir —dijo el Hermano Santacruz.

—Yo también soy revolucionario —dijo *Blues* McGee.

—Un hermano para cada tarea. Tengo algo más planeado para ti. La indignante muerte del Hermano García ha puesto a rodar las ruedas de la historia. Nos acercamos cada vez más a un nuevo mañana. En este comité revolucionario se me acaba de informar que todos los mineros de Diablo Prieto están de nuestro lado. Esta noche organizaremos una gran manifestación frente al hotel. Me gustaría que rindas un emotivo discurso, como los que sólo tú sabes dar.

—Claro, claro —dijo Tristezas McGee—. Con todo gusto. Será un honor.

Higinio Montoya y Virginia Houston bajaban su segunda tanda de maletas, rumbo al carro que los esperaba afuera. El Hermano Santacruz se interpuso en su camino:

—¿Qué hacen?

—Nos vamos de Diablo Prieto —dijo el hombre apodado Perezas.

—Pueden irse cuando gusten, pero les recomiendo que se queden esta noche. Les tengo preparada una gran sorpresa.

Higinio Montoya preguntó de qué se trataba esa gran sorpresa.

—Esta noche atestiguarán el fin de *mister* Hepburn.

Tal información captó la atención de la pareja.

—Sabía que les interesaría —dijo el Hermano Santacruz.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Higinio Montoya a Virginia Houston.

La mujer posó la mirada en su taberna. Vio las caras excitadas y nerviosas de los conjurados. Afuera, al llevar las maletas al carro, había visto a una gran multitud de mineros a la espera de inscribirse en la Antigua Orden de los Cuervos. Todo esto le hizo creer en las palabras del Hermano Santacruz.

—Tan sólo un día más —dijo Virginia Houston—. ¿Qué nos puede pasar?



## XXVII

### EL DIÁLOGO AMIGO

Los conjurados se aglomeraban afuera del hotel con armas, perros bravos y antorchas que recortaban la espesa bruma nocturna.

—Hermanos —dijo Tristezas McGee—: si han de morir, empuñen las armas y mueran por sus familias, mueran por sus compañeros, pero no mueran como ratas envenenadas por unos ricachones más preocupados por el pico y la pala que sostienen que por las vidas de los mismos hombres que producen su riqueza.

Enseguida tocó el turno de hablar al Hermano Santacruz:

—Ese cerdo petulante y nefasto se enriquece con las vidas de hermanos nuestros como José García. Pongamos fin a su estulticia y a su banalidad. El pueblo es del pueblo.

Todos los mineros gritaron:

—¡El pueblo es del pueblo!

Mientras tanto, *mister* Hepburn y su esposa hacían maletas. Fabesham subió las escaleras corriendo y entró a la *suite* del gerente. El juez Betancourt, Cornelio Callahan, Teodoro Maza, Chon y Rosalío lo seguían de cerca. *Lord* Fabesham quiso saber qué estaba pasando.

—Nos vamos de este mugroso país —dijo John George Buchan Hepburn.

—No todo está perdido —dijo el comisario Teodoro Maza.

—¿Que no todo está perdido? ¿Que no todo está perdido? Todo se fue al hoyo. ¿No oyen lo que están gritando esas bestias? El pueblo es del pueblo.

—El pueblo es de usted —dijo *lord* Fabesham.

—Con René muerto, Puig Gallegos es el nuevo dueño de las minas.

—Si don Borja quiere quedarse con su mineral, tendrá que construir su propia hacienda de beneficio, su propio aserradero y abrir sus propias bocaminas, luego de que usted cierre las suyas, claro está.

—Construirá todo eso y más —dijo John George Buchan Hepburn.

—¿De dónde sacará el dinero para hacerlo?

—¿Bromeas? Estos mexicanos son de lo más corruptos. Cada vez que algo es del pueblo, en realidad es de un político.

—El presidente no quiere políticos poderosos que le hagan mella —dijo el juez—. Estoy seguro de que si habla con él, llegarán a un acuerdo.

—El trabajo de Fabesham era impedir que muriera el gordo.

—De un balazo, no de un infarto. No soy doctor.

—No debiste permitirle ir a ese velorio —dijo *mister* Hepburn.

—Le puse la maldita pistola en la frente y no le importó. Su avaricia era más grande que el miedo que me tenía.

—La falta de droga te ablandó —dijo *mister* Hepburn.

—Es la segunda vez que me llaman de esa manera. No aceptaré una tercera.

El juez Betancourt se interpuso entre ambos hombres:

—¡No debe haber división entre ustedes! *Mister* Hepburn, hable con ellos. Explíqueles que en una familia, así como en una empresa y hasta en una nación, se requiere de alguien que dé la cara, que tome los riesgos, que dirija. ¿Cuál es su mayor pecado? ¿Ser ambicioso? ¿Qué sería de este mundo sin ambición? ¿Acaso esos apóstoles de la destrucción son capaces de construir otra cosa que no sean pasquines, sátiras y libelos cargados de rencor? Su utopía es la hecatombe mundial, y no descansarán hasta hacerla realidad. ¿Está dispuesto a permitirlo?

El gerente caminó hacia el balcón:

—Claro que no estoy dispuesto a permitir eso.

—George, no creo que sea tan buena idea. Por favor, no salgas.

*Mister* Hepburn se detuvo:

—¿Por qué no?

*Lord* Fabesham volteó a ver a los presentes:

—No te lo puedo decir aquí.

—Muerte al explotador —gritó Edmundo cuando vio al gerente en el balcón.

Sus feligreses le hicieron coro.

—Tranquilos —dijo *mister* Hepburn, con las manos en alto—. ¿De qué se

me acusa? ¿De ser ambicioso? Si ése es mi crimen, entonces me declaro culpable. Me declaro culpable de haber ambicionado la construcción de un pueblo próspero, donde antes sólo hubo hambre y desempleo. Quien ahora los dirige, ¿es capaz de construir una sola cosa en la vida? Volteen a verlo y pregúntense si en verdad es uno de ustedes, como presume serlo, si es tan fuerte como ustedes lo son, y si es trabajador como ustedes lo son. Les dice: Hermanos, las minas son de los mineros, pero detesta el producto de su trabajo. Afirma que el oro alimenta la vanidad del hombre. Pregúntense si ahora, cuando son dirigidos por ese supuesto hermano suyo, se encuentran mejor que cuando eran explotados por el cruel y despiadado extranjero. ¿Acaso se sienten igual de fuertes? ¿Sus familias se encuentran igual de sanas? Por eso estoy dispuesto a resolver todas nuestras diferencias y desde ahora les ofrezco una mano amiga, para quien desee estrecharla, olvidar el pasado e iniciar el diálogo amigo. Me alegra afirmar que veo un futuro brillante.

El extranjero saludaba a la multitud cuando recibió un proyectil que le penetró por el cuello, perforó su masa encefálica y escapó de su cabeza por la nuca. El emisor de la bala asesina se escondió entre la multitud.

Gwendolyn Byron chilló:

—¿Y ahora qué?

—Ahora sí nos vamos —dijo *lord* Fabesham.

## XXVIII

### EL AGENTE DE LA PINKERTON DECLARA A FAVOR DE HIGINIO MONTOYA Y VIRGINIA HOUSTON EN EL JUICIO CONTRA LOS SEDICIOSOS

En la madrugada del 23 de enero de 1883, el alcalde Borja Puig Gallegos llegó a Diablo Prieto al mando del undécimo batallón de infantería para poner orden, proclamar la ley marcial y establecer un estado de sitio. De inmediato, las fuerzas castrenses sitiaron el Cosmopolitan, y por la tarde de ese mismo día entraron, bayoneta en mano, a la taberna, a fin de realizar los arrestos correspondientes. Contrario a lo que se esperaba de su consabido fanatismo político, los dirigentes de la Antigua Orden de los Cuervos no opusieron demasiada resistencia. Tan sólo Negujón derribó a un soldado de un puñetazo.

—Medura, hermano, medura —dijo Edmundo—. La historia nos hará justicia.

Los conjurados fueron llevados al juzgado de Diablo Prieto, donde enfrentaron a un consejo de guerra conformado por el alcalde Puig Gallegos y Silas Betancourt. Caleb Johnson, alias Tristezas McGee, se encontraba sentado en la silla reservada a los testigos. El circo disfrazado de juicio oral había dado inicio.

—¿Qué escuchó decir al señor Santacruz la mañana del 22 de enero del presente año?

—Esta noche atestiguarán el fin de *mister* Hepburn, fue lo que dijo. Enseguida pasé esta información a mi contacto, el señor Fabesham. No sé por qué le permitió salir al balcón.

—¿Qué papel desempeñaron la señorita Houston y el señor Montoya en los crímenes de la autollamada Antigua Orden de los Cuervos?

—Ninguno. En todo momento se mantuvieron al margen. Ni siquiera

entraron a ninguna de las reuniones de los conjurados.

La respuesta de Caleb Johnson no agradó a Silas Betancourt, quien sentía un rencor muy especial hacia Virginia y sus cascos ligeros.

—¿Ni siquiera vio a la señorita Houston ejerciendo el meretricio o alguna otra actividad igual de reprobable?

—La dama se condujo de la manera más decorosa. Luego de que los conjurados se apropiaron de su negocio, el señor Montoya se quedó a protegerla. Eso fue lo que interpreté.

—Suficiente —don Borja señaló a Virginia y a Montoya—: Ustedes dos, fuera de aquí. ¿Qué esperan? Largo. No vaya a ser que cambie de parecer.

La pareja obedeció a don Puig Gallegos. Afuera del juzgado, Diablo Prieto se encontraba de lo más tranquilo. La pareja permaneció un buen rato en silencio. Higinio Montoya le preguntó a la mujer qué deseaba hacer.

Virginia Houston veía con tristeza su derruida taberna:

—Todo este tiempo deseé la ruina de George. Ahora que está muerto, no deseo nada.

—Avísale a Vicente que Edmundo está por cantar —se oyó una voz procedente del callejón.

La voz le pertenecía a Cornelio Callahan.

—Lobo, ¿qué haces ahí escondido? —dijo Montoya.

—Don Puig Gallegos me conoce. No me volteen a ver. Hablen y actúen con normalidad.

—Edmundo quiere convertirse en mártir: no cantará.

—Lo hará. Lo conozco mucho mejor que tú. Escucha: sólo tienes que ir a Resurrección y enviarle un telegrama a Vicente pidiéndole que vaya a Paso del Norte.

—¿Y qué harás tú mientras tanto?

—Iré a matar a Edmundo.

Por la tarde, Puig Gallegos comía junto con Silas Betancourt y Caleb Johnson en el restaurante del hotel. Los disparos del pelotón de fusilamiento, ubicado en el barrio de Las Lajas, se sucedían cada quince minutos. Puig Gallegos sorbió su café:

—Permítame felicitarlo por el excelente trabajo que hizo.

—¿Está bromeando, alcalde? Dejó morir al hombre que me contrató.

—Señor Johnson, usted le pidió a Fabesham que no dejara salir a *mister* Hepburn. Fue muy claro al respecto. ¿Qué más podía hacer?

—Todo es mi culpa: lo animé a salir al balcón. Si tan sólo se me hubiera dicho que teníamos a un infiltrado entre los conjurados.

—Señor Betancourt, eso sólo podían saberlo mi patrón y mi contacto, en este caso Fabesham.

—Ya, ya, paren de darse latigazos en la espalda. Por cierto, ¿qué fue del señor Fabesham? No lo he visto desde el juicio.

—Se largó con la Byron. Tal como lo estipula el testamento de don René, Diablo Prieto es ahora todo suyo, don Borja.

—No lo ponga de esa manera, querido Silas. El mineral es del pueblo.

—El tribunal fallará a su favor —dijo el juez—. De eso me encargo yo.

—Los gobernantes no estamos autorizados para poseer minas.

—Encontraremos a un prestanombres. Usted no se preocupe por eso.

El tintineo de unas espuelas anunció la llegada de Teodoro Maza.

—¿Qué se le ofrece, comisario?

—Es el señor Edmundo Santacruz.

—¿Le escupió al cura y ahora éste ya no lo quiere confesar? ¿Dijo alguna blasfemia en la capilla?

—Así es. Estaba muy grosero, diciéndole al cura que Adán y Eva eran changos y no sé qué disparates más. Dice que lo leyó en un libro. Hasta que le tocó su turno de pasar al paredón. Tan pronto como vio a los tres primeros fusilados pasar en carretilla delante de él, decidió que ya no quería morir. Ahora sólo le importa hablar con usted. Dice que tiene algo muy importante que decirle.

Don Puig Gallegos se limpió la boca, se levantó de la silla y dejó caer la servilleta sobre su filete.

—Espérenos con el preso en la capilla —dijo—. En un momento vamos. Asegúrese de que también esté ahí ese hombre que ha estado acompañando al juez.

—¿Se refiere a Cornelio? No lo he visto en todo el día.

—Eso es porque se ha estado escondiendo de mí —dijo el alcalde—.

Comisario, arréstelo de inmediato. En estos momentos debe estarse colando en la capilla con la firme intención de asesinar a Edmundo.

Cornelio Callahan vio salir a Teodoro Maza de la capilla y se dirigió hacia allí. Tocó al portón con los nudillos.

—¿Ya recibió la extremaunción el preso? —dijo Cornelio Callahan a Chon. Éste, quien, junto a Rosalío, custodiaba a Edmundo, se hizo a un lado para permitirle el paso al Lobo.

—Anda diciendo que Adán y Eva eran changos. El cura se fue enojado.

Edmundo estaba sentado en una banca junto al confesionario. Rosalío lo vigilaba de cerca.

—Ve por el sacerdote. Yo me quedo con el preso para inspirarle el temor a Dios.

—¿Está seguro?

—No semos judíos para enviarlo al otro barrio sin confesarlo.

—No, pues no. ¿Ya lo sabe el comisario?

—Él me lo pidió —dijo Cornelio Callahan.

—No le creas —gritó Edmundo, luego de que adivinó lo que tramaba Cornelio—. Te está mintiendo. Viene a matarme.

—Tenga mucho cuidado —dijo Chon.

—No me va a pasar nada. Además, ahí está Rosalío para cuidarme.

—Por los sacrilegios que dice, creo que trae metido al diablo.

—Vengo a sacárselo —dijo Cornelio Callahan.

—Ahorita vuelvo con el padre.

Lobo caminó hasta donde se encontraban Edmundo y Rosalío:

—¿Cómo estás?

—Un poco asustado —respondió Rosalío.

—¿Demasiadas blasfemias?

Rosalío se limpió el sudor de la frente con un pañuelo:

—Demasiadas.

—Anda, tómate un descanso —dijo Cornelio Callahan.

—Viene a matarme —repitió Edmundo Santacruz.

Lobo guiñó el ojo:

—¿Cómo voy a matar a un muerto?

—Tiene razón —dijo el gendarme llamado Rosalío.

Tan pronto como Rosalío salió de la capilla, Lobo sacó su revólver.

—¡Auxilio! —gritó Edmundo Santacruz.

El grito trajo de vuelta a Rosalío, quien sorprendió a Lobo apuntándole con el revólver al Hermano Santacruz.

—¿Qué está pasando aquí?

Cornelio señaló el altar:

—Ahí está Juan Diego.

Rosalío giró la cabeza hacia el punto señalado por Lobo, quien aprovechó la distracción para propinar un culatazo en la nuca del gendarme. Éste se desplomó.

—Te juro por Dios que no delataré a Vicente.

—Conque ya juras por Dios. Sabía que tarde o temprano te quitaría lo hereje. Ahora morirás como buen cristiano.

Se oyeron dos detonaciones. Cornelio cayó al suelo. Uno de los impactos de bala le destrozó el omóplato y el otro le quemó el lado derecho de la cara. En el piso, Callahan fue en busca de su revólver, que ubicó a dos bancas de distancia. Se arrastró hacia él.

Teodoro Maza le apuntaba con su arma:

—Alto ahí o te vuelo los sesos.

Cornelio despertó en el interior de la comisaría, amarrado a una silla. Edmundo cantaba a todo pulmón el corrido del soplón:

—Vicente nos envió a Diablo Prieto porque *mister* Hepburn dejó de usar los billetes de su banco, porque muchos de sus peones se le fueron a la mina y porque le urge que el ferrocarril pase primero por sus tierras. Todo fue idea suya. ¿Ya me puedo ir?

—No tienes los güevos para haberlo organizado todo tú solo.

—Por eso me ayudó Higinio Montoya —dijo Edmundo.

—¿Higinio Montoya también trabaja para Vicente?

—Vicente nomás lo está chantajeando —dijo Santacruz.

Esto aumentó el interés de don Puig Gallegos:



—¿Con qué lo está chantajeando?

—No digas más —gritó Cornelio.

El comisario hundió su pulgar en el omóplato herido de Callahan, quien profirió un espeluznante alarido de agonía.

—Más te vale que sea otro el que se calle —dijo don Puig Gallegos—. ¿Con qué lo está chantajeando? —le preguntó de nuevo a Edmundo.

—Higinio Montoya participó en el atraco a la mina Paz con los Muertos.

—¿La de Prudencio Toledo?

—Sí, sí, y en la época en que Prudencio Toledo financiaba la causa liberal contra el ejército francés. ¿Ya me puedo ir?

Don Puig Gallegos dio un paso hacia atrás para permitirle a Edmundo salir de la comisaría:

—Ya te puedes ir.

Edmundo besó las manos del alcalde:

—¡Gracias, gracias por regresarme a la vida!

—No te servirá de mucho —dijo Cornelio Callahan.

Edmundo Santacruz ignoró el comentario y salió de la comisaría.

Teodoro Maza señaló con su revólver a Cornelio Callahan:

—¿Lo matamos?

—Este hombre me ha hecho más bien que mal. Después de todas sus intrigas, ¿quién es el dueño de Diablo Prieto?

—Usted es el dueño de Diablo Prieto, *mister* Hepburn.

—¿Acaso no protegió con eficiencia las donaciones a mi campaña? Incluso mató a seis apaches con seis balas. Usted mismo lo dijo, señor juez.

El magistrado Silas Betancourt quiso saber si don Puig dejaría ir a Lobo.

—A un buen elemento como éste no se le deja ir: se le contrata.

—Pero su lealtad está con Vicente —dijo el juez.

—No estaría tan seguro de eso. Hace veinte años Vicente y un servidor formamos parte de una sociedad que hacía frente a las incursiones bárbaras en el país: la Sociedad de Guerra contra los Bárbaros. Cuando Vicente sufrió el ataque contra su rancho, decidimos ayudarlo a rescatar a su concuña. El rastro de la mujer nos llevó hasta una aldea mojave —el alcalde señaló a Cornelio—: Todo iba bien hasta que este señor se ofreció a traducir lo que nos decía el jefe indio. La conversación fue subiendo de tono hasta terminar en una batalla

campal. Logré borrar la masacre de mi memoria, hasta el año pasado, cuando le di trabajo a un indio de esa misma tribu. Me confirmó que la muchacha estaba en su aldea y que Vicente insultó a su jefe diciéndole que tenía las tetas arrugadas. Recordé bien que eso no fue lo que había dicho Vicente, por lo que concluí que Cornelio tradujo mal a propósito. Pero el mojave me contó algo más: años antes Lobo vivió en esa misma aldea. Su madre fue la mujer del jefe indio. ¿O me equivoco? —don Puig Gallegos no recibió respuesta—. ¿Qué diría Vicente si se enterara de esta información? ¿Qué diría si supiera que la mujer a quien no logró rescatar estaba embarazada de su primogénito? Esto también me lo contó el mojave. Apuesto a que no lo sabías.

No, Cornelio Callahan no lo sabía.

## XXIX

### SIXTO MEJÍA HABLA DEL APACHE LLAMADO TABAQUITO Y DE OTRAS COSAS DIGNAS DE SABERSE

En 1883, desavenencias políticas con el gobernador Puig Gallegos obligaron a don Vicente a salir del país para vivir por ocho largos años en un modesto bungalow de adobes ubicado en la ciudad de El Paso, Texas, donde, lastimado por las muchas traiciones sufridas, se dedicó de lleno al estudio del ajedrez, un intrincado pasatiempo que no sólo practicó con peones de marfil, sino también con unos de carne y hueso. Me refiero a que el coronel continuó con sus intrigas políticas y, como hacen los reyes en las Europas, casó a su hijo Guillermo con la princesa de otro reino: Elenita Toledo, hija del héroe liberal Prudencio Toledo, propietario de la patriótica mina Paz con los Muertos, cuyo oro financió la causa de Juárez contra el ejército invasor.

Cada mes dejaba la comisaría bajo encargo y viajaba a la ciudad texana. Me presentaba primero en el Music Hall & Saloon, propiedad de doña Virginia Houston e Higinio Montoya, quien sin falta me daba diez monedas de a dólar, las cuales luego entregaba a don Pedro Ayala para la manutención de su nieta.

Nunca entendí cómo Higinio pudo preferir a una mujer tan pecaminosa como doña Virginia en lugar de una muchacha virtuosa como Laurita. Luego del embarazo, la hija de Pedro no volvió a salir de su rancho, como si el engaño de un sucio truhan fuera más importante que el retoño tan hermoso resultante del mismo. Al igual que todo abuelo orgulloso y querendón, Pedro Ayala era el único que llevaba a Rebeca a Redención, donde la gente, en especial mi hija Rosita, le elogiaban sus piernas y mejillas carnosas, sus ojos azules y sus rizos dorados.

—Me atraen la puta y la santa por igual —fue como Higinio me explicó su dilema, entre tragos de *whisky*.

Un servidor bebía *brandy*.

—Claro, estoy de acuerdo. Nadie en su sano juicio puede vivir sin la puta. Digo, para eso están. Lo que no entiendo es, con todo respeto, por qué te casaste con una.

—Sixto, ¿qué sabes acerca de las pesadillas?

—Bueno, sé que, si las cuentas, ya no se cumplen —dije.

—Pues, por eso mismo, ¿me dejas contarte una pesadilla que tuve hace poco?

—El coronel aún no termina su partida de ajedrez, así que adelante.

Higinio señaló las habitaciones del segundo piso:

—En cada una de esas puertas están todas las mujeres de mi vida: Lugarda, Victoria, Laurita, Virtud. Como un harén. Y las puedo tener a todas. Gratis. Bueno, aparentemente, porque, cada que me meto con una, salgo más y más seco y acabado. Más viejo. Por último me acuesto con Virginia, quien está en la puerta del mero fondo. Me siento tan cansado que apenas logro abrir los ojos. Cuando al fin los abro, después de mucho esfuerzo, ya no es Virginia, sino mi madre, que se carcajea con una cara como de bruja y se burla de mi cuerpo arrugado como tasajo. Entonces me despierto.

—¡Ah, chirrión! —exclamé, asustado.

—¿Qué crees que signifique?

—Que estás enfermo de la cabeza —dije.

—¿Cómo está tu hija Rosita? ¿Sigue dando clases en la primaria?

—Sigue dando clases en la primaria, y si te acercas a su escuela, te coso a balazos, perro.

—Jamás me acercaría a tu hija, Sixto. Conozco mis límites. ¿Algún mensaje de Pedro?

—El mismo de siempre: que vayas a chingar a tu madre —dije.

—¿Qué está haciendo Pedro con el dinero que le envió?

—Lo está guardando, supongo. Su rancho sigue igual de feo. ¿Has visto a Edmundo?

—Él no viene para acá. Ya sabes que no consume alcohol. Sólo sé que sigue con su periódico. Su imprenta está a dos calles de aquí.

—El patrón me da ejemplares para que los reparta. Siempre los quemo. Dice que son inofensivos.

—¿No está ofendido por la traición de Edmundo?

—Es lo que esperaba de él. La que no perdona es la traición de Cornelio.

—¿Lobo sigue trabajando para el gobernador?

—Sigue con don Borja. ¿El coronel nunca viene para acá?

—Sólo por las mañanas. Se toma su café aquí, mientras lee el periódico, y luego regresa a su tablero de ajedrez.

—Por poco y me lo ponen en jaque con ese alfil que le salió en Diablo Prieto —recordé, refiriéndome a Caleb Johnson, el detective que acabó con la Antigua Orden de los Cuervos.

—No le quedó más remedio que enrocarse.

—¿Qué fue del detective ese, el de la agencia Pinkerton?

—Hace como cinco años hizo amistad con los anarquistas de Chicago. Colgaron a cuatro.

Saqué una moneda del sobre que me fue entregado y noté que era más vieja que el resto. En lugar de sólo contener la cara de la mona, de perfil, ésta se hallaba sentada en una piedra.

—¿Y esto?

—Es un dólar muy especial. Dígale que lo cuide. Si Pedro lo guarda, con el tiempo podría valer mucho más.

Tras despedirme de doña Virginia y de Higinio Montoya, crucé la calle y toqué a la puerta de Vicente para ponerlo al tanto de las últimas novedades en sus negocios. Guillermo estaba a cargo del Banco Ganadero y los comercios del coronel, mientras que Tito administraba las haciendas. Vicente me pedía que les echara un ojo a sus dos hijos y le reportara mis opiniones mes tras mes. Me abrió doña Ester, quien me condujo a su pequeño estudio, donde el coronel jugaba su partida de ajedrez. Me apenaba ver su triste estampa, lejos de sus caballos, de sus haciendas y de su gente.

—Ánimo, coronel. Ya verá cómo el Señor pondrá a todos los traicioneros a sus pies.

Vicente no despegó la mirada del tablero:

—¿Qué novedades me tienes?

—El gobernador continúa retirando sus billetes de circulación. Ahora Santa Rosa, San Francisco y Guadalupe están usando billetes de don Puig Gallegos.

—¿Qué está haciendo el mentecato de Guillermo?

—Todo lo que puede. Ahora mismo se encuentra en Todos Santos, convenciendo a *mister* Ford de que su banco todavía es confiable. Gracias a él la mayoría de las compañías siguen depositándole su mineral. El muchacho es un gran negociante.

Vicente golpeó el tablero:

—Debo regresar ya.

—Aún no. El presidente y don Puig Gallegos siguen en su luna de miel.

El coronel formuló la pregunta que tanto me temía:

—¿Qué me dices de Tito?

El puro recuerdo del patán me azuzó la bilis e hizo que se me retorcieran las tripas, del coraje. Quería decirle toda la verdad a Vicente acerca del apache que maté en la Sota de Bastos por culpa de su primogénito.

Ocurrió de la siguiente manera: Tabaco bebía tequila en la Sota de Bastos, sin meterse con nadie, cuando entraron mi ahijado y su amigo Texas. El hijo del coronel insultó al apache al decirle que sus familiares comían donde cagaban. Tabaco no repuso nada al comentario y continuó bebiendo, tras lo cual el malcriado manifestó sentirse ofendido y retó al apache a un duelo, colocando uno de sus dos Smith & Wesson en la mesa del indio. Como Tabaco tampoco respondió a esto, mi ahijado escupió en su vaso.

—Déjalo en paz —dijo Nepomuceno—. Tabaco no te está haciendo nada.

—¿Por qué se le tiene tanta consideración a este asesino de mujeres y de niños?

El apache continuó ignorando al bravucón hasta que le jalaron su largo pelo. Esto hizo que ensartara su puñal en la rodilla de mi ahijado, brincara de su silla, degollara a Texas y procediera a cortar la cabellera del idiota, quien para entonces se encontraba de espaldas en el suelo, gritando: ¡Ayuda, socorro, quítenmelo, no se vale! Por desgracia yo estaba ahí. Desde la barra de la Sota de Bastos vi cómo la hoja del puñal avanzaba por la coronilla del gandul, levantándose como quien pela una papa. Al notar que ni Nepomuceno ni Juan ni el resto de los parroquianos eran capaces de quitarle a Tabaco de encima, debido a la fortaleza del apache, tuve que socorrer a mi ahijado con un plomazo en la cabeza del indio. A causa de la herida en su rodilla, lo ayudé a incorporarse. Tenía la cara bañada en sangre y un tajo por

encima de la frente del tamaño de una sonrisa.

Desde que era un mozalbete, mi ahijado practicaba a diario su puntería con el revólver, en el corral de la hacienda, con latas de conservas. Debo admitir que se había vuelto bastante bueno. Soñaba con matar apaches, tal como lo había hecho su padre. Llevaba años esperando un pretexto para asesinar a uno.

—¿Vio, padrino? ¿Vio? Lo reté a un duelo de caballeros, de hombre a hombre, pero le salió lo animal, lo bestia. Con esta gente no se puede. ¡Deberíamos matarlos a todos! —gritó mi ahijado, como el niño malcriado que era. Acostumbrado a que las cosas le salieran como él quería pero sin batallar demasiado.

—Vamos a que te cosan —dije.

Salí primero de la cantina y empujé los batientes. Dejé que mi ahijado rengueara, en lugar de ayudarlo a caminar. Ni siquiera le ofrecí mi pañuelo. No me importó si se desangraba ahí mismo. Detestaba la idea de colocar otra muesca en mi culata. Una muesca que no quería ver ahí, como muchas otras. Un nuevo recordatorio de mi maldición. Una razón más para que los chuchos de Lucifer me persigan. Tabaco era un buen mesteñero; no merecía morir por culpa de mi malsana lealtad al coronel. Tito y un servidor salimos de la Sota de Bastos y cruzamos la calle rumbo al consultorio del galeno.

—En los tiempos de mi papá era más fácil matar apaches. Había muchos. Así hasta yo.

No repuse nada a este comentario. Tan sólo maldije mi suerte.

—Padrino, ¿va a decirle a mi papá lo que pasó? —dijo el niño, más preocupado por la opinión que de él tenía su padre que por el enorme tajo en su frente.

—Tengo que hacerlo. Te va a ver la cortada.

—Padrino, no se le olvide decirle que el indio me provocó.

No hacía falta que mi ahijado me pidiera ocultarle a su padre lo ocurrido en la cantina. Tenía pensado hacerlo. Con todos los problemas que cargaba encima, el coronel no merecía descubrir lo imbécil que era su hijo predilecto.

—Tito se lastimó la frente y la rodilla —dije—. Sólo requirió unas puntadas. Ya está bien de la cara. Nada más renguea un poquito.

El coronel exigió saber qué le había pasado a su hijo.

—Tabaco mató a Texas y Tito vengó la muerte de su amigo.

—¿Él solito mató al apache? ¿Con sus manos?

Mentí al decir que sí con la cabeza.

—Ese muchacho es una bala —dijo el coronel.

—Por cierto, Tito continúa cercando todos los ranchos.

—¿Y eso qué? Está en su derecho. Puede hacer lo que quiera.

—No deja pacer al ganado de los Quiñones ni al de los Zigarán.

—Pero ellos tienen sus tierras, ¿no?

—Ha sido un mal año. La sequía los dejó sin una mancha de navajita.

Además, no conviene estar enemistados con los vecinos. Recuerde que usted los dejaba entrar.

—Pero ya no estoy a cargo. Ahora lo está mi hijo y se deben respetar sus decisiones.

—¿Qué tal lo tratan los gringos? —le cambié de tema, en un afán por aligerar nuestra conversación.

No funcionó. Al contrario, le di el pretexto perfecto para soltarme su verborrea. Antes de eso prendió su pipa y se acomodó en su silla.

—Estos calvinistas siempre me han resultado fascinantes —dijo el coronel—. El hecho de no recurrir a sacerdotes para comunicarse con su Dios, con quien, por cierto, se hablan de tú a tú, los convierte en una raza muy engreída y, por añadidura, poco sumisa. Por eso se burlan tanto de nuestros confesionarios. Los ven y no los entienden. Es tal su odio a los intermediarios... Y esa filosofía la aplican en su vida diaria: el concepto calvinista de la vocación. *Calling* en inglés; *Beruf* en alemán. Son dueños de un ingenio no más potente, pero sí mucho más libre que el nuestro. Están trabajando a todas horas, sin esperar el permiso del Tío Sam, cuya principal obligación pareciera ser la de no estorbar. Puedes patentar una máquina capaz de matar a cien cristianos por segundo y el gobierno te permitirá venderla hasta hacerte millonario, no importa si con eso provocas el fin de la raza humana. No hay lugar para consideraciones morales capaces de ponerle trabas al mercado. Lo único importante es que aceptes a Cristo como tu salvador y pagues tus gabelas. A eso me refiero cuando te digo que aquí el ingenio no conoce límites. El caserón de la esquina es del que inventó el gancho para la



ropa: un tipo con residencias por todo el país; viene a Texas cada invierno porque es muy sensible a los climas demasiado húmedos y fríos.

—¿Qué es un gancho para la ropa?

—Un alambre donde cuelgas las camisas y los pantalones después de lavarlos y plancharlos. Así no se te arrugan. Un invento maravilloso.

—Pues lo bueno es que le gusta este país.

—No te creas. Esta gente es muy fría. Es el problema de adorar a un Dios hombre, en lugar de a la Virgen. Te quedas con la disciplina del padre, pero sin el amor de la madre. Por eso su comida es tan horrorosamente insípida, sin sabor, y su música tan fea, exceptuando los cantos de sus esclavos —Vicente señaló su corazón—: No tienen nada aquí. Ya me urge regresar.

Ese mismo año el coronel vio su oportunidad materializada, luego de que don Borja emprendió una gira por la Gran Sierra del Oeste, acompañado por su esposa, su escolta personal, los señores Silas Betancourt, Teodoro Maza y el traidor Cornelio Callahan. Este judas se había convertido en el hombre predilecto del gobernador desde que, en enero de ese mismo año, repelió un asalto a la conducta que transportaba la raya de Diablo Prieto.

Aunque se dijo que la gira del gobernador por la Gran Sierra del Oeste obedecía a un itinerario político, su propósito real era introducir en aquella zona los billetes del Banco de Resurrección, propiedad de don Puig Gallegos, y para conseguirlo era necesario recoger primero la moneda del Banco Ganadero, cuyo principal accionista era ni más ni menos que Vicente.

Las montañas y la vegetación exuberante que rodeaban al pueblo de Las Ánimas regocijaron a los viajeros. La admiración de la comitiva alcanzó un grado superlativo al entrar a la iglesia y contemplar la pintura de *La Sagrada Familia*. En un rincón, al fondo del templo, el sacerdote reprendía al cacique Cruz Santos por haber entrado a la capilla con un estandarte de la Santa de Durango.

—No puedo rendirle culto a una mortal —dijo el padre—, mucho menos en un templo sagrado. Llévate eso de aquí.

—No es una simple mortal: la he visto curar a los leprosos, devolver la vista a los ciegos y poner a correr a los tullidos.

La discusión fue interrumpida por los visitantes.

La esposa del gobernador se llevó las manos regordetas al pecho.

—Nomás le hace falta hablar —dijo, con la vista todavía en la imagen religiosa.

Cruz Santos saludó de un modo frío a don Puig Gallegos y a Cornelio Callahan, a quienes conocía de sus años combatiendo apaches al lado de don Vicente. Dado que le seguía siendo fiel a su coronel, a Cruz Santos no le gustó para nada ver a los rivales políticos de don Vicente en el pueblo que él consideraba como suyo. Existía otro motivo para el desagrado que Lobo y el gobernador le inspiraban a Cruz, y era el siguiente: por toda la Gran Sierra del Oeste corría un rumor que relacionaba a Cruz Santos con el asalto a la conducta que transportaba la raya de Diablo Prieto, custodiada por Cornelio Callahan, quien, debido a esto, decidió cambiar su antiguo itinerario por otro que pasaba cerca de La Espuela. Tal cambio de ruta fue recibido por Cruz como un insulto a su honra.

—Y ustedes, ¿qué hacen aquí? ¿Qué se les perdió?

—Buena tarde para usted también, Cruz. Abráceme, que no dormimos juntos. ¿Hace cuánto que no nos vemos? ¿Treinta años? Por usted no pasa la edad. Se ve igualito que cuando tenía veinte.

Cruz Santos no repuso nada a ese comentario. Se le quedó mirando al gobernador desde su metro y medio de estatura.

—Vengo a su pueblo como parte de una gira política por el estado. Deseo recoger...

—Desea recoger los billetes del Banco Ganadero y poner a circular los suyos, pero aquí nomás valen los billetes del coronel.

—Deseo recoger el sentir de mi gente, sus aspiraciones, sus penas, sus alegrías. Vaya: nunca me había dicho lo bonito que es Las Ánimas. Y su iglesia. Debe de sentirse muy orgulloso.

Esta vez Cruz Chávez respondió con un gruñido.

—Así es —dijo el sacerdote—. Nos honra mucho con su visita, señor gobernador.

—Mucho gusto —fue diciendo cada miembro de la comitiva.

—Pero, vengan, vengan, les mostraré el cáliz de oro que tenemos por acá. Fue fundido por el padre Glandorff con pepitas del río.

Más tarde, mientras los políticos caminaban por la calle, de regreso a sus aposentos, la señora Puig volvió a ponderar la maravillosa pintura de *La Sagrada Familia*. Incluso se atrevió a decir que el cuadro quedaría perfecto en su sala.

—Estoy seguro de que esta gente estaría encantada de que usted coloque la pintura en su sala.

La señora Puig detuvo su paso:

—¿Usted cree, señor juez?

—La rusticidad de estas personas les impide valorar el exquisito arte que alberga su templo. Es para gustos más refinados, como el suyo y el de su esposo.

—Me daría mucha pena pedirles algo como eso.

La comitiva había llegado a la posada.

—Yo puedo llevarles la buena noticia. Estoy seguro de que los alegrará mucho.

—¿Cómo podría pagárselo! —exclamó la señora Puig.

Con una alcaldía, pensó el juez, quien dio la media vuelta.

—¿A dónde va? —dijo don Borja.

—Con el padre.

—El que manda es Cruz Santos. Hable con él primero.

—¿Con ese indio patarrajada?

—Ese indio patarrajada es capaz de poner al pueblo entero en contra nuestra —dijo Lobo.

—Cornelio tiene razón. Hable primero con Cruz Santos.

Sonaron las campanas del templo. Los habitantes de Las Ánimas pararon de hacer lo que hacían y se dirigieron a la iglesia. Se trataba de una procesión compuesta por niños, mujeres y ancianos. Entre éstos, el que llamaba más la atención era un viejo barbón, de tez rosada, envuelto en una túnica blanca. Las mujeres se santiguaban y caían de rodillas tan pronto como lo veían.

—San José. Ahí viene San José —decían.

El anciano no abría los ojos ni paraba de dibujar pequeñas cruces sobre el aire con el índice y el pulgar juntos.

—Qué raro —dijo el juez Betancourt—. Misa en viernes.

—Debe de ser la celebración del santo patrono. Ahí encontrarás a Cruz.  
Es muy devoto.

—¿Ustedes no quieren acompañarme?

—Vaya usted solo, magistrado. Consíganos ese cuadro.

Silas giró sobre sus talones y siguió de cerca la lenta procesión de fieles caminando hacia la iglesia.

El sacerdote estaba parado en la puerta del templo y señalaba al viejo de la túnica:

—No permitiré la entrada de ese hombre a la casa de Dios.

—Pero es San José —dijo una joven llamada Isabel.

—Es San Nada —dijo el padre.

—La Santa de Durango dijo que era San José.

—No puede ser. Irán al infierno por idólatras.

—Usted es el que se va —dijo Cruz—. Estamos hartos de sus embustes y sus insultos.

—¡Fuera por incrédulo! —dijo una beata llamada Dolores.

—¡Dice que no es San José! —gritó Isabel.

Las mujeres y los ancianos comenzaron a rodear al sacerdote, en actitud amenazante. Todo esto fue atestiguado por el juez, quien se encontraba oculto detrás del cerco.

—¡Viva nuestra Santa de Durango! —gritaron.

Silas Betancourt se vio sorprendido en su escondite por un muchacho que le apuntaba con un fusil cargado.

—Aquí tenemos a uno de los invasores —dijo el joven.

Los animeños voltearon en dirección a Silas, quien salió de su escondite con las manos en alto, seguido por el muchacho del rifle.

—Tráiganmelo —dijo Cruz Santos.

Cruz Santos interrogaba al juez en el interior del templo:

—¿Dónde están sus amigos?

—¿Mis amigos? ¿Cuáles amigos? Yo no tengo amigos.

—No se haga —dijo Cruz—: la gente del gobernador.

—Ellos ya están dormiditos en su posada. Ha sido un viaje muy cansado, ¿sabe?

—¿Qué hacía ahí escondido?

—Qué bueno que lo pregunta: me enviaron con usted para anunciarle que su pintura embellecerá la sala de don Borja.

—No entiendo —dijo Cruz—. ¿La sala de quién?

—La sala de su excelencia, el señor gobernador don Borja Puig Gallegos.

—¿De qué pintura hablas?

El magistrado Silas Betancourt señaló *La Sagrada Familia*.

—Hay que cortarle el buche por insolente —dijo Dolores.

—Hay que caparlo por buey —dijo el que se creía padrastro de Jesucristo.

—Suficientes despojos hemos sufrido por parte de su gobernador como para, encima, cederle nuestro tesoro. Medio valle era suyo antes de que pusiera un pie en él. Hasta los cerros y las cascadas vendió a las minas. Y encima nos insulta cambiando la ruta de la conducta, como si fuéramos a robarle su cochino oro. ¿Sabe qué? Les daremos una buena razón para cambiar la ruta de la conducta: le declaramos la guerra a los enemigos de Dios y a su gobierno de herejes.

—¡Muerte a los herejes! —gritó Dolores.

—Por favor, no lo tome de esa manera. Sólo pensé que sería un honor obsequiarle...

—Les voy a obsequiar sus vidas, siempre y cuando se larguen de nuestro pueblo. Tienen hasta mañana. Después de eso no respondo por lo que haga mi gente.

Entraron al templo cuarenta hombres armados con carabinas. Los animosos echaron al juez y cerraron las puertas de la iglesia. En lugar de ir corriendo a la posada para poner al tanto al gobernador de las actividades de los fanáticos, la ambición política de Silas lo animó a seguir el desarrollo del ritual pagano desde la ventana. Lo que vio lo asustó aún más: Cruz oficiaba misa desde el altar. Los hombres, con las carabinas al hombro, lo escuchaban de rodillas. Luego de terminar con las plegarias, Cruz fue llamando a cada uno de sus adeptos, a quienes les bendijo sus armas. Terminada la ceremonia, el

leguleyo se ocultó de nuevo detrás del cerco de la iglesia. Tenía miedo; sin embargo, estaba determinado a llevarse la pintura. Sabía que don Borja había realizado proezas similares para llegar a gobernador. Nada es gratis en esta vida, pensó Silas, quien se hallaba harto de su eterna condición de tinterillo. Él también deseaba ser un importante banquero, poseer burdeles, minas, haciendas y, sobre todo, ejercer el derecho de pernada sobre sus peones. Esto lo armó de valor. Esperó un poco más a que la iglesia se vaciara. Cruz Santos y San José fueron los últimos en abandonar el templo.

—San José, necesito su bendición, que mañana salgo desde temprano para La Espuela.

—No debes desafiar a los demonios —dijo San José.

—¿Acaso usted temió a esos mismos demonios cuando su hijo Jesús abandonó Nazaret?

—Tienes mucha razón. Jesús debía salir a publicar su Evangelio y por eso le permití salir de mi casa a tan tierna edad. De eso hace más de mil quinientos años, pero lo recuerdo como si fuera ayer.

Cruz Santos se alejó caminando hacia el este del pueblo, mientras que el resto de los chiflados partió hacia el norte. No quedaba nadie a la vista. El juez salió de su escondite y entró al templo por la puerta abierta. Desmontaba el cuadro de su clavo cuando escuchó las pisadas que se acercaban. Se trataba de Cruz, quien regresaba sobre sus pasos. Silas Betancourt colgó lo mejor que pudo la pintura y corrió a esconderse dentro del confesionario. Santos caminó hasta el altar, recogió el estandarte de la Santa de Durango, dio la media vuelta y se dirigió a la puerta. Al pasar junto al cuadro, notó que estaba ladeado. Cruz acomodó la pintura y siguió su camino hacia el exterior. Silas Betancourt estimó que en cualquier momento Santos regresaría a la iglesia. Resolvió no arriesgar el pellejo transportando la pintura enmarcada por el pueblo. El magistrado sacó la navaja y cortó el lienzo por los bordes, lo enrolló y se lo llevó al gobernador, oculto bajo su levita cruzada. La calle estaba desierta. Sin embargo, cada ululato que oía o cada sombra de perro que veía lo hacía pensar en los violentos y desalmados animeños. Su corazón pugnaba por salirse de la boca.

El juez no durmió esa noche por estar preparando los arreos de las bestias, haciendo las maletas de la comitiva y asegurando el equipaje en los carros, sin despertar a nadie. Aún no salía el sol cuando llamó al dormitorio de don Borja. El gobernador maldijo antes de abrir la puerta.

—¡Qué lindura! —dijo la señora cuando vio la pintura en manos de Silas—. Lo consiguió.

—Lo felicito, magistrado. Lo ha hecho usted muy bien. Llegará muy lejos.

—Gracias —dijo el magistrado—. Debemos recogernos temprano.

## XXX

### DONDE SE NARRAN LAS AVENTURAS QUE OCURRIERON DOS DÍAS DESPUÉS DEL LATROCINIO EN LAS ÁNIMAS

Cruz regresaba de La Espuela con tres de sus hombres cuando fue alertado del latrocinio.

—Se llevaron *La Sagrada Familia* —dijo Dolores.

En un principio Santos no creyó lo que oía, por lo que fue corriendo hasta la iglesia, donde lloró, se autoflageló y gritó de rabia cuando vio el marco sin lienzo. Enseguida convocó a todo Las Ánimas para llegar a un acuerdo respecto a lo que había que hacer con los cleptómanos.

—Peor que ladrones en la noche, estos señores llegaron con piel de cordero e intenciones de lobo: entraron a la casa del Supremo Creador, abusaron de nuestra confianza y robaron tesoros sacros. ¿Qué haremos al respecto?

—Pelearle al diablo.

—Eso es muy peligroso —dijo San José.

—La Santa de Durango nos hará inmunes a las balas.

—Debemos perseguir y aplastar al gobernador y a sus paleros —dijo Dolores.

—Ya deben de andar por el rumbo de La Calavera, burlándose de nosotros.

—Yo puedo alcanzarlos —dijo el hombre más rápido de la Gran Sierra del Oeste, lo cual es lo mismo que decir el hombre más rápido del mundo.

Luego de que el pueblo de Las Ánimas apoyó por unanimidad la moción del velocista, éste cabalgó y cabalgó por más de dos leguas de recorrido agreste, hasta reventar a su caballo, pues no llevaba remuda. El rarámuri comió parte de su cabalgadura para acumular energía, y el resto del trayecto lo realizó a pie, aun a mayor velocidad. El corredor columbró a los viajeros al



día siguiente, cerca del río de Los Lamentos. Lobo se asomó al interior de la cabina, parado sobre el estribo.

—Nos persigue un tarahumara —dijo Cornelio Callahan.

Don Borja sacó la cabeza por la ventana:

—¿Un tarahumara?

—No se detengan —dijo el magistrado Betancourt—. Podría ser un bandido.

—Pero es sólo uno y viene a pie. Desde aquí se ve.

El gobernador ordenó un alto inmediato. Esto no provocó que el rarámuri disminuyera la velocidad.

Don Borja bajó del coche:

—¿Qué se te ofrece?

Sin mediar palabra, Venado Veloz le entregó al gobernador un pliego escrito por Santos, quien demandaba la devolución inmediata de la pintura sacra. Tan pronto como leyó la misiva, los ojos del mandatario se posaron en la figura del magistrado.

El gobernador golpeó al juez:

—He quedado como ladrón por su culpa.

—Lo siento —se disculpó el juez, sin defenderse de los puñetazos—, lo siento, señor.

—Regrese la imagen —ordenó el mandatario, cuando terminó de golpear a su siervo.

—¿Va a dejarse intimidar por las amenazas de unos fanáticos? —dijo el magistrado.

El gobernador amartilló su puño:

—Haga lo que le dije.

El juez entró al carro, cogió la pintura y la entregó al rarámuri, no sin antes pedirle disculpas a la esposa de don Borja. El gobernador le ordenó al juez que también le pidiera perdón al tarahumara, y así lo hizo. Sin responder palabra, y lienzo en mano, el rarámuri puso pies en polvorosa en dirección a Las Ánimas, de lo más tranquilo, como si no se tratara de cubrir una distancia más grande que el ancho de varios países.

Silas Betancourt jamás olvidaría la vergüenza sufrida cerca del río de Los Lamentos, por lo que juró vengarse de Cruz. Su oportunidad no tardó en llegar.

Esa misma semana, mientras le relataba la afrenta al encargado del archivo judicial, éste recordó que existía un proceso pendiente en contra de Santos por cargos de abigeato.

—El caso fue desestimado por falta de pruebas, pero su expediente sigue aquí —dijo el burócrata.

El juez acudió a la gaveta que alojaba la averiguación previa, a fin de reanudar el proceso legal, lo cual pudo hacer sin problemas.

—Cruz Santos es un delincuente que incita a la sedición, manipulando a los ignorantes y los fanáticos —dijo el juez ante el Supremo Tribunal de Justicia del Estado.

La popularidad y el carisma que poseía Cruz le permitía gozar de varios simpatizantes en el cuartel enemigo, y fue uno de éstos quien lo alertó del proceso reiniciado en su contra.

—Silas envió a una cuadrilla de gendarmes que vendrá por usted —dijo el espía.

Cruz Santos volvió a convocar a sus coterráneos esa misma noche:

—Vienen por mí con una acusación falsa en su mano. Me puedo entregar o podemos luchar. ¿Qué proponen?

—Declararle la guerra al diablo —dijo Dolores.

San José, Isabel, Dolores y el resto de los habitantes de Las Ánimas apoyaron la moción con aplausos y vivas a la Santa de Durango. La avanzada de cuarenta y cinco hombres enviada a Las Ánimas para arrestar a Santos fue aniquilada por cuarenta animeños curtidos en las guerras apaches. Convencidos de su inmunidad a las balas —lo cual los volvía aún más audaces y arrojados en el campo de batalla—, cuando llegaban a sufrir alguna herida, de prisa se la reprochaban a Cruz.

—Dios requiere de mayor devoción de su parte para continuar desviando los proyectiles del enemigo —decía Santos en el fragor de la batalla.

Luego de esta pelea, los santos rebeldes emprendieron una odisea homérica, al cruzar la Gran Sierra del Oeste, a punta de bala, a fin de visitar a su santa.

Un rebelde preguntó qué sentido tenía el viacrucis que llevaban a cabo.

—La Santa de Durango nos dará el poder para vencer al diablo.

Cruz Santos lloró luego de llegar al rancho Los Coyotes, en Sonora, y

descubrir que su santa ya no vivía ahí, sino que se encontraba exiliada en Estados Unidos. En lugar de capitular y disolverse, los santos rebeldes optaron por regresar en grupo a su nicho en las montañas. En el trayecto fueron atacados por tres batallones, a quienes derrotaron en distintas escaramuzas, hasta llegar a Las Ánimas, donde encontraron su final. La hecatombe se consumó el 29 de noviembre de 1891, día en que la iglesia del padre Glandorff, el último bastión de los santos rebeldes, fue incendiada.

Esta tragedia ha quedado asentada en los anales de la historia nacional. Lo que no se ha escrito es que fue un humilde servidor quien adquirió, en el almacén Ketelsen & Degetau, de El Paso, y con la orden y los dineros de Vicente, los trescientos rifles Winchester de repetición y los cinco mil cartuchos que armaron a los santos rebeldes. A su vez me reservo el crédito de haber explicado por todo el estado las causas que originaron la revuelta.

En un principio creímos que podríamos contar con Santacruz, cuya imprenta y verbosidad nos habrían ayudado a desestabilizar de manera más eficiente al gobierno de don Borja; sin embargo, tan pronto como Edmundo se enteró del ingrediente religioso en el conflicto, el tipógrafo puso cara de asco.

—Por mí que se maten entre ellos —dijo.

Le pregunté cómo podía ser tan insensible.

—¿Sabes cuál es mi problema?

—Tengo una idea, pero, dime: según tú, ¿cuál es tu problema?

—Mi problema es que siempre he poseído un entendimiento perfecto del mundo.

—¿Ése es tu problema? No lo sabía.

—Así es. Sé cómo opera este maldito mundo, qué lo hace girar. ¿Y sabes por qué? Porque pienso, luego existo. Porque he leído a Kant, a Hegel y a Descartes. Porque soy capaz de descifrar los orígenes de cualquier conflicto y de prever su impacto en el mundo. Tanta lucidez a veces es como una maldición, Sixto. Hay días en los que envidio al ignorante y al imbécil. Me pregunto cómo serán sus vidas. Anhele la simplicidad del campesino, la inocencia del arriero e incluso la ingenuidad del gendarme. Los envidio, la verdad. Por eso, cuando vienes con este chisme del dibujito robado, me queda claro que no se trata más que de un lío entre fanáticos religiosos. Si las causas fueran otras, tendrían todo mi apoyo. Es más, hasta moriría por ellos.

—No, ése no es tu problema. ¿Sabes cuál es tu verdadero problema?

Edmundo Santacruz negó con la cabezota.

—Que no fuiste capaz de descifrar el origen de este impacto —y le sorrajé un chingazo en el hocico.

El coronel me pidió no molestar más a Edmundo. En su lugar, me hizo entrevistarme con un corresponsal de *El Paso Times*, a quien puse al tanto del conflicto en Las Ánimas con pelos y señales. El gringo estaba sentado a una mesa del Music Hall & Saloon.

—¿Sabes dónde consiguieron las armas los alzados?

Sorbí mi café.

—No lo sé.

La noticia de un pueblo eliminado de la faz de la Tierra por la acción de un gobierno tirano salió a la semana siguiente y causó revuelo. Incluso la reprodujo *El Herald* de Nueva York.

—Nuestro amigo Borja no tarda en caer —dijo don Vicente.

Sigo pensando que, de haber contado con el amarillismo de Edmundo, habríamos adelantado veinte años la revolución. A pesar de esto, nuestra maniobra bastó para conseguir el jaque mate.

Molesto por la torpeza con que don Borja se había conducido en Las Ánimas, el presidente lo destituyó de la gubernatura o, lo que es lo mismo, no apoyó su reelección. En su lugar puso a Prudencio Toledo, el consuegro de Vicente, quien desechó los cargos de conspiración en su contra y lo recibió en México con los brazos abiertos.

—Es bueno estar de regreso —dijo el coronel al llegar a su hacienda y ser recibido por su familia y sus empleados.

## XXXI

### EL ESPECTÁCULO MEDICINAL DE DOC EAGLETHORPE

Días después de que el sordomudo apodado el Tonto llevó a Tabaquito y a Texas en carretilla hasta el cementerio municipal, los enterró y terminó de remover la sangre en el suelo de la Sota de Bastos, le exigió con señas un trago a Nepomuceno, quien destapó una botella de sotol. Juan gimió, negó con la cabeza y señaló la de *brandy*.

—No estés chingando —dijo el cantinero.

El sordomudo leyó los labios de Nepomuceno y protestó con señas y gemidos por lo injusto de su situación: limpiar el cochinerero dejado por todos los borrachos y por las muchas muertes acaecidas en la Sota de Bastos a cambio de un trago diario de la peor calidad.

—No seas cabrón, Nepomuceno. Sírvete una copa de *brandy* al muchacho. Se la merece —dijo un parroquiano.

El sordomudo secundó la propuesta del bebedor con más señas y gemidos. Como no se le hizo caso, Juan fue por la botella deseada, cogió una copa y él mismo se sirvió un trago de *brandy*, mientras Nepomuceno se colgaba de su cuello, intentando estrangularlo. Como esto no funcionó, el cantinero asestó puñetazos en la espalda del sordomudo con todas sus fuerzas. Esto tampoco funcionó. Los parroquianos se revolcaban de la risa y festejaban el desafío de Juan, quien terminó su trago y salió de la cantina con la botella de *brandy* en la mano.

—Sí, acúsame con tu madre. Cuéntale todo lo mal que te trato —dijo el cantinero, en referencia a los cuchicheos de las señoras del pueblo, quienes aseguraban que Juan conservaba el cadáver putrefacto de su progenitora dentro de su choza.

La koyera en la frente de Cornelio seguía cubriendo la marca del Lobo, pero las heridas de bala en la cara no podían ser cubiertas. El guardapelo con

la foto de él y sus padres aún le colgaba del cuello. Callahan atestiguó el zafarrancho ocurrido en la Sota de Bastos. Bebía en silencio para armarse de valor antes de ir con Vicente a pedirle disculpas por su ingratitud.

El Tonto cruzó la calle y fue a sentarse en las escaleras a la entrada de la iglesia, a pesar de que ahí no había sombra, y bebió de la botella.

—Sáquese de aquí —dijo el sacerdote.

El sordomudo se puso de pie con la agilidad de un perro viejo y volvió a cruzar la calle, arrastrando los pies. Caminó hasta la parte trasera de una tienda, dejó la botella en el suelo, se subió a un huacal y, desde la ventana, espío a la jovencita que se medía un vestido en el probador. Procedió a masturbarse. Así lo encontró la dueña, quien le propinó escobazos. Lo llamó cochino, entre otras cosas. Juan se subió los pantalones, se abrochó el cinturón y volvió a su rancho.

El hachazo le había arrancado una parte del parietal, de modo que sus sesos quedaban expuestos, los cuales parecían bombear pensamientos poco halagadores acerca del comisario. En esa fría noche de luna roja y cielo púrpura, la tropa del coronel y el propio coronel se daban el quién vive arrancando pelambres apaches que luego metían a sus costales sanguinolentos, como bandidos carroñeros en el averno, ayudados por la lumbre de sus antorchas, las cuales se encontraban enterradas en las entrañas del desierto. La sangre negra de Rosita caía a chorros por su vestido de calicó y sobre sus pies descalzos. Lo peor era la mirada de tristeza en sus ojos color miel, que contrastaban con su piel morena. La niña le preguntó a su padre:

—¿Por qué me hiciste esto?

Sixto Mejía aún sujetaba el hacha que había usado para arrancarle la cabellera a Rosita. La soltó. Fue al dar la media vuelta para huir del espectáculo ominoso cuando el comisario se enfrentó a la amorfa mole de carne, llena de llagas y ronchas, que era su esposa, quien sujetaba a Sixto Mejía con unas manos como jengibres viscosos, ardientes y de color rojo.

—Me abandonaste para podrirme sola en el monte —dijo aquella mole, con una boca oculta entre los nódulos, en referencia a la choza rústica donde Rosa había pasado sus últimos días como una paria apestada, visitada por

nadie, cuando en un tiempo había sido la mujer más sociable de todo Redención y quien había ayudado en la construcción tanto de la biblioteca como de la iglesia.

—Lo hice para que no contagiaras a Rosita —dijo el comisario—. No sabía qué más hacer. ¡Discúlpame!

Lo cierto era que, en parte, Sixto Mejía sí había llevado a su mujer a esa cabaña en el monte para proteger a Rosita, pero también en parte porque no soportaba mirar la carne amorfa en que se había convertido su amada.

Sixto Mejía continuaba pidiéndole perdón a su esposa muerta cuando su hija lo despertó.

—Sólo fue una pesadilla —le dijo Rosita, y enseguida le entregó un vaso con agua que lo ayudó a beber.

—Gracias —dijo Sixto Mejía.

—¿Qué soñó esta vez, papá?

En lugar de responder la pregunta de su hija, el comisario bebió un poco más de agua.

—Ya no quiero que acompañe a don Vicente a sus matazones. Lo va a volver loco.

—¿Me pides que le dé la espalda a mi compadre? ¿Después de todo lo que ha hecho por Redención? ¿Después de que pagó tus estudios y te dio trabajo?

—¿A costa de qué? ¿De mujeres y niños masacrados?

—Don Vicente es bueno, Rosita. Sólo necesita de mi ayuda. Sólo yo puedo hacer que enderece el camino.

—¿Por qué hasta ahora? ¿Por qué no antes?

Sixto Mejía acarició el cutis de Rosita:

—Por ti, hija... Y por tu madre.

La profesora Rosita Mejía acompañó los huevos estrellados que le sirvió a su padre con una salsa tatemada preparada en molcajete, tortillas recién hechas, frijoles y café. La maestra se alistaba para salir temprano esa mañana, a pesar de que era día de asueto. Dos montículos sólidos y puntiagudos se alzaban bajo su blusa floreada; de tan breve, su cintura era fácilmente abarcable; sus caderas parecían diseñadas para sujetarse de ellas a la hora de concebir

chamacos de manera violenta, frenética y desaforada. Eso era lo que pensaban los vaqueros que deambulaban por las tierras del comisario y que salivaban cada que veían pasar a la exuberante profesora con sus libros, rumbo a la escuelita. Por fortuna para ellos, sus pensamientos cargados de lujuria no eran más que eso: pensamientos. No se atrevían a más debido a la reputación de Sixto Mejía como buen tirador y veloz a la hora de desenfundar. En pocas palabras, un señor de cuidado. El único imbécil que había tenido la desfachatez de presentarse en el pórtico del comisario para pedir la mano de Rosita había sido el pistolero apodado Texas, un par de meses antes de encontrar la muerte a manos del apache Tabaco.

—¿Qué se te ofrece? —le preguntó el comisario en tono golpeado al muchacho incapaz de cerrar la boca debido al increíble tamaño de su dentadura.

Texas se quitó su Boss of the Plains. Pelos amarillos cayeron sobre su rostro güero.

—Buenos días, Sixto —tartamudeó, nervioso—. ¿No está Rosita?

—¿Asunto? —dijo el comisario, sin expresión en la cara y los pulgares apoyados en la pistolera.

Como un mago, Texas hizo aparecer un ramo de claveles:

—Pues quería invitarla a las fiestas de Santa Bárbara —tartamudeó.

El hombre con el cuerpo de Sancho Panza descendió tan sólo uno de los escalones del pórtico. Seguía viendo a Texas hacia abajo. Señaló el chamizo ubicado a más de cinco metros al oeste de la casa.

—Vete para allá —dijo.

—¿Por qué?

Sixto Mejía bajó los tres escalones restantes y enseguida empujó a Texas hacia el chamizo.

—Apúrate —dijo—. No tengo todo el día.

El dientón se colocó a unos pasos del árbol indicado por el comisario, quien regresó al pie del pórtico y arrojó el revólver al suelo. Por su pesadez, el Peacemaker hizo un sonido seco, como de hombre muerto. Rosita asomó la cabeza por una de las ventanas de la casa, como una aparición fantasmal.

—Te diré lo que haremos —dijo Sixto Mejía—: dispárame. Si me matas antes de que recoja mi pistola y te cosa a balazos, Rosita será toda tuya. ¿Qué



dices?

—Yo sólo quería invitarla a salir —tartamudeó el dientón, quien se encontraba al borde del llanto.

—Podrás hacer eso también... y lo que tú quieras con mi hija. Sólo tienes que vencerme.

—No la puede tener encerrada toda la vida —chilló Texas.

—Rosita hará rompopo —masculló el comisario, con cara de loco.

¿Que Rosita haría rompopo? Ésa era la cosa más absurda que Texas esperaba oír ese día, pero funcionó.

—Mejor me voy —dijo, antes de dar la media vuelta, trepar en su tordo andaluz y salir huyendo del rancho de Sixto Mejía.

Algunos podrán juzgar el proceder del comisario como una especie de sobreprotección. Sin embargo, Rosita no lo veía de esa manera. Todo lo contrario. La maestra se consideraba afortunada y la mujer más libre de todo Redención, ya que era la única capaz de andar a caballo libremente, sin temor a ser molestada por nadie. La profesora estaba poco interesada en los hombres de Redención. En realidad sólo quería que la dejaran en paz para seguir impartiendo sus clases, cabalgando, leyendo a Sor Juana y traduciendo a Emily Dickinson, una poeta poco conocida que la tenía muy entusiasmada y que acababa de descubrir, cuyo imaginario estaba plagado de elementos propios del terror gótico, como habitaciones embrujadas, almas en pena y carruajes con la muerte como pasajera.

Ese sábado por la mañana, mientras el comisario desayunaba sus huevos estrellados, Rosita se alistaba para salir rumbo al rancho de Pedro Ayala.

—¿A dónde tan temprano? Y en sábado —dijo Sixto Mejía.

—Al rancho de Pedro Ayala. Rebeca lleva una semana sin ir a la escuela. Estoy preocupada.

El comisario apuró su café y se levantó de la mesa.

—Te acompaño —dijo—. Debo entregarle la mesada.

Sixto Mejía fue a la alacena por los diez dólares que Higinio Montoya le había dado en El Paso. Alguien tocó a la puerta. Rosita fue a abrir. Se trataba de don Carmelo Reyna, quien estrujaba su sombrero cordobés.

—Buenos días, Rosita. ¿Está su padre?

Rosita se hizo a un lado para permitirle a don Carmelo Reyna entrar a la casa:

—Sí, pasa.

—¿Qué ocurre, Carmelo?

—Es don Luis: quiere quemarme la casa porque dice que mis terneros son cuatreados. Los muchachos y yo los acabamos de marcar hace una semana, pero Luis alega que es mucha casualidad que yo tenga tantos terneros y él, ninguno. Asegura que espío sus hereford y que cada que le nace un becerro, yo se lo robo y lo escondo. ¿Quién tiene paciencia para hacer semejante cosa? Además, los dos ranchos están cercados.

—Vaya con Carmelo y deme el dinero de Pedro Ayala —dijo Rosita—. Yo se lo llevo.

—Deje que vaya Rosita, Sixto. Mi compadre sigue molesto con usted. Tabaquito era su mejor trabajador y el único capaz de aguantar su mal humor.

El comisario le dijo a su hija:

—¿Vas a pasar por las tierras de Juan?

—No me diga que usted también cree todas las calumnias que dicen de él.

—¿Que tiene a su mamá hecha una momia en su choza? Eso es cierto, hija. Además, es sospechoso de la desaparición del boticario.

La profesora sacó su Derringer:

—Sé cuidarme sola.

Sixto le entregó a su hija el sobre con las diez monedas:

—Le das esto a Pedro y te llevas a la Raquel.

El comisario salió de la casa acompañado por Carmelo Reyna. Rosita entró al dormitorio de su padre y vio la pistolera con el revólver del comisario en el cajón de la cómoda. Cogió ambas cosas y salió corriendo de la casa.

—Papá, se le olvidó su revólver —dijo Rosita Mejía.

Esto detuvo al comisario:

—No lo necesitaré, hija.

Don Luis y tres de sus vaqueros continuaban aterrorizando a la esposa y a los

hijos de Carmelo Reyna con antorchas cuando llegó el comisario a poner orden. Aquel don Luis nervioso, tímido y educado de antaño ya no lo era más. Su cara de roedor seguía ahí; sin embargo, sus modales se habían convertido en los de un troglodita desde que Higinio Montoya había matado a los hermanos McKenna.

Sixto desmontó y se plantó junto al abrevadero:

—¿Qué está pasando aquí?

—Carmelo está robando todos mis terneros —dijo el cara de rata.

—¿Tienes pruebas de eso? Y no me salgas con que él tiene muchos y tú ninguno, porque eso no basta para llevarlo a juicio.

—Por eso le voy a quemar su casa en lugar de llevarlo a juicio.

—Eso no te lo voy a permitir —dijo el comisario Sixto Mejía.

—¿Cómo lo impedirás? ¿Me vas a disparar por la espalda como le disparaste a Tabaquito, maldito cobarde?

Sixto Mejía introdujo la cubeta al abrevadero y la vertió sobre los pirómanos. El fuego en las antorchas se extinguió.

—Así lo impediré —dijo el comisario Sixto Mejía.

Al bajar por la hondonada que la llevaría al rancho de los Ayala, Rosita Mejía llegó a las tierras heredadas por el sordomudo apodado el Tonto Juan. El sendero que transitaba la profesora cruzaba un espeso matorral compuesto por mezquite, sotol y uña de gato. Había sido formado por las reses de los ranchos vecinos, las cuales corrían hasta ahí para ocultarse de los vaqueros. Luego de escuchar cascotes de caballo y el crujido de una rama a pocos metros de distancia, Rosita se asustó y aceleró el paso de su yegua. Ebrio y excitadísimo, el Tonto Juan salió de su escondite y fue tras ella.

El agua helada apaciguó los ánimos de don Luis, lo cual le permitió escuchar al comisario.

—El semental que te vendió Vicente es puto y tus vacas no producen becerros por la sequía. Las tierras de Carmelo cuentan con mejores pozos de agua. Él dejará entrar a tu ganado en lo que ustedes construyen papalotes.

Carmelo dijo:

—Pero mis cercos...

—Y dale otra vez con los cercos. Estoy hasta la madre de los cercos. En maldita hora se inventaron. ¿Qué pasó con ustedes? ¿No pelearon juntos contra el coronel? ¿No dijeron que todos sus males se acabarían cuando pudieran unirse? ¿De qué sirvió la muerte de los McKenna? ¿Para pelearse entre ustedes?

El discurso del comisario puso a pensar a los dos vecinos.

—La verdad ya no estoy tan seguro de que todos esos becerros sean míos. A lo mejor nuestras vacadas se mezclaron cuando estuvieron afuera, el año pasado.

—No, Carmelo, el comisario tiene razón. Mis vacas sí están muy flacas y ese semental mío es puto.

—Te dije que no quería verte por aquí —le dijo Nepomuceno a Juan, tan pronto lo vio entrar a la Sota de Bastos.

El Tonto llevaba arañones en la cara, lodo en todo el cuerpo y la camisa rota y ensangrentada. Su apariencia era más deplorable que nunca. Señaló a la nueva botella de *brandy* en la cantina y colocó una moneda de plata sobre la barra.

—Esto sólo paga la botella que te llevaste en la mañana.

Juan colocó un segundo dólar sobre la barra, gimió y volvió a señalar la botella de *brandy*.

El cantinero inspeccionó el dólar muy de cerca:

—¿De dónde sacaste esto, Juan?

—Te está pagando —dijo Lobo—. ¿Qué más quieres? Sírvele el trago al muchacho.

El cantinero obedeció a Cornelio Callahan justo antes de que éste saliera de la Sota de Bastos para pedirle perdón a Vicente por haberlo traicionado.

Sixto Mejía creyó que encontraría a su hija en casa cuando vio a Raquel junto al abrevadero. La buscó por toda la casa, la estuvo llamando y nada. Volvió a

salir. Notó que la yegua no se hallaba estacada y que lucía inquieta. Esto lo alarmó. Rosita no era así de descuidada ni Raquel así de nerviosa. El comisario cogió su revólver, lo metió en su pistolera, montó a Raquel y enfiló por un atajo conocido como El Sendero de los Cuatrerros, el cual acortaba la distancia que lo separaba del rancho de Pedro Ayala, pero bajaba por un atropellado cañón en lugar de pasar por las tierras del Tonto Juan. Sixto Mejía fue recibido por el hombre que jamás usaba sombrero, quien le apuntaba con su rifle desde la entrada de su rancho.

—¿Cómo te atreves a venir aquí, maldito asesino?

—¿No ha venido Rosita?

—Nadie ha venido —dijo el hombre que jamás usaba sombrero.

Laurita salió al encuentro de los dos hombres:

—¿Qué pasa?

—El comisario está buscando a la maestra —dijo Pedro Ayala.

—Vino a ver por qué la niña no estaba yendo a la escuela y a traerle un sobre de parte de Higinio Montoya. Eso fue hace más de seis horas. Encontré a su yegua en mi rancho, inquieta. Tengo miedo de que le haya pasado algo. Vine por El Sendero de los Cuatrerros, pero no encontré nada. Regresaré por el rancho de Juan.

—Lo acompaño —dijo el hombre que jamás usaba sombrero.

Pedro Ayala logró seguir el endeble y confuso conjunto de huellas que se alejaban del sendero para abrirse paso entre los sotoles, las yucas y las uñas de gato. Encontró el cuerpo ultrajado de Rosita a poco más de doce metros hacia el norte, junto a un mezquite. Tenía el pelo enredado en las espinas de una choya. El hombre que jamás usaba sombrero trató de impedir que Sixto Mejía se acercara. El comisario levantó en vilo a Pedro Ayala, lo alzó por encima de su cabeza y lo arrojó lejos, como si el rancharo pesara menos que un bebé. Sixto Mejía vio el cadáver de Rosita, abandonado, como una muñeca despreciada entre la hierba mala. El comisario cayó de rodillas, se golpeó en todo el cuerpo y dejó escapar un alarido tan fuerte que casi reventó su propio cráneo y los tímpanos de Pedro Ayala. El asesino de su hija le había tapado la cara con su propio vestido, volteado hacia arriba, dejando expuestas sus

partes íntimas y las gotas secas del líquido blanquecino con el que había profanado su pureza. Cuando el comisario enmendó esa infamia, descubrió que la cara de Rosita había sido destrozada por el peñasco ensangrentado que estaba junto a ella. Tenía los pómulos achatados y la nariz completa hacia un lado. Sixto Mejía comenzó a temblar. Le faltaba aire. Sintió mareos. Lloraba. No paraba de gemir. El mundo daba vueltas a su alrededor. No concebía la vida sin Rosita ni el injusto calvario que debía haber sufrido la joven durante sus últimos minutos en la Tierra. Lo intentaba, pero no lo conseguía. Bellos recuerdos de su infancia, imposibles de empatar con la abominación que se encontraba delante de él, se sucedían uno tras otro, atormentándolo aún más. Imágenes, olores y sonidos de los primeros pasos de Rosita, de sus primeras palabras, de la primera vez que había montado sola, de las noches en que lo esperaba despierta en la cocina, con la cena lista. El comisario no pudo tolerarlo más. Sacó su revólver, colocó el cañón contra su sien y jaló del gatillo para terminar con su martirio. Pedro desvió el disparo de un manotazo. El flamazo quemó la cara de Sixto Mejía. El revólver cayó junto a Rosita. El comisario fue por él. Pedro lo alejó de una patada. Sixto Mejía le sacó el aire a su compañero de un puñetazo en el estómago y fue de nuevo por el Colt. Pedro Ayala sometió al comisario al caer encima de él.

—No seas cobarde: mátate después de que encontremos al que hizo esto.

Sixto Mejía seguía llorando. Sin embargo, los intentos de ir por su revólver cesaron.

Pedro Ayala se acercó al cadáver de Rosita.

—No vengas para acá.

—Soy el comisario —dijo Sixto Mejía—. Es mi hija.

—Por eso no actúas con sensatez. Borrará las huellas.

Con la última porción de cordura que le quedaba, Sixto Mejía comprendió que Pedro Ayala tenía razón, por lo que se mantuvo al margen de la investigación, metiéndose todo el puño en la boca para después morderlo y soplar a través de él, de la desesperación. Pedro ignoró la angustia del padre y estudió el cuerpo como un detective profesional. Extremidad por extremidad. Evidencia por evidencia. Como si ya lo hubiera hecho antes. Como si su pasado criminal le diera las credenciales para atrapar criminales. El hombre que jamás usaba sombrero bebió de su pachita para darse valor. Sixto Mejía

notó que los talentos del delincuente y del gendarme estaban más conectados de lo que él creía. Pedro Ayala distinguió el par de pisadas frescas y distintas a las del comisario y a las suyas, las cuales se acercaban desde la choza del Tonto Juan. Notó que eran de un tamaño más grande que el normal.

—Por eso son teguas —dijo el hombre que jamás usaba sombrero.

Sixto Mejía se limpió las lágrimas:

—¿Qué dijiste?

—No se hacen botas de este tamaño en México: los muy patones necesitan usar teguas.

El hombre que jamás usaba sombrero ubicó el punto en el sendero desde donde habían arrastrado el cuerpo de la muchacha.

—Rosita venía de tu rancho —dijo—. Aquí espoleó a su animal. Tal parece que se asustó.

Pedro Ayala caminó más de veinte metros.

—Aquí se detuvo —dijo—. El asesino venía a pie. Al principio no hubo lucha.

El hombre que jamás usaba sombrero regresó sobre sus pasos.

—Caminaron hasta acá —dijo—. Aquí comenzó el forcejeo.

Pedro Ayala encontró la Derringer en el piso, junto a pisadas de caballo y un rastro de sangre que se alejaba. Al oler el cañón de la pistola, notó que ésta había sido disparada.

—Es sangre de cuaco —dijo Pedro Ayala—. Creo que le dispararon a su caballo.

—Pero Raquel no está herida —dijo el comisario Sixto Mejía.

—Éstas son las huellas de un caballo grandote y pesado. De más de una tonelada. Muy bien herrado. El rastro va rumbo al rancho de Juan.

Pedro Ayala se puso de cuclillas para registrar el cuerpo de Rosita.

—¿Qué estás haciendo? No profanes el cuerpo de mi hija —dijo el comisario.

Pedro Ayala se disculpó y continuó llevando a cabo su investigación.

—¿Ves el sobre con las monedas?

El hombre que jamás usaba sombrero terminó de investigar.

—Ningún sobre —respondió.

—Ese engendro del demonio se las llevó.

Sixto Mejía montó a Raquel para ir a la choza del Tonto a galope tendido.

Pedro Ayala intentó detener al comisario, pero descubrió algo que lo distrajo: el rastro de una espuela, no de dos. Las teguas no traen espuelas, pensó el nuevo detective. ¿Y por qué hay una aquí en lugar de dos? El hombre que jamás usaba sombrero interrumpió éstas y otras cavilaciones para ir en pos de Sixto Mejía.

En el centro del presidio Vizcarra se erguía una fuente de piedra con la estatua de David. Alrededor de la fuente había un grupo de jóvenes vestidos con gorra de terciopelo negro, saco rojo de *tweed*, pantalón blanco, botas negras de cacería hasta la rodilla, y fustas en las manos. Uno jugaba con un par de perros foxhound. Parecían esperar algo o a alguien. Sus caballos se hidrataban en el abrevadero. Sigismundo escoltó a Cornelio hasta la puerta del caserón. Ester les abrió.

—¡Cornelio! —dijo la mujer, y abrazó a Lobo—. Pásate —agregó, antes de cerrar la puerta en la nariz de Sigismundo.

Cornelio Callahan entró a la casa. Se detuvo en el zaguán:

—¿Está Vicente?

—En el estudio, discutiendo asuntos del banco con Guillermito.

El hijo menor de Vicente vestía igual que el grupo de muchachos que Cornelio había visto afuera de la casa. Alto y delgado, su cara era una versión suavizada del coronel en sus años mozos, pero sin la malicia ni la mirada de águila que éste poseía.

—Mientras sigamos rechazando créditos, contribuiremos al descontento social —dijo.

—¿Propones regalar dinero a los pobres? ¿De quién es esta idea? ¿De tu suegro?

—No es regalar: las tasas de interés se quedan igual. Además, todas estas personas cuentan con buenos avales.

—Todas esas personas pueden trabajar en las haciendas si necesitan dinero.



—No puede tener a la gente dependiendo de usted para toda la vida. No es sano. El capital los llevará a la libertad y ésta, a la prosperidad.

Ester tocó a la puerta del estudio. El coronel y su hijo la ignoraron.

—Qué estupidez. ¿Eso fue lo que te enseñaron los güeros?

Guillermo desafió a su progenitor:

—Eso fue lo que me enseñaron los güeros.

La mujer volvió a tocar la puerta del estudio.

—Qué —gritó el coronel.

—Tienes visita —dijo Ester.

—Estamos ocupados.

—Es alguien que tienen muchas ganas de ver —advirtió la señora.

Tan pronto Ester abrió la puerta corrediza, el coronel perdió el habla.

—Los dejo para que se pongan al día. Qué bueno verte, Cornelio.

El coronel se levantó de su silla y corrió a abrazar a Lobo:

—¡Qué bueno que viniste, cabrón!

—Vicente, tengo que decirle algo —dijo Lobo.

El coronel adivinó que Cornelio se preparaba para confesarle eso que don Borja había usado para chantajearlo y obligarlo a trabajar para él.

—No tienes que contarme nada —dijo—. Todos tenemos derecho a quedarnos con secretos. Lo importante es que estás aquí.

Lobo se sintió aliviado al escucharlo. No tenía deseos de revelarle a Vicente lo ocurrido en el recodo del Gila veintinueve años atrás. Mucho menos sus implicaciones.

—¡Qué elegancia en Francia! —le dijo Cornelio a Guillermo.

—Así se viste para la cacería del zorro —dijo el coronel—. Nosotros cazábamos apaches y comanches para combatir la barbarie; estos muchachos persiguen zorros para combatir su aburrimiento. ¿A dónde irá a parar este país?

Guillermo ignoró la burla del padre.

—Qué bueno que regresaste —dijo.

—Habrías de ver a Tito —dijo el coronel—. Ése sí está hecho todo un hombre. Los brazotes que tiene. Una espaldota así de ancha. Está más alto que yo, el cabrón. Y fuerte. Me saca toda la cabeza.

—Con su permiso, padre: me retiro. Le dejo las solicitudes que rechazó,

para que las revise una vez más.

—Sí, sí —dijo don Vicente—. Despidete de tu mamá.

—Qué bueno que regresaste —le dijo Guillermo a Lobo.

Tan pronto como su hijo salió del estudio, el coronel quiso saber si a Cornelio le parecía que era puto. La pregunta lo puso nervioso. Temió que Vicente le estuviera queriendo decir algo entre líneas. Alguna advertencia. Sentía que el coronel tenía suficientes razones para desconfiar de él. Su sospechosa y prolongada soltería sería una de esas razones. Por lo que le había sucedido en el valle del Mojave, la perspectiva de convertirse en un nuevo Maclovio Méndez lo seguía aterrando. Se decía que a Maclovio Méndez, cuando niño, un capellán venido de Durango lo había hecho como después se hizo. Como si fuera una enfermedad incurable. Éstos y otros pensamientos mortificaban a Lobo, quien finalmente mantuvo la calma.

—No creo que Guillermo sea eso que usted piensa —dijo.

—¿No lo ves como que muy finito? ¿Viste a los maricones que están afuera? Se me hace que se besa con ellos. ¿De dónde saca eso de andar persiguiendo zorritos?

Cornelio Callahan supuso que de Inglaterra, y así lo manifestó.

—Tengo miedo de que se me haga como el mentecato de Edmundo.

—Eso nunca pasará —dijo Lobo—. Guillermo es muy listo.

Vicente cambió de tema:

—¿Cómo viste Las Ánimas? Jugué bien mis piezas, ¿no lo crees? En realidad fue muy sencillo. Cuando el enemigo adivinó mi estrategia en Diablo Prieto, tuve que enrocarme y reestructurar mi ofensiva desde cero. Borja creyó que estaba acabado. Fue cuando minimizó el poder de mis peones. Ahora la Comunidad Minera de Diablo Prieto usa los billetes del banco, Borja es senador por el estado en el Congreso de la Unión y todos estamos felices.

La desaparición del boticario, tres años atrás, podría haber sido un buen pretexto para entrar a la choza del Tonto Juan; sin embargo, la mala hierba, la pestilencia azufrosa del terreno, las alimañas y los tétricos copalquines que rodeaban la propiedad inspiraban un singular terror en el comisario.

A pesar del calor, el boticario Henry Eaglethorpe usaba un frac de

terciopelo. Era flaco como una campamocha, medía más de dos metros y su cabellera había sido arrancada por un comanche que lo dejó por muerto cerca de Dodge City. La fea cicatriz y la ausencia de pelo eran ocultadas por un exagerado sombrero de copa que el Doc no se quitaba a menos que fuera muy necesario.

El merolico, su mono Sócrates y un hombre silencioso llamado Baltazar Corona llegaron, procedentes de Resurrección, conduciendo una carreta con su propio toldo plegable, jalada por bueyes y con dos estantes en el interior, listos para llenarse de elíxires, jarabes, linimentos, bálsamos y unguentos. Sócrates y Baltazar Corona completaron la instalación con una imitación de alfombra persa que pusieron en el suelo, un águila disecada que colgaron de una esquina de la carreta y un esqueleto humano que ubicaron en la opuesta.

La bambalina del toldo rezaba, en tipografía muy alegre, como de feria ambulante: *THE DOC EAGLETHORPE MEDICINE SHOW*.

En aquel entonces —otoño de 1872— existía una rivalidad malsana entre los pueblos de Redención y Resurrección a raíz de la bonanza de este último. Supuestamente, los ganaderos de Resurrección tenían los animales más gordos y fértiles; los agricultores, las mejores cosechas; se había erradicado por completo la Peste; había menos mosquitos, cucarachas y ratas, y los ruiseñores cantaban más entonados; hacía menos calor en el día y las noches no eran tan frías; llovía más seguido, pero cuando ocurría las calles no se inundaban. Incluso las mujeres de Redención aseguraban, luego de visitar el municipio rival, que su pueblo era el más polvoso de ambos, debido al tipo de tierra. Alegaban que sus casas se ensuciaban tan pronto como terminaban de limpiarlas, mientras que en Resurrección todo era más bonito, se daba el pasto natural, la tierra estaba más asentadita y los hombres apostaban y se emborrachaban mucho menos y se tiraban menos pedos, ya que la comida les hacía mejor digestión. Todas estas ventajas de Resurrección no se atribuían a la gestión de su alcalde, don Borja Puig Gallegos, ni al doctorcito, don Homero Garza, ni siquiera a los sermones dominicales de su párroco, el padre Pascual, sino a Henry Eaglethorpe.

El entonces borrachín Baltazar Corona fue el primero en beber El

Maravilloso Elíxir del Doctor Henry Eaglethorpe. El merolico llevaba la mañana entera promocionando sus medicinas en el mero centro de Resurrección, frente a la cantina, pero nadie le prestó demasiada atención hasta el mediodía, cuando las beatas salieron de la iglesia y miraron con espanto el águila disecada, el esqueleto, el chango y a su amo bajo el sol abrasador. Entre ellas se encontraba una joven delgada pero muy hermosa, llamada María Inés García, quien de inmediato se vio atraída por el espectáculo del merolico. Los acordes mayores de una polca muy alegre, ejecutada por don Delfino, salían de la cantina Las Quince Letras. Un viento seco procedente del norte espolvoreó de tierra el pueblo de Resurrección. Los cuervos posados en la carreta alzaron el vuelo. Henry Eaglethorpe se sacudió la tierra de los hombros y señaló a Baltazar Corona, justo cuando éste era expulsado de la cantina por su propietario.

—Ahora vean a este pobre infeliz —dijo el merolico y se dirigió al borrachín, testereando una botella de vidrio color café—: Sí, usted, mi amigo. Acérquese más. ¿Lo quiere? Sí, se ve que lo desea, picarón. ¿Cuál es su nombre?

—Baltazar —dijo el paria.

—¿Baltazar qué?

—Baltazar Corona.

—Mucho gusto, Baltazar Corona. Mi nombre es Henry Eaglethorpe, pero mis amigos, entre los que se encuentra usted sin lugar a dudas, me llaman Doc.

Ambos hombres se dieron la mano.

El borrachín dijo:

—¿Qué se le ofrece, Doc? —como si fuera cosa de todos los días ser abordado por un gringo de dos metros, con sombrero de copa en la cabeza, un chango en el hombro, un esqueleto por un lado y un águila disecada por el otro.

Henry Eaglethorpe dejó escapar una carcajada:

—Siempre directo al grano, ¿no? Bien, bien. Me gusta la gente así. Mi amigo, he venido a informarle que éste es el mejor día de su vida —el merolico volvió a dirigirse a la multitud que comenzaba a congregarse en torno a su carreta—: He aquí una vergüenza y un lastre para la sociedad, ¿o me equivoco? Lo conocen mejor que yo. De seguro sus hijos y su señora están

trabajando su tierra y sus animales mientras este sinvergüenza se entrega al vicio de la manera más descarada y licenciosa. De seguro todos ustedes se encuentran hartos de sus hurtos e indecencias. Véanlo: apenas puede mantenerse en pie. Pues bien, traigo conmigo la solución, porque El Maravilloso Elíxir del Doctor Henry Eaglethorpe convertirá a esta sabandija en un hombre de bien. ¿No me creen? No tengo ningún problema con esto. Lo comprendo. Sé que es difícil, pero créanme cuando les digo que, después de ver lo que haré con este pobre diablo, querrán una botellita de El Maravilloso Elíxir del Doctor Henry Eaglethorpe, la cual podrá ser suya nada más a cambio de su firma. Ahora, beba, mi amigo, beba —dijo Henry Eaglethorpe tras entregarle la botella café a Baltazar Corona.

El borrachín destapó el frasco y olió el contenido; percibió una porción de algo parecido al alcohol en el jarabe color rojo.

—Huele bien, ¿no? Ande, beba, beba —dijo el merolico sin borrar la sonrisa de su cara.

Baltazar Corona liquidó la botella de un solo trago, el cual le supo agridulce. El suelo se movió bajo sus pies. Baltazar estimó que el jarabe tenía una muy buena patada, pues había muy pocas bebidas capaces de moverle el piso como lo había hecho ésta.

—Bien, bien —dijo Henry Eaglethorpe, empujando a Baltazar Corona lejos de su carro—. Ahora regrese con su familia y lléveles las buenas nuevas. Dígales que la tristeza y el sufrimiento quedaron atrás.

—¿Sería tan amable de regalarme otra botellita? Digo, para el camino —dijo Baltazar.

Henry Eaglethorpe dejó escapar una carcajada.

—¿Otra botellita? Claro —dijo, y enseguida se dirigió al mono—: Sócrates, ve por otro frasco de El Maravilloso Elíxir del Doctor Henry Eaglethorpe.

Para asombro de la multitud, el chango hizo tal como se lo había indicado su amo: bajó del hombro de Henry Eaglethorpe, trepó a la carreta y cogió el frasco indicado de la estantería.

—Por poco y lo olvido —dijo el merolico, extrayendo de su saco un pergamino enrollado y una pluma—. Sólo tiene que poner su firma aquí.

—No sé escribir —dijo Baltazar Corona.

—Eso no será ningún problema —dijo Henry Eaglethorpe, oprimiendo la punta de su pluma contra la yema del pulgar del borrachín.

El boticario colocó el pulgar de Baltazar Corona contra el pergamino, con lo que dejó una huella de sangre impresa en el cuero de cerdo lleno de firmas y manchas rojas.

—Listo, caballero. Ahora sí, tenga otra ración de El Maravilloso Elíxir del Doctor Henry Eaglethorpe —dijo el merolico, regresando el pergamino a su saco y entregando el frasco al borrachín, quien se alejó de Resurrección dando tumbos.

A continuación, Henry Eaglethorpe puso una mesa circular frente a su carreta, donde instaló El Asombroso Circo de Pulgas del Doctor Eaglethorpe. Más y más personas se fueron congregando —agolpando, mejor dicho— a su alrededor, algunas con lupas, catalejos y monóculos, para disfrutar mejor del espectáculo. La gente no podía creer lo que veía: bajo la diminuta y colorida carpa de circo había pulgas brincando a través de aros en llamas, levantando pesas y haciendo malabares con pelotas. Incluso había una haciendo payasadas.

—No se amontonen, no se amontonen, amigos, que hay espacio para todos —decía el merolico—. Y aquí viene la guapa Clementine, a punto de brincar del trapecio. Véanla cómo se contonea, la muy coqueta. Pero, amigos, no dejen que sus pequeñas curvas los distraigan de la hazaña que está por hacer...

Los insectos terminaron cansados, según el merolico, quien los llevó a sus respectivos camerinos y, acto seguido, se colgó un banjo del hombro y procedió a interpretar una versión instrumental de *Oh, Susana* mientras promocionaba su remedio contra la Peste que también funcionaba como vacuna. La música interpretada por el merolico le resultó a la multitud horrible y seductora a la vez: no quería dejar de escucharla, como seducida por una especie de embrujo satánico. La habilidad del merolico era tan grande con su banjo que por momentos parecía no tener cinco, sino hasta ocho dedos en la mano izquierda; ocho dedos que danzaban velozmente sobre el diapasón del instrumento musical. Quizá gracias a este embrujo Henry Eaglethorpe fue capaz de entregar nueve frascos de su remedio contra la Peste y de su

Maravilloso Elíxir a cambio del mismo número de firmas.

Nadie notó que el cuerpo de Henry Eaglethorpe no hacía sombra.

Conocedora de la maldad de Baltazar Corona, la gran burra blanca se alejó aún más de éste al ver que arrancaba una gruesa rama de un árbol para pegarle con ella.

—¡Ven aquí, hija de tu puta madre! —gritó el borrachín.

La bestia no hizo caso. Al contrario, aumentó la distancia que la separaba del borrachín y se metió en el andurrial ubicado a la salida de Resurrección. Baltazar abrió la botella que traía con él, le pegó un hondo trago y se limpió la boca con el antebrazo.

—La chinga que te voy a arrimar cuando te agarre —bufó.

Resultaba fácil seguir el rastro dejado por la burra. Lo difícil era abrirse camino, sin machete, entre las espinas de las choyas y las uñas de gato. Cada nueva herida en sus piernas, brazos y cara significaba una nueva maldición proferida por Baltazar en contra de la burra rebelde. El borrachín persiguió a su jumento por más de tres kilómetros de campo agreste hasta llegar a una cuenca gigantesca conocida como La Laguna Salada. Ante el asombro de Baltazar, la bestia atravesó la hondonada como si fuera una gracia para ella. En su alegre trotar se le veía cómo disfrutaba el sufrimiento que hacía pasar a su amo, convertido en una especie de capitán Ahab del desierto, al acecho de su Gran Burra Blanca.

El borrachín deliraba por el calor. Le pegó otro trago a su jarabe y sintió un leve testereo y el suelo moviéndose bajo sus pies. Las ampollas comenzaron a brotar de su boca. A pesar del último trago dado a El Maravilloso Elíxir del Doctor Henry Eaglethorpe, Baltazar sentía la lengua más seca que una baqueta. Enseguida le arrojó un par de piedras a su animal, el cual las esquivó sin ningún problema y aceleró más el paso.

—Hija... hija de tu... chinga... da... madre —musitó.

Justo en ese momento Baltazar Corona captó algo muy extraño en el hocico del animal que llamó poderosamente su atención e incluso le curó la borrachera por completo. Ocurrió cuando la burra, de nombre Silvia, se paró en el centro de La Laguna Salada, volteó a ver a su amo y esbozó la que

parecía ser... una mordaz y socarrona sonrisa humana, con ojos humanos y expresión humana.

No puede ser, pensó Baltazar Corona y enseguida volteó a ver el frasco, aún en su mano, como para interrogarlo con la mirada. ¿Qué chingados traes adentro tú?

Un zopilote llegó volando y se puso a caminar a su lado, como un predicador de traje y corbatón o un vendedor de seguros en una gran ciudad. Con aquella candidez, el ave de rapiña le dijo al borrachín:

—¿Y qué le vas a hacer cuando la atrapes?

Baltazar Corona dejó escapar un alarido de terror y le arrojó la botella al buitre, que voló justo antes de recibir el golpe del frasco.

El borrachín se frotó mucho los ojos y los cerró por un buen tiempo; cuando los abrió, el ave de mal agüero no se veía por ningún lado y la burra ya no le sonreía, sino que seguía su camino a través de La Laguna Salada.

Por la noche, bestia y amo llegaron al cerro de Los Ladrones. La burra comenzó a escalar el otero con la agilidad de una cabra y Baltazar fue tras ella.

—Te voy a hacer tacos de machaca —dijo el borrachín, quien llegó a la punta del risco, la cual contaba con dos peñascos que formaban una «L» entre sí, pasó al otro lado para iniciar su descenso en pos de la bestia y se deslizó, revolcándose, por una pendiente muy inclinada.

En su camino tuvo oportunidad de encontrarse con piedras filosas, ramas y más espinas que hicieron mella en su cuerpo maltratado. El asno lo esperaba abajo, feliz de la vida, burlándose de su amo, riéndose —si tan sólo las burras fueran capaces de hacerlo—. Al pararse en un descansillo ubicado a la mitad de la pendiente para proferir más maldiciones en contra de la bestia y en contra de la madre de la bestia, Baltazar sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

No, en realidad no era el suelo el que se movía, sino él: se hundía. La tierra estaba suelta. El borrachín intentó asirse de una rama, pero era demasiado tarde. Baltazar Corona fue tragado por la montaña.



Al caer la tarde, Henry Eaglethorpe y Sócrates habían terminado de levantar su tendido y fueron por un guisado a la fonda de María Inés García y su joven esposo, Ernesto Carballo. La dama se acercó a la mesa de los forasteros, atraída como lo había estado desde la mañana por Henry Eaglethorpe.

—Ni el propio diablo haría de Baltazar Corona un hombre trabajador —dijo.

—Temo informarle que se equivoca, estimada mujer cocinera del bello pueblo de Resurrección —dijo el merolico.

—Mi nombre es María Inés García y yo no cocino; el que lo hace es mi marido —dijo la joven, señalando con la cabeza hacia el fondo del establecimiento, donde Ernesto Carballo fregaba los platos sucios.

—El Maravilloso Elíxir del Doctor Henry Eaglethorpe haría honesto al mismísimo Caco, honorable a Judas, virtuoso a Calígula, valiente a Fobos y desprendido a Ananías.

—¿Usted curó a todos esos señores?

La ignorancia de María Inés García inspiró ternura en Henry Eaglethorpe, quien afirmó con la cabeza.

—¿Qué receta es esa que hace su pócima tan milagrosa?

—Lo único que le puedo decir es que se trata de una fórmula que hemos venido perfeccionando durante años y que un servidor y aquí, mi asistente, preparamos en nuestro laboratorio con extractos de hierbas medicinales procedentes de rincones del mundo tan remotos como las montañas tibetanas, la sabana africana y la selva amazónica.

—¿Quién le enseñó a preparar estas cosas?

—Luego de que me licencié del ejército de Estados Unidos, en el fuerte Apache, pasé tres años estudiando medicina con un chamán hopi. Hice mi doctorado con un nigromante en Lafayette, quien me presentó a Sócrates, mi asistente.

—¿Y dónde se encuentra este laboratorio que tanto mienta?

Como por arte de magia, el merolico hizo aparecer una tarjeta de presentación, la cual entregó a María Inés García. Ésta rezaba:

667, Baker Street  
New Orleans, LA

---

Como no sabía leer, María Inés García quiso saber qué era eso que se le entregaba.

—Mi tarjeta de presentación, buena mujer.

—¿Y yo para qué la quiero?

—Cuando los habitantes de Resurrección descubran el poder de El Maravilloso Elíxir del Doctor Henry Eaglethorpe, me rogarán que vuelva. En esta tarjeta se encuentra escrita la dirección donde pueden encontrarme. Son las letritas que están en el centro.

—¿Cómo hizo para que las pulgas hicieran todo lo que hicieron?

—Eso, querida dama, es algo que no le puedo decir.

Los pezones de María Inés García comenzaron a adquirir una rigidez visible a través de su vestido. Enseguida experimentó un cosquilleo, mezclado con una sensación de calor en la entrepierna. Ernesto Carballo, quien no era un hombre demasiado celoso y confiaba en el amor de su buena mujer, salió de la cocina para averiguar qué estaba pasando en la mesa ocupada por Henry Eaglethorpe y su simio. Deseaba saber por qué su esposa tardaba tanto en regresar a la cocina.

—Señora García —dijo el merolico—, ¿sabe usted de algún lugar en este hermoso pueblo donde un par de viajeros podrían pasar la noche?

—Tenemos un cuarto de invitados —se apuró a decir la mujer, como si trajera la respuesta en la punta de la lengua desde siglos atrás.

—No es verdad —intervino el esposo—. No tenemos...

—Ernesto —lo interrumpió María Inés García—, necesito que vayas a Redención y me traigas un becerro.

—Pero en Resurrección hay bastantes becerros —alegó el marido.

—Me gustan los de Redención —lo volvió a interrumpir María Inés García.

—Sí —dijo el hombre, como hechizado por un embrujo inexplicable.

Antes de partir rumbo a Redención, Ernesto notó que los ojos de Henry Eaglethorpe eran de un rojo intenso y sus colmillos, más largos de lo normal.

Si el merolico le hubiera pedido a su esposa para ofrecerla en sacrificio a Belcebú, por supuesto que el cocinero habría respondido que sí.

Baltazar Corona aterrizó sobre una olla de barro cuyos trozos se enterraron en sus sentaderas y le causaron inmenso dolor. De haber sido capaz de mirar, el borrachín se habría visto a sí mismo en el interior de una caverna que funcionaba como almacén de artesanías y tótems mogollones.

El agujero hecho por Baltazar durante su caída no era lo suficientemente grande como para dar entrada a la luz de la luna, así que no distinguía nada. Lo que pudo haber hecho era palpar los raros y curiosos objetos alrededor, pero en esos momentos no estaba interesado en hacer labor de reconocimiento. Se encontraba demasiado ocupado profiriendo maldiciones en contra de Silvia, la burra rebelde.

—¡Putita, hija de tu chingada madre! —dijo el borrachín—. Me comeré a tus crías y a ti te daré a los pinches cochis.

La burra asomó la cara por el orificio hecho por Baltazar durante la caída. La impoluta blancura de la bestia era una fuente de luz que iluminó la oscuridad de la cueva. El animal seguía sonriendo de manera humana.

—No harás eso —le dijo con una voz grave, de hombre—. De hecho, te quedarás ahí y no volverás a maltratar a ningún animal en toda tu vida, viejo borracho. De paso, tu familia se librará del lastre que has sido para ellos.

A Baltazar no lo asombró que su burra le hablara. Le pareció un hecho acorde con la clase de día que estaba teniendo. Brincó para propinarle un puñetazo en el hocico, pero le faltó más de un metro para lograr su cometido. Volvió a intentarlo. Se quedó aún más corto. Estos saltos no hacían más que arrancar carcajadas y rebuznos del asno. Ahora que veía un poco más de su entorno, gracias a la mágica luz de la burra, Baltazar notó que al parecer no había manera de salir de la caverna. A continuación notó algo mucho peor: un coyote, un tecolote y tres muñecos kachinas, con todo y sus armas, comenzaron a moverse hacia él, acorralándolo. Baltazar se alejó hacia una de las paredes de la cueva.

—¡Burrita! —gritó—. ¡Te prometo que me portaré bien, pero sácame de aquí!

La burra no paraba de carcajearse. El borrachín pateó con todas sus fuerzas un espeluznante muñeco kachina con pico de águila, antenas de madera y pintado de blanco con bolitas de colores alegres, amarillas, azules, verdes y rojas, como las del pantalón de un payaso de circo. Era la cosa más aterradora que hubiera visto en su vida. El kachina reventó en muchos pedazos y fue como si Baltazar mismo hubiera reventado en muchos pedazos, pues cayó al suelo dejando escapar un aullido terrible. El borrachín pasó la noche acostado bocarriba y pidiendo clemencia, inmovilizado del cuello para abajo. Los dos kachinas restantes lo vigilaban con sus pequeñas armas, cual liliputienses frente a Gulliver. Silvia seguía burlándose. En un rincón de la cueva, el kachina con el pico de águila y las antenas de madera se reconstruía lentamente, como por obra de una especie de magia negra. Baltazar se cagó y se meo encima y pidió socorro, pero nadie acudió en su ayuda.

Esa madrugada, Ernesto Carballo aún cargaba el becerro cuando siguió el repugnante olor a azufre que lo llevó directo al cuarto de invitados, donde sorprendió a su mujer en la cama con el simio y con Henry Eaglethorpe. Éste se encontraba desnudo, excepto por su sombrero y el frac de terciopelo; contaba con un par de patas peludas, como las una de cabra negra —los pelos negros, opacos y secos—, y penetraba a la mujer con una cola larga y escamosa, como de serpiente, también negra y opaca. La delgada y hermosa María Inés García tenía los ojos en blanco y profería gemidos similares a los de una gata en celo. Jamás la había visto tan excitada. La expresión impresa en la cara de su mujer era de semejante placer que Ernesto experimentó una lujuria tan grande que lo impulsó a participar de la orgía diabólica.

Por la mañana, Baltazar descubrió que ya podía mover las piernas y el resto del cuerpo. El borrachín se levantó de un salto, justo antes de que el kachina terminara de reconstruirse y fuera por él. Baltazar procedió a arañar las paredes, intentando salir.

—¡Burra, burrita! —gritó—. ¡Te juro que ya no voy a tomar! ¡Te juro que cuidaré bien de mi familia! ¡Ya no maltrataré a los animales! ¡Haré lo que tú

me pidas, pero sácame de aquí!

El interior de la cueva se iluminó por completo. Todos los tesoros mogollones quedaron revelados y se escuchó una voz estruendosa que no era la de Silvia, sino una mucho más grave, como aquella que le habló a Moisés en el monte Sinaí.

—Baltazar Corona —dijo la voz colosal—, eres un borracho irresponsable y una vergüenza para tu familia.

—Sí —dijo el borrachín—, sí, es lo que soy, pero ¡voy a cambiar!

—¿Estás seguro de eso?

—¡Sí, sí! Haré lo que me pidas, pero sácame de aquí.

—Quiero que veas las obras de arte que hay a tu alrededor.

Baltazar Corona hizo lo que la tremenda voz le pedía. Vio platos con soles pintados en su circunferencia; ollas decoradas con lunas y constelaciones de estrellas; bastones de mando con extraños símbolos; kachinas, jarrones, redomas y vasijas con formas de tecolotes, coyotes y otros animales del desierto.

—Quiero que memorices muy bien cada una de estas obras de arte y las reproduzcas en el taller que construirás en tu rancho. Dejarás de trabajar la tierra, te volverás artesano y así mantendrás a tu familia.

—Pe-pero... eso es imposible —tartamudeó Baltazar Corona.

—¿Imposible? —tronó la voz—. Para Masauwu nada es imposible.

Los kachinas reanudaron la persecución en pos de Baltazar. Éste procedió a arañar las paredes de la cueva.

—Está bien —gritó—. Está bien: haré lo que me pides, pero sácame de aquí.

Baltazar Corona abrió un boquete en la pared, donde una piedra que se encontraba suelta cayó rodando por la pendiente del cerro. Un rayo de luz solar bañó el interior de la caverna. Los kachinas dejaron de moverse. El borrachín continuó escarbando hasta hacer el hueco lo bastante grande como para caber en él. Afuera ya era de día. Cuando salió de la cueva en el cerro de Los Ladrones, Silvia lo esperaba abajo, sin sonrisas humanas ni carcajadas, sino comportándose como la burra convencional que era. Baltazar bajó corriendo la pendiente y abrazó y besó a su animal. Enseguida trepó a él y se dirigió a su rancho, sin apretar ijares.

La tierra de los Corona era caliche duro, colmado de piedras y hierba mala. Como cada primavera, la mujer y los hijos de Baltazar arrancaban raíces y piedras a la tierra. Hambrientos, con los cuellos y los brazos quemados por el sol, las suelas de sus teguas llenas de orificios, las espaldas adoloridas y las manos callosas por el azadón.

¿De dónde saldrá tanta maldita piedra? Cada año recogemos costales de peñascos, rocas y guijarros, y cada año aparecen más, pensaba Miguel, el más chico de los Corona.

El café con sal y mezcal en sus botas de piel era lo que bebían como hidrante y combustible energético, a fin de darles las fuerzas suficientes para cubrir la parcela esa mañana. Los niños vieron a su padre apearse de Silvia, besarla como nunca lo había hecho, abrazarla, brincar de alegría y correr directo a la choza. Para el asombro de la familia entera, no lucía borracho.

—¡Familia, vengan, vengan! —gritaba con singular alegría.

Para cuando los niños y la mujer llegaron a donde se encontraba, él unía el pértigo del carro al yugo de los bueyes. La mujer quiso saber qué estaba pasando. Baltazar Corona le pidió a su familia que subiera al carro y lo acompañara a recoger la materia prima para realizar las artesanías que tenía en mente. Los niños miraban con azoro a su padre mientras éste los paseaba por todo Resurrección, por sus cerros, por sus arroyos y por sus valles, recogiendo barro, piedras y ramas que luego depositaba en diferentes costales, como si supiera a la perfección qué era lo que quería y para qué. La mujer deseaba saber qué haría su esposo con todos esos materiales.

—Haremos arte, haremos arte —respondió el hombre con ojos de loco.

Esa mañana otoñal el eco de las pisadas agudas y femeninas de Frank M. Tailgate, curador de la exposición titulada *Kachina Dolls & Pottery from the Southwest*, resonaban por el solitario y amplio pasillo de la galería ubicada en la calle Broadway. Líneas de color beige caían verticales a lo largo de su traje marrón. En la puerta ya lo esperaban el hombre sin sombra y Baltazar Corona, quien iba de levita negra, pajarita y bombín. Minutos antes, una pequeña de rizados dorados que caminaba al lado de su niñera se había puesto a llorar de

manera inconsolable luego de mirar a los dos hombres vestidos de negro pasar a su lado y sentir la presencia del mal tan cerca de ella. La manzana acaramelada que iba comiendo de pronto le supo podrida y la tiró sin dar ninguna explicación.

El afeminado hizo pasar al artista y a su representante, y saludó a ambos de abrazo y beso en la mejilla. La piel de los dos caballeros le resultó al curador más fría que la de un muerto. Tailgate se repuso de tan macabra impresión y les informó a sus invitados que había millonarios muy atraídos por la subasta que se llevaría a cabo esa misma tarde, para la que se esperaba un lleno total. Las piezas firmadas por Baltazar Corona habían hecho su recorrido por museos de Pittsburgh, Baltimore, Boston, Filadelfia y Nueva York, lo cual había atraído el interés de los principales coleccionistas de arte de la ciudad, jefes de la industria como J. P. Morgan, Rockefeller y varios miembros de la familia Du Pont. El *Times* y el *Post* habían corrido artículos acerca de estas exposiciones. Baltazar Corona no lucía intimidado por la atención recibida; más bien parecía un hombre carente de toda capacidad de emoción, sin vida en los ojos. Sin alma. Un autómata sin mayor voluntad que la de una marioneta movida por los hilos invisibles de su titiritero.

Mientras caminaban por el largo pasillo, las pisadas de Henry Eaglethorpe eran las únicas que no producían sonido en el piso damero, con duela de distintas tonalidades. Esto no fue notado por Frank Tailgate, quien abrió la puerta de caoba con paneles de vidrio esmerilado que conectaba el pasillo con el ala derecha de la galería, y permitió el paso al artista y a su representante.

El sujeto adamado se abalanzó sobre uno de los muñecos kachina exhibidos en las bases de granito dispuestas para ello. Ese espantajo tenía una cabeza cilíndrica de madera y pintada de un azul verdoso, vestía una túnica negra y contaba con una cornamenta color rojo y espolones como de gallo. Era la cosa más espeluznante que el curador hubiera visto en su vida, y sin embargo se llevó la obra de arte al regazo y la cargó con enorme delicadeza, como si se tratara del bebé más bello y enternecedor del mundo.

—No he podido dejar de mirar esta cosa desde que nos llegó —dijo Frank Tailgate—. No permanece en su lugar por más de medio minuto cuando ya la vuelvo a agarrar para acariciarla, justo como la estoy acariciando ahora. Algo en sus colores y atavíos parecen transmitir un mensaje poderoso. Por lo

general el arte de la frontera es horriblemente provinciano; sin embargo, su trabajo, *mister* Baltazar, posee una cualidad única.

La Sociedad de Guerra contra los Bárbaros regresaba hambrienta y cansada de una fallida expedición punitiva en pos del capitancillo Gerónimo, quien seguía causando averías en territorio mexicano y continuaba sediento de venganza por el asesinato de su mujer e hijos a manos del coronel Vicente Ildelfonso Ponce de León Quijano y Castillo, quien se asombró por lo que vio en Resurrección, a su paso por este municipio. Ilustres residentes del pueblo, como el alcalde Puig Gallegos, el doctorcito Homero Garza, don Delfino, el juez Silas Betancourt y el padre Pascual instalaban ellos mismos —¡de rodillas!— el adoquín en la avenida Juárez. El coronel saludó a su viejo amigo don Borja, pero éste no le hizo caso y continuó trabajando. De hecho, desde su entrada a Resurrección Vicente no recordaba a nadie que le hubiera dado los buenos días a él ni a ningún miembro de su tropa. Qué gente tan grosera, pensó el coronel. Todos parecían muy ocupados en sus asuntos, yendo de aquí para allá con picos, palas, brochas y cubetas llenas de pintura. Incluso notó que se había construido un teatro, estilo neoclásico, en el corazón de la avenida Juárez. Nada que ver con la vieja, triste y polvosa taberna que Vicente había mandado a remodelar para recibir a la soprano Ángela Peralta. El coronel se preguntó si la construcción de aquel imponente recinto tendría algo que ver con la rivalidad existente entre ambos pueblos, pero descartó esta posibilidad luego de tomar en cuenta el hecho de que no había nadie en todo el municipio de Resurrección que contara con el poder económico para erigir una construcción de semejante magnitud en tan poco tiempo. Recordaba haber visitado a don Borja apenas en mayo sin haber visto ni siquiera los cimientos del nuevo teatro. De hecho, ahora el pueblo parecía otro en muchos aspectos. Por ejemplo, la capilla, Las Quince Letras y la fonda de María Inés García se encontraban decoradas con macetitas llenas de flores. También había tejas recién instaladas en el techo. Todo lucía más bonito, más limpio... pero también más frío, como sin vida: como sin alma. La antaño alegre cantina estaba aún más callada que la iglesia, la cual lucía más bien abandonada. Al final de la avenida principal, en el extremo opuesto a la fonda de María Inés



García, se erguía un imponente caserón que, por su arquitectura, parecía pertenecer al propietario de una de esas plantaciones esclavistas en el sur de Estados Unidos.

Tras dejar sus monturas en la caballeriza y pagarle al mozo de cuadra — otro muchacho sin modales que tampoco saludó—, la tropa se dirigió a la fonda de María Inés García, donde tenía pensado descansar hasta la tarde. Los mercenarios eran los únicos clientes de la posada, excepto por una mesa situada al fondo y ocupada por un güero con pinta de catrín, una gringa muy hermosa y un pelirrojo con cara de pocos amigos. El catrín bebía —¡oh, sorpresa!— su taza de té mientras la gringa leía el *San Antonio Express* y el pelirrojo se las veía con un *ribeye* de más dos pulgadas de ancho.

Al poco tiempo de entrar al establecimiento, Vicente descubrió que no podía dejar de admirar los muñecos kachina sobre las repisas clavadas a las paredes. Se sentía más que dispuesto a pasar una eternidad apreciando, ahí sentado, su peculiar belleza.

María Inés García interrumpió el embrujo de los monos sobre el coronel.

—La comida del día es chile colorado con carne seca —dijo.

Vicente pegó un brinco en su silla. El hombre venía de arrancar con su cuchillo siete pelambres de apaches que él mismo había masacrado, cerca de Janos, y ahora se asustaba por la voz de la mujer parada a su lado.

—Sí, sí —dijo, luego de reponerse del sobresalto—. Serán doce órdenes. ¿Qué hay de beber?

—Tenemos agua de horchata.

—Ponga una jarra en cada mesa —dijo el coronel y enseguida bajó mucho la voz—: ¿Le puedo hacer una pregunta?

—Sí —dijo la mujer, no muy convencida.

—Esas gentes de ahí al fondo —dijo Vicente, señalando al catrín, a la gringa y al pelirrojo—, ¿son los que mandaron a construir el precioso teatro que engalana su de por sí bello pueblo?

—Se equivoca —dijo María Inés García—: esas gentes son los inversionistas de la Comunidad Minera de Diablo Prieto.

Ésta fue otra sorpresa más para el coronel, ya que él no sabía que la escarpada sierra de Diablo Prieto, perteneciente al municipio de Resurrección, se había convertido de pronto en una comunidad minera. Eso

explicaba un poco la derrama económica que a todas luces gozaba su cabecera en esos momentos.

—Quiere decir que al menos una de esas personas es el dueño del caserón al final de la calle —dijo.

—Se volvió a equivocar: ambas edificaciones fueron construidas por orden del mundialmente reconocido artista Baltazar Corona, orgullo de Resurrección.

El nombre mentado le sonó familiar a don Vicente. Lo había escuchado antes, pero en un contexto muy distinto. Estaba seguro de que no había sido pronunciado con tanta solemnidad como esta vez. No era alguien tan célebre, pues.

—¿El artista Baltazar Corona? No había oído hablar de él —dijo el coronel.

—¡Cómo que no conoce a Baltazar Corona! —explotó María Inés García, indignada.

—Lo siento —se disculpó Vicente Ildelfonso Ponce de León Quijano y Castillo.

—Pero ¡si es el más grande artista que ha dado México!

—De seguro ése es el caso —dijo Vicente—, pero ¿quién es o qué hace o qué ha hecho o qué?

—Mire todas estas obras de arte —dijo María Inés García, señalando las ollas, los jarrones, las vasijas y los muñecos kachina sobre las repisas de madera—: fueron las primeras que hizo, cuando apenas estaba aprendiendo y perfeccionando su estilo, pero luego creó otras mucho más bonitas que ya se han expuesto en los principales museos de Estados Unidos.

Vicente notó que también había un frasco de vidrio entre dos de los muñecos kachinas. Algo en su etiqueta llamó poderosamente su atención.

—Una pregunta más —dijo—: ¿qué es lo que contiene ese recipiente de vidrio?

María Inés García volteó a ver el frasco señalado por el coronel.

—Ése es El Maravilloso Elíxir del Doctor Henry Eaglethorpe. Resurrección le debe su bonanza y prosperidad a su fórmula.

El coronel no recordaba haber escuchado un disparate más absurdo en muchos, muchos años. De hecho, nada en aquella charla parecía tener el menor

sentido para él. María Inés García adivinó sus pensamientos:

—Sí, es lo que pensamos todos en un principio... hasta que El Maravilloso Elíxir del Doctor Henry Eaglethorpe convirtió al borrachín Baltazar Corona en un artista de fama mundial. Yo creo que eso fue lo que hizo que todos empezáramos a beberlo y, tan pronto como lo hicimos, dijimos adiós a la envidia, adiós a la holgazanería, adiós a la mezquindad que le impedía prosperar a nuestro pueblo, y véanos ahora.

Escuchar la palabra borrachín junto a Baltazar Corona permitió que Vicente recordara dónde había escuchado ese nombre. Por supuesto, pensó, Baltazar Corona es el paria sin oficio ni beneficio que siempre andaba meado y cagado, pidiéndonos limosna cuando pasábamos por aquí. El coronel no podía creer que fuera posible semejante transformación y lo dijo en voz alta:

—Es imposible.

—En realidad, no —dijo María Inés García—. Una vez que bebes El Maravilloso Elíxir del Doctor Henry Eaglethorpe, todo es posible. Si gusta, puedo regalarle una botella.

—Regalada, hasta una puñalada —dijo Vicente con una sonrisa.

María Inés García fue por el frasco ubicado entre los dos muñecos kachina y se lo entregó al coronel.

—¿Qué es lo que contiene? Digo, si se puede saber...

—Una fórmula que el doctor Henry Eaglethorpe prepara en su laboratorio con extractos de hierbas medicinales procedentes de rincones del mundo tan remotos como las montañas tibetanas, la sabana africana y la selva amazónica. ¿Se le ofrece algo más?

—¿Perdón?

—¿No va a querer nada más en su orden?

—No, es todo —dijo Vicente y colocó El Maravilloso Elíxir del Doctor Henry Eaglethorpe junto a él.

La mesera caminó hacia la cocina, donde ya la esperaba su esposo. El coronel recordaba a María Inés García como una mujer más amable, más simpática, no tan malhumorada, menos tosca en su trato... y en su apariencia. Era como si hubiera envejecido una década en los pocos meses que había dejado de verla. Al parecer su buen humor había sufrido las consecuencias de ese envejecimiento prematuro. Además, su abultado vientre evidenciaba un

avanzado embarazo. Quizá sea eso, pensó Vicente. Algunas mujeres no pasan nada bien la gestación de su bebé.

Ernesto Carballo ayudó a su esposa a servir los platillos en las distintas mesas. La tropa hambrienta vio con felicidad el arribo de su comida. Incluso el coronel se notaba contento... hasta que probó el primer bocado. En efecto, aquello parecía chile colorado con carne seca, pero no sabía a nada excepto a cartón mojado: insípido, sin sazón. Olía a nada y sabía a menos. Este lugar solía servir muy buena comida, pensó Vicente. Ahora sabe a... a... ¿comida gringa? No puede ser... El coronel comprendió todo en ese instante y se dirigió a su tropa:

—¡Escupan! ¡No prueben un bocado más!

Sixto Mejía, quien tenía tanta hambre que habría sido capaz de comerse un caballo entero, obedeció a Vicente:

—¿Por qué?

—Este lugar está embrujado —dijo el coronel, guardando el frasco en el bolsillo de su pantalón—. ¡Salgan, salgan de inmediato!

María Inés García intentó impedir la fuga de sus clientes:

—¿Qué pasa?

—Usted sabe muy bien qué pasa —dijo el coronel, señalando uno de los platos.

—El doctor descubrió una manera de hacer que el chile no pique —explicó María Inés García—. Dice que la comida picante es propia de sociedades bastardas e inferiores, incapaces de controlar sus pasiones. Dice que el picante nos vuelve salvajes.

—He dicho que salgan —repitió Vicente.

La Sociedad de Guerra contra los Bárbaros hubiera sido capaz de cabalgar directo y sin frenar hacia un despeñadero si su respetado coronel así se lo hubiera ordenado. Fue por eso que, a pesar de no haber comido en días, los mercenarios hicieron como se los ordenaba Vicente: cada uno soltó sus cubiertos y salieron en fila india del negocio de María Inés García.

El coronel caminó hasta donde se encontraba don Puig Gallegos instalando adoquines, lo levantó en vilo de las solapas de su saco y lo sacudió en el aire:

—¿Qué está pasando aquí?

—¿Qué...? ¡Hola, compadre! —dijo don Borja cuando al fin reconoció al

coronel, como si saliera de un largo y profundo letargo gracias a la violenta sacudida proporcionada—. ¿Qué anda haciendo en Resurrección?

—¿Qué se traen? —masculló Vicente.

Don Puig Gallegos esbozó una sonrisa idiota:

—Lo mejor que nos pudo haber pasado: le dijimos adiós a la envidia, a los fanatismos y, míranos ahora, todos trabajando por el bien común.

—¿Le diste permiso a ese hombre de venir a tu pueblo y envenenar a tu gente?

—Vicente, creo que no lo entiendes. Estamos muy agradecidos con *mister* Eaglethorpe. Debo admitir que en un principio lo tomé como a un merolico más. Fue a mi casa y me pidió permiso de ponerse frente a Las Quince Letras, el cual le concedí sobre todo porque un pueblo necesita un divertimento de vez en cuando, y tú sabes que estos merolicos siempre traen algo de alegría y distracción; sin embargo, luego de ver lo que hizo con Baltazar, le pedimos que viniera y nos surtiera de este maravilloso líquido —y aquí don Puig Gallegos le dio un hondo trago a una botella que sacó del interior de su saco—, que ya hasta uso para quitarme la sed.

El coronel le pegó a don Borja un manotazo tan fuerte que hizo que soltara el frasco, el cual se rompió en el piso y derramó su líquido rojo entre los adoquines. El doctor Homero Garza, don Delfino, el juez Silas Betancourt y el padre Pascual pararon de hacer lo que hacían, voltearon a ver a Vicente, sin vida en los ojos, y caminaron lentamente hacia él. Sixto Mejía, quien jamás había visto al coronel retroceder ante el peligro, se asombró de verlo huyendo de los habitantes de Resurrección. Y no sólo eso, pues incluso dejó escapar un alarido cargado de terror:

—¡Aléjense, criaturas del demonio!

Enseguida corrió hasta donde estaba el comisario:

—¡Vámonos, Sixto!

El comisario, quien era incapaz de entender el miedo en su compadre, frotó su voluminoso vientre:

—Pero ¿dónde vamos a comer?

—En un pueblo católico.

—El más cercano es Redención, y está a más de treinta kilómetros.

—Tú lo has dicho, Sixto.

La tropa salió de Resurrección siguiendo a don Vicente, quien cabalgaba como alma que se la llevara el diablo.

El vestido negro y empapado por el agua chocolatosa del río no hacía más que pronunciar la figura escultural de Maritornes. Las piernas bronceadas, de tobillo angosto y pantorrilla generosa, atenazaban el cuerpo del amante como lo hace una mantis religiosa con su presa, quien sujetaba con fuerza a su victimaria de los glúteos, carnosos y tersos a la vez. Los párpados de la bruja venían con unas pestañas largas y rizadas. Esos párpados no se escondían detrás de unas toscas bolsas de carne, sino que permanecían visibles incluso cuando se hallaban cerrados por la excitación, como una manta delgada sobre la esfera de los ojos. La vulva de su sexo era cálida, estrecha y al mismo tiempo resbaladiza en el interior. Alfredo Galarza succionaba como becerro hambriento el pecho con forma de medallón de la hechicera. Ese pecho moreno se encontraba coronado por un pezón rígido... al menos desde los sentidos de Alfredo Galarza, ya que lo que Vicente veía era a un joven de dieciocho años, guapo y gallardo, haciéndole el amor a una momia centenaria con la piel tan arrugada como la de una ciruela pasa y seca como un lagarto. El coronel llevaba más de media hora oculto detrás de una frondosa hilera de carrizos; sin embargo, el tema a tratar con Maritornes le parecía tan urgente que resolvió interrumpir el coito de la pareja por medio de un fuerte carraspeo. Asustado, el joven se subió los pantalones y se internó un poco más en el río. Maritornes se tomó la intromisión de don Vicente con más calma; simplemente se puso el tirante de su vestido negro, que más bien era un camisón de seda, y salió caminando del río.

—Buenos días, coronel —dijo la bruja, con una voz más rasposa que una piedra pómez, pero que a Alfredo Galarza le sonó más suave que el terciopelo—. Qué gusto verlo.

—Maritornes, le ruego que disculpe mi intromisión, pero fui a buscarla a su hogar y no la encontré ahí, de modo que supuse que estaría en el río.

La hechicera procedió a expulsar el agua de un oído, inclinando la cabeza y golpeándose el opuesto.

—No se preocupe, coronel. ¿Para qué soy buena?

—Verá, es un tema muy delicado que me gustaría tratar con usted... a solas.

—Sí, sí, claro. ¿Qué le parece si vamos a mi despacho?

—Justo eso le quería pedir —dijo Vicente Ildefonso Ponce de León Quijano y Castillo.

Maritornes se dirigió a Alfredo Galarza:

—Espérame aquí, mi amor. Te prometo que no tardo.

El coronel ayudó a la anciana a salir del río. El muchacho se le quedó viendo a Vicente con rencor y desconfianza, como si le arrancara de los brazos a la mismísima reina Ginebra. El coronel sintió envidia por el muchacho: llevaba décadas sin experimentar ese grado de pasión en la sangre.

Se oyó una explosión proveniente del laboratorio, de donde también surgió un humo verde y pestilente que llegó hasta donde se encontraba el coronel. Maritornes hizo a un lado la cortina de cristales y conchas. Se había secado el pelo y cambiado de ropa. Lucía preocupada cuando le regresó el frasco a Vicente, quien lo puso en la mesita frente a él y no volvió a tocarlo.

—Esto es muy serio —dijo el coronel.

Vicente se hallaba sentado con la espalda encorvada y los codos apoyados en los muslos. Se pasó las manos por el pelo, relamiéndoselo hacia atrás. Lucía ansioso. Maritornes, quien nunca lo había visto de esa manera, se sentó frente a él. Vicente no veía nada malo en el uso de la brujería por parte de Maritornes, debido a que ésta la empleaba para satisfacer los deseos de ella y de sus clientes; es decir, en un plano estrictamente individual, y como el individualismo estaba estrechamente relacionado con el valor más apreciado por el coronel, que era la libertad, Vicente respetaba el uso de la magia negra por parte de Maritornes. En cambio, el coronel despreciaba las actividades de Henry Eaglethorpe debido a que éstas implicaban una revolución, espiritual en este caso, y, como él lo veía, las revoluciones están íntimamente ligadas a la tiranía, principal enemiga de su Señora Libertad. Maritornes comprendía muy bien este razonamiento. Por eso era capaz de entender la consternación del coronel.

—Lo que me preocupa es que todas las viejas de Redención se lo quieren

traer —dijo—. No sé cómo consiguieron su dirección, porque algunas hasta le escribieron para que viniera... Incluso Ester me habló de lo bonito que está quedando Resurrección gracias al menjurje ese que dizque cura la envidia y lo holgazán y no sé qué. Nadie se da cuenta de que todo eso es obra del demonio... excepto yo... pero es que, si tan sólo usted hubiera estado ahí, viendo a esa gente sin alma, me daría la razón. ¿Cree que estoy exagerando, Maritornes?

—Para nada, coronel. Y, dígame, ¿cómo eran los muñecos?

El coronel separó las manos cuarenta centímetros:

—Como de este tamaño, más feos que el hambre, con caras aterradoras, hechos de madera, pintados con colores muy vivos y capaces de ejercer una poderosa atracción. Le repito: no podía dejar de mirarlos. De no ser porque recé dos padrenuestros y tres avemarías, no habría podido romper el hechizo. ¿Qué me recomienda, Maritornes?

La bruja acercó su cara a la del coronel. A Vicente le pareció increíble que Alfredo Galarza hubiera metido la lengua en una boca tan pestilente como la de Maritornes. Claro que a Alfredo Galarza, debido al embrujo del que era víctima, la saliva de la hechicera le debió de haber sabido a miel calientita y recién salida del panal.

—¿Puedo hacerle una pregunta, coronel?

Vicente se alejó un poco de la bruja porque ya no soportaba la pestilencia.

—La que sea —dijo.

—Pero necesito que sea tan honesto conmigo como yo lo he sido con usted.

El coronel contestó que por supuesto que sería igual de honesto que Maritornes.

—¿Qué fue lo que hizo con el robachicos de Resurrección?

—¿Cómo que qué hice? Lo que se debe hacer con esa clase de abominaciones de la naturaleza.

—Pues éste es el mismo caso, si no es que peor. Mucho peor. Escúcheme bien, Vicente: el interfecto deberá ser mutilado y cada pedazo enterrado en lugares distintos y muy separados entre sí.

—No creo que Sixto lo apruebe —dijo Vicente Ildelfonso Ponce de León Quijano y Castillo.



—¿Eso qué importa?

—Sixto es el comisario de Redención, y últimamente anda como que muy digno. Ya no deja que cacemos cachorros ni hembras apaches, prohibió los duelos de caballeros, perdona a los ladrones del correo y encarcela a los cuatrerros en vez de matarlos. Dice que tiene pesadillas y que su hija Rosita lo regaña cuando hace algo que ella considera malo. No sé qué le pasa, la verdad.

—Pero usted puso al comisario —dijo la bruja.

—Lo puso el alcalde.

—Usted puso al alcalde.

El coronel se quedó muy serio:

—Maritornes, meterse con el trabajo de un hombre es como faltarle el respeto al hombre mismo, y Sixto es mi amigo. Jamás le haría eso. Por eso le doy su lugar.

—No tiene por qué saberlo. De hecho, se me ocurre que éste más bien es un trabajo para alguien como Lobo.

Vicente permaneció en silencio, pensando que Maritornes tenía mucha razón.

La anciana le entregó una Biblia y un collar de ajos:

—Lobo deberá llevar esto cuando enfrente al demonio. También pídale que busque un pergamino muy viejo. En éste se encuentran atrapadas las almas de todas sus víctimas. Escúcheme bien, Vicente: Lobo deberá quemar este registro infernal.

El coronel indicó que sí, que Lobo haría lo que Maritornes le decía.

—Ah, y otra cosa —dijo la hechicera—: dígale que vaya armado con un bule lleno de agua bendita y flechas con puntas de chinapos.

—¿Para qué?

—Las bestias del inframundo son inmunes al plomo, Vicente.

Comisararía del municipio de Redención. Una semana más tarde.

—Lo siento —dijo Sixto, bajando los pies del escritorio—. No puedo darle permiso de instalarse en nuestra avenida principal, señor Eaglethorpe.

—¿Por qué no?

—Obstaculizaría el tráfico, crearía un caos y entonces los propietarios de los negocios que sí pagan sus impuestos vendrían conmigo a quejarse.

El hombre sin sombra se levantó de su silla:

—¿Tráfico? ¿Tráfico, me dice? ¡Esto no es Londres! Hablaré con el alcalde.

—No está.

—¿Dónde está?

—El alcalde anda de gira artística... como siempre.

El merolico comenzó a sacar cartas del interior de su saco. Entregó una de ellas al comisario:

—Lea esto.

Sixto Mejía cogió la carta:

—¿Qué es?

—Es una de las cartas escritas por una de esas personas que sí pagan sus impuestos y que, luego de ver lo que mi elíxir hizo con sus vecinos de Resurrección, prácticamente me ruega que vaya a su pueblo. Y aquí tengo más que dicen lo mismo. Léalas, por si no me cree.

—No, no, está bien, le creo. Pero ¿qué puedo hacer? Ya le expliqué mi situación. Estoy atado de manos.

El hombre sin sombra permaneció pensativo por un rato. Adivinó que las acciones de Sixto Mejía obedecían a la voluntad del hombre mencionado por el alcalde Puig Gallegos, aquel coronel con el nombre interminable. Henry Eaglethorpe lo supo al notar la mortificación en la cara de Sixto. En definitiva, el comisario no era un hombre que actuara más allá de los límites del bien y del mal, sino débil, susceptible a sentimientos tan estúpidos, según el doctor, como la culpa y el remordimiento. Ahí mismo el hombre sin sombra desarrolló una estrategia que sabía que le resultaría infalible.

—Está bien —dijo, recogiendo las cartas del escritorio y colocando un fajo de volantes en su lugar—. Usted gana, comisario. De todos modos le dejo estos volantes para que los reparta entre los habitantes de Redención.

—¿No me oyó? Le digo que no puede poner su carreta en el pueblo —dijo el comisario.

—Es que no la voy a poner en su pueblo. La voy a poner afuera de su pueblo, en el meandro de Los Lamentos. De hecho, no olvide mencionar esto

último cuando vaya a repartir estos volantes. ¿O es que tampoco me permitirá instalar mi negocio ahí?

El comisario al fin se levantó de la silla:

—¿Y qué pasaría si lo hago? El meandro de Los Lamentos sigue siendo parte del municipio de Redención.

—¿Qué pasaría? Yo digo que nada... excepto que usted quedaría como un funcionario tirano que actúa más por capricho que por razón. No digo que lo sea; por eso mismo sé que no tendrá problemas con que me instale en una parte tan remota y desolada como el meandro de Los Lamentos.

Qué diría Rosita si estuviera aquí, pensó Sixto. Que no estoy siendo justo. O peor: que estoy siendo manipulado por don Vicente para usar mi puesto a su favor y proteger sus intereses, el comisario continuó hablando consigo mismo. Porque yo vi lo que pasó en Resurrección y eso no tuvo nada que ver con brujería ni con cosas del demonio. Simplemente se trató de un chile mal sazonado. Las gentes actuaban raro en la calle, pero porque sufrían de insolación mientras instalaban los adoquines. Eso fue todo. Porque, ¿qué hay de malo en querer embellecer el pueblo de uno?

—No tiene nada de malo —respondió Henry Eaglethorpe, adivinando los pensamientos del comisario.

Sixto Mejía fue tomado por sorpresa y casi brincó del susto. Incluso perdió el color:

—¿Qué dice?

—Digo que lo esperamos en el meandro de Los Lamentos, comisario. Ah, y no olvide repartir estos volantes. Podría haber gente interesada en alguno de nuestros remedios. Hasta luego, comisario —dijo Henry Eaglethorpe antes de dar la media vuelta y salir de la comisaría, acompañado por Baltazar Corona, quien había permanecido en silencio todo ese tiempo.

Los pistoleros Texas y Danny McKenna se levantaron de sus respectivas sillas tan pronto como Henry Eaglethorpe y Baltazar Corona entraron a la cantina Sota de Bastos.

El hombre sin sombra no se quitó el sombrero. Lo que sí hizo fue extraer un fajo de volantes de su saco:

—Buenos días, caballeros.

—Aquí no queremos la brujería de un diablo gringo como usted —dijo Nepomuceno mientras limpiaba los vasos, detrás de la barra.

—Ustedes quizá no, pero ¿qué me dicen de sus mujeres? Ellas ya vieron lo que hice en Resurrección, cómo mis medicamentos mejoraron el ánimo de las gentes allá. De hecho, uno de mis remedios erradicó por completo la Peste en ese pueblo.

Este último comentario captó por completo la atención del Tonto Juan, cuya madre había fallecido dos días antes por causa de la Peste, que por esos días estaba de vuelta en Redención, poniendo a todos sus habitantes muy nerviosos. El Tonto Juan no había informado a nadie de la muerte de su progenitora, en primer lugar porque había nacido mudo, y en segundo, porque él mismo se negaba a creer que su querida madre hubiera pasado a mejor vida. Pensaba: ¿Dónde están las pruebas de eso? ¿Sólo porque últimamente ha estado un poco más callada? Eso no tiene nada que ver.

Los pistoleros Texas y Danny McKenna dieron un paso al frente, en actitud amenazante. Al percibir el peligro que se acercaba, Henry Eaglethorpe retrocedió un par de pasos. Tal parece que subestimé el poder del coronel ese del nombre interminable, pensó.

—Nos vamos —le dijo a Baltazar Corona, quien lo obedeció.

Antes de salir por piernas, el hombre sin sombra alcanzó a dejar el fajo de volantes en la mesa adyacente a las puertas batientes de la Sota de Bastos. De nada sirvió. Los panfletos salieron de la cantina volando por los aires, arrojados por Texas, quien remató el rechazo al boticario diciéndole que no lo quería volver a ver por ahí o le iría muy, muy mal.

Henry Eaglethorpe y Baltazar Corona recibieron el mismo trato en la tlapalería. Conrado no quiso saber nada del boticario ni de sus volantes, como tampoco el barbero sacamuelas ni la chimolera. Sólo Rosita, quien en ese momento clasificaba un paquete de libros que acababa de llegar a la biblioteca Josefina Burgos, se mostró educada y hasta interesada en la información contenida en los volantes de Henry Eaglethorpe.

—Pegaré uno en la ventana para que todo aquel que pase pueda verlo —dijo—. ¿Qué le parece?

—Me parece estupendo —dijo el hombre sin sombra—. Contamos con su

presencia, entonces. No se le olvide: a las cuatro de la tarde en el médano de Los Lamentos.

—Lo siento, señor Eaglethorpe, pero no creo que sea posible.

El hombre sin sombra puso cara de extrañeza:

—¿Y eso por qué?

A la profesora le pasó por la mente responderle a Henry Eaglethorpe: Sucede que no estoy interesada en los espectáculos de charlatanes y timadores, pero como era una muchacha muy educada, dijo:

—Es que, además de administrar la biblioteca, también enseño en la escuela, y debo preparar la clase de mañana. No se preocupe: estoy segura de que su espectáculo medicinal tendrá mucha concurrencia.

Henry Eaglethorpe puso una cara larga.

—No lo creo —dijo, y enseguida le explicó a Rosita que, al parecer, el coronel había puesto a todos los hombres del pueblo en su contra y que les impedirían a sus mujeres asistir a su espectáculo medicinal, cuando éstas habían sido quienes lo invitaron a Redención.

El hombre sin sombra le mostró a la profesora la carta de Ester, esposa del coronel. Rosita, a quien no le pareció para nada justo lo que estaba haciendo el coronel con ese pobre empresario que sólo intentaba ganarse la vida de una manera más o menos honrada, dijo que ella misma le llevaría el volante a Ester, para que la esposa de don Vicente estuviera enterada del lugar y la hora en que se llevaría a cabo la demostración de sus productos curativos.

—Pero no quiero meterla en un problema, señorita...

—Mi nombre es Rosita Mejía, y no, no me meteré en ningún problema. Me llevo muy bien con la familia del coronel —dijo, mientras se ponía de pie y agarraba un fajo de volantes.

—No lo olvide entonces: cuatro de la tarde en el médano de Los Lamentos —dijo el hombre sin sombra antes de salir de la biblioteca junto con Baltazar Corona, quien seguía sin decir nada.

La carreta de Henry Eaglethorpe bordeaba el río de los Lamentos cuando el Tonto Juan salió de los matorrales, se abalanzó sobre el estribo del carronato, jaló al merolico de la pierna y apuntó el dedo en dirección de su choza,

emitiendo gemidos. El hombre sin sombra comprendió que el mudo quería llevarlo a su casa, lo cual accedió a hacer, acompañado por Sócrates y Baltazar Corona.

—Vengan —les dijo, y Sócrates brincó de la carreta para aterrizar sobre su hombro.

La pestilencia de la cabaña no parecía afectar a los invitados del Tonto Juan, debido a que no había demasiada sensibilidad contenida en ninguno de los tres. El único aroma que el merolico detestaba era el del picante mexicano, y esto por razones más espirituales que sensoriales. Henry Eaglethorpe pensó que el enorme peñasco que coronaba el cerro Picacho tenía más forma de cuerpo humano que el cadáver frente a él. Deseaba ayudar al Tonto Juan debido a que había visto en él a una persona fuerte y manipulable, quien podía aportar mucho a su causa; sin embargo, ya no quedaba mucho que hacer por la bola de carne molida, putrefacta y pestilente que había sido su madre.

—Lo siento —dijo Henry Eaglethorpe antes de regresar a su carreta.

El Tonto Juan lo siguió hasta allá y señaló el águila disecada.

Al principio el hombre sin sombra no fue capaz de entender lo que le pedía el idiota.

—¿Esto es lo que quieres que haga con tu madre?

El Tonto Juan asintió con la cabeza.

Henry Eaglethorpe extrajo el rollo de su saco.

—Está bien, pero tendrás que firmar este registro —dijo—. Sí, ya sé que no sabes escribir, pero eso no será ningún problema.

Las damas de Redención se encontraban reunidas en la hacienda Vizcarra, cada una sentada en su poltrona, con un ganchillo en una mano, un rollo de estambre en el suelo y un mantel inconcluso en el regazo. Rosita aún se hallaba en el zaguán cuando don Vicente le prohibió a su esposa asistir al espectáculo medicinal de Henry Eaglethorpe. El coronel hizo confeti de los volantes que la profesora le había ido a dejar a Ester, para que los distribuyera entre sus amigas del club de *crochet*.

—No irás —le dijo Vicente a su mujer.

—¡Ese hombre desterró la Peste de Resurrección! —gritó ella.

—¡Ese hombre tiene pacto con el diablo! —gritó él.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé.

—Sólo queremos vivir —dijo Ester con lágrimas en los ojos.

—Preferible morir con Dios que vivir en el pecado, mujer.

—¿Qué me dices de vivir con miedo? ¿Eso te parece vida?

—Mi fe en el Todopoderoso me impide sentir miedo. Debería hacer lo mismo por ti.

—Con su permiso —dijo la profesora, un tanto apenada—. Me retiro. Gusto en verlos a ambos.

—¿A dónde vas, Rosita?

—Debo terminar de clasificar el nuevo paquete de libros que usted tuvo la buena merced de donarnos, don Vicente.

—No estarás pensando en ir al espectáculo de ese charlatán —dijo el coronel.

El comentario molestó a la profesora, quien señaló los pequeños fragmentos de papel regados en el piso del zaguán.

—En primer lugar, don Vicente, vine a traer esto porque se lo prometí al señor Eaglethorpe. Y, en segundo, considero que no es incumbencia de nadie, ni siquiera de aquel que pagó mis estudios o me dio trabajo, a dónde voy o no voy. Ya le dije a usted a dónde me dirijo en estos momentos, y no pienso repetírselo. Con su permiso —dijo Rosita Mejía antes de dar la media vuelta y subir a su yegua.

El coronel se quedó sin palabras. Nunca antes nadie le había hablado de esa manera, mucho menos frente a su esposa. Ester incluso sintió admiración por la independencia y el carácter desplegados por la profesora. La pareja veía con la boca abierta a la mujer liberada, mientras ésta se alejaba de la hacienda.

Eran las seis de la tarde cuando Rosita Mejía vio la carreta de Henry Eaglethorpe frente a la cabaña del Tonto Juan. La profesora supuso que nadie había asistido a su espectáculo medicinal debido a que todo Redención, excepto ella, obedecía la voluntad del coronel. Sixto Mejía también vio la

carreta ahí, al igual que Pedro Ayala, Carmelo Reyna, José Luis Arteaga y otros testigos. Al día siguiente la carreta desapareció y nadie volvió a saber de Henry Eaglethorpe ni de sus asistentes. La esposa de Baltazar Corona incluso fue a Redención, hecha un manojo de nervios y un mar de llanto, a buscar a su esposo.

—Lo siento —dijo Sixto, bajando los pies del escritorio en la comisaría—, pero ya pregunté por todo el pueblo y nadie sabe nada de su esposo.

—Miente —dijo Catalina Domínguez—. Usted sabe qué le pasó a Baltazar, pero no me quiere decir.

Sixto Mejía bajó los pies del escritorio:

—¿Y por qué no le quiero decir?

Porque usted protege a su compadre, quien siempre le tuvo envidia a *mister* Eaglethorpe por todo lo bueno que hizo por Resurrección y que él no ha podido hacer por su pueblo. Vicente puso a la bruja y al asesino que le dicen el Lobo en su contra. Baltazar iba con él y ahora ya no sé nada de mi esposo.

—Se equivoca, señora Domínguez. Esas tres personas que mencionó cuentan con coartadas muy sólidas para el día de la desaparición de su marido. Maritornes estuvo con un caballero de nombre Alfredo Galarza hasta la madrugada; ya hablé con los dos y hasta con sus vecinos, quienes me confirmaron bajo juramento que así fue. Lobo se encontraba con otros siete cazadores a más de seiscientos kilómetros de distancia, en una zona conocida como El Llano Estacado. Y el coronel no salió de su hacienda. Su mujer, las amigas de su mujer y todos sus peones lo vieron ahí. La carreta que tripulaba su marido fue vista por última vez frente a la choza de un mudito llamado Juan, quien no me ha podido decir nada, por obvias razones, pero hoy mismo iré a su rancho a investigar —dijo el comisario, tranquilizando así a Catalina Domínguez.

Lo cierto es que Sixto Mejía nunca fue a investigar, no para proteger al coronel, sino por el muy grande miedo que le inspiraba al comisario la cabaña del Tonto Juan...



## XXXII

### LA CORBATA DE CÁÑAMO

Ahora Sixto Mejía se reprochaba su cobardía y se recriminaba por la muerte de su hija. La culpa paralizaba al comisario; la ira lo animaba a seguir. Un charco de brea emanaba de la tierra, a poca distancia de la choza, fungiendo como una trampa natural tanto para los roedores como para los zopilotes que se alimentaban de éstos. Ya había oscurecido cuando ambos hombres llegaron a la cabaña. Ésta era de un metro noventa de altura y cinco de ancho, con techo de dos aguas, y estaba hecha de madera cruda. Su fealdad distrajo a Pedro Ayala. Una trampa para osos, oxidada y oculta entre la maleza, capturó su pie; una dentadura metálica mordió su pantorrilla hasta penetrar la tibia. Lágrimas de dolor brotaron de sus ojos.

—¡Hijo de su puta...! —gritó Pedro Ayala.

Sixto Mejía fue a socorrerlo. Liberó el pie de su acompañante, usando todas sus fuerzas para abrir el resorte.

—Estoy bien —dijo Pedro Ayala—. Tú sigue adelante. En un momento te alcanzo.

El comisario tocó a la puerta. No recibió respuesta. Entró a la cabaña. El hedor era tan horrendo que Sixto creyó que moriría por aspirar esa pestilencia. El comisario estiró el cuello de la camisa hasta su nariz, para usar el algodón como filtro. La oscuridad le impedía ver lo que había alrededor. Sólo se oía el chillido de las ratas y cómo se arrastraban por los recovecos de la cabaña. El piso se hallaba cubierto de una sustancia amarilla y viscosa, imposible de definir. El hombro del comisario rozó un pedazo de carne fría que colgaba de una de las vigas; creyó que se trataría de un venado. Al encender un fósforo, descubrió que era un torso humano. El sobresalto hizo que el cerillo cayera al suelo. Deprisa, encendió otro.

—¿Dónde estás?

Sobre la mesa del comedor halló un quinqué y un frasco de vidrio, con tapadera de latón y seis narices humanas de distintos grosores, en formol. El comisario encendió la lámpara y descubrió el cuerpo embalsamado, sin nariz ni ojos, de una mujer. La momia permanecía sentada en una de las sillas del comedor. Encontró un mapache disecado, la piel de una culebra y un serrucho oxidado, pero por ningún lado ubicó al Tonto Juan.

—No está —dijo tras salir de la choza.

El hombre que jamás usaba sombrero deseaba saber qué había visto el comisario en el interior.

—Vi suficiente —dijo Sixto Mejía.

El comisario ayudó a Pedro Ayala a subir a su caballo y ambos se dirigieron al pueblo.

Los jinetes llegaron a Redención cerca de la medianoche. El Tonto no estaba en la Sota de Bastos. Luego de darle el pésame a Sixto Mejía por la muerte de Rosita, Nepomuceno le relató el episodio de la botella de *brandy* que le había robado Juan:

—Luego vino por otra botella y me terminó pagando las dos.

—No está en su casa —dijo Pedro Ayala—. ¿Dónde más podría estar?

—En el panteón —dijo el cantinero—. Le gusta mucho andar entre los muertos.

El hombre que jamás usaba sombrero quiso saber con qué había pagado las botellas el idiota.

—Ésa fue otra cosa que se me hizo muy rara —el cantinero sacó los dos dólares de su chaleco—: Me pagó con esto.

El comisario abandonó la cantina. Pedro Ayala intentó seguirlo, pero la herida en la pierna lo hizo tropezar y caer de bruces. Pedro notó un rastro de sangre que Juan no había logrado limpiar del piso:

—¿Qué pasó aquí? —dijo Pedro Ayala a Nepomuceno, mientras éste le ayudaba a pararse.

—Pues fue donde murió Tabaquito, su trabajador.

—El mejor que he tenido.

—Lo bueno es que Tito no se fue liso.

El hombre que jamás usaba sombrero preguntó a qué se refería el cantinero.

—Por la puñalada que le dio Tabaco en la rodilla, dudo mucho que el hijo del coronel vuelva a caminar bien en su vida. Le ha de haber destrozado para siempre los ligamentos. Además de que le levantó toda la frente con su...

Pedro Ayala interrumpió a Nepomuceno:

—¿Tito usa espuelas?

—Unas así de grandotas —el cantinero indicó más de cinco pulgadas con los dedos.

—Ayúdame a llegar al cementerio —dijo Pedro Ayala—. Sixto va a matar a Juan.

—Que lo mate —dijo el cantinero.

—Juan es inocente —dijo el hombre que jamás usaba sombrero.

Caía una lluvia incipiente cuando Juan terminó de exhumar un cuerpo nuevo. Planeaba elegir las secciones del cadáver que le fueran útiles a su madre y desechar las demás. Por la mente de Sixto Mejía, oculto detrás de un árbol, pasó la idea de dispararle por la espalda. Descartó la idea: estimó que el asesino de Rosita no merecía la muerte rápida y sin sufrimiento de un vulgar disparo en la nuca.

—Maldita bestia: no la tendrás tan fácil —masculló el comisario.

Juan había depositado el cadáver en la carretilla y regresaba la lápida a su lugar cuando Sixto Mejía le propinó un palazo en la cabeza. Luego de recibir el impacto, la expresión en su cara era similar a la de cualquier mortal al ser golpeado con una pajilla. La fuerza del golpe rompió la herramienta para excavar y el comisario se quedó con el mango en la mano, de modo que procedió a agarrarlo a garrotazos, mientras éste se protegía la cara con el antebrazo, causando que el madero se partiera en dos. El sordomudo se acercó al comisario, quien sacó su Colt ansiosamente. El revólver no salió a tiempo. Sixto Mejía no apuntó bien. Un mosquito de plomo mordió el pecho de Juan, quien le arrebató el revólver y lo arrojó lejos. El comisario rodeó a Juan y cayó encima de él como un puma sobre su presa. Éste se lo sacudió de encima como si se tratara de un trapo viejo. Sixto Mejía se estrelló contra una lápida

que le fracturó una costilla. Aterrizó a escasos cinco pasos del revólver y fue a por él, a rastras. Juan se le quedó viendo, intrigado, incapaz de adivinar por qué había tanto odio en el alma del comisario. Éste puso la frente del retrasado mental en la mira de su revólver y amartilló.

—¡No lo hagas! —gritó el hombre que jamás usaba sombrero, desde su caballo.

Sixto Mejía vio a Pedro Ayala con la cara de un hombre que exigía una explicación.

El hombre que jamás usaba sombrero se apeó:

—Juan es inocente.

La llovizna se había transformado en chubasco. Cornelio Callahan, sentado ante el comedor de la familia Ponce de León, se limpió la boca con la servilleta. La mesa estaba cubierta de copas y botellas vacías. Los viejos amigos se habían puesto al día, luego de más de tres horas de charla. Muy rico todo, dijo Lobo.

—Qué bueno que te gustó —dijo la esposa del coronel y enseguida se dirigió a su marido—: Ya está lloviendo fuerte y Tito no regresa. ¿A dónde lo enviaste?

—A Santa Bárbara. Lo más seguro es que se haya quedado en la hacienda.

Ester quiso saber si Tito había ido solo hasta Santa Bárbara.

—No quiso que nadie lo acompañara —dijo Vicente.

Lobo consultó la hora en su reloj de bolsillo:

—Debo regresar a la posada.

—No, de ninguna manera. Te quedas aquí. Son más de las doce y está lloviendo.

—No quisiera molestarlos —dijo Cornelio.

—No es ninguna molestia. Hay cuartos de sobra para que pases la noche.

Alguien abrió la puerta de la entrada e interrumpió la charla de los comensales. Se trataba de Tito, asustado y con la ropa llena de lodo. La herida en la frente hecha por Tabaco se le había vuelto a abrir. Tenía arañazos en el cuello. El rastro de cuatro pares de uñas le bajaban desde los pómulos hasta el pecho.

—¿Tito, mírate! —dijo la mujer—. ¿Qué te pasó ahora?

—Una víbora mordió al Percherón cuando venía de Santa Bárbara. Tuve que regresar a pie.

El coronel estaba preocupado por su cuaco favorito:

—¿Y el Percherón? ¿Por qué no lo oí llegar?

—Lo siento, papá: el Percherón está muerto.

—¿Te golpeaste la herida? Se te volvió a abrir —dijo Ester.

—Sí, me golpeé al caer del Percherón, pero no es nada.

—¡Mi amor, cómo que no es nada! —dijo la mujer—. Siéntate.

Cornelio Callahan se levantó de su silla:

—Iré por el doctor.

Vicente también se puso de pie:

—Yo te acompaño.

—No: quédese con su hijo. Yo me hago cargo de esto.

Vicente sonrió:

—¿Como en los viejos tiempos?

—Como en los viejos tiempos —dijo Lobo.

Los gemidos de Juan se alzaban por encima del aguacero. Cuando Lobo llegó a la casa del doctor Benjamín Aldana, éste le extraía una bala al sordomudo. Médico y paciente se encontraban en la estancia ubicada al fondo de la planta baja. Cornelio Callahan tomó asiento junto a Pedro Ayala, en el zaguán. El hombre que jamás usaba sombrero lucía nervioso a causa de Lobo y fijó la vista en el techo y la nuca contra el papel tapiz pegado a la pared, contribuyendo a la marca de grasa que se encontraba en ese punto.

—¿El que está ahí es el muchacho al que le dicen el Tonto Juan?

—Ese mero —dijo Pedro Ayala—. ¿Qué crees que le pasó? Le disparó el comisario. Sixto lo confundió con el asesino de su hija.

Cornelio Callahan palideció:

—¿Mataron a Rosita?

—También abusaron de ella. Pero ya descubrí al asesino y Mejía irá por él. ¿Tú qué haces aquí? ¿Te sientes mal?

—Me siento bien —dijo Lobo—. Vine por otra razón. ¿Quién mató a

Rosita?

—Tito, el hijo malcriado del coronel —dijo Pedro Ayala—. ¿Vienes con el doctor?

—Vengo a llevarlo con uno de sus pacientes. ¿Cómo sabes que Tito es el asesino?

—Cerca del cadáver encontré el rastro de una sola espuela. La izquierda. De las grandotas. Me refiero al rastro que dejas cuando estás lastimado de la pierna derecha, como Tito, que fue herido en la rodilla derecha por el cuchillo de Tabaco. También encontré las pisadas de un semental pesado y grande. Fácil de más de una tonelada y bien herrado. El único caballo con esas características en todo Redención es el Percherón del coronel.

—Habrá que ir por el Percherón de Vicente para comparar sus huellas.

—Ese animal ya debe estar bien muerto, porque había un reguero de sangre de caballo. Tal parece que Rosita le disparó en el anca mientras se alejaba. No creo que el muchacho haya llegado a la hacienda de Vicente en él. Todo esto, más lo arañones que de seguro debe tener en la cara, ¿qué más pruebas necesitará el juez?

—¿Qué le hizo pensar a Sixto que Juan era el culpable?

—Encontramos en su choza un muñeco de piel humana, hecho con cuerpos exhumados del panteón. Hay que revisarle la cabeza a ese muchacho.

Lobo se levantó de la silla:

—¿Dónde está el comisario?

—Fue a llevar el cuerpo de Rosita a la funeraria, antes de arrestar a Tito. Por cierto, ¿cómo te va con don Borja?

—Ya no trabajo para él —dijo Cornelio, quien dio la media vuelta y salió del consultorio.

Si Lobo ya no está con don Borja, quiere decir que ahora está con don Vicente, pensó Pedro Ayala. El rancharo comprendió que había cometido un error. Un grave error: había hablado de más.

Ester se levantó de su silla brocada tan pronto como vio entrar a Cornelio a la casa, quien no se limpió las botas al entrar y dejó un lodazal en el tapete. Por poco no tumbó un florero. Lucía preocupado.

—¿Y Vicente?

—En el estudio —dijo la esposa del coronel.

Cornelio Callahan franqueó a Ester y caminó hacia el estudio, ubicado en el ala derecha de la casa. Abrió la puerta corrediza y se encontró con el coronel. Tito estaba recostado en el canapé de piel, con un paño ensangrentado en la frente.

—Necesito hablar con usted, a solas —dijo Cornelio.

—Vicentito, déjanos solos, por favor —dijo el coronel.

Tito chilló:

—¿Por qué no puedo oír lo que va a decir Lobo?

El coronel le tuvo consideración a su hijo por la abertura en la frente, la cual hacía que se mareara a cada paso que daba.

—Déjalo que se quede —dijo.

—Sixto Mejía piensa que Tito abusó de su hija y después la asesinó.

Tito brincó del canapé y encaró a Cornelio:

—¡Eso no es cierto!

A pesar de todo, Vicente mantuvo la calma:

—¿Qué lo hace pensar tal cosa?

—Cerca del cadáver encontraron el rastro de una sola espuela —Cornelio señaló la bota de Tito—, tan grande como ésa.

—¿Una sola espuela? No entiendo —dijo el coronel—. ¿Qué pasó con la otra?

—Al parecer, el asesino tenía la rodilla derecha lastimada.

Tito brincaba sobre la pierna izquierda, debido a que tenía herida la derecha. Vicente palideció al ver el gesto de dolor en su hijo cuando éste intentó pisar con la pierna mala.

—¿Qué más?

—También estaban las pisadas de un semental gigante, de más de una tonelada. Herrado por el mejor.

El coronel cogió de los hombros a su hijo:

—¿Dónde está el Percherón?

El muchacho malcriado fue incapaz de articular palabra.

—El Percherón está desangrado, a medio camino entre el rancho de Sixto y su propiedad. Sixto y Pedro Ayala encontraron un reguero de sangre,

demasiada para alguien que no murió ahí mismo. Tal parece que la muchacha alcanzó a disparar mientras el animal se alejaba.

—¡Te juro que yo no soy el asesino! —dijo el muchacho malcriado.

—Cornelio, te juro que no soy uno de esos padres que se ciegan ante las equivocaciones de sus hijos. Es más, hasta te reconozco que Tito es algo corto de razones, pero nunca un asesino.

—No tiene por qué convencerme a mí, sino a Sixto, que viene para acá.

—¡Lobo puede con él, Lobo puede con él! —dijo el muchacho malcriado.

Don Vicente miró a Cornelio como si transformara el chillido de su hijo en una pregunta por medio de sus ojos angustiados.

—A chingadazos y con el coraje que trae, quién sabe. Desenfundando, Sixto siempre ha tenido más rapidez que yo. También más puntería.

—Tito y yo hablaremos con él. Le diremos que entendemos su dolor, pero que...

—Mala idea —Lobo señaló a Tito—: los arañones en la cara de su hijo lo convencerán aún más.

—Sixto es mi amigo de toda la vida. Es mi compadre. Tito es su ahijado.

—También es el asesino de su única hija —dijo Cornelio.

—¡Eso no es cierto, papá! ¡Eso no es cierto! —chilló el muchacho malcriado.

El coronel pedía clemencia con la mirada:

—¿Qué hago?

—Saque a su esposa de la finca —Lobo se palpó el revólver—: aquí habrá catorrazos.

—¿Y qué me aconsejas que haga con mi hijo?

—Escóndalo en la casa y no lo deje salir por ningún motivo.

Era de mañana cuando Sixto Mejía bajó a Rosita del carromato y la colocó en la plancha de la funeraria. Regresó por la almohada que había dejado en el camastro y la puso bajo su cabeza. Un rifle Spencer le cruzaba la espalda gracias a una larga correa de piel. La carrillera cargada de tiros y el carrete de cáñamo formaban una equis en su pecho. El Colt se encontraba a la altura de su muslo, tal como le gustaba. También iba armado con grilletes y un marro.



Pagó por el entierro, por el ataúd, por la lápida, por los servicios funerarios y por las plañideras, quienes se pusieron de prisa en acción, aullando y chillando como si hubieran perdido a su propia hija. El comisario dejó dicho qué debía rezar su lápida. No dijo más. Liberó a su caballo del carro y partió hacia la hacienda de Vicente, a donde llegó al mediodía.

—Vengo a hablar con Tito —dijo Sixto Mejía.

Sigismundo le pidió al comisario que lo esperara en el portón.

—No vengo a hablar con el coronel. Vengo a hablar con su hijo. De hombre a hombre.

—Por favor, Sixto, no quiero problemas —dijo el guardia, con cara de angustia—. Sólo espéreme aquí.

Sixto Mejía esperó cinco minutos antes de caminar hacia la casa. Se encontró con Vicente y Cornelio a medio camino entre los arcos de la entrada y el barracón principal. No había nada entre ellos excepto la pequeña loma tapizada de margaritas y girasoles donde estaban las tumbas de Josefina Burgos, Lucas Santacruz y Mercedes Santacruz. Sixto Mejía le había ayudado al coronel a cavar cada una de ellas. Nada de eso importaba ahora, ni el compadrazgo que lo unía a Vicente ni su amistad ni sus complicidades.

—¿Para qué es el cáñamo? ¿Vienes a colgar a tu ahijado? ¿Eso es lo que quieres? Mira, Sixto, siento mucho lo de Rosita. Te doy mi más sentido pésame.

—No hagas las cosas más difíciles, Vicente. Sólo dime dónde está tu hijo.

—Pídeme lo que quieras. Te doy hasta mi vida, si eso te ayuda a superar tu sufrimiento. Lo que hizo Tito es culpa mía y lo sabes, Sixto. Yo lo hice como es. Lo malcrié al darle todo.

—A todos esos asesinos que matamos cuando limpiamos el pueblo no les preguntamos qué tipo de crianza tuvieron.

—No puedo entregarte a mi hijo como si se tratara de un perro rabioso al que hubiera que matar.

—Tú lo has dicho, Vicente. Ese hijo tuyo es un maldito perro rabioso al que hay que matar.

Se hizo un silencio sólo interrumpido por el llanto de la güilota. Lobo

comprendió que su vida volvía a cobrar sentido en ese preciso instante. La necesidad de vengarse de Español en el '63 le había causado una gran desgracia a Vicente, quien perdió la oportunidad de conocer a su verdadero primogénito. El profundo sentimiento de culpa en Cornelio le indicó que lo menos que podía hacer era impedir que el coronel perdiera a otro hijo. Sabía que Sixto Mejía no cejaría en su intento de vengar la muerte de Rosita. También sabía que movimientos tan insignificantes como un parpadeo o una pequeña mueca atraerían un tiro del comisario hacia su persona. Cornelio permaneció parado en el cementerio familiar como una estatua más. Ni siquiera espantó la mosca que se posó en su párpado. Notó la mano del comisario cada vez más cerca del Colt, como atraída por un extraño magnetismo. A sabiendas de que nunca sería tan rápido con el revólver como el rival que tenía enfrente, intentó madrugarlo y desenfundó su propia arma. Sixto Mejía no lo defraudó; el rencor triplicó su rapidez y le quitó décadas de encima. Un rayo de plomo y de pólvora partió en dos la hacienda Vizcarra. Un clavel escarlata brincó de la sien de Lobo y éste se derrumbó.

—¡Alto ahí! —dijo el comisario al coronel—. Desabrocha tu pistolera, lentamente.

Don Vicente obedeció a su compadre:

—Recuerda que es tu ahijado.

Sixto Mejía arrastró al coronel hasta el árbol, donde lo esposó con la espalda contra el tronco y las manos hacia atrás, unidas por grilletes en ambas muñecas. Los peones atestiguaban la escena desde el barracón. Se les había ordenado no salir ni defender a su patrón. Lo último que quería Vicente era que la vida de Tito causara más muertes.

Sixto Mejía ató un extremo de la soga al tronco del árbol e hizo pasar el nudo por encima de la rama ubicada sobre la lápida de Mercedes Santacruz. Con el marro, procedió a golpear la lápida hasta dejarla suelta. Notó que un pedazo de navajita se levantó a su lado y salió volando por los aires, dejando un agujero en la tierra. Al voltear a la casa, sorprendió a Sigismundo con su Winchester en el balcón. El comisario se ocultó detrás de la lápida. Sigismundo había aprendido de Sixto Mejía a controlar la respiración y el ritmo cardíaco a la hora de disparar; a considerar la gravedad, la dirección del viento y la fuerza de éste. Tenía pensado poner en práctica todos esos

conocimientos cuando el Spencer del comisario fulminó sus pensamientos. Sigismundo se desplomó sobre el barandal. Su cuerpo cayó al pie del caserón. El comisario sacó su navaja de bolsillo, marcó una muesca nueva en la culata de su rifle, se puso de pie y caminó hacia la casa. Los peones lo seguían observando. Abrió la puerta. No encontró a nadie en el zaguán ni en la escalera. Se dirigió al estudio. Tampoco había nadie ahí. Lo mismo en la cocina y en la sala. Todo lucía tan limpio y tan tranquilo. Sixto Mejía oía su corazón latir. Pensó, ¿busco a la muerte o la muerte soy yo? Subió por la escalera. Entró al dormitorio de Vicente. Un proyectil procedente de la cama le dio en el peroné. El comisario rodó al caer, esquivando dos proyectiles más, y apuntó con el rifle a la frente de su ahijado, quien se encontraba bocabajo, entre las patas de la cama.

—Deja caer la pistola y sal de ahí —dijo el comisario Sixto Mejía.

El hijo del coronel lo obedeció. El comisario logró ponerse de pie.

—Debí permitir que Tabaco te matara —masculló Sixto Mejía.

—¡Padrino, yo soy su ahijado! —chilló el granuja con los ojos cerrados, de donde manaban grandes borbotones de lágrimas, como un crío al que le prohibieran un dulce.

—No me insultes, que no apadrino bestias —el comisario señaló hacia la puerta—: Andando.

Sixto Mejía empujó con el cañón de su Spencer al hijo del coronel hasta llegar al pequeño cementerio ubicado sobre la lomita. El dolor en la pierna era considerable y aumentaba a cada paso que daba, pero no había mejor analgésico que el recuerdo de Rosita, deforme junto al peñasco. Tito llegó hasta donde su padre.

—¿No entiendes que mi papá me hizo lo que soy? Padrino, usted no sabe qué es ser hijo de un rufián como él. Todos creen que lo tuve todo, pero no. Guillermo siempre fue su favorito. A ver, ¿por qué lo casó a él con la hija del gobernador?

Vicente volteó a ver a su hijo:

—¿De qué hablas?

—Si usted me hubiera casado con Elenita, me habría quedado tranquilo, administrando las minas de don Prudencio, pero siempre le dio lo mejor a Guillermo. Le dio educación, lo enseñó a andar siempre limpio y a ser buena

persona. También le dio el mejor cerebro. A mí me hizo tonto. No sé ni contar. Me hicieron sin ganas. De seguro mi mamá no bebió leche de cabra durante el embarazo y con Guillermo sí.

—Cállate —le dijo el coronel a su hijo y enseguida se dirigió al comisario —: ¿No ves que está tonto?

Sixto Mejía apuntó con el dedo hacia la lápida de Mercedes Santacruz:

—Sube a esa lápida y ponte la corbata.

—Yo no me voy a subir ahí —dijo el muchacho malcriado.

—Te estoy apuntando al estómago. ¿Sabes lo dolorosa que será tu muerte si disparo? Tus ácidos se liberarán en tu interior, carcomiendo tus tripas. Súbete a esa lápida y ponte la corbata en el buche.

—Mata también a mi papá —dijo el muchacho malcriado.

—Sí —dijo el coronel—, mátame a mí y a él déjalo ir.

—Tienes hasta tres para subir a esa lápida —Sixto Mejía procedió a contar—: Uno...

Tito puso un pie sobre la lápida. Se percató de que no estaba bien fija en la tierra, sino más bien suelta y a punto de caerse.

—Dos... —dijo Sixto Mejía, quien paró de contar.

Tito puso ambos pies sobre la lápida, logró pararse y metió la cabeza en el nudo que pendía de la rama, poniéndose de puntitas sobre el bloque de piedra.

—Ten piedad, Sixto. Sólo te pido que tengas piedad. Esto no te traerá a Rosita de vuelta.

—Y ahora, por el poder que el pueblo de Redención me concede, declaro culpable de abuso indecente y asesinato a Vicente Ildefonso Ponce de León Martínez, a quien sentencio a la horca.

—¡Ayúdame, papá! —dijo el muchacho malcriado—. Mi padrino me quiere matar.

Sixto Mejía esposó las muñecas de Tito por detrás de su espalda, recogió el marro del suelo y golpeó el bloque de piedra con él. El primer marrazo no echó la lápida hacia atrás. Tito seguía de puntitas sobre ella. El comisario se preparaba para golpear el bloque de piedra por segunda vez cuando un chicotazo de dolor le atravesó el cuerpo. El comisario dejó de sentir las piernas. Respiraba con mayor dificultad. La vida se le escapaba por el túnel cavado por el plomo ardiente. El contorno del universo se tornó borroso.

Tendido en el suelo y recibiendo la luz del sol en plena cara, Sixto Mejía fue capaz de levantar su cabeza apenas lo suficiente para ver a Cornelio liberando a Tito.

Las caras de Rosa y Rosita, en el cielo, idénticas, como dos grandes soles de pelo dorado.

—Ven con nosotras, Sixto.

—Espérenme —dijo el comisario—. Ahorita voy.

Sixto Mejía apuntó al cuello de Tito. No erró. Después de la balacera se alzó una nube de pólvora. Tito terminó de desangrarse. El comisario se reunió con su hija. Con la herida en la cabeza, Lobo lloró por haberle fallado al coronel una vez más.

Cornelio se puso de rodillas ante don Vicente.

—Lo siento mucho —dijo.

A sus cincuenta y un años, lo que más aterraba a Lobo era la perspectiva de defraudar al coronel y que éste lo abandonara para siempre. Se podría decir que ese miedo incluso regía su existencia, como si el abandono sufrido cuarenta años atrás en el valle de La Muerte hubiera dejado en Cornelio una cicatriz psicológica imposible de borrar.

El coronel acarició la espalda de Lobo.

—No fue tu culpa —dijo.

## XXXIII

### DONDE LORETO RELATA LOS DETALLES DE SU RAPTO Y OTRAS AVENTURAS DIGNAS DE SER CONTADAS

Por la noche, los guerreros se entregaron a una danza mediante la cual se representaba paso a paso la masacre en el presidio Vizcarra. Entre los objetos robados a Vicente estaba un frasquito de arsénico que los indios confundieron con pintura de guerra. Leí la etiqueta y me quedé callada cuando lo comenzaron a diluir con sus lenguas antes de untarlo en sus caras. Cuatro de ellos murieron en inmensa agonía. El resto acabó con sus caras, lenguas e interiores derruidos. A la mañana siguiente reanudamos nuestra marcha. Caminaba atada al caballo de mi dueña, junto a esclavos de tribus enemigas. Una texana caminaba al lado mío. Preguntaba por su bebé de dos años, llamado James, también capturado junto a ella. Por la noche del quinto día de camino nos amarraron con fuerza a un ciprés. Aún conservo las marcas del cuero. La texana a mi lado reconoció la voz lánguida de su angelito, llamándola mami mientras sobrevivía de manera milagrosa a los puñetazos, marrazos y patadas de indios que castigaban al inocente por no mantenerse callado y llamarle a su madre. La texana llevaba más de una semana sin probar bocado, pero reunió fuerzas para liberarse de las correas y correr a defender a su criatura de los golpes que recibía. Esto selló el destino del pobre James, quien fue arrancado de los brazos de su madre y estrangulado por un nortño que le apretó el cuello hasta dejarle la carita morada, tras lo cual lo arrojó al cielo con todas sus fuerzas. Hizo el sonido de un saco de harina al caer. No se movía. Estaba segura de que el pequeño había muerto, pero no fue así. La texana lo recogió del suelo y se percató de que aún respiraba. Se lo volvieron a quitar. Otro indio le amarró una soga al cuello, subió a su caballo y lo arrastró en círculos por un terreno lleno de piedras. Después de varias vueltas por el campamento, el comanche le entregó a la texana el cuerpo inerte de su

hijo, para que ella lo enterrara.

Dependíamos del bisonte. Con sus heces hacíamos combustible para las fogatas; con su estómago, cantimploras; con un hueso afilado le quitábamos la carne a la piel y con una lima, la grasa. Era un trabajo duro, y lo hice preñada. Una esclava osage me ayudó a traer a Tonito al mundo en una cueva de la sierra Colorada. Mi dueña nos encontró y se llevó a mi criatura al campamento, donde pensaba sacrificarla. Me levanté, debilitada por el parto, agarré un hueso de bisonte, dejé un rastro de sangre al correr, la alcancé, la golpeé en la cabeza, le arranqué a Tonito de los brazos y peleé con ella hasta hacerla morder el polvo. Para entonces mi dueña y yo gozábamos de público, en su mayoría hombres, quienes apostaban caballos, catalejos y cuchillos a favor de una u otra. Esperaba sentir en cualquier momento una lanza atravesando mi cuerpo. Nunca ocurrió. Los ganadores cobraron sus apuestas y se fueron muy quitados de la pena. Se llevó a cabo un juicio, convocado por el jefe de la tribu, para tratar el tema de mi bebé. Mi dueña estaba a favor de sacrificarlo, pero Sahuaro decidió llevarnos al oeste, a una tierra muy remota, donde Vicente jamás nos encontrara.

## XXXIV

### TONITO Y EL LOBO

Un montaña blanca salió a cazar con su esposa, sus hijos y su madre. Al subir por la sierra del Mogollón, se sintió perseguido por la banda de apaches que comandaba mi padre. El montaña blanca sabía que se trataba de guerreros cuando vio el espejo que colgaba del cuello de Llorá Cuando Bosteza. Se asustó. Temió por su familia. Disparó primero. Falló. Llorá Cuando Bosteza no sabía errar con la carabina donada por el padre de los ojos pálidos. La mamá del montaña blanca increpó a Llorá Cuando Bosteza.

—Así que eres muy bueno con esa carabina —dijo la mujer—. Has hecho a su esposa viuda y a sus hijos, huérfanos. Ahora no tienen a nadie que los proteja ni a nadie que cace para ellos. Los has condenado a una muerte lenta y miserable. Dispárales de una buena vez. Una muerte rápida será mucho más misericordiosa que matarlos de hambre.

—Si su hijo no hubiera disparado primero, seguiría vivo —dijo mi padre—. Es su culpa que esté muerto.

Llorá Cuando Bosteza no se defendió. Al regresar al campamento, se metió a su tipi y no habló con su mujer ni con sus hijos por más de siete días.

El tipi de mi padre estaba en el centro del campamento, rodeado por los de sus cinco esposas. Una noche mi mamá salió a traer leña. Al regresar, se encontró con Llorá Cuando Bosteza saliendo de su tipi. Lo notó muy triste.

—¿A dónde vas tú, Llorá Cuando Bosteza? Es muy tarde —dijo mi madre.

—Hay algo que me atormenta tanto que no me deja dormir. He decidido irme y nunca más volver.

—Si te refieres a abandonar a tu familia, te aconsejo que lo pienses muy bien. Sólo soy una tonta mexicana, pero sé que las mujeres necesitamos protección y la ayuda de un hombre. Sin ti, tu esposa, tu madre y tus hijos pasarán hambre. Por una vez en la vida hazle caso a esta mexicana tonta.



A mi mamá no la llamaban Mujer Sabia nomás porque sí. Realmente era inteligente y sabía escoger muy bien sus palabras. Cuando se lo proponía, era capaz de convencer a Ju y al mismísimo Nana de sus opiniones. Aun así, no logró convencer a Llorá Cuando Bosteza, quien dio la media vuelta.

—Cómo quisiera que cambiaras de parecer —dijo mi madre.

—Eso quisiera también, pero hay algo más fuerte que me domina. Si deseas hacer algo por mí, intenta ayudar como puedas a mi pobre madre, a mi mujer y a mis criaturas indefensas. Sé que eres sabia y que posees un corazón bueno. Sin embargo, debo irme y vivir la vida de un salvaje. Las criaturas de la noche me protegen. Jamás me han atacado. Creo que estoy embrujado. A veces un lobo se acerca al lugar donde duermo; espero a que me mate, pero no me ataca.

—Quédate con tu familia y el lobo los protegerá a todos ustedes. Lo más probable es que contenga el espíritu de uno de tus ancestros.

—No puedo —dijo Llorá Cuando Bosteza.

Aquel apache siguió su camino. Pasaron los años. La esposa de Llorá Cuando Bosteza le guardó luto, como si hubiera muerto. A pesar de que lo buscaba por los bosques y de cuando en cuando reconocía sus huellas y las seguía, nunca dio con él.

Una noche, en Sonora, sentados frente al fuego, una voz le habló a mi padre desde la oscuridad. Le preguntó si un apache podía acercarse a la fogata. Mi padre respondió que sus hermanos siempre serían bienvenidos. Se acercó un hombre con la cara cubierta de lodo y el cuerpo envuelto en pieles, a las cuales no se les había quitado el pelo. Mi mamá le ofreció comida. El forastero la aceptó. Cuando le sirvieron una taza de café, se la empinó y pidió más. Mientras comía, noté que sus teguas eran estilo chiricahua. No llevaba armas encima. Ni siquiera un cuchillo. No creí posible que alguien, ni siquiera un apache, pudiera sobrevivir en esas tierras sin un cuchillo. Dijo que el agradable aroma del café lo había hecho acercarse. No lo había probado en años y lo extrañaba más que la comida. Se bebió cuatro tazas. Cuando terminó, se levantó, le extendió la taza a mi mamá y le dio las gracias. Mi padre le rogó que se quedara, pero él declinó la invitación de manera educada.

—No me puedo quedar: estoy maldito de por vida. No tengo familia ni amigos, sólo lobos. Me siguen a donde sea que vaya. Me traen comida. Vigilan

mi sueño.

—Yo sé quién eres —dijo mi padre—. A pesar del lodo en tu cara, te reconozco. Tú eres Lloro Cuando Bosteza. Lo que le pasó al montaña blanca no fue tu culpa. Eres un esclavo de tu propia mente. Debes liberarte.

—No puedo —dijo Lloro Cuando Bosteza—. Seré un paria para siempre.

Volví a ver a aquel hombre en la cueva sagrada. Sólo que no era un hombre. Yo estaba a punto de convertirme en guerrero. Llevaba tres días sin dormir ni comer, pidiéndole a Usen que mostrara mi poder.

Una lágrima escurría del ojo del lobo y un espejo colgaba de su cuello. El lobo se puso de pie como un ser humano y colocó las garras de sus patas delanteras sobre mis hombros. Nos vimos frente a frente y el lobo bostezó, para que lo reconociera. Le dije que sabía quién era y se puso de nuevo en cuatro patas. Dio la media vuelta y se alejó.

## XXXV

### ASESINATO DE UN VERDADERO HÉROE A MANOS DE TRES ANCIANOS MUY MALVADOS

Se decía que el general Teófilo Gómez cortaba con la mirada porque sus ojos pequeños, ocultos detrás de unos pómulos fuertes, eran como un par de cuchillos filosos, capaces de hacer incisiones en los cuerpos de los hombres. Su cara redonda, morena y picada por la viruela infantil mantenía en todo momento una mueca sonriente y altanera que mostraba su diente de oro y ponía su bigote en diagonal, en contraste con su ceño fruncido. Su frente era diminuta, de apenas dos dedos de altura; sus mejillas, carnosas, y su nariz chata, con las fosas siempre expandidas, como si quisieran oler el miedo que inspiraba su figura, la cual era una especie de bloque compuesto por músculos compactos. Incluso lo llamaban el Centauro, porque sólo hasta que se apeaba uno notaba que el general contaba con extremidades.

Su voz era aguda y chillona, como la de un niño insoportable, pero ninguno de sus oficiales se atrevía a hacer referencia a esa característica frente a él, por miedo a recibir un plomazo en la frente. La mañana del 1 de diciembre de 1913, la tropa del general Teófilo Gómez entró a la hacienda de don Borja, quien salió a su encuentro, ayudado por su bastón.

—Buenos días —dijo el anciano—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—¿Usted es el latifundista Puig Gallegos?

La pregunta extrajo una sonrisa del ideólogo Edmundo Santacruz, quien se repantingó en su caballo. Llevaba décadas esperando ese día: el día en que los hombres ricos y poderosos murieran a manos del hombre pobre y explotado.

—Estoy retirado de la política —dijo don Borja.

—Conteste mi pregunta —dijo el general Teófilo Gómez.

—Pueden llevarse lo que quieran de mi hacienda.

—¿Hacienda? Yo veo un instituto agrícola, ¿o no, profe?

—La ciencia y el progreso al servicio del pueblo —dijo Edmundo.

—Sólo dejen a mi familia en paz —dijo don Borja.

Teófilo Gómez bajó de su corcel y comenzó a caminar en torno al terrateniente, como un puma esperando el momento justo para asestar el zarpazo mortal a su presa.

—Puig Gallegos, ¿ésos son apellidos españoles?

—Mi padre era catalán y mi madre de Galicia —dijo el antiguo gobernador.

Teófilo Gómez sacó su Smith & Wesson y puso una bala en la sien del latifundista, quien cayó muerto.

—Detesto a los gachupines —dijo el general.

En ese momento Gertrudis, la hija de don Borja, salió de la casa gritando improperios y se arrodilló junto al cadáver de su padre. Teófilo vio frente a él a una señorita rubia, alta, joven y que padecía un severo problema de sobrepeso, características que el general apreciaba en una mujer.

El viento levantaba las cortinas por donde entraba el destello lunar, el cual se reflejaba en el espejo del tocador. El general hizo suya a Gertrudis esa misma noche, en el dormitorio de don Borja.

—Ya no llores —dijo Teófilo—. No quiero que me tengas miedo. Quiero que me quieras mucho.

La ropa del general estaba tirada en el piso de madera, sobre las enaguas de Gertrudis, quien lloraba por el recuerdo de su madre, violada por una turba de bandidos sucios y harapientos, y por su padre, asesinado a sangre fría. Sin embargo, el general lloraba aún más fuerte. De amor. Porque el amor era cosa seria para Teófilo, quien no tenía suerte en los asuntos del corazón, sobre todo por el terror que causaba en sus parejas. A pesar de esto, el canto del gallo madrugador anunciando el alba lo encontró de buen humor, junto a Gertrudis, quien seguía en estado catatónico bajo la ropa de cama. Teófilo le dio un beso en la frente a la adolescente de ciento veinte kilos, se vistió, saludó a su escolta personal y partió rumbo a Redención, con ánimo optimista.

A la escolta del general, encargada de su seguridad, Edmundo Santacruz la había bautizado como Los Plateados, en honor a la banda de forajidos que

aparece en la novela *El Zarco*. A la mañana siguiente del asesinato de don Borja, el general bebía una malteada de fresa en la confitería del pueblo junto a uno de los mencionados Plateados, Anastasio Lechuga, quien deseaba estar bebiendo un trago de sotol, aunque debía conformarse con el vaso de agua fresca que tenía enfrente.

—Pero usted ya está casado —dijo el Plateado.

—Una cosa es el casamiento y otra cosa es el amor. Mi esposa es mi esposa, pero a Gertrudis la amo. Tacho, ¿puedo hacerle una pregunta?

Anastasio le dio un sorbo a su agua de horchata:

—La que usted guste.

—¿Qué puedo hacer para que las mujeres no me tengan tanto miedo?

—Algo puede hacer es dejar de matar a sus familiares.

—Ah, qué mi Tacho, usted siempre tan francote —dijo el general.

Anastasio dejó escapar una risita de nervios:

—Yo nomás decía.

Edmundo Santacruz entró corriendo a la confitería para informarle a su general que el gringo Jack Reagan estaba, de nueva cuenta, dando un mal ejemplo a sus compañeros, al consumir bebidas antirrevolucionarias en la Sota de Bastos.

Jack Reagan era un poeta de veintiocho años, pelirrojo y aventurero, quien había viajado hasta El Paso en tren, procedente del estado de Nueva York, tan pronto como le llegaron las primeras noticias de la rebelión en México. La hazaña que lo hizo famoso fue la que había llevado a cabo un año atrás en la batalla de La Calavera, donde él solo interceptó la locomotora de un tren que transportaba armas para los federales, luego de someter al maquinista a punta de pistola. Ésta y otras pruebas de su incommensurable valor le habían canjeado el cariño del general y los terribles celos de Edmundo Santacruz, quien no perdía la oportunidad de injurarlo a sus espaldas.

Cuando Teófilo Gómez, Anastasio Lechuga y Edmundo Santacruz entraron a la cantina Sota de Bastos, encontraron al gringo bebiendo como cosaco, exigiendo canciones a los músicos y hablando del general en términos poco halagadores. Los horrores de sus últimas experiencias bélicas habían volcado a Reagan a la bebida. Se había enlistado en el ejército revolucionario desafiando los deseos de su padre, John Reagan, senador demócrata por

Pensilvania, pero también con la esperanza de ver al ser humano sublimado hasta su estado más noble. En lugar de eso había tenido la oportunidad de vivir la guerra; de sufrir el calor sofocante, el hambre demencial, la fatiga absoluta y el miedo presente en todo momento; de atestiguar traiciones al por mayor, violaciones en masa y masacres sin sentido.

El general, su jefe de escoltas y su ideólogo entraron a la cantina.

—Damas y caballeros, denle la bienvenida al mayor asesino de mujeres y niños en la historia de México. Ah, y a sus perros falderos.

—Amigo Jack —dijo el general—, ¿por qué me haces esto?

—¿Por qué hago esto? ¿Tú por qué asesinaste a ese hombre?

—Porque era un explotador y un enemigo del pueblo.

—Y tú eres un orangután, violador de mujeres y asesino de niños.

Hasta los músicos dejaron de tocar al escuchar la retahíla de insultos. Edmundo Santacruz esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Mi general —dijo el ideólogo—, ¿acaso dejará que lo injurien de ese modo?

—Claro que no. Tacho, arreste a este hombre —le dijo al Plateado, quien obedeció la orden.

Esa misma tarde el licor de la Sota de Bastos fue derramado en la calle, inundándola, por órdenes de Edmundo Santacruz. La cuadrilla de Plateados iba y venía con cajas llenas de botellas que sacaban de la cantina y luego estrellaban contra el suelo, ante el asombro de una muchedumbre atónita. El ideólogo estaba parado en un charco de alcohol aderezado con barajas españolas y francesas.

—Convertiremos este centro de vicio en una biblioteca —dijo.

Luego de ver el río de preciado licor correr bajo sus pies y oír acerca de bibliotecas en lugar de cantinas, el Plateado Anastasio Lechuga se preguntó una vez más si peleaba en el bando que más les convenía a sus prioridades en la vida.

Anastasio Lechuga cavó una tumba rectangular de menos de un metro de profundidad junto a un higuerón. Teófilo Gómez disparó su .44 al aire. La detonación provocó que una bandada de murciélagos abandonara el amparo

del árbol y cruzara el firmamento. Jack Reagan vio el vuelo de los quirópteros.

—Las golondrinas de la noche —dijo el poeta.

—¿Qué dijiste?

El neoyorquino observó su tumba, de la cual salía Anastasio con todo y pala. Lamentó no haber hecho las paces con su padre antes de partir. El joven aventurero temía que su muerte destrozara para siempre al senador yanqui. Recordó cómo se había indignado y escandalizado cuando éste le dijo que el político ideal era un hombre inteligente, diplomático, prudente, falto de carisma y ligeramente mezquino. No hay nada más peligroso que un dirigente apasionado, había agregado John Reagan, para de esta manera justificar su grisura y el conservadurismo que tanto le reprochaba su propio hijo. Sin embargo, el miedo no era el sentimiento más fuerte en Jack Reagan, sino la humillación de haber caído presa de su propia ingenuidad juvenil. La vergüenza era, por mucho, más grande que el terror. Sus apasionadas lecturas de Thoreau, Emerson y Whitman lo habían hecho despreciar la piel de vainilla de su prometida Beatrice O'Hara y un comfortable futuro en la política, a cambio de zopilotes sacándole los ojos en un país extraño porque sus asesinatos no tendrían la decencia de cavar una tumba lo suficientemente profunda.

—Pedí que la fosa sea bien honda o los coyotes me sacarán de ahí.

Tacho permaneció inmóvil, esperando la orden de su general.

—Ya lo oyó —dijo Teófilo Gómez—: haga ese pozo más hondo.

Anastasio puso manos a la obra. Luego de que Tacho dejó la tumba del tamaño apropiado, Teófilo le preguntó al gringo cuáles serían sus últimas palabras.

—Espero irme a un mundo libre de tiranos —dijo Jack Reagan antes de morir.

Por la mañana, una caravana conformada por seis terratenientes, sus mujeres y sus peones surcaba la arena. Desde el cielo semejaban una columna de frágiles hormigas en el desierto. La odisea les había servido para distinguir lo vital de lo innecesario, lo cual era visible por el rastro de las prendas inútiles y los cachivaches que mujeres y hombres iban dejando a su paso: un halcón

disecado, cubiertos de plata, una cornamenta wapití, la sonaja de un hijo nonato, la taleguilla del abuelo torero, el bonete del hermano metido a fraile y hasta el bombardino de un primo segundo, miembro de la Orquesta Sinfónica de Madrid. Los tesoros más preciados, esos que se quedaban, eran los sombreros rústicos, de mimbre pero de ala ancha, y los bules con agua que los dandis compartían con sus siervos chimuelos. Don Vicente formaba parte de esta tribu variopinta. Montaba el caballo de Cornelio, quien caminaba, fiel, junto a su patrón.

—El ladrón y el estafador cuentan con ambiciones personales —dijo el octogenario—. Por eso tienen cabida en nuestra civilización. El fanático sólo ambiciona la muerte.

A pesar de las suplicas de su padre, quien le pidió que lo acompañara en su éxodo, Guillermo Ponce de León insistió en quedarse en Redención con la esperanza de dialogar con el gobernador Teófilo Gómez, quien despachaba desde el estudio de don Vicente.

La hacienda del coronel estaba salpicada de carcasas. El presidio Vizcarra volvía a ser un festín para los zopilotes. Un niño orinaba en la fuente. Otros tres sacaban una música infernal del piano, a seis manos. El resto terminaba de saquear el viñedo. Junto al barracón convertido en cuartel se encontraban las cenizas de una cómoda que había servido de leña para la fogata de la noche anterior. Las soldaderas cocinaban y calentaban tortillas para sus hombres. El aroma de la comida combatía la fetidez propia de la muerte. Edmundo Santacruz escribía un poema socialista cuando vio llegar a Guillermo en su Ford. Cerró su libreta y fue a su encuentro:

—¿Qué hace usted aquí?

El hijo de don Vicente apagó el motor:

—Quiero hablar con el general.

El ideólogo proyectó una sonrisa muy afectada. Se sentía reivindicado por una especie de justicia divina, reivindicado por el dios de la Historia, quien, después de todos esos años, al fin le daba la razón.

—Recuerdo cuando su padre y sus secuaces se burlaban de mis ideales —dijo Edmundo Santacruz—. Fíjese bien quién ríe ahora.



—Me da gusto que te esté yendo bien, Edmundo. ¿Podrías decirle al general que quiero hablar con él?

El ideólogo dejó escapar una carcajada:

—¿Vestido de ese modo?

Guillermo bajó la vista a sus ropas:

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso vengo mal vestido?

—El general detesta a los catrines: le parecen de lo más falsos —dijo el ideólogo, con asco.

—Es que así es como siempre visto —dijo Guillermo Ponce de León.

—¿Chaqueta Norfolk mientras el pueblo descobijado muere de frío? Al menos ensúciase la camisa. Échele un poco de estiércol. Sirve que disfraza la loción de mariquita que usa.

El hijo de Vicente ignoró el consejo de Edmundo y enfiló hacia la casa, todo con tal de impresionar a su padre, todo con tal de hacerlo olvidar a Tito y ganarse su respeto y un poco de reconocimiento. Se vio a sí mismo viajando a El Paso para informarle a Vicente que el general al fin había entrado en razón, que lo esperaba en México para empezar a hacer negocios con él. Y todo gracias a su deslumbrante intelecto. A su valor. A su psicología aplicada. A su capacidad de persuasión. A la vastedad de conocimientos adquiridos en la escuela de Wharton. Se imaginó a su padre felicitándolo y abrazándolo, su cuerpo oliendo a tabaco, diciéndole: Gracias a ti, Memito, gracias a ti he podido regresar a mi amado país, a mis tierras, a mi rancho, a mi comida, ¡a mis caballos!, con lágrimas de felicidad en los ojos. No le tuviste miedo a ese orangután de Teófilo a pesar de que todos andan diciendo que es un asesino sediento de sangre. Pero tú lo supiste domar como al perro que es porque no te olió el miedo. Porque eres muy valiente. Mucho más que Tito. Has hecho bien, hijo. Has hecho muy, muy bien, dándole un beso. Definitivamente, todo el dinero invertido en tu costosa educación no ha sido en vano. Perdóname si alguna vez lo insinué, pero tú sabes cómo suelo ser de cauteloso con el dinero. No es porque no te quiera. Lo bueno es que tu madre me convenció de que Wharton era lo mejor para ti. Todas estas hermosas palabras del coronel pronunciadas con su cara iluminada y sin extrañar a Tito, quien, después de todo, quizá se merecía su muerte. Y no quizá, ya que el muy gandul tenía mucho más que merecida la visita de la parca. Porque siempre había sido un

gandul, y eso había que reconocerlo, porque si no se reconocía entonces no había manera de ponerse de acuerdo ni de llegar a ningún lado. Guillermo recordó a Tito manoseando a su esposa Elena, enfrente de él y de sus hijas, y babeando encima de su escote, todo borracho, durante su última cena de Año Nuevo en casa de su suegro, don Prudencio Toledo. Su mente fue aún más atrás en el tiempo y recordó a Tito destruyendo a pisotones el carrito de juguete que el propio Guillermo había construido a partir de uno de carreras que había visto en San Luis, Misuri, cierta vez que acompañó a su padre a esa ciudad. Había hecho un boceto en su libreta, el cual reprodujo inmediatamente después de regresar a Resurrección. Había atado un pabilo al frente del coche de hojalata, con llantas de madera, y lo arrastraba por todo el caserón. El carrito corría detrás de él, tirado del pabilo, y Guillermo decía:

—Mira, mira mi carrito que camina solito —a todo aquel dispuesto a escucharlo.

—Mira tu carrito, ya no camina solito, mariquita —le había dicho Tito luego de aplastarlo con sus patotas de imbécil, en el zaguán, porque sabía que él jamás sería capaz de construir algo tan meticuloso y sofisticado, porque las llantas delanteras y traseras del carrito eran de madera y estaban unidas por un eje, y todo eso le causaba envidia y celos.

—Qué bonito te quedó —decía Ester, maravillada por la atención al detalle mostrada por su hijo menor.

Cómo te atreves a dejarme siempre como un tarado, pensaba el siempre rencoroso Tito, quien ni siquiera sabía nadar y por poco no mató a Guillermo en el río, mientras lanzaba manotazos desesperados, porque también era un cobarde, trepado sobre los hombros de su hermano, quien ya no aguantaba más tiempo sin respirar. Lo bueno había sido que el coronel se metió al agua y rescató a su amado primogénito. Gracias a esto Guillermo había salido a la superficie. Es decir, si se traza en una gráfica la línea de su vida, la abominación llevada a cabo por Tito en el cuerpo de Rosita no había sido más que un punto lógico dentro de una secuencia que siempre había tendido hacia la muerte y la destrucción.

Pero, dirán ustedes, lo bueno fue que tuviste a Tito, ahí, a tu lado, durante toda tu infancia y juventud, para al menos hacerte compañía. ¿Compañía? A ese bruto no se le podía llamar compañía. Si para algo sirvió esa compañía

fue para acentuar mi soledad con sus burlas y sus golpes y sus groserías y su tosquedad. Para incrementar la certeza de que me encontraba brutalmente solo en este maldito mundo. En todo caso la mecedora de mi madre, donde se ponía a tejer, significó más compañía que Tito. La mecedora era capaz de ofrecer mejores argumentos en respuesta a mis inquietudes científicas, políticas y literarias que las que podía ofrecer Tito. Todo esto fue lo que pensó Guillermo. Y Vicente había festejado la crueldad de su hijo mayor con una sonrisa, a pesar de que la construcción del modelo le había tomado tres semanas a Guillermo, quien sintió una profunda tristeza y no pudo contener sus lágrimas y procedió a rejuntar las piezas de su carrito que solía caminar solito.

—Dime si vas a seguir llorando para de una vez ponerte falda y trencitas —le dijo Vicente—. Los hombres no lloran —agregó—. ¿Eres hombre o eres niña?

Guillermo prefirió dejar de pensar en su infancia y volvió a imaginarse a su padre felicitándolo y abrazándolo.

El ideólogo no necesitó imaginarse nada: sabía exactamente lo que estaba por ocurrir. Guillermo no tenía posibilidades de sobrevivir a su entrevista con el general. Edmundo alcanzó al hijo de Vicente.

—Por favor, regrese de donde vino —dijo el ideólogo, mucho más serio que antes.

—No creo que sea el monstruo que pintan. Debe tener sentimientos.

Edmundo Santacruz quiso saber qué era lo que Guillermo deseaba.

—Mi padre ya está viejo. Él sólo quiere llevar la fiesta en paz con el general.

El cónsul especial de Estados Unidos en la frontera, un hombre llamado George Carothers, charlaba con Teófilo Gómez en el viejo estudio de don Vicente, mientras el judío Victor Carusoe, de la casa Haymon & Krupp, en El Paso, le tomaba medidas al general para su uniforme de gala. Carothers vestía un traje de lino blanco, canotier y gafas sin armazón.

—Necesito que me diga dónde está la tumba del señor Reagan —dijo el cónsul.

—¿Para qué quiere saber eso, amiguito?

—Para que no se pierda —dijo el cónsul—. Es todo.

Teófilo Gómez amplió su sonrisa:

—Mis tumbas nunca se pierden, amiguito.

El judío Carusoe quiso saber si el general deseaba charreteras en los hombros.

—Por supuesto que deseo charreteras en los hombros. ¡Qué pregunta es ésa!

El judío anotó la palabra *epaulette* en su libreta.

El cónsul preguntó si el señor Reagan en verdad había sido fusilado.

—¿No lo mató de un tiro nada más?

—¿Cuál es la diferencia, amiguito?

—El fusilamiento suele ser producto de un juicio militar. Lo otro es asesinato a sangre fría.

—Era un gringo grosero y borracho. Me llamó orangután frente a mis hombres. ¿Debía tolerar eso? Resulta que cualquier extranjero puede venir y hacer lo que se le pegue la gana.

En el estudio estaba presente otro individuo de ascendencia judía, llamado Sherburne Gillette Sommerfeld, quien, en secreto, era promotor de revoluciones en el tercer mundo, espía del gobierno alemán y representante de la Pierce Oil Corporation, y, de manera pública, bróker del ejército revolucionario en Estados Unidos, encargado de exportar y vender el ganado confiscado a latifundistas como don Vicente y don Borja, para posteriormente realizar la compra de armas y uniformes, y quedarse siempre con un generoso porcentaje como pago. Este hombre también contaba con su respectiva libreta llena de cifras millonarias.

—Faltan cien mil dólares para los tres millones de cartuchos —dijo el segundo judío tras sacar sus cuentas.

El general se encogió de hombros, fingiendo hacerle poco caso.

—Las batallas se ganan con parque —dijo el judío Sommerfeld.

—Me dice que ya no tenemos dinero y luego que hay que comprar parque para ganar batallas. ¿Quién lo entiende?

—Sí tenemos dinero, pero no ha buscado bien —dijo el espía alemán.

—¿Y dónde tenemos ese dinero, según usted?

—Pues en el Banco Ganadero de don Vicente.

—Me alegra informarle que la billetiza que encontramos en el banco de ese explotador ha tenido la buena merced de financiar nuestra querida revolución.

—Pero es que no estoy hablando de simples billetes, sino de millones de dólares en oro.

Este último comentario captó la atención de Teófilo:

—¿Y eso usted cómo lo sabe?

—Es lo que se dice —explicó el judío Sommerfeld.

—Sí, ¿pero quién lo dice?

—Pues los que saben —dijo el espía alemán.

—¿Y en qué parte del banco se encuentran esos millones de dólares en oro?

—Es lo que no sé —dijo el judío Sommerfeld.

*Mister* Carothers vio la hora en su reloj, arqueó las cejas y se puso de pie. Lucía más inquieto que nunca.

—*Mister* Bryan exige saber si Reagan fue fusilado o asesinado. Necesito enviarle una respuesta hoy mismo.

—Y si lo maté, ¿qué? —dijo el general.

—Era hijo del senador en Washington por el estado de Pensilvania.

—Ay sí —dijo Teófilo—. Mira qué miedo tengo.

—Debería tenerlo: podría meterse en un problema diplomático.

—A mí los gringos me hacen los mandados.

—Imagine que ya no le comprarán el ganado que se roba ni le vendieran sus armas. ¿Va a ponerse a fabricar sus propios fusiles?

Teófilo Gómez perdió el color al escuchar este razonamiento. La sonrisa desapareció de su cara. En cuestión de segundos pasó del alborozo al ofuscamiento y luego al enojo. Gritó improperios. A continuación destruyó a puñetazos y patadas el biombo a su lado. Terminó de descargar su coraje. Se tranquilizó. Respiró hondo. Permaneció pensativo por más de un minuto, tiempo que le sirvió para concebir la que él consideraba una gran idea, una estupenda idea, la mejor idea marcial y política en la historia de las ideas marciales y políticas. Eres un líder, se dijo. Eres un gran líder. La sonrisa regresó a su cara.

—No se preocupe, *mister* Carothers. El asunto del gringo grosero y borracho que me llamó orangután está más que solucionado.

—Me alegra escuchar eso, mi general. ¿Para cuándo tendrá listo el cuerpo?

—Pasado mañana tendrá su cadáver.

—Maravilloso. Y ahora, con su permiso, debo enviar un telegrama a *mister* Bryan para informarle que todo está solucionado.

Tan pronto como salió el cónsul del estudio, Teófilo mandó a llamar a su jefe de escoltas.

—A sus órdenes, mi general —dijo Anastasio.

—Vaya usted y tres de sus hombres a la hacienda de don Borja, próximo Instituto Agrícola del Gobierno Revolucionario, desentiérreme al gringo grosero y borracho ese, y tráigamelo para acá.

—Entendido —dijo Anastasio antes de partir.

—¿En qué estábamos?

—Los lingotes de oro en el Banco Ganadero —dijo Sommerfeld.

—Pero ¿en qué parte del banco están esos lingotes?

—Eso sólo un pariente de Vicente lo sabe.

—¿Y dónde voy a conseguirme a un pariente de ese explotador? Los muy miedosos huyeron a Texas en cuanto llegué al estado.

Justo en ese momento entró al estudio Edmundo Santacruz, acompañado del licenciado Guillermo Ponce de León.

Teófilo Gómez asfixiaba a Guillermo sobre un charco de vómito. El hijo de Vicente tenía el tabique nasal fracturado, más un par de costillas rotas y el hígado lastimado. Respiraba por la boca y despedía un hedor a sangre y a sudor. En esos momentos podría haber estado sumergido en los cálidos pechos de Elena, mientras le hacía el amor, o quizá jugando a las escondidillas con sus dos hijas, escuchando sus pequeñas carcajadas mientras las perseguía, o cenando un buen corte de carne acompañado de una generosa copa de vino. Había perdido todo eso por la esperanza de impresionar a su padre. En el calabozo de al lado se encontraban dos sacerdotes jesuitas, encarcelados por ser sacerdotes jesuitas.

—¿Dónde está el oro, pinche catrín?

Guillermo se quedaba sin oxígeno. Intentó gritar. No lo logró. Palmeó el brazo de Teófilo, quien soltó el cinturón con el que asfixiaba a su preso. El hijo de don Vicente resollaba.

—Mi papá es el dueño de la imprenta que te hizo famoso —dijo Guillermo, refiriéndose al periódico que editaba Edmundo Santacruz desde El Paso, Texas.

—Tu padre también es el dueño de la matanza que rechazó mis reses, diciendo que traían el fierro sobrepuesto, acusándome de cuatrero.

Guillermo no toleró por más tiempo la tristeza y el dolor. Se echó a llorar como un bebé.

—Si crees que me da lástima tu situación, te equivocas. Más lástima me dan los millones de pobres que ustedes, gachupines, han explotado por varios siglos.

—Tengo entendido que usted es más gachupín que yo. Creo que usted se odia más de lo que me odia a mí, señor Baca.

Teófilo propinó cintarazos, puñetazos y patadas al hijo de Vicente, quien perdía y recuperaba el conocimiento.

El general repitió:

—¿Dónde está el oro, catrín?

Anastasio entró a la celda:

—Mi general, ¿qué hago con el gringo?

—Primero que nada me lo fusila. Después le compra su traje de madera, a la medida.

—Pero el muerto no puede pararse, ¿cómo lo voy a fusilar?

El general quiso saber por qué el gringo no podía pararse.

—Es por su salud —dijo Anastasio Lechuga—. Su salud se lo impide.

—¿Me está desafiando?

—Para nada —dijo Anastasio Lechuga, y se fue.

El gobernador reanudó la golpiza:

—Pinche catrín, ¿dónde está el oro?

—Dígale dónde está el oro —dijo uno de los jesuitas.

El hijo de don Vicente hizo un esfuerzo por hablar. Teófilo detuvo la tortura.

—En los pilares de fierro —dijo Guillermo, sólo que nadie lo escuchó porque tenía la garganta inflamada.

Teófilo puso la oreja junto a los labios de su prisionero, quien repitió lo dicho. El general amplió la sonrisa y palmeó con tosquedad la nuca de Guillermo.

Teófilo, Guillermo y su escolta de Plateados llegaron al Banco Ganadero armados con mazos, sopletes, serruchos, martillos, clavos y grandes pilares de madera. La secretaria Alma Ureña se puso a llorar tan pronto como vio el estado en que se hallaba su jefe. Los cajeros del banco intentaron tranquilizarla. No lo lograron. El guardia a cargo de la bóveda tardó un par de minutos en reconocer a su patrón.

—Don Guillermo —dijo el guardia—, ¿seguro que es usted?

—¿El gobernador vendría por dinero que no es suyo? —dijo Guillermo, cuidándose de no sonar sarcástico.

El guardia abrió de prisa la bóveda del banco:

—No, claro que no.

—Pável Smerdiakov —se le escapó decir a Guillermo Ponce de León.

Teófilo Gómez detuvo su andar:

—¿Quién es ese pelado?

—Alguien que le quitaba a los ricos para dárselo a los pobres —mintió Guillermo, para salir del aprieto.

—¿Como el mentado Robin Hood del que tanto habla el profé?

Guillermo afirmó con un leve movimiento de cabeza. Le dolía todo el cuerpo.

—Así es. Ése soy yo, muchacho. Ni más ni menos. Ése soy yo.

El jefe revolucionario estaba de buen humor. Sus Plateados abrieron las columnas con los mazos y los sopletes, y las reemplazaron con los pilares de madera para que el techo no se les viniera encima.

Teófilo sostenía una moneda salida del pilar:

—¿Sabes qué es esto?

Guillermo respondió que lo que el general tenía en la mano era una moneda de oro.



—Es mucho más que eso. Es carne para el hambriento, educación para el ignorante, medicamento para el enfermo, fusil para el revolucionario.

Guillermo comprendió que la demagogia tenía un nuevo exponente en la figura de Teófilo Gómez. Edmundo Santacruz entró corriendo a la bóveda del Banco Ganadero. Lucía consternado. Se dirigió al gobernador:

—¿Le pidió a Tacho que fusilara el cadáver de Reagan?

El general no entendió bien la pregunta de Santacruz por culpa de los mazazos y ordenó a sus hombres que pararan de hacer ruido. Éstos obedecieron de inmediato. Edmundo preguntó lo mismo otra vez. El general admitió haber ordenado fusilar el cadáver del gringo. El ideólogo cerró los ojos y se llevó una mano a la frente. Actuaba de manera fatalista, pero en su interior se sentía, sobre todo, desilusionado. Acababa de perderle el respeto a tal grado que dejó de hablarle de usted.

—Teófilo, es la estupidez más grande que pudiste haber hecho, chingada madre.

La sonrisa volvió a desaparecer de la cara del general, quien se fue poniendo cada vez más serio:

—¿Por qué?

—La ciencia forense está tan avanzada que, cuando examinen el cuerpo, sabrán que no fusilaron al hombre, sino al cadáver.

—Pero —dijo el general—, ¿cómo chingados pueden saber eso?

—Por la puta autopsia —dijo Edmundo Santacruz.

El general tomó asiento en tres costales de monedas apilados uno sobre otro y procedió a llorar, a injuriarse y a golpearse la cabeza de manera tan fuerte que se alcanzó a escuchar hasta las ventanillas del banco.

—No creí que fuera tan difícil ser gobernador —dijo—. Autopsia, ciencia forense, inmunidad diplomática, aranceles, impuesto sobre la renta, producto interno bruto. Apenas aprendo un par de conceptos y aparecen otros dos totalmente nuevos.

Edmundo Santacruz volvió a hablarle de usted:

—Por favor, no llore.

—¿Es mi culpa que yo sepa tan poquito de leyes y de ciencia, siendo que ese poquito lo aprendí sin una luz que iluminara el camino de la verdad en las tinieblas de mi ignorancia?

—Eso no es culpa suya, sino de todos esos tiranos que sacaban provecho de su ignorancia.

—Te pregunto lo siguiente: ¿acaso es una deshonra mi escaso saber?

—Por supuesto que no es una deshonra.

—Yo digo que es de mucha honra porque, a mi modo de ver, con la pura escuela de la miseria y el desamparo llegué a donde no consiguieron llegar individuos muy instruidos en esto de las leyes y la ciencia.

—Así es, mi general. Tiene usted mucha razón.

El bebé jugueteaba con la mano de su madre, muerta sobre una espesa laguna de sangre. El pelotón de fusilamiento que había ejecutado a las más de noventa mujeres sabía que aquella visión era de mal agüero, pero seguía como hipnotizado y no volteó para otro lado. El cielo se puso negro y un lobo aulló. La bandada de golondrinas se transformó en murciélagos que cayeron sobre Teófilo y procedieron a morderlo. El general despertó. Edmundo tocó antes de entrar. Teófilo sudaba bajo el edredón. Tenía la cara grasosa y los ojos inyectados en sangre. No quería salir de la cama. Sentía que el corazón le estallaría.

El general quiso saber quién andaba ahí.

—Soy yo, Edmundo Santacruz, mi general.

Se puso el sombrero que tenía más a la mano:

—Pásate.

El ideólogo entró al cuarto:

—Lo estamos esperando.

—No voy a ir —dijo Teófilo Gómez.

—Pero tiene que ir. Cada general irá.

—Profé, ¿sabía que si una bala penetra su pulmón, éste se colapsa y ya no puede respirar más? No quiero morir así, ahogado en mi propia sangre.

—No tenga miedo —dijo Edmundo Santacruz.

—Tengo miedo. Tengo mucho miedo. El miedo consume mi existencia. Tengo miedo a la luz. Tengo miedo a la oscuridad. Tengo miedo al miedo. El miedo como un fantasma horroroso que no me deja solo y me persigue a donde sea que vaya, ¿me entiende? Esto ya no es vida, profé.

—No diga eso —le pidió el ideólogo.

—Por las noches veo la sombra de un lobo. Lo oigo aullar. ¿Lo ha visto? ¿Lo ha oído? Pienso en toda esa gente que me desea tanto mal, no sé ni por qué ni qué daño les hice a todas esas personas tan rencorosas, y siento que el corazón me estallará, y me falta el oxígeno y tiemblo y sudo frío.

—Le voy a traer a un psicólogo. Alguien que sepa de eso.

—Mejor tráigame a un cura, porque me quiero confesar.

—Los sacerdotes nomás sirven para hacer taruga a la gente.

—Profe, ¿qué hay después de la muerte?

—Después de la muerte sigue la Gran Nada —dijo Edmundo Santacruz.

El general puso cara de extrañeza:

—¿Cómo que la Gran Nada?

—Nada de nada: eso es lo que hay.

—¿Nada, dice usted? ¿Todo negro?

—Negro es algo. Yo digo nada.

—Pues eso suena medio aburrido.

—Aburrido es algo.

—¿Cómo lo sabe? Es decir, ¿quién se lo dijo?

—Me lo dijo la filosofía —respondió el ideólogo.

Teófilo Gómez decidió que Edmundo Santacruz estaba más loco que él, así que mejor se puso a hablar solo:

—¿Cómo puedo encomendarme a Dios?

—Dios no existe —dijo el ideólogo—. Sólo existen la ciencia y el progreso.

El general continuó ignorando a Edmundo y hablando solo:

—¿Con qué cara puedo pedirle una vida plena?

El ideólogo le propinó un par de bofetadas:

—¡Despabílese, mucha buena gente depende de usted!

El general dijo llorando que sí, que se despabilaría.

Teófilo Gómez llevaba dos semanas sin salir de la casa ni tener contacto con la tropa. Tres días antes había mandado a fusilar a todo aquel oficial que contara con los apellidos Baca, Ponce de León, Puig, Chiquete, Ojeda y

Quijano, por ser los apellidos de sus principales enemigos. Siete hombres con apellidos funestos cayeron en desgracia. En el comedor, Teófilo se negó a darle la espalda a la ventana y a la puerta de la cocina, por temor a ser asesinado a traición. Eligió una silla ubicada en el centro de la mesa, cuyo respaldo daba a la vitrina, y le ordenó a Edmundo que probara su bebida.

—¿Qué tal sabe?

—Pues a malteada fresa —dijo el ideólogo.

El jefe revolucionario esperó unos minutos luego de que Edmundo pasó el trago, para asegurarse de que no moriría envenenado. Los diez hombres que conformaban su escolta lucían consternados ante el nerviosismo exhibido por su general. Con el cuchillo y la mantequilla, la cocinera se atrevió a pasar detrás de Teófilo, quien dio un brinco, le arrebató el cuchillo y le estrelló la cara contra los huevos rancheros.

El general presionó la hoja de plata contra el cuello de la mujer:

—¿Qué haces?

—Le traje mantequilla para su pan —dijo la cocinera.

—Me quieres matar. ¿Quién te envió? ¿Los Baca? ¿Los Ponce de León? ¿Eres pariente de don Puig Gallegos?

—Saturnina ha estado con nosotros desde el inicio —dijo Edmundo.

Teófilo Gómez se alisó con las manos el uniforme militar. Seguía temblando.

—Es hora de irnos —dijo.

Los Plateados usaron sus respectivos binoculares para asegurarse de que no hubiera francotiradores a la vista.

—Ya puede salir, mi general.

Teófilo salió de la casa, se ajustó el sombrero, volteó para todos lados y se puso al volante del Oldsmobile, que lo esperaba junto a la puerta, con el motor encendido. Edmundo se sentó en el asiento del copiloto. Los Plateados viajaron en los dos carros restantes, uno cuidando la retaguardia y el otro al frente.

—Todos sus enemigos están muertos —dijo Edmundo Santacruz.

—¿Y qué me dices de Lobo?

—Ese indio viejo y joto —dijo el ideólogo.

Año 1914 de la era cristiana. Médanos de Samalayuca.

Pedro Ayala se ajustó los lentes de fondo de botella y puso un tiro en la recámara. Con la edad había desarrollado miopía en un ojo y astigmatismo en el otro. Esto complicaba bastante su oficio de asesino a sueldo. Por fortuna, don Vicente seguía confiando tanto en él como en su compadre Higinio Montoya. Un mechón plateado cayó sobre el rostro de Pedro Ayala. El anciano sacó un peine de su saco y lo usó para acomodar el mechón sobre su calva. Con las manos limpió la arena de su camisa blanca, sin cuello. El cuello almidonado lo había dejado, con todo y corbata, en la posada alquilada en el pueblo llamado Resurrección. Por lo regular lo lavaba con un poco de jabón y después lo ponía a secar en su habitación. Recientemente Pedro Ayala se había mudado a Ciudad Juárez con su hija Laurita, su nieta Rebeca y su yerno Cristóbal Orozco, un peluquero dueño de su propia barbería, especializado en extraer sangre y en sacar muelas. Por esto último a Cristóbal Orozco lo llamaban el Dentista de Redención, a pesar de que tuviera por oficio el de barbero.

Tan pronto como llegó a Juárez, Pedro Ayala comenzó a vestir como un hombre de ciudad: zapato bostoniano en lugar de bota vaquera y, como siempre, sin sombrero. Nadie supo nunca por qué Pedro Ayala jamás había usado sombrero. Algunos decían que era una manda; otros, superstición. Higinio Montoya jamás se lo preguntó, porque nunca había sido muy preguntón; tenía muchos defectos, pero el de metiche no era uno de ellos. A pesar de su edad, los líos de faldas seguían siendo el principal distractor del hombre apodado Perezas. Pensaba tanto en esto que la muy extravagante ausencia de bombín, *stetson* o chistera en la cabeza de Pedro Ayala siempre había pasado a segundo o tercer término. Otro ejemplo más de la discreción de Higinio Montoya: éste sabía que Cornelio pagaba amor de hombre, pero jamás le preguntó por qué lo hacía y mucho menos había intentado hacerle cambiar sus gustos. Cada quien sus vicios, pensaba.

Lobo tampoco le había preguntado a Pedro Ayala por qué no usaba sombrero, porque no le interesaba. Cornelio Callahan era el tipo de hombre al que sólo le interesaba conducirse de manera honorable con sus amigos, pagarse un amante de vez en cuando y compensar el inmenso daño causado a Vicente en el recodo del Gila. Sobre todo esto último.

Lo que sí se sabe es que al hombre que jamás usaba sombrero le gustaba reunirse con sus viejos amigos para asesinar personas, casi siempre por encargo de don Vicente. Estas misiones lo ponían de buen humor. Se podría decir que hasta lo rejuvenecían. Nunca le decía a su hija a dónde iba antes de perderse por días en la planeación y en la ejecución de los distintos trabajos, pero Laurita notaba la cantidad de años que su padre se quitaba de encima cada vez que recibía un telegrama del mujeriego Higinio Montoya, con quien Pedro Ayala ya había hecho las paces.

Laura tuvo a Rebeca en el '83. El hombre que jamás usaba sombrero se encariñó tanto con su nieta que todos los domingos la llevaba a la iglesia de Redención y la presumía a todo aquel que se encontrara en el camino. Pasaron los años. Un nuevo siglo llegó y Pedro Ayala, quien siguió recibiendo los dólares enviados por Higinio Montoya, tuvo tiempo para reflexionar y pensar un poco mejor las cosas. Consideró que no tenía ningún sentido eso de seguir guardándole rencor a su viejo amigo por haberse burlado de Laurita. Había que recordar que la cobardía y la traición de Pedro Ayala le habían costado a Higinio Montoya doce largos años en una cárcel inmunda, comiendo ratas en los días malos y tortillas podridas en los peores, para luego escapar de milagro a un pelotón de fusilamiento. ¿Y acaso el hombre apodado Perezas no lo había ayudado a enfrentar a don Vicente? ¿Acaso él mismo no le había rogado a Higinio Montoya que se quedara para ayudarlo a proteger su rancho? ¿Acaso no había accedido y cumplido con creces? Y qué si todo esto lo había hecho Higinio Montoya con tal de aprovecharse de Laurita, a quien Pedro Ayala ya había puesto sobre aviso, aunque de nada sirvió porque el hombre apodado Perezas era muy labioso... y guapurás, lo que sea de cada quien. Al final pasó lo que tenía que pasar. Ni modo. Porque la carne es débil, y eso Pedro Ayala lo sabía de sobra. Además, el que esté libre de pecado, que arroje la primera piedra. Fue por estos pensamientos y otros más que, en el verano de 1901, el hombre que jamás usaba sombrero decidió que le llevaría su nieta a Higinio Montoya para que se conocieran. Y así lo hizo. En secreto, claro está. Simplemente le dijo a Laura que llevaría a Rebeca a la feria de El Paso para pasearse en carrusel, comer salchichas, algodón de azúcar y ver a los malabaristas, los magos y los payasos. También a la mujer barbada, al hombre más fuerte del mundo, al traga espadas, a los siameses y otros

fenómenos. En lugar de esto, Pedro Ayala llevó a Rebeca al Music Hall & Saloon, un tugurio regentado por Higinio Montoya, quien no se cansó de abrazar y besar a la jovencita.

—¡Qué hermosa eres! —dijo el hombre apodado Perezas.

Cuando se enteró de que Rebeca había ido a ver a Higinio Montoya, Laura no tardó en reprochárselo a su padre.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —le dijo con lágrimas en los ojos.

—Hija, ya pasaron muchos años. Tienes que aprender a perdonar.

—¿Tú lo perdonaste?

Pedro Ayala apoyó la espalda contra la pared del comedor y movió la cabeza de manera afirmativa, con pena.

—¿Después de que se burló de mí?

—Ese hombre pasó doce años en prisión por algo que yo también hice.

—¿Qué fue lo que hiciste? Nunca me lo contaste.

El hombre que jamás usaba sombrero sacó un cigarro de su camisa y lo encendió. Le dio una chupada. Se tomó su tiempo para contestar.

—Robé y asesiné —confesó—. Con el dinero de ese crimen pagué este rancho.

Lágrimas de indignación brotaron de la cara de Laura.

—Cuando Higinio Montoya vino a Redención, venía a matarme. No llevó a cabo su venganza porque te conoció y se enamoró de ti.

—¿Se enamoró? ¿Oí bien? ¿Dijiste se enamoró?

—Higinio Montoya se enamora de todas. Incluso te lo advertí, pero eras demasiado niña para entenderlo.

Laura señaló a su padre:

—Eres un traidor.

Cristóbal Orozco, el entonces prometido de Laurita, la tomó con gentileza de los hombros.

—Tranquila —dijo.

La mujer se sacudió al sacamuelas de encima:

—Suéltame.

Rebeca salió de su cuarto y abrazó a su abuelito, como para protegerlo del energúmeno en que se había convertido su madre.

—Al final todo fue para bien —dijo Pedro Ayala, acariciando la cabeza de

Rebeca, que tenía contra su pecho, y mirando fijamente a Laurita—. ¿No lo crees así, hija?

Laurita Ayala no respondió. Tan sólo se le quedó mirando a Rebeca, mucho más calmada.

Para Pedro Ayala, liquidar canallas por orden de don Vicente representaba un trabajo, pero también un pasatiempo mucho más honroso que sus idas a las ruletas y a las máquinas tragaperras de la avenida Juárez. Además, la paga era buena, e Higinio Montoya siempre se reportaba con una parte de su comisión para la manutención de Rebeca.

En esos momentos Pedro Ayala sentía unas ganas urgentes de orinar, pero sabía que se debía a la próstata inflamada diagnosticada por su doctor. Los tres automóviles volcados como tortugas ardían en llamas a causa de la dinamita oculta en el camino de tierra y detonada por Lobo, quien se encontraba bajo una duna al momento de la explosión. Cornelio se levantó de la arena con mucho esfuerzo, porque sufría de artritis en las rodillas. Su tono de piel, la cicatriz en la mejilla, el pelo negro azabache, la koyera en la frente y el Boss of the Plains en la cabeza le daban ahora más que nunca un aspecto como de jefe indio, a pesar de sus ojos grises. El guardapelo con la foto de él y de sus padres seguía colgando de su cuello.

Otoño de 1872. Veinte minutos antes de la medianoche, Cornelio Callahan, disfrazado de indigente para no ser reconocido por los habitantes de Redención, siguió a Henry Eaglethorpe, a Sócrates y al Tonto Juan hasta el cementerio. Como por instinto, Lobo fue por su revólver, pero éste no se hallaba en su funda. Se sentía ridículo sin él, pero aún más ridículo con el carcaj lleno de flechas y el arco que le cruzaban el pecho y que el coronel le pidió que llevara en lugar de pistola, por no mencionar la Biblia que tenía que andar cargando, el bule con el agua bendita y el apestoso collar de ajos que colgaba de su cuello. Lobo hacía todo esto sólo porque Vicente se lo había pedido. No lo habría hecho por nadie más. Maldijo a la bruja Maritornes por meter ideas tan locas en la cabeza del coronel.



El idiota conducía una carretilla con dos palas, cuyos extremos metálicos tintineaban en la noche. Henry Eaglethorpe avanzaba un tanto rezagado, abriéndose paso entre la oscuridad por medio del quinqué en la mano. Sócrates viajaba en el hombro del boticario. La procesión se detuvo frente a una tumba que el Tonto Juan procedió a profanar.

—¿Estás seguro de que esta mujer no murió a causa de la Peste?

El idiota paró de escarbar y negó con la cabeza.

—Espero que la tumba sea más o menos fresca. Recuerda que esto es muy importante.

El Tonto Juan indicó con las manos que la interfecta había fallecido dos días atrás debido a un percance cardíaco; esto lo hizo el idiota pasando el dedo índice por su cuello, señalando enseguida su corazón, cerrando los ojos, sacando mucho la lengua hacia un lado y balanceándose un poco hacia atrás.

—Está bien, está bien —dijo Henry Eaglethorpe—. Continúa.

El Tonto Juan continuó escarbando con la ayuda de la pala. Como había luna llena, Lobo avanzaba de árbol en árbol, con sigilo, cuidándose muy bien de no ser visto. Aunque era bueno para esto, ayudaba mucho que la tierra se encontrara húmeda gracias a la lluvia de esa misma tarde. Además, el ligero sonido de sus pisadas quedaba oculto entre el concierto nocturno de las lechuzas, las cigarras y los sapos. Por todo esto lo asombró que fuera sorprendido por Baltazar Corona, quien lo tomó del cuello y lo lanzó por los aires. Cornelio aterrizó sobre una lápida de granito y, de nuevo, fue por su pistola. De nuevo no estaba ahí. De nuevo maldijo a la hechicera Maritornes. Desenfundó una de sus flechas y tensó la cuerda del arco, pero Baltazar llegó antes de que pudiera dispararle, se lo arrebató de las manos y lo lanzó lejos. Corona procedió a sofocarlo por medio de un abrazo de oso. Sus costillas comenzaron a crujir y a ceder ante la inmensa presión. Al no poder distenderse, sus pulmones dejaron de funcionar. Sin embargo, el tormento no duró demasiado. Del pecho de Baltazar comenzó a salir humo, justo donde hacía contacto con una de las cabezas de ajo en el collar de Cornelio. Para asombro de éste, el oloroso bulbo procedió a hacer un boquete —exento de sangre— en el pecho de Corona, quien tuvo que soltarlo a causa del dolor que sufría. Convencido de que, después de todo, las indicaciones de Maritornes eran confiables, ensartó una de sus flechas con punta de chinapo en el lomo de

Baltazar, quien gritaba como cerdo y se contorsionaba en el suelo, antes de que su cuerpo quedara reducido a cenizas. Cornelio dirigió su atención hacia el boticario, quien seguía parado junto a la tumba profanada por el idiota, en trance, con los ojos completamente en blanco y profiriendo a todo pulmón una oración interpretada por medio de un lenguaje arcaico y gutural. Un lenguaje más viejo que el hombre mismo. Los rayos comenzaron a descender hasta el cementerio, incendiando árboles e incluso partiendo lápidas en dos. La combinación del rezo pagano y la luna llena generaron una sensación extraña en Cornelio. Mientras luchaba contra su incredulidad, experimentaba fiebre en todo el cuerpo, taquicardia, una especie de cosquilleo en pecho y espalda, y una transformación en su anatomía. Sus músculos parecían cambiar de posición y de tamaño, como si estuviera ocurriendo una transformación desde su interior. Cornelio atribuyó todo esto a un embrujo de Henry Eaglethorpe. Para entonces, el Tonto Juan, a quien no le gustaban los conflictos, ya había huido del panteón, corriendo con la velocidad de un proyectil.

A pesar de encontrarse a más de siete metros del boticario, Lobo se sabía capaz de herirlo con las flechas. Tensó el arco y disparó como había disparado tantas veces en el valle del Mojave. Sin embargo, esta vez sus flechas no dieron en el blanco. Tanto Sócrates como el hombre sin sombra esquivaron con éxito las saetas. Lobo acertó la distancia un par de metros, esperando que esto mejorara su puntería. No ocurrió así. Disparó tres flechas más, pero ninguna encontró su objetivo. Continuó disparando hasta vaciar el carcaj. Fue cuando Henry Eaglethorpe desapareció bajo sus ropas, las cuales cayeron al suelo con todo y sombrero ante la ausencia de soporte físico.

Algo se comenzó a mover bajo el bulto de tela en la tierra. Algo grande. Algo con el tamaño y la forma de... ¿una boa? Pero con alas. Una serpiente alada que emprendió el vuelo hacia Cornelio. Sócrates también se dirigía hacia él, avanzando sobre cuatro patas y con fuego en la mirada. Lobo permaneció paralizado por el terror causado por tan demoniacas visiones. Sin embargo, salió de su estupor al sentir un dolor cargado de realidad: los colmillos del simio penetrando en su pantorrilla. Para entonces la serpiente volaba a la altura de su cuello, lanzándole también mordidas que apenas alcanzaba a esquivar. Las fauces de la boa se cerraban con tal violencia cerca de su cara que producía un castañeteo metálico. Los rayos seguían cayendo y

él seguía sintiendo esa extraña transformación surgiendo de lo más profundo de su ser. Sócrates le arrancó de la pierna un pedazo de músculo, con todo y ligamentos, lo cual hizo que se desplomara por el dolor y la falta de apoyo. Con Cornelio en el suelo, la serpiente alada se enrolló alrededor de su vientre, con cuidado de ni siquiera rozar el collar de ajos. La boa comenzó a apretar peor que un corsé victoriano. Por fin, al caer la medianoche, y sin poder evitarlo, Lobo dejó escapar un aullido auténticamente cánido. Para entonces su boca había terminado de transformarse en un hocico protuberante, su coxis había crecido hasta adquirir el tamaño de una cola peluda, y sus manos y piernas se habían contraído hasta parecer las patas de un lobo gigantesco. Este acontecimiento tan antinatural provocó que incluso la boa relajara el agarre sobre su presa, la cual se la quitó de encima por medio de una violenta sacudida, para luego atraparla con los colmillos, que presionaron y presionaron hasta partirla en dos. Tras atestiguar la muerte de su amo, Sócrates intentó correr, pero el lobo fue más rápido y cayó sobre el simio con las garras al frente.

Justo al amanecer, después de recuperar su figura humana, Cornelio encontró el pergamino entre las ropas de Henry Eaglethorpe y lo quemó, liberando así al pueblo de Resurrección del yugo malvado de Satanás.

Año 1914 de la era cristiana. Hotel Río Bravo. Ciudad Juárez. El abanico en el techo giraba con la urgencia de un enterrador. La llamada telefónica despertó a Lobo, quien dormía junto a su amante de dieciséis años. Se sentó en el borde de la cama, viendo el aparato. El teléfono seguía timbrando. El adonis acarició su espalda sudorosa:

—¿Tuviste una pesadilla, amor?

Cornelio se llevó el dedo índice a los labios, indicando silencio. El muchacho no habló más. Su nombre era Adán Delgado. Una camiseta interior cubría su torso atlético. El resto de su cuerpo se hallaba desnudo bajo las sábanas. Lobo descolgó el aparato.

—*Mister Jones*, de la ciudad de Los Ángeles —dijo una telefonista de voz muy aguda.

—Adelante.

La operadora transfirió la llamada a la habitación 303 del hotel Río Bravo.

—Teófilo Gómez —dijo el coronel tras un largo silencio.

—Entendido —dijo Lobo, y colgó.

Se sirvió un generoso trago de *whisky*, lo liquidó y continuó fumando.

—¿Quieres hacerlo de nuevo?

—Vístete —dijo Cornelio Callahan.

Adán se vistió. Lobo permaneció pensativo durante un largo rato. Enseguida se levantó de la cama, fue por su billetera y le pagó a Adán el doble de lo convenido.

—Muchas gracias —dijo Adán con los ojos muy abiertos e intentó darle un beso.

Cornelio se echó para atrás.

—Ésas son puterías —dijo Lobo.

—Sí, sí, tienes razón —dijo Adán, quien concluyó que se encontraba frente al cliente más raro de todos los que tenía.

—Compra la medicina de tu madre.

—Eso haré.

El muchacho salió de la habitación con los billetes aún en la mano. Cornelio se vistió, salió del hotel y cruzó caminando hacia El Paso para hablar con Higinio Montoya, en su taberna. Posteriormente adquirió lubricante para su pistola, tres cajas de munición calibre .44 y doce cartuchos de dinamita, todo esto en la casa comercial Ketelsen & Degetau. Enseguida regresó a Juárez, donde pasó la noche limpiando y engrasando el revólver. Y pensando. Pensando en lo que le había dicho el gerente de la tienda esa misma mañana.

—Creí que toda su gente estaba en San Carlos —dijo el gringo detrás del mostrador.

—¿Mi gente?

—Oh, lo siento, amigo: lo confundí con un apache. Por la pañoleta en su frente.

Lobo quiso saber qué era eso de San Carlos.

—La reserva india que está en Arizona. Apaches bravos y mansos; los acorralaron a todos ahí, como reses.

Cornelio pensó en que quizá debía viajar hasta Arizona y buscar al primogénito del coronel en ese lugar llamado San Carlos. Claro, después de asesinar a Teófilo Gómez. Lobo había peleado en contra de seres del inframundo por don Vicente. Acabar con la vida de un tirano y después encontrar a un mestizo en una reserva india no era nada comparado con lo anterior.

Los Plateados salpicaban el desierto. Higinio Montoya y Pedro Ayala caminaban con parsimonia entre el fuego y los cuerpos, propinando tiros de gracia que sonaban como el martilleo de viejos carpinteros fabricando ataúdes rústicos. La sangre formaba lagunas en el desierto, sangre que parecía salir de la tierra, no entrar a ella. Como si fuera el país el que se desangrara. Tal vez era lo que estaba ocurriendo.

Lobo apuntó el cañón de su revólver a la cabeza de Teófilo Gómez, a quien se le veía hincado sobre pequeños arroyos bermejos.

—Te dije que no fuéramos a la convención —dijo el jefe revolucionario.

Higinio Montoya se detuvo frente a Edmundo Santacruz. Incluso en ese último momento, a punto de enfrentarse a esa Gran Nada en la que él tan apasionadamente creía, Edmundo seguía haciendo sus cálculos históricos, aplicando todas las «ciencias» sociales y políticas que conocía para entender qué era lo que había salido mal esta vez. Concluyó que no le había pedido demasiado a la vida. Sus prioridades nunca habían sido la carne ni el vino ni el oro. Él nada más ansiaba una cosa... bueno, tres: la revolución mundial, el fin de las clases sociales y la muerte por decapitación de todas las religiones —excepto la suya, ya que Edmundo no veía su sistema de creencias como una religión—. Nada más. ¿Acaso era mucho pedir? Además, todo eso sería por el bien de la humanidad. Ya no lo preocupaba la Gran Nada. Ni siquiera tantito. No, ya no. Había superado su miedo a la muerte debido a que sentía que su legado estaba realizado. Es decir, tenía asegurada su entrada al cielo histórico de los justos. Casi podía ver su nombre, grabado en letras de oro, junto al de José Martí, Simón Bolívar, José Artigas, Bernardo O'Higgins, Túpac Amaru y gente así. Se preguntó si erigirían una estatua en su honor, de qué tamaño y dónde sería; si le pondrían su nombre a una simple callecita en su pueblo natal

o a una avenida importante, en el centro de la capital. También se preguntó si sus obras serían reeditadas, traducidas y comentadas por todo el mundo. Por ejemplo, su libro *Contra las religiones*, que era mucho más complejo de lo que su título dejaba ver. Se preguntó si las futuras generaciones lo entenderían. Edmundo regresó al presente luego de ver el miedo en la cara del general.

—No tenga miedo —dijo—. Nuestros actos pasarán...

Se oyó un nuevo martillazo. El hombre apodado Perezas había jalado del gatillo.

—... a la historia —Higinio Montoya terminó la frase del ideólogo.

Pedro Ayala bebió de su cantimplora. El líquido cristalino que le escurría por el cuello era aguardiente, pero Tacho, quien se desangraba por el pedazo de lámina enterrado en el hígado, creyó que era agua.

—Me voy a morir de sed —dijo Anastasio Lechuga.

—Te vas a morir de plomo —dijo Pedro Ayala, quien le propinó otro martillazo.

El general se enfrascó en un soliloquio muy teatral, como un mal actor interpretando a un rey shakesperiano caído en desgracia:

—¿Dónde están tus amigos ahora, Teófilo? *Mister* Carothers, *mister* Carusoe, *mister* Sommerfeld, ¿dónde están? Se fueron cuando se te acabó el oro. ¡Ay de ti, general Gómez, qué caro pagas el precio de tu bondad y de tu buen corazón! Todo el sufrimiento, todo el sacrificio, todo el largo y sinuoso navegar de tu vida, ¿para qué? Para morir asesinado, como vil perro, por un borrachín, por un indio viejo y joto, y por el marido de una gringa puta.

—¿Qué estás esperando? Dispárale —dijo Higinio Montoya.

Cornelio registró con la seriedad de un científico la cara de Gómez:

—Aún no.

—No dispaes —dijo el general Gómez.

Cornelio disparó.

## XXXVI

### MI REVÓLVER NO ENVEJECE

Luego de asesinar a Teófilo Gómez, Lobo puso la mirada en los médanos. Un lirio seguía impertérrito entre las gobernadoras y las ramitas de incienso a su alrededor. Un perro de la pradera salió de su madriguera. Se acercó a la masacre. Dio dos pasos hacia atrás. Regresó a su cueva.

Higinio Montoya veía el cadáver de Teófilo Gómez:

—El que a plomo mata, a plomo muere.

—Sabes que eso también aplica para nosotros —dijo Pedro Ayala.

—Lo sé.

Pedro Ayala estornudó. El mechón plateado volvió a caer sobre su cara. El anciano se acomodó el mazo de canas, se limpió la nariz con el pañuelo de su saco y lo volvió a guardar.

—Ya estoy muy viejo para esto —dijo el hombre que jamás usaba sombrero.

—Mi revólver no envejece.

Lobo permaneció en silencio. Tenía la cara de un hombre cada vez más cerca de concluir la gran misión de su vida. De reparar el daño causado.

Año 1915 de la era cristiana. Luego de entrar y salir de tres hospitales psiquiátricos, Guillermo Ponce de León fue abandonado por su esposa e hijas, por lo que vivía con su padre en un modesto bungalow del distrito Bunker Hill, en Los Ángeles, California. Todos los días Guillermo caminaba en pijama por Pershing Square, arrastrando las pantuflas, al tiempo que jalaba un diminuto Ford de hojalata, atado a un pabilo.

—Mi carrito camina solito —le decía a todo aquel dispuesto a escucharlo.

A pesar de sus ochenta y siete años de edad, Vicente acostumbraba darle

de comer a su hijo en la boca y también lo bañaba. Habría sido capaz de limpiarle el trasero, si fuera necesario, todo con tal de compensar el daño causado en él, a quien no veía como un adulto enfermo, sino como a un bebé: como al bebé que Guillermo había sido y que el coronel no había cuidado como debía. Como a su bebé.

—Le prometo que me voy a curar —dijo Guillermo.

Vicente terminó de ponerle la piyama a su hijo:

—Sé que lo harás.

—Sólo quería ganarme su respeto —dijo Guillermo.

Esa noche el hijo del coronel sacó la Luger de su buró, colocó el cañón en su sien y jaló del gatillo.

El cuerpo de Guillermo Ponce de León llegó a la funeraria ubicada sobre la avenida Profesor Edmundo Santacruz, frente al monumento de bronce construido en honor al general Teófilo Gómez. El gobernador Raúl Treviño puso la mano en la espalda del anciano.

—Mi más sentido pésame —dijo.

Un periodista les sacó una foto. El *flash* encandiló a ambos. Los dos hombres tardaron un par de segundos en recuperar la vista, tallándose mucho los ojos.

—Señor gobernador, ¿usted tiene hijos?

—Estamos intentándolo —el licenciado ajustó su corbata—. Mi esposa y un servidor.

—¿Sabe cómo se desquita el Todopoderoso con nosotros, los cabrones?

El gobernador dejó escapar una risita de nervios:

—No creo que lo sepa, don Vicente.

—Castiga a los corderos. Sabe que es donde más nos duele —el coronel señaló el féretro—: Ahí tiene a mi Guillermo. Nunca le hizo mal a nadie.

—Sí, estamos al tanto de eso, coronel. La trágica enfermedad de Guillermo fue de lo más desafortunada. Pensamos poner una calle con su nombre. Quedará de lo más bonita, con su propio camellón y jardineras regadas a diario.

—No tenga hijos, gobernador. No se lo recomiendo.



El licenciado Raúl Treviño no supo qué replicar al comentario del coronel. Enseguida Vicente apuntó con el dedo a la estatua del general Gómez:

—Les quedó muy bonita.

—En momentos de algidez política, las fuerzas antagonistas de un país conspiran inconscientemente para edificar un futuro más próspero. Nuestro estado se encontrará por siempre agradecido con usted, coronel, por todas las maneras en que contribuyó a su modernización.

—Sospecho que usted no es de por aquí.

—¿Por qué lo dice?

—Por sus palabras.

—¿Qué tienen mis palabras?

—Son muy... —don Vicente tardó unos segundos en encontrar la palabra correcta— largas.

—¿Largas?

En esos momentos lo único que le preocupaba a Vicente era que un político nato como el gobernador Treviño se estableciera en el norte y procreara a niños proclives a usar palabras demasiado largas, dejando una descendencia que se mezclara con la del hombre de la llanura y la debilitara. Él se había traído a Edmundo Santacruz, y había que ver en qué había terminado eso. Pero tales problemas no lo preocupaban demasiado. La edad y la cercanía de la muerte le habían enseñado el exquisito arte de no preocuparse tanto por cosas que no valían la pena.

Vicente saludó a Elena y a sus dos nietas, a quienes llamó «fermosas». También hicieron acto de presencia personalidades de la talla de Higinio Montoya, Virginia Houston, Pedro Ayala y José Luis Arteaga. Carmelo Reyna preguntó por Cornelio.

—No sé dónde anda —dijo el coronel, encogiéndose de hombros y volteando para todos lados—. Creí que vendría, pero no lo he visto.

Un empleado de la funeraria con pinta de tuberculoso terminal y vestido de frac se acercó con parsimonia, cargando una charola con copas de coñac. A Pedro Ayala se le hizo agua la boca, dio un paso al frente y se abalanzó por la suya, casi tumbando las demás. Luego de ver la ligera ofuscación y los gestos de desaprobación en la cara de sus amistades, el anciano que jamás usaba sombrero alzó su bebida y dijo:

—Por el buen Guillermo —como para justificar su avorazamiento.

El resto de los asistentes, don Vicente incluido, cogió su respectiva copa, repitió lo dicho por Pedro Ayala y bebió.

Entonces el coronel aclaró su voz con un par de carraspeos, alzó de nuevo el trago y dijo:

—Sé que no he hablado de él en muchos años, pero quisiera aprovechar la oportunidad para dedicar un brindis a la memoria de mi buen amigo y fiel escudero Sixto Mejía.

A don Vicente se le quebró la voz al decir fiel escudero.

—También se te extraña —agregó.

—Por Sixto —dijeron todos y bebieron.

—Y por Rosita —dijo el coronel.

—Y por Rosita —repitieron los asistentes, antes de zamparse sus respectivos tragos.

Nadie osó mencionar el nombre de Tito. De hecho, nadie hablaba de Tito. Su recuerdo estaba prohibido. El gandul había dejado heridas que seguían abiertas.

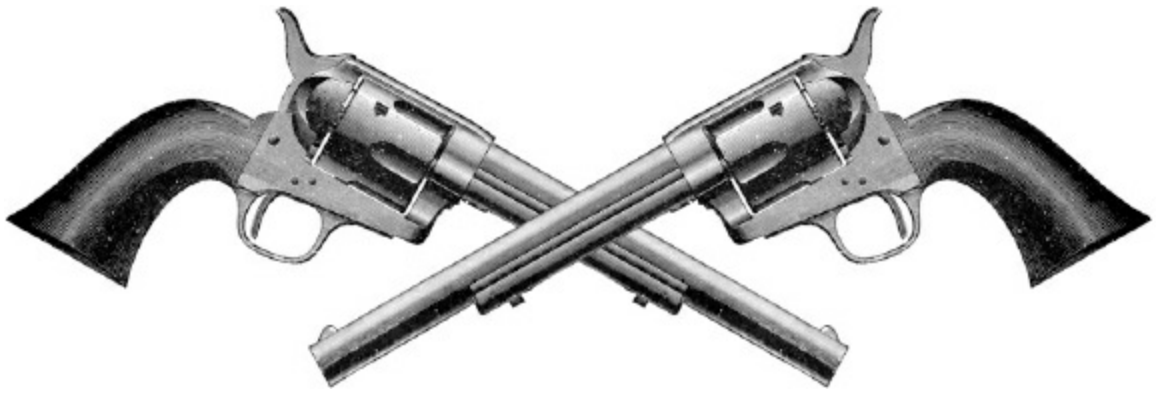
Quizá fue el exceso de alcohol, o quizá el exceso de sentimiento, lo que hizo que Vicente se mareara un poco.

—Saldré a tomar aire fresco —le dijo a Higinio Montoya.

Éste lo siguió hacia el exterior de la funeraria. Ambos hombres se pararon frente a la majestuosa estatua de Teófilo Gómez, a quien se le veía montando su caballo y disparando su revólver al aire. Un tranvía avanzaba por la avenida de cuatro carriles llamada Profesor Edmundo Santacruz.

—Sirvió de algo —dijo don Vicente—. Un héroe siempre es útil.

Parados del otro lado de la avenida llamada Profesor Edmundo Santacruz, junto al monumento de bronce en honor al general Teófilo Gómez, se encontraban Cornelio y el apache Tonito, hijo primogénito de Vicente. El colmillo de un lobo colgaba de su cuello.



# LISTA DE PERSONAJES, EVENTOS Y LUGARES REALES MENCIONADOS EN *UN PUEBLO LLAMADO REDENCIÓN*

Apache Tonito (basado en las memorias de Asa Daklugie)

Bandido Tiburcio Vázquez

Comunidad Minera de Diablo Prieto (Negociación Minera de Pinos Altos)

Cornelio Callahan

Cruz Santos (Cruz Chávez, de Tomóchic)

Desastre en la mina de Avondale

Fotógrafo Guillermo Frazier

Gerente John George Buchan Hepburn

Gerónimo

James Kirker, alias *Santiago Kirker*

Mangas Coloradas

Quanah Parker

José García, el Silicoso

Lupanar de doña Tules

Masacre en la hacienda de Patos

Prudencio Toledo (don Martín Salido)

Rebelión de Las Ánimas (rebelión de Tomóchic)

Reserva apache de San Carlos

Santa de Durango (Teresita Urrea, la santa de Cábora)

Segunda Batalla de Muros de Adobe

Sociedad de Guerra contra los Bárbaros

Tanichero don René (tanichero don Julián)

Ticho, *el Mutilado*



HILARIO PEÑA (Mazatlán, 1979) ha escrito seis libros, entre los que destacan el *bestseller* *Malasuerte en Tijuana* (2009) y las novelas policiacas *La mujer de los hermanos Reyna* (2011), *Chinola Kid* (2012) y *Juan Tres Dieciséis* (2014). Recibió el apoyo del programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en 2012 y 2014. Sus libros están protagonizados por detectives, comisarios y boxeadores. Vive con su esposa e hija en Tijuana, ciudad a la que llegó para trabajar como ingeniero y donde se convirtió en escritor.

Notas

[1] Timoteo Callahan afirmó ser irlandés y católico, en lugar de escocés y protestante, por temor a que las autoridades mexicanas lo rechazaran por motivos religiosos. <<



[2] Vicente y su familia vivían en un modesto jacal de adobe construido en el centro del patio de armas del antiguo presidio Vizcarra. <<